

# ★ BITÁCORA ★



## ANTOLOGÍA DE **CUENTOS DE JÓVENES** — DE TODO EL PAÍS —

EDICIÓN 2022

### CONCURSO NACIONAL DE ESCRITURA



Ministerio de Cultura  
Argentina

Presidente  
Alberto Fernández

Vicepresidenta  
Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación  
Tristán Bauer

Jefe de Gabinete  
Esteban Falcón

Secretaria de Desarrollo Cultural  
Lucrecia Cardoso

Directora Nacional de Promoción de Proyectos Culturales  
Agustina Balduzzi

Bitácora : antología de cuentos de jóvenes de todo el país / Alex Nehemías Aguirre Souto ... [et al.] ; contribuciones de Silvina Chammah ; coordinación general de Sebastián Gabriel Di Giorgio ; editado por Miranda Nebbia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2023. Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-8915-70-8

1. Cuentos. 2. Realismo Fantástico. I. Aguirre Souto, Alex Nehemías.  
II. Chammah, Silvina, colab. III. Di Giorgio, Sebastián Gabriel, coord.  
IV. Nebbia, Miranda, ed.  
CDD A863.9283

Coordinación general: Sebastián Gabriel Di Giorgio | Editora literaria: Fernanda Rodrigo  
Diseño de tapa e interiores: Silvina Chammah | Ilustración: Leonardo Olivera  
Contribuciones: Miranda Nebbia y Mariano Romero

Dirección Nacional de Promoción de Proyectos Culturales, Ministerio de Cultura de la Nación | Alsina 465 - 7° piso - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina  
[www.cultura.gob.ar](http://www.cultura.gob.ar) | [dnppc@cultura.gob.ar](mailto:dnppc@cultura.gob.ar)

---

Esta obra no puede ser reproducida total o parcialmente sin autorización expresa del Ministerio de Cultura de la Nación.



## CONCURSO NACIONAL DE ESCRITURA

Cuando lanzamos el Concurso Nacional de Escritura La historia la ganan los y las que escriben lo hicimos pensando en poner en valor la participación de los y las jóvenes en los debates contemporáneos, y dar lugar a sus ideas, imaginarios y reflexiones.

Este concurso nos muestra las visiones sobre el presente y el futuro que tienen los y las jóvenes, su diversidad y heterogeneidad cultural, sus horizontes; y además, dan cuenta de los sueños colectivos e individuales que los y las habitan y constituyen. Por ello, las producciones que componen esta publicación representan una forma de defender nuestro federalismo y diversidad cultural, nuestras costumbres, y nuestro patrimonio histórico y cultural.

A su vez, la palabra es una de las formas más importantes para transmitir nuestra rica diversidad cultural, y consideramos que es fundamental desde el Ministerio de Cultura de la Nación promover el interés de los y las jóvenes por la literatura, reconociendo sus producciones e impulsando hábitos de lectura. Sus cuentos, pensamientos e imaginarios vinculados a las transformaciones culturales y sociales que los y las atraviesa generacionalmente son de suma importancia para el futuro de nuestro país.

Para concluir, es necesario remarcar la importancia de un Estado que impulse políticas públicas que aporten a construir un modelo de sociedad más inclusivo, con mayor escucha y sensibilidad por el otro; y en particular, que promuevan la participación de los y las jóvenes en los debates contemporáneos. Justamente, la articulación de la memoria y nuestra historia reciente con nuevos enfoques, necesidades y desafíos, encuentran en las generaciones más jóvenes un destello de esperanza.

**Tristán Bauer**

Ministro de Cultura de la Nación

Consideramos de mucha importancia acompañar desde el Estado a todos los y las que hacen posible que la industria editorial crezca y se desarrolle. Su fortalecimiento permite enriquecer tanto nuestra identidad cultural como su calidad literaria, en la que se articulan de forma mancomunada e interdependiente el trabajo de escritores, librerías, editores, entre tantos otros. Por ello, propiciar las condiciones necesarias para su desarrollo tanto en el corto, mediano como en el largo plazo es una tarea indispensable para el crecimiento y la innovación de una industria que creemos estratégica para el país.

En este sentido, el Concurso Nacional de Escritura **La historia la ganan los y las que escriben** se propone entre sus principales objetivos, incentivar y acompañar la formación de los y las jóvenes como productores culturales, generando nuevos espacios de reconocimiento y visibilización. De este modo, brinda herramientas a los autores y las autoras noveles o, incluso, a escritoras y escritores que están dando sus primeros pasos. La sensibilidad y profesionalidad de sus producciones expresa la enorme capacidad y talento que tienen los y las jóvenes de nuestro país, y esta publicación con los veinticuatro cuentos ganadores es una demostración de su talento y del enorme futuro que les espera.

Para concluir, desde el Ministerio de Cultura de la Nación, y en particular, desde la Secretaría de Desarrollo Cultural, representa una tarea indispensable continuar propiciando una articulación virtuosa entre las distintas áreas del Estado, la industria editorial y todo lo que de ella se desprende, en favor de brindar posibilidades y herramientas a proyectos innovadores, que impulsen nuevas voces, y por qué no sueños que acompañan y empujan vientos de cambio y transformación en el que las generaciones más jóvenes son protagonistas del futuro de nuestro país.

**Lucrecia Cardoso**

Secretaria de Desarrollo Cultural

Desde la Dirección Nacional de Promoción de Proyectos Culturales, trabajamos para fortalecer el lugar estratégico de la cultura y su potencia transformadora, en pos de promover el trabajo, la producción y el desarrollo de una Argentina más inclusiva en la que el lugar de las generaciones más jóvenes sea reconocido y valorado.

El Concurso Nacional de Escritura **La historia la ganan los y las que escriben**, contó con una primera versión en el año 2015, teniendo en cuenta la necesidad de que sean los jóvenes quienes puedan dar a conocer sus producciones, es que decidimos retomar el concurso y crear líneas específicas para incentivar a los autores y autoras más jóvenes de nuestro País a que participen con sus obras.

Desde esta mirada, consideramos que es sumamente importante visibilizar las producciones escritas de los ganadores y las ganadoras a través de esta publicación, como también dar luz a la imaginación y a los sueños de pibes y pibas que estudian en escuelas secundarias, en escuelas para jóvenes y adultos, y también de estudiantes titulares del programa Progresar. Un reconocimiento a las generaciones más jóvenes y a su agenda cultural, educativa y política actual, que es fundamental acompañar desde el Estado, y en particular, desde el Ministerio de Cultura.

Estamos muy felices del alcance de esta política pública y creemos que sus resultados nos animan a continuar diseñando e implementando acciones e iniciativas que fomenten la descentralización cultural y promuevan el desarrollo de la escritura de los y las jóvenes en todo el país, como también su profesionalización. En este sentido, nos llena de orgullo y esperanza por los cambios que las generaciones más jóvenes vienen protagonizando, y consideramos que cada creación cultural que aquí se presenta es capaz de sensibilizar e inspirar a nuevos lectores y lectoras.

**Agustina Balduzzi**

Directora Nacional de Promoción de Proyectos Culturales

## Prólogo

Las generaciones más jóvenes de nuestro país expresan en esta publicación narrativas, ideas, imaginarios y proyectos de transformación que se inscriben en su propia agenda cultural, social, educativa y política. Por ello, el valor de la palabra es una pieza clave: el valor de ser expresada, sostenida, compartida, debatida, e incluso, cuestionada.

Al respecto, vale aclarar que el Concurso Nacional de Escritura **La historia la ganan los y las que escriben** surgió con el propósito de reconocer la enorme cantidad de jóvenes que escriben, piensan y reflexionan; y la imperiosa necesidad de dar lugar a la escucha de sus mundos, sus tramas y sueños que dialogan con transformaciones imprescindibles en el presente. Ellos y ellas representan un enorme potencial para nuestro país y para nuestra cultura, y en sus palabras y textos se teje una visión de futuro común.

Sobre las más de doscientas treinta presentaciones, veinticuatro son las que resultaron ganadoras en esta edición, y todas ellas se publican por primera vez para llegar a nuevos lectores y lectoras. Conforman esta publicación cuentos que provienen de: Nuestra Señora del Rosario de Caá Catí (Corrientes); Trelew (Chubut); Maipú, Las Heras, San Martín (Mendoza); San Pedro de Colalao, Tañi del Valle (Tucumán); Puerto Rico (Misiones); Palpalá, Tilcara (Jujuy); Diamante, Paraná (Entre Ríos); Jesús María, Córdoba (Córdoba); Resistencia (Chaco); General Roca (Río Negro); San Juan (San Juan); Bolívar, Berazategui, Mar de Ajó, Merlo, La Matanza, Esteban Echeverría (Buenos Aires).

Las obras ganadoras que se encuentran en esta publicación corresponden a las tres líneas concursables propuestas: a) Textos escritos por estudiantes de escuela secundaria, denominada Miradas; b) Textos escritos por estudiantes que se encuentran finalizando los estudios obligatorios en escuelas para jóvenes y adultos, denominada Utopías; y c) Textos escritos por estudiantes titulares del Programa Progresar (nivel superior), denominada Avatares.

Esperamos que estos cuentos lleguen a miles de lectores y lectoras y permitan abrir inquietudes e intereses que incentiven a seguir escribiendo y soñando.

## Línea MIRADAS

- 1° Premio **11** Alex Nehemias Aguirre Souto  
2° Premio **19** Candela Sayen Hualpa  
3° Premio **25** Kevin Nicolás Ardiles  
Mención especial **47** Diego Nahuel Vivas  
Mención especial **54** Lucía Jazmín Mareco  
Mención especial **72** Gisella Nazarena Paredes  
Mención especial **83** Rebeca Magalí Sierra  
Mención especial **95** Augusto Leonel Lagiglia Méndez

## Línea UTOPÍAS

- 1° Premio **103** Facundo Iván Navarro  
2° Premio **102** Claudia Alejandra Gómez  
3° Premio **113** Diana Araceli Benítez  
Mención especial **118** Nadia Ayelén Díaz  
Mención especial **123** Agustín Mario Heredia  
Mención especial **127** Joel Franco Castillo Irupa  
Mención especial **131** Ariel Elías Montiveros  
Mención especial **152** Magalí Milagros Guillermina Rossi

## Línea AVATARES

- 1° Premio **166** Natalia Sabrina Gómez  
2° Premio **174** Rocío Michelle Buletti Díaz  
3° Premio **179** Matías Agustín Carbelli  
Mención especial **184** Melisa Leysa Basil Barrado  
Mención especial **202** Karen Anabel Cruz  
Mención especial **209** Karina Marisel Lorentz  
Mención especial **226** Fiorella Yain Pedretti  
Mención especial **233** Nadine Wollert



LÍNEA

★ **MIRADAS** ★

Cuentos escritos por estudiantes de escuela secundaria,  
de entre 16 y 19 años.

## Primer Premio

*Soy Alex, aunque a veces escribo con el seudónimo “Antonio de Blu”. Tengo 16 años y vivo en una ciudad de Corrientes con nombre guaraní: Caá Catí. Comencé con la escritura, recuerdo, en la escuela (voy a la Escuela Normal Almirante Guillermo Brown) y luego continué con talleres que organizaban en la Biblioteca Popular, miembros del grupo literario “Pájaro de Tinta”. Hasta este punto lo único que escribía era poesía. Hasta que conocí los libros de Liliana Bodoc, escritora a la que le debo mucho de lo que sé ahora.*

## Hay que pasar el verano

Alex Nehemias Aguirre Souto

Nuestra Señora del Rosario de Caá Catí, Corrientes

Altos son los edificios de la ciudad, tan altos que su imponente rigidez les hace cosquillas a los sueños que vuelan hacia las nubes. Aún así un sueño retozaba muy lejos de aquellas construcciones, sin embargo, deseaba sentir las cosquillas de su punta metálica. O, tal vez, quería apaciguar su prurito con aquellos rascacielos de los que escuchó hablar. Pero ese sueño, descabellado y egoísta, parecía no lograr avanzar en su búsqueda de nuevas nubes sobre las cuales volar y nadar ¡Y es que, al parecer, debía quedarse a hornear pan y a ordenarle a la ropa sucia que dejara atrás su pestilencia! Sí, fue Rocío quien incubó este sueño, y fue ella la primera que se negó a dejarlo morir.

Dentro de la casa el aire que se respiraba se encontraba ataviado con olor a caldo y masa cocinada. El mantel de frutas se despojaba de arruga alguna y permitía que, sobre sí, se colocaran toda clase de objetos: los platos transparentes de grabados florales, las ollas con hollín impregnado en la parte de abajo, cubiertos que se doblaban si se aplicaba demasiada fuerza y un reloj plateado que Chito siempre se sacaba cuando se sentaba a comer.

—Pasame las tortillas.

Luego un plato viajaba hasta llegar a las manos del hombre que miraba su plato y nada más. Y después hacía el mismo recorrido de regreso a su lugar original porque a Chito no le gustaba aglutinar las cosas de un solo lado. Rocío, mientras tanto, agujereaba las tortillas con el tenedor, inmersa por completo en algo que se gestaba bajo la mesa, en la intimidad del mantel que casi tocaba el suelo.

—Pasame las tortillas. Dale.

Lo que antes pasó volvía a repetirse. El plato iba. Se hacía más ligero.

Regresaba. Y Rocío obedecía mientras se concentraba en lo que comenzaba a existir, allí debajo de la mesa. Y el bigote del viejo hombre se llenaba de trocitos y gotitas.

Brazos, cabeza, uñas, ojos, boca. Parte por parte se ensamblaban y formaron un sueño invisible; que solo puede ser visto a través de un rictus que levanta las comisuras de la boca. Una sonrisa. La madre de Rocío movió su cuello y lo descubrió, pero rápido volvió a su sitio e hizo como que no pasó nada. Chito comía, y su bigote también lo hacía

—Pasame una tortilla.

Pero el plato no se movió, ni fue más liviano de lo que antes era, ni tuvo que volver, porque allí se quedó... esperando que una muchacha dejara de sonreír. Las uñas largas de Chito, uñas de guitarrero, se encaramaron al repasador y su voz, voz de payador, se escuchó ahogada en un mar de saliva y rabia.

Cuando Rocío escuchó un golpe a la madera de la mesa que hizo que los cubiertos saltaran, aquello que se gestaba ya existía y comenzaba a ganar coraje para mostrarse ante el calor de afuera y también...

—¿Cómo pensás que vas a seguir estudiando mientras nosotros nos cagamos de hambre? —dijo y, para él, aquello tuvo sentido.

Esa fue la primera vez que lo dijo. Primera vez, antecesora de muchas más. Pero, como era costumbre, Chito no solía conformarse con terminar la discusión con una frase.

—¡Mujer tenías que ser!

Pero Chito fue el único que habló esa mañana, el único que gritó. Doña Chía mantenía la vista en algún punto de la lejanía. Solo cuando su esposo no dijo nada más y comenzó a colocarse el reloj en la muñeca, retiró las tortillas y, como pronto sería hora de la siesta, fue a la cocina, prendió el televisor y lavó las ollas con el sonar de una novela mexicana a su costado.

Chito había subido las escaleras con la cabeza baja y una vena que surcaba su cuello, una vena que latía y latía. Rocío quedó sentada a la mesa con su sueño vivo y en movimiento, y este también latía y latía.

Aun cuando la realidad le exhortaba que debía permanecer y embriagarse con el olor a jabón en polvo que había en el lavadero, ese sueño permanecía a su lado, acariciándole la pierna. Aun cuando Chito cerrara con llave las puertas de toda la casa antes de subir al segundo piso, su sueño estaba siempre para susurrarle que pronto estaba el día en que embestirían la madera de la puerta. Aun cuando el calor era fuerte, aun cuando las últimas flores comenzaban a morir o a ser arrancadas por aquellos que despedían a sus hijos que partían a la capital. Aun así sus ánimos no clau-

dicaban. ¡Y es que poseía esperanza! Pronto (días más, días menos) cumpliría la mayoría de edad y solo era cuestión de tiempo, para que aunque sea los padres de otros jóvenes la vieran marcharse. Rocío acostumbraba salir al pueblo y allí encontrarse con un hombre que le brindaba el apoyo para, cuando fuera el momento, partir hacia los edificios. Ese hombre fue profesor suyo de Cívica, pero además ella sabía que era abogado y que ante cualquier evento desafortunado, la ley estaba del lado de su edad.

—Buen día, profesor.

—Buen día, Rocío.

Luego comenzaban a charlar por un tiempo que solo se puede medir con una caminata por el centro para buscar verduras y frutas de estación. Pero no por eso el contenido de su charla era monótono y poco fluido. Era una conversación que buscaba prepararlo todo y solo se detenía cuando Rocío pedía, cortésmente, un kilo de papas, acelga y las peras más amarillas que hubiera.

—Hasta pronto, profesor.

—Hasta pronto, Rocío.

Y los pasos que habían caminado juntos por el centro, seguían diferentes direcciones esperando que cada vez el tiempo pasara más apresuradamente.

Cuando faltaban tres meses para que las clases empezaran, Rocío permitió a su sueño dormir con ella en su cama. Cuando faltaban dos meses, el profesor le regaló folletos de diferentes universidades públicas en la capital y ella los guardó en su almohada. Cuando faltaba un mes, desempolvó un bolso, lo llenó de ropa y lo guardó. Y cuando faltaban unas tres semanas, su sueño tuvo vértigo por los edificios que pronto vería; pero el profesor pidió verla cuando Chito no se encontraba. Esa vez golpeó la puerta y Chía atendió.

—Ya le llamo a Rocío —Se acercó a las escaleras para llamarla de un grito y volvió con el hombre—. Me gustaría saber quién es usted.

—Calixto Alvear, el profesor de Cívica de su hija.

—¿Qué busca? —su voz quería parecerse a la de su esposo, pero no podía.

A pesar de que Rocío le había pedido discreción en varios de sus encuentros, había algo en la mirada y la forma de gesticular que le hacía pensar que aquella mujer regordeta merecía saberlo. Y se lo dijo. Y ella lo escuchó, completo, sin interrumpir.

—¿Fue usted quien le metió esas ideas en la cabeza? —preguntó con paciencia.

—No, Chía, aquello no son... ideas, son sueños que su hija me confesó y yo no dudé en ayudarla.

—Es peligroso... es insensato...

Y diciendo eso se alejó hacia la cocina, mientras Rocío bajaba con una sonrisa cálida y de labios húmedos, tan cálidos y húmedos como esa persistente tarde noche de verano.

No había tiempo, Chito regresaría pronto. Pero lo que lo traía a la casa era una noticia.

—Ya comenzaron las inscripciones para la universidad que elegiste. Solo necesito algunos papeles para inscribirte porque viajo mañana a la capital.

La alegría la colmó de placer e hizo que sus mejillas dolieran. Pero el tiempo... el peligro... la insensatez.

—¿Qué papeles necesita? —Fue rápido a buscarlos en la Caja de los Papeles y en las billeteras, y en los chifonieres y en los roperos. Y por fin trajo todo aquello que Calixto necesitaba.

Se despidieron y por último él le entregó una sonrisa con una pregunta incluida.

—¿Arquitectura?

—Arquitectura.

—Bien, entonces, hay que pasar el verano.

Y se marchó.

Es difícil muchas veces... hablar. Al parecer siempre es más fácil levantar las manos y arremeter con violencia. Por ese entonces, Rocío tenía dieciocho años en su espalda. Era mayor de edad, pero aquel número no impidió que, luego de enterarse, Chito subiera y abriera la puerta de la pieza de su hija. No impidió que la callara y comenzara a gritarle... no impidió que llevara un cinto y comenzara a pegarle. Y cada golpe que descargaba iba acompañado con una palabra

—No... hagas... nada... insensato... nada... egoísta... Tenés... que... quedarte.

Chito había dejado la puerta abierta, y su hija vio aquello como un escape. Con la fuerza que logró recolectar se acercó a la puerta, mientras el cinto hacía roja su espalda. Casi llegó. Casi. Chía también estaba allí y cerró la puerta. Luego cayó sentada y llantos se escucharon de ambos lados de la puerta.

—Nada insensato... nada egoísta.

A partir de aquel día no solo se cerraron las puertas a la siesta, las mantenían cerradas siempre que fuera posible. Y no solo cerraban la puerta principal, la puerta de su habitación también lo estaba casi siempre.

Y así fueron pasando los días. Rocío no sonreía más y el sueño perdía cada vez más su sensación de vértigo. Chía iba al centro y compraba las verduras y las frutas de estación. Y en una de esas veces, faltando cuatro días para que el tren de Rocío se fuera, se encontró con Calixto cuando el carnicero le entregó la pechuga y su ticket para saber cuánto le debía.

—Buen día, doña Chía.

—Buen día, profesor Alvear. Discúlpeme.

—¿Cómo está Rocío?

—Bien guardadita. No puede salir; le diagnosticaron un problema en el pulmón derecho, pero ya se anda recuperando —dijo y recordó la puerta y los llantos y sus llantos.

—Ojalá, y se cure pronto. Sería tan amable de entregarle este pasaje para el tren. Gracias, espero que pueda estar ahí cuando su hija se vaya, aún quedan algunas flores muy bonitas para despedirla como se debe.

—Muchas gracias, discúlpeme llego tarde para cocinar.— Luego puso el pasaje en el bolsillo de su cárdigan y se fue.

—Hasta pronto, doña Chía.

—Adiós, profesor Alvear.

Cuando volvía sobre sus pasos encontró un banco y se sentó porque le dolía el juanete; pero lo cierto es que le dolía el alma. Y los ojos los tenía hinchados y su cabeza solo repetía y repetía la imagen de una puerta cerrándose. Inhaló. Exhaló. Se levantó del banco, vio un basurero, tomó un papel del bolsillo y lo tiró.

Pasó un día y la tristeza pintó de gris la casa de la familia; pasaron dos días y Rocío no sonrió más, y pasaron tres días y madre e hija lavaban los platos mientras Chito cerraba la puerta y subía a dormir la siesta.

—Mañana debí haberme ido.

—Pensé que habíamos superado ese tema —dijo mientras secaba sus manos con el delantal.

—Sí, mamá, ya lo superamos. Pero jamás voy a olvidar este día donde mi vida se llenó de tristeza —Lagrimitas formaron una cortina en sus ojos y, si se descuidaba y pestañaba, seguro llovía—. Mañana era el día donde mi sueño se hacía realidad. Ahora se fragmenta cada vez más y no hay ni un poquito de esperanza que le devuelva el fuego.

Chía volteó y se vio con la única hija que logró parir con vida. La observó y se espantó por lo vió: no por lo morado de sus ojeras, no por lo agrietado de sus labios, sino porque, en este estado se parecía tanto a ella. Incluso el instinto de guardar las lágrimas había adquirido. No quiso, no quiso que aquello fuera verdad. Pero, por otro lado, era



insensato y peligroso. Pero no quiso, ¡de verdad! Pero...

Luego Chía lloró, hacía mucho que no lo hacía tan liberadoramente. Tomó a su hija de los brazos y le dijo que vaya y busque el bolso de su ropero, que le ponga más ropa y que busque plata de la bolsa que estaba en el aparador de la sala, que ella iba a buscar la llave

—¡Rápido!

Y rápido fue a hacer todo lo que ella dijo, liberando aquella cortina que cayó y manchó el suelo de madera. Con el bolso bajó, y su mamá le esperaba con la puerta abierta resplandeciendo a tarde caliente de adiós. Aquel sueño le seguía el paso y con esos pasos se hacía más fuerte y robusto.

—¿Qué hacemos?

—Vamos rápido a la estación —dijo saliendo a la intemperie y buscando algo en su bolsillo—. Tomá, hija, ojalá que algún día me perdones todo lo que te hice. Pero no quise que te conviertas en mí. Ahora ¡vamos!

Atravesaron la tarde, la tarde caliente de adiós que se empeñaba en humedecer los ojos de las dos mujeres. Llegaron al centro y un sueño volaba a sus espaldas atravesando el aire caliente, mientras ella sentía el vértigo de los edificios donde retozaría con felicidad. Llegaron a la estación y se maravillaron con los colores tierra del lugar, se maravillaron de varios otros que iban y despedían a sus parientes. Todos con flores en las manos. Todos. Desde el verdulero y su mujer hasta Calixto Alvear, que traía en sus manos un ramo grande de rosas blancas y lavanda.

—Muchas gracias, doña Chía.

—Muchas gracias, profesor. De verdad, muchas gracias.

Su conversación fue tan larga como largo es un parpadeo o un beso en la mejilla. O un silbido del tren, un silbido conciso corto pero arrebatador. Pronto Rocío se encontraba por subir al tren. Lo tocó para sentir su metal caliente que absorbía el sol, lo tocó y supo que lo que estaba por vivir sería fruto de la amabilidad, de la capacidad de desaprender del odio, la sororidad que siempre salía a flote al final.

Y el tren se movió, y la gente, tanto dentro como fuera del tren, lloró agua por los ojos. Todos miraban a sus parientes irse. Todos miraban a sus parientes quedarse. Rocío vio a su profesor extenderle las flores; vio a su madre y sintió lo que ella sentía. Sintió el placer del viento soplándole el rostro, sintió el orgullo, sintió la culpa de no haber hecho algo mucho antes y sintió el miedo que tendría de volver a la casa con su papá. Pero el tren avanzaba y las lágrimas también. A el día le quedaban algunas horas y al verano también. Pronto llegaría el otoño, donde las semillas se hacen fértiles y el horizonte no permite otro color que no sea amarillo, naranja,



rojo y ocre. Rocío veía el día a irse por el horizonte (a pesar de que el tren lo perseguía) y la noche llegaba de otros pagos (a pesar de que el tren escapaba de él). Y allá, donde había edificios y rascacielos, un sueño sería feliz. Una muchacha de dieciocho eneros sería feliz. Porque había criado un sueño bajo la mesa, porque había peleado por no dejarlo morir, porque algún día vendría y se llevaría a su madre, porque no solo ella merecía ser feliz ¡Y aquello no era insensato para alguien que logró pasar el verano!

## Segundo Premio

*Me llamo Candela. Tengo 17 años, nací y crecí en Trelew, Chubut. Estudié en la escuela N° 714 de mi ciudad y en la Escuela de Cine de Puerto Madryn. Desde muy chica me encanta leer ficción. Hice mi primer taller de escritura en cuarto grado y desde entonces no paré. Ahora me dedico principalmente a la escritura de cuentos y guiones.*

*Escribo porque creo en la capacidad transformadora del arte, y sé que nuestra generación tiene la posibilidad de crear un presente mejor.*

## Irreconciliable

Candela Sayen Hualpa

Trelew, Chubut

Escuchábamos una sinfonía melancólica mientras ella lavaba los platos y yo terminaba de configurar los últimos ajustes del “Avanzar 106”, prototipo 7; la obra de mi vida. Ella comentaba tranquilamente sobre lo bien que había ido la conversación con nuestras familias, y lo mucho que iba a extrañarles. Yo escuchaba a medias y asentía. Por fin, agregué la última pieza. Un zumbido nos aturdió por unos segundos y luego el sonido del aparato cargando energía, que terminó dejando a la máquina encendida con un color anaranjado. Levanté mi libreta y escribí los detalles de mi avance. Marina se acercó a mí, tomó mi rostro entre sus manos y me miró fijo. “Lo hiciste” dijo. Solté mi anotador. Su dulce sonrisa me recordó el porqué de todo. Me besó suavemente y ninguna de las dos pudo ocultar su emoción. Hacía años pensábamos en dar el siguiente paso y solo una cosa se cruzaba por nuestras mentes: miedo. ¿A qué mundo traeríamos a nuestro hijo? ¿Qué vida le esperaría, mendigando agua y aire en un planeta que se consume cada vez más rápido?

Yo estaba segura que la ciencia nos daría una respuesta. Intentos de sintetizar aire respirable estaban dando resultados muy prometedores, y las primeras misiones a Tau Cati parecían estar teniendo éxito, pero nos faltaba tiempo. Ella y yo no seríamos jóvenes por siempre, y necesitábamos soluciones, seguridad. Es por eso que decidí darle un pequeño empujón; la obra de mi vida, el escape que nos llevaría al futuro que merecíamos.

Cuando llegó el momento nos tomamos de las manos. Me miró, asintió con la cabeza, y presioné el botón naranja. Todo lo que estaba a nuestro alrededor desapareció y mis sentidos me abandonaron. Por un momento, no existí, atrapada en mi propia mente. Sólo podía sentir la palma de su mano en el dorso de la mía, sus dedos en contacto con mi piel, y el calor.

Sentí un líquido hirviendo desplazarse por todo mi cuerpo. Hubiera chillado de ser posible. Sentí a Marina clavándome sus garras. No podía oírla pero podría jurar que la escuché gritar. En su dolor, me soltó. La busqué a ciegas, tanteando mi entorno, pero estaba sola.

La tortura continuó por una hora o tal vez un mes. Finalmente, el líquido se enfrió y pude percibir mi entorno. Me encontraba en una suerte de cúpula, posiblemente un templo. La gente caminaba y reía. El aire fresco corría como si fuera plena Patagonia y todes parecían carecer de preocupaciones.

Una joven se me acercó. Se la veía sorprendida por mi presencia, pero mantenía una disposición agradable. No se presentó, porque allí no se necesitaban nombres ni apellidos. Me preguntó una cosa tras la otra, pero mi voz no había regresado aún, y solo pude sonreír. Destacó lo excéntrico de mi vestimenta y lo hermoso de mi piel. Me mostró mis aposentos y me dejó descansar en las sábanas de seda sintética que la enorme habitación poseía. Mi mente no se pudo tranquilizar, no logré dejar de pensar en Marina. Debía estar perdida en esa tierra familiar pero ya desconocida, sola. Pero tampoco me preocupé demasiado; en una tierra tan hermosa y hospitalaria, no le faltaría nada, y nuestro reencuentro solo era cuestión de tiempo.

El tiempo pasaba, y cada día me sorprendía algo nuevo sobre los avances de la tecnología. En esta sociedad tan avanzada nadie debía siquiera lavarse los dientes, un proceso automatizado se ocupaba de cada tarea tediosa. Hice amigos muy fácilmente, la joven que me recibió se ocupó de mí, y poco a poco fui mejorando. Cuando mi salud recuperó su estado óptimo, gracias a la medicina infalible que me proporcionaban, me dispuse a reanudar la búsqueda de mi amada. Todas las personas que escuchaban mi inquietud me aseguraban que ella aparecería entre nosotros en cualquier momento. Me dejé convencer. Me acostumbré a la forma de vida que se me otorgaba. Encontré una tarea gratificante en un laboratorio cercano, donde luego de estudiar mucho sobre nuevos descubrimientos pude inventar varios artefactos celebrados masivamente, como el Mediador® (coloca nuestras medias en nuestros pies sin el innecesario esfuerzo), el Butterer® (unta manteca en nuestras tostadas uniformemente) o el Imba Imba® (manipula nuestros pinceles para crear piezas de arte únicas sin estudio o práctica), que me dieron cierto renombre. Me dediqué a responder demandas y me fui olvidando de hacer preguntas.

Nos servían comida exquisita, abundante y nutritiva. Nunca nos faltaba nada. Nadie cometía crímenes o se oponía a nada. Nadie tenía de qué

quejarse. Nadie deseaba irse.

Un día, trabajando tarde en el laboratorio, vi a un hombre entrar y comenzar a limpiar. Nunca había estado tan cerca de alguien del servicio nocturno; teníamos órdenes de volver temprano a nuestros dormitorios o lugares privados para no encontrarnos con ellos, me habían advertido de lo peligrosos que eran. Como era costumbre, jamás cuestioné la orden. No noté el paso del tiempo, y ahora me encontraba frente a la amenaza de la que me habían advertido. Traté de ocultar el nerviosismo en mi voz cuando lo saludé. Él parecía sorprendido y sonrió levemente. “Hola. Soy Federico.” dijo. Su pálida tez tenía una textura enfermiza. Tenía rulos desprolijos y era uno de los hombres más altos que conocí en mi vida, pero su postura lo hacía parecer veinte centímetros más bajo. Quise ser educada y responder presentándome. Abrí la boca, pero no pude decir nada. Pensé, busqué en lo más profundo de mi memoria, pero no hubo resultado. Sin importar cuanto esfuerzo hiciera, no podía recordar mi nombre. Él siguió con su tarea, pero yo no me pude ir. Entre papeleo y partes robóticas, tratando de crear un artilugio que mantenga almohadas perfectamente esponjosas por el mayor tiempo posible, allí, había olvidado quién era. No sabía dónde estaba o cuánto tiempo había pasado. No sabía de dónde venían los materiales en mi laboratorio o la comida en mi heladera, el costo de mis medicamentos o el valor del agua que bebía.

Esperé hasta que el reloj del salón común dictó el fin de la noche, y seguí los pasos de Federico. Caminó unos quinientos metros, doblando, subiendo, bajando. Estaba completamente desorientada, pero jamás desaceleré mi ritmo. Llegó a una puerta de acero vigilada por dos Agentes de la Seguridad. Se quitó el mono de trabajo. Debajo llevaba ropa en un estado deplorable, descolorida y desgastada. Le abrieron la puerta, y desde el exterior entraba una tenue luz anaranjada. Me acerqué, y uno de los guardias me vio. “Doctora” me llamó. “¿Qué hace por acá?”. “Tengo que salir”, le respondí. El guardia miró al que parecía ser su superior. Este se encogió de brazos. El primer guardia asintió y me ofreció un traje de protección de cuerpo completo. Le pregunté por qué, teniendo en cuenta que el hombre anterior salió sin ninguna protección. “Porque usted no es como ellos”, razonó. Estaba muy confundida, pero me convenció de al menos llevar una máscara que guardé bajo mi ropa. Luego abrió la puerta. Miré hacia atrás. Pensé en la comodidad que podía tener si me quedaba, en lo hermoso de no saber y no querer enterarse. Pero sabía que ya no era capaz.

Lo primero que sentí fue el aire. Pesado, húmedo, caliente. Apenas po-

día avanzar. Mi cuerpo no lo resistía, me pedía parar. La atmósfera era densa y oscura. A lo lejos, la poca vegetación que pude ver estaba en llamas. Cada vez iba más lento, pero estaba decidida a seguir. No sé cuánto tiempo caminé antes de que mi vista se pusiera borrosa y el centro de la tierra me atrajera como un poderoso imán. En mi desesperación, en los que pensaba que serían mis últimos momentos en la Tierra, recordé la máscara. La tomé mientras perdía fuerzas y la coloqué en mi rostro torpemente. Por fin, una bocanada de aire fresco. Después de exhalar, me desplome sobre el suelo.

Cuando recuperé la conciencia, tres hombres raquíticos me cargaban hacia algún lugar. Iban con dificultad, jadeando entre paso y paso. Los escuché decir que tomarían el camino largo porque el usual estaba inundado otra vez. No se podía hallar en el cielo color alguno. El gris tormenta abarcaba todo, todo lo que no era invadido por el gris huracán. Dejé de esforzarme por mantenerme despierta, porque me hice ilusiones, fantaseando que todo era una pesadilla.

Al llegar, me dejaron suavemente en el suelo. No podía moverme demasiado, pero podía escucharlos. “Viene del Domo Dorado. Escuché que la llamaron doctora. Tal vez pueda curar a la Guía”, dijo un hombre, al que reconocí como Federico. Los tres hombres me levantaron, me llevaron a una carpa y me dejaron en su entrada. Logré pararme, y pude caminar hacia el interior. El hombre había malinterpretado mi doctorado, pero no estaba en condiciones de decir que no. Mi mente analizaba maneras de escapar, pero solo había desierto en todas las direcciones, no había visto agua bebible ni nada comestible en todo el camino y el peso del aire me impedía moverme más que unos centímetros. La máscara, que me cubría de cuello a frente, era lo único que me mantenía con vida.

En el interior sólo había una tabla con carne de sospechoso origen, una manta actuando como cama, y una mujer que tenía el rostro tapado con paños húmedos con un líquido cuyo origen tampoco quise indagar. Estaba preparada para esperar lo que fuera necesario hasta que alguna de las dos muriera, pero ella comenzó a hablar con una voz congestionada y ronca. “Sé que no hay nada que puedas hacer para ayudarme, pero necesito que mi gente sepa que estoy siendo cuidada. Necesitan esperanza”. Me acerqué. La mujer tosió. Sonrió levemente. “Es gracioso. De donde yo vengo, si te pica un mosquito te ponés una crema. Ahora, gracias a los microbios que se descongelaron con el permafrost, es una sentencia de muerte. Pensé que una de las inundaciones por las que evacuamos cuatro campamentos me iba a matar”. Tomé su mano entre las mías. “Así perdimos tres

cuartos de nuestra comunidad. Pero su líder muere por un mosquito. Las cosas salieron tan distintas de lo que esperaba”. Tuvo un ataque de tos y los paños se deslizaron de su cara. Marina me miró a los ojos, con la poca luz que le quedaba, pero toda la calidez que siempre tuvo. Sin pensarlo me quité la máscara y se la puse. Ella presionó mi manó y pronunció la palabra que jamás pensé que volvería a escuchar “¿Lucrecia?”. Le dije que no le iba a pasar nada, que la iba a cuidar. Las dos sabíamos que no era cierto.

Las palabras me salían entrecortadas y debía tomar tiempo para respirar. Se sacó la máscara y me la colocó contra mi voluntad. Me dijo que siempre supo que iba a buscarla, que me había esperado. Mis lágrimas de culpa quedaron atrapadas dentro de la máscara que solo posponía lo inevitable. “Buscá bajo la tabla”, me pidió con la voz quebrada. Se le acababa el tiempo. Hice lo que me dijo, y encontré el Avanzar 106. Sin perder un segundo me apuré, solo faltaba reconfigurarla y tal vez podría salvarla. Tomó mi rostro entre sus manos. “Nos equivocamos, Lucrecia. Pensamos que la clave estaba en el futuro, en crear nuevos recursos o nuevos planetas”. Era difícil entender sus palabras, pero yo comprendía. Su último esfuerzo. “La clave estaba en el presente. En exigir a los poderosos que arruinaban nuestro único planeta que se hagan responsables. Ellos no lo van a hacer si no nos unimos y los obligamos, porque los que nos mataron son los que viven sin preocupaciones en el Domo Dorado”. La emoción se escapaba de su voz mientras la enfermedad se la llevaba. “Volvé. Volvé a cuando todavía teníamos tiempo”. Así, desnutrida, envejecida por la atmósfera, enferma y sin dormir, era lo más hermoso que he visto. Cerró sus ojos para no volver a abrirlos, y yo abrí los míos para no volver a cerrarlos.

Luego de unas horas de trabajo la luz naranja me regresó a mi tiempo. Debo recordar mi nombre. Debo recordar mi pasado, nuestro futuro. Debo transmitirlo a quienes no necesitan viajar para estar en el tiempo donde todavía tenemos tiempo.

## Tercer premio

*Soy Kevin, conocido también como Panchito. Tengo 17 años y vivo en Buenos Aires. Empecé a escribir en el 2021 como una forma de desabogo personal, y al mostrarle textos y poemas a mis amigos o incluso profesoras, solían tener una muy buena impresión de mis escrituras hasta el día de hoy. Jamás me imaginé escribiendo pero acá estoy, solo Dios sabe que me espera de acá hasta que mis manos no den más para escribir, pensar o incluso respirar. Mientras tanto solo nos queda disfrutar, esperar y avanzar hasta poder completar la meta a la que queremos llegar.*



## El peón que se hizo rey

Kevin Nicolás Ardiles

Esteban Echeverría, Buenos Aires

### Capítulo 1: Apertura

Miguel era un nene que había vivido toda su vida en los barrios bajos. Acá en Argentina los llaman “villas” y, en este caso en especial, Miguel era residente de la Villa 1-11-14. Su familia constaba de 4 integrantes: Marta, la mamá de Miguel, Marcos, el papá de Miguel, Melina, su hermana melliza. Y finalmente el más importante de todos, Miguel. Juntos formaban la familia Medina.

Miguel nació junto con su hermana un 23 de marzo de 1999. Los dos crecieron en un ambiente algo complicado, pero armonioso ya que a ellos dos les encantaba pasar el tiempo con su abuela Marcelina. No la pasaban mal solamente por la Villa en la que vivían, sino también por la familia que tenían. Marta, la mamá de Miguel, solía ser una mujer respetable a la que le gustaba trabajar, hasta que el abuelo de Miguel murió. Toda la vida de ella dependió de su padre porque su madre se divorció de él y se fue a otro país con su otra pareja cuando tenía tan solo 6 años. Eso hizo que el abuelo de Miguel caiga en depresión y con el tiempo, gracias a sus nuevas y encontradas adicciones, termine con un ataque al corazón. Murió solo, pero todos esperan que ahora mismo esté acompañado por sus seres queridos. Desde su muerte Marta empezó a fumar. Siguiendo el mismo camino que su padre, gracias a su nuevo marido y amigos que también solían exhalar ese tóxico y melancólico ambiente cerca de ella. Fue una terrible decisión.

Tuvieron un intento fallido de tener un hijo debido a que ella fumaba demasiado, no se podía controlar por sí misma. Hasta que ese trágico día se enteró que su hijo había muerto por culpa de su propia ignorancia. Ese

mismo día, Marta se peleó con su suegra, echándole la culpa a su marido por atraerla a esos vicios. Gracias a Dios, volvió a ser una mujer trabajadora para afrontar el dolor, se prometió a sí misma y a su hijo que no iba a cometer el mismo error. Y no lo hizo, después del intento fallido, Marta y Marcos tuvieron dos hijos mellizos que criaron con todo el amor posible. No tenían la mejor posición económica, pero hacían lo que podían con lo que tenían, y siempre trataron de enseñarle ese valor a sus hijos, de hacer lo que puedan con lo que sea que tengan.

Lamentablemente esa armonía familiar no iba a durar para siempre. A los 8 años Miguel y su hermana tuvieron que soportar el divorcio y constantes peleas de sus padres, algo cambió en Marcos. Pasó de ser un padre muy amoroso a una persona simplemente desconocida, dejó de hablar con todos, no contaba que le pasaba. Era todo muy raro y callado en casa y lo único que salía de su boca eran o puteadas o respuestas cortantes que nunca llevaban a algo en concreto. Después de meses de desconexión total, Marta se enteró de que su marido le había sido infiel con una amiga suya de hace años, más específicamente Ludmila, una maestra de la escuela a la que iban Miguel y Melina. La familia estaba devastada, aunque ni Miguel ni su hermana lograban entender la situación, sabían que lo que estaba pasando era grave y que necesitaban buscar ayuda, pero no sabían cómo. Al final del día, solamente eran dos nenes que a duras penas sabían algo del amor.

Después del divorcio, Miguel siguió su vida con algo de normalidad, extrañaba al padre amoroso que tenía, pero lamentablemente ya no estaba ahí. Su mamá se volvió muy amargada y para desquitarse solía encontrar excusas para pegarle a sus hijos. Marcos tuvo que pagar lo que podía para mantenerlos ya que las leyes pedían que lo haga. Miguel se empezó a cerrar más seguido a las interacciones sociales, ya que todos lo juzgaban por ser “diferente”. No quería hablar sobre nada de él mismo, simplemente quería olvidar lo que era y ser alguien más. Tuvo muchos problemas de ira durante varios años, pero se cansó de ser así cuando empezó a trabajar. Exactamente a los 10 años, su papá dejó de pagar sus necesidades. Como no tenía cómo ir a estudiar, su madre lo mandaba a trabajar todos los días en una obra que tenían cerca o a pedir plata en los trenes del ramal de Plaza Constitución.

Miguel se levantaba cada día esperando a que tal vez un solo día o no se despertara más o al menos lo hiciera en una vida sin problemas, en donde no tuviera que luchar para vivir como los demás nenes, donde no tuviera que sacrificar su vida por algo de comodidad. Tampoco sabía qué hacer

con su vida más allá de sobrevivir, no le gustaba para nada la idea de trabajar a tan temprana edad. Sacrificaba su dignidad en los trenes, tratando de hacer lo posible para poder despertar al siguiente día, incluso cuando ya ni tenía ganas de hacerlo. Su hermana solía acompañarlo a trabajar y tenían una buena dinámica entre los dos, ya que Miguel era una bonita mente pensante pero tímida, y su hermana era una chica más abierta al mundo. Y gracias a eso se les ocurrió una buena idea para ganar plata, ya que Miguel era un muy buen escritor para su edad. No escribía maravillas, pero sí escribía cosas que dejaban pensando a cualquiera, fueran de la temática que fueran. Empezó a escribir para calmar sus problemas de ira, en vez de expresarla con gritos o malas actitudes, las expresaba en unas hojas de papel que solían tirar cerca de la estación. Aunque a veces se veía obligado a robar, nunca lo atraparon porque no robaba cantidades significantes de útiles o comida. Él siempre fue un chico honesto, pero lamentablemente necesitado. Aún así pudo hacer mucho con lo poco que tenía, y junto con su hermana, con la escritura pasaron de ganar 500 pesos al día a 1.500 en tan solo una semana.

Las poesías de Miguel solían encantarles a las personas del tren, y gracias a la suave voz de su hermana lograron formar un dúo formidable. Cada día iban ganando más y más plata con tan solo 12 años. Todo era felicidad cuando expresaban su arte y veían que era apreciado por gente desconocida, sentían que tenían un futuro. Aunque todo cambiaba cuando llegaban a casa. Marta solía enojarse con los dos si no traían suficiente plata para sus caprichos, y varias veces se peleaban a gritos con ella, aunque ya había llegado un punto en donde ni siquiera hablaban. Todo porque Marta criticó con toda su ira los trabajos de Miguel; él todavía recordaba sus palabras:

—Mirá Má, pudimos hacer mucha plata hoy con lo que escribí.

—A ver, ¿cuánto hicieron?

—Mirá, 1500 pesos, vamos a llenarnos de guita.

—Todo gracias a nuestro trabajo en equipo, vamos a ser millonarios, chabón —agregó Melina.

—A ver qué escribiste vos.

Miguel le dió el papelito arrugado a su Mamá, y Martá los vió y se burló de ellos.

—¿Vos en serio te pensás que esto te va a hacer millonario? ¿Vos sos o te haces?

—Bueno, eeh, tal vez ese papelito no me haga millonario pero mi talento sí.

—Nunca vas a llegar a nada con tu “talento” Migue, date cuenta. ¿Te pensás que los pobres pueden dejar de ser pobres? Papá y yo lo intentamos desde que somos chicos, y ¿vos pensas que vas a dejar de serlo por unos miseros papelitos?

Ese día Miguel quedó devastado, pensando que solo la gente que estudia puede llegar a ser algo o alguien en la vida, pero aun así él siguió adelante. Obviamente tuvo que cargar con el dolor de todas esas palabras hirientes de su propia madre, pero el resentimiento le ganó: él simplemente ya no la veía como una madre por más de que lo intentara. Extrañaba mucho los viejos tiempos donde no tenían mucho pero eran realmente felices con los lazos que conseguían y le encantaba reflejar en sus escrituras ese sentimiento, y especialmente el cómo ahora no eran más que él y su hermana contra un mundo de expectativas que iban en contra de ellos. Todo iba dentro de todo bien, tenían un futuro prometedor aunque bueno, pero un choque de realidad puede arruinar una buena expectativa.

La madre de Miguel había conseguido una nueva pareja, algo se veía mal en ese tipo, “Monito”, le decía Marta, aunque Miguel y su hermana le decían Mono porque no le tenían nada de respeto en su momento. Se veían como una pareja feliz cuando estaban fuera de casa, pero cuando las puertas se cerraban las cosas cambiaban, ese tipo era un completo manipulador que solía maltratar a Miguel y a Melina. Ese tal Mono no hacía más que echarles todo en cara, demandar tareas a cada rato como limpiar la pieza, el patio, la cocina o mandarlos a comprar cigarrillos, cerveza y cosas así. Y si no lo hacían bien, él los castigaba y les pegaba una cachetada. Pero cuando ellos le contaban a su madre todo lo que pasaba ella simplemente no les creía para nada. Pensaba que solamente les estaba mintiendo porque según ella los nenes chiquitos son así. Entonces, los castigaba y en muchos casos les pegaba, no solo cachetadas o nalgadas, sino que se tomaba el tiempo de buscar un palo o algún cinto para pegarles y que dejen de “mentir”. Así les estaba yendo a Miguel y a Melina, tenían una vida muy dura, pero todavía estaban en medio de la apertura.

Así que inspirado, Miguel empezó a escribir en su pieza sobre todo lo que sentía, como solía hacer la mayoría de sus días...

## Apertura

La vida empieza primero,  
Las ganas de vivir entran después  
Pero ya pasó ese tiempo  
Y ahora espero mi entierro

Es un raro sentimiento  
Pero es todo un experimento  
Duro de vivir  
Pero fácil de seguir

Algunos empiezan mejor  
Otros peor  
Pero para qué vivir con rencor  
Cuando solo produce más dolor

No importa ni el pasado  
Ni el futuro  
Al final del día, el presente determina  
Cómo continúa la vida

A veces tomamos la vía oscura  
Y tal vez suene como una locura  
Pero la vida es toda una aventura  
Y todavía estamos en la apertura

## Capítulo 2: Ahogado

Un día de trabajo, en un fatídico 22 de febrero de 2012, Miguel no tenía nada que aportar a la obra local que tenían cerca, y ni siquiera quería quedarse en su propia casa porque estaba el Mono. Decidió irse bien lejos con su hermana a escribir y repartir unas cuantas poesías que él escribió en su patio y en la plaza que tenían cerca de su casa. Así que agarraron sus cosas, llamaron a su abuela y lograron conseguir que ella los dejara en la estación de Merlo, y Miguel pudo escribir más cosas mientras viajaban en auto. Ellos dos pudieron hablar un poco con su abuela después de tanto tiempo, y ella les dijo que por más de que no se hablaba casi nada con ellos por culpa de su madre, ella creía que iban a llegar lejos. Eso les alegró un poco el día depresivo que estaban teniendo. Cuando llegaron a la estación estuvieron esperando a que el siguiente tren venga mientras Miguel estaba sentado en las orillas, justo al borde de las vías, escribiendo una especie de canción donde expresaba todo su dolor, como si fuera un rap promedio de hoy en día. Estaba tan concentrado que no escuchaba los gritos de su

hermana. Hasta que de la nada llega el tren, Melina lo agarra del brazo y lo levanta después de gritarle que se levante porque estaba viniendo el tren. Enojada, lo reta porque casi se muere y la deja sola y en medio de la discusión empiezan a llorar los dos, después de estar un rato abrazados y pidiendo perdón deciden entrar al tren. Una decisión fatal.

Hicieron su rutina normal, se presentaban y empezaban a relatar los poemas que escribía Miguel.

—Buenos Días, perdonen las molestias. Él es mi hermano Miguel y yo soy su hermana Melina, somos “Los Poetas del Dolor” y hoy les vinimos a relatar unos cuantos poemas que escribimos nosotros dos. Tal vez no es la gran cosa nuestro trabajo pero hacemos lo que podemos con lo que tenemos. Tal vez se pueden dar cuenta de que no tuvimos el mejor comienzo en la vida, por algo estamos trabajando acá, así que si nos pueden ayudar con una monedita esta bonita mañana se lo agradeceríamos un montonazo —decía Melina con mucho entusiasmo.

Luego de esa hermosa presentación, Melina empezó a leer:

### **Tiempos duros**

No lo entiendo

¿Por qué me pasa esto?

No creo merecerlo

pero es lo que tengo.

Sufro mucho por la noche

Lloro mientras el miedo me come

Miedo de volver a despertarme otra vez

Y tener que verme con él.

El señor tiempo

Amigo del reloj y del tempo

Es el ritmo que sabe

de lo nuevo y lo viejo

Pero es un esclavo del dolor

Y maestro del temor

Siempre sabe a donde voy

Y también en donde estoy

Me ve en lugares oscuros

Y aunque tenga pensamientos puros  
No puedo ser maduro  
En estos tiempos duros

Después de esa linda poesía todos en ese vagón de trenes aplaudieron, siguieron su rutina con normalidad pero había mucha gente, así que tuvieron que parar. Notaron algo raro en el ambiente, especialmente en el tren, estaba yendo mucho más rápido de lo normal. Lo raro era que, incluso yendo muy rápido, estacionaba perfectamente en las estaciones así que no le dieron mucha importancia. Aunque cuando estaban por llegar a la estación de Once, justo cuando todo parecía ir con normalidad los frenos del tren fallaron. Melina y los demás pasajeros se dieron cuenta, pero como eran tantas personas amontonadas en un mismo vagón a duras penas podían moverse, y justo antes de que pudieran hacer algo, el tren chocaba contra la estación. Miguel trató con todas sus fuerzas el safar de toda esta situación, pero lamentablemente quedó inconsciente por un ataque de pánico.

Al día siguiente salía en todos los noticieros como la peor tragedia ferroviaria de toda Argentina: la tragedia de Once. Según lo que se sabía en ese momento, 52 muertos y más de 700 heridos. Lamentablemente Miguel fue uno de los cuantos heridos en este penoso accidente. Los bomberos llegaron prácticamente al instante a ayudar a los heridos, tardaron una hora en sacar a la gente de los vagones estancados. Cuando pudieron hacerlo, habían varias personas inconscientes y tuvieron que llevarlas de inmediato al hospital.

Un sueño profundo invadió a Miguel, un sueño algo poético. Como si fueran varios sueños en uno, donde veía todo su pasado, como comenzó toda esta tragedia de vida pero sin ver lo que estaba pasando actualmente. En el fondo de su cabeza pensaba que se había muerto, así que simplemente disfrutaba del sueño sin ser consciente de que no era más que un sueño y que en realidad él estaba vivo, esperando a despertar en la cama de un hospital. Al principio soñaba con su pasado, pero después que estaba en medio de una mansión discutiendo con una persona sobre un tablero de ajedrez o algo así. Cosas que él no entendía realmente porque nunca tuvo la oportunidad de jugar ese juego, no le alcanzaban los recursos para experimentar eso lamentablemente. Pero sí tenía algo de conocimiento sobre las damas: solía jugar con su abuelo a ese juego tan adictivo y por más de que Miguel siempre perdía, él siempre lo volvía a intentar hasta que un día terminó ganándole. Lamentablemente al poco tiempo de hacerlo la

familia se partió en muchos pedazos.

Después de esa discusión sobre el ajedrez aparecía dando una conferencia al país. Él no entendía nada de lo que decía, pero lo único que resaltaba en todo su alrededor era una hoja de papel con un título algo peculiar. “Ahogado” es lo único que alcanzó a leer antes de que se despertara del sueño. Cuando se despertó todavía no entendía lo que estaba pasando, solo sabía que ya había despertado y que aparentemente estaba en un hospital. “Despertó”, dijo la abuela de Miguel, preocupadísima por su nieto; lo abrazó con toda la fuerza posible y también se puso a llorar un poco con las pocas fuerzas que tenía, ya que estaba un poco viejita. Cuando llegó el doctor a chequear como estaba Miguel tuvieron que sacar a su abuela del lugar para poder hacerle un par de preguntas.

Miguel a duras penas se podía mover, no quería pensar en todo lo que había pasado, simplemente quería desaparecer, y todo se sentía como si él estuviera ahogado.

### **Ahogado**

Cansado  
Paralizado  
Traumado  
Maltratado

Adjetivos que describen el pasado  
Pasado de alguien que fue pisoteado  
Viviendo sintiéndose despreciado  
Por más que realmente sea apreciado

Sigue vivo por algo  
¿Eso es un regalo?  
¿O un completo descaro?  
Todo fue arruinado...

Estoy atascado  
Algo me tiene atrapado  
y gracias a todo mi pasado  
Me siento ahogado



### Capítulo 3: Gambito

El doctor de aquel hospital lo recibió con amabilidad, haciendo algún que otro chiste sobre el despertar de Miguel. Después de unos cuantos malos chistes que lo ofendieron un poco, empezó con las preguntas serias para chequear si no estaba en un estado grave. Todo iba bien con las preguntas hasta que llegó el tiempo de hablar de su familia. La gran pregunta que Miguel no se había hecho todavía, ¿dónde estaba su hermana? Necesitaba saberlo lo más antes posible y necesitaba respuestas al instante. Le insistió al doctor, un poco bastante, y después de varios intentos este le dijo que ella no pudo despertarse del coma.

Miguel estaba simplemente devastado, se rió nerviosamente y preguntó si era verdad lo que le decía. Pero aún así no lo quería aceptar, después de quedarse pensando exigió que la abuela se lo dijera en la cara porque no podía creer en las palabras del médico. La abuela entró, Miguel preguntó, y ella respondió... “Melina murió... No soportó el peso de los pasajeros, se quedó sin aire”. Y después de eso un silencio deprimente llenó esa pieza del hospital. Entonces pidió por favor salieran de la pieza, así mínimo podía tener un momento a solas. Se notaba el dolor en su voz quebrada, así que lo dejaron solo por un momento para que se desahogue.

Miguel era un chico fuerte y hace años que no lloraba, la gente decía que tuvo que crecer antes de tiempo. Pero estas situaciones demuestran que tarde o temprano los hombres fuertes dejan de aguantar para poder llorar. Muchas lágrimas hidrataron el desierto de Miguel, y no podía parar de llover ahí. Toda esa situación lo agobiaba, a duras penas se podía mover, la persona que más quería en el mundo se fue, no tenía cómo volver a casa y en ese momento sentía como si no tuviera futuro. Pero justo cuando se le venía todo el mundo encima, entraba su abuela a hablarle para intentar calmarle.

—¿Cómo te sentís Miguelito?

Esas eran unas palabras que no escuchaba hace años y que lo hicieron llorar aún más, por nostalgia, tristeza y un poco de felicidad porque a diferencia de antes, sabía que ahora no estaba solo.

—Qué puedo hacer abu?—preguntó con la voz toda quebrada.

—Necesito saber en qué estás pensando Miguel...

Y esa fue una pregunta que abrió muchas puertas y posibilidades en su cabeza, se quedó un rato pensando en que contestar. Muchas cosas pasaban por su mente, cosas que tuvo que dejar ir y expresarlas para así poder dejar de sufrir. Y finalmente se decidió a hablar y largar todo lo

que le pasaba.

—La verdad es que no tengo como sentirme bien abu, entre más cosas me pasan más me voy dando cuenta de que toda mi vida fue una miseria. No tengo cómo disfrutarla, me encantaría tener una vida normal pero no puedo, no es como si pudiera mágicamente volver a tener a mi papá, una mamá que me quiera o incluso a mi hermana. Me gustaría volver a estudiar tranquilamente como los demás, tal vez no con la mejor situación económica pero mínimo teniendo algo que hacer con mi vida en vez de estar saliendo todos los días temprano a recitar poesías que saco a partir de mi dolor. Siento que perdí toda mi vida, que no pude vivir ni tampoco voy a poder hacerlo. Simplemente quiero dejar de ser un peón para los demás.

La abuela, desconcertada, intentó entender la situación. Hace unos años había tenido que lidiar con algo similar, al final del día toda su familia era un kilombo. Entonces después de una ida y vuelta de charlas sobre la vida, la abuela de Miguel decidió contarle uno de los cuentos más significantes para ella que la hizo salir de una gran depresión, donde sentía que vivía sin razón.

—Mirá Miguel, quiero contarte sobre una historia que me contaron hace un tiempo.

Secando sus lágrimas Miguel le contestó —Bueno contame, espero que sea bueno ¿eh?

—Va a estar bueno, te lo juro por Dieguito Maradona —le aseguró ella—. Dejame acordarme de cómo va porque tiene rimas y todo, viste.

—Bueno te espero, abu.

—Aaaaah, ya me acordé, mirá, mirá —. Y la abuela empezó a relatar:

Había una vez un peón que vivía sin razón  
Solo tenía una ambición, que estuvo siempre en su corazón  
Quería ser una pieza esencial, es lo que quería alcanzar  
Estudió toda su vida, poniendo su sueño en un altar.  
Y aunque él no parecía la gran cosa, sabía que podía llegar a más

Vivió sin desobedecer, con la esperanza de su recompensa obtener  
No hacía mucho en la escuela, pero hacía lo que le pedían  
Siempre sentía que no era lo que quería, pero aún así lo hacía  
Un día se graduó y toda esa etapa terminó  
Y con eso, trabajar era su labor

Así que empezó, buscó y buscó pero poco encontró

Él no quería ser un peón, para eso no estudió  
O eso es lo que pensó  
Enojado a su escuela volvió porque quería hablar con el director  
Cuando lo vio, le gritó “¡Cómo que no puedo ser más que un peón?”

El director lo vio muy mal y contestó fríamente  
“Acá hacemos peones, no reyes”  
Devastado, el peón decidió retirarse, no quería aceptarse  
Quería cambiar, quería mejorar, ¿pero podía?  
Muchos no lo creían, otros sí pero él no se rindió y decidió seguir.

Estaba dedicado a cumplir por más que ya no quiera vivir  
Creyó que toda su vida perdió y que casi todo su tiempo desperdició  
Pero después pensó y pensó  
Y se decidió...  
Si yo no puedo cambiar, voy a cambiar a los demás  
Parece el plan de un villano promedio, pero este villano tenía un remedio  
Lleno de miedo, se fue a discutir a los medios  
Contando todo lo que experimentó  
Y dando lecciones de su dolor

Con el tiempo una familia formó, y las escuelas cambió  
todo ese proceso dolió pero mucho se aprendió  
Con todo eso, una hija crió, y con ella pudo aprender  
Que pasó de ser un peón, a criar una dama, y eso lo convirtió en un rey

Un silencio increíble llenó ese cuarto del hospital, Miguel quedó pensando por un largo tiempo y no sabía que decir, solo se quedó mirando a la nada, pensando y pensando, como si estuviera paralizado. La abuela se dió cuenta de eso y simplemente lo esperó para poder seguir hablando, especialmente por lo que escuchó, quería ver si sirvió o si Miguel mejoró. Era lo único que la abuela quería para él, verlo bien.

—¿Cómo se llama esa historia abu? —le dijo en voz baja.

—El peón que se hizo rey.

Otro silencio más llenó esa habitación, pero se volvió a romper por Miguel.

—¿Qué me quieres decir con esta historia que me acabas de contar?

—No sé, ¿qué crees que te quiero decir?

—Muchas cosas la verdad, pero no sabría cómo expresarlas.

—Tomate tu tiempo Miguelito, no tenemos mucho pero te espero igual.

Después de un rato pudo ordenar toda su cabeza con esa historia, y pudo entender lo que su abuela le quiso decir.

—Entonces, lo que me quieres decir con todo esto es que a veces la vida sacrifica algo muy importante de nosotros para darnos una lección importante. Qué sé yo, te puedo poner de ejemplo esto de mi hermana con lo del peón. Gasté toda mi vida en dar lo mejor para que podamos salir de todos estos malos días juntos y justo cuando las cosas parecen mejorar un poco se me va de las manos y lo pierdo todo. Pero aún así en vez de enojarme con los demás y conmigo mismo puedo seguir adelante con este gambito que conseguí sin querer y tal vez darle una mejor vida a los demás con mis experiencias. Tal vez con mis escrituras, mis enseñanzas de vida o anda a saber qué voy a hacer yo en el futuro. Me gustaría saberlo, pero tengo que vivirlo, ¿no?

—Exactamente, pero lo mío es más simple: del dolor se aprende mucho, no es bonito para vos, pero sí para la gente que vayas a cuidar.

—Entiendo, ¿decís que vale la pena seguir?

—Eso no lo vas a saber hasta que lo puedas vivir.

—...

—Bueno, creo que estoy listo, ¿qué sigue ahora?

—¿Llamo al doctor?

—Bueno.

La abuela llamó al doctor, hablaron por un tiempo sobre que tenían que hacer. Y parece que Miguel iba a tener que estar en esa camilla de hospital por un tiempo, lo cual le venía bien y a la vez no. Pero en su mente, cualquier lugar era paz, menos su casa, así que accedió sin excepciones. Miguel había sacrificado una gran parte de su vida para estar vivo, y cuando todo parecía perdido, su única esperanza fue todo este gambito.

## **Gambito**

En la vida nos sacrificamos

Generalmente por el otro

Pero así es como amamos

Los sacrificios a veces son sin querer

Cosas que pasan sin que lo podamos ver

Y lo primero que hacemos es culpar

Justificando todo con señalar

Se que seguro estás pasando por tormentos  
Pero lo único bueno de todo esto  
Es que no hay buenos tiempos  
Sin malos momentos

Hay que intentar ser el árbitro  
Del sacrificio que manejamos  
Y que todo este gambito  
No sea en vano

#### Capítulo 4: Coronación

Y ahí estaba Miguel, en lo que parecía ser una de las etapas más difíciles de su vida. En su momento se quería rendir, de eso no había duda, pero aunque no lo creyera por más triste que fuera su vida, siempre iba a haber alguien ahí para ayudar. En ese caso su abuela fue una muy buena motivación desde el día uno, y otra de sus motivaciones era seguir adelante en hombre de su fallecida hermana, quien también siempre estuvo ahí para él.

En cuanto a su tiempo en el hospital, Miguel prácticamente no podía caminar y tenía que ganarse el privilegio de poder volver a hacerlo si realmente lo quería. Después de reposar por una semana, tuvo que cumplir una rutina algo delicada por más o menos un año. Cada día tenía que hacer unos cuantos ejercicios para que su pierna vuelva a su estado normal, y el dolor era casi insoportable, pero su abuela solía visitarlo para ayudarlo. Y eso parecía ser suficiente para Miguel, estaba dentro de todo tranquilo y algo feliz después de tanto tiempo, podía reír, llorar y escribir. Y a diferencia de su casa, la gente a su alrededor le daba razones para vivir.

En su momento poco sabía de su familia, él decía que no le afectaba pero en el fondo se escondía lo que realmente sentía. A veces se notaba su preocupación, pensaba mucho en su madre, que por más de que no fuera la versión actual a la que extrañaba, no dejó de lado que también era una persona y parte de la familia. Su abuela trató de ponerse en contacto con ella por un largo tiempo, claramente no iba a ir hasta su casa por todo lo que había pasado entre ella y Marta, así que no le dio importancia a las llamadas no contestadas porque pensó que Marta seguramente estaba enojada.

Miguel lloraba de vez en cuando por ella, quería verla, pero no podía, y lo peor de todo es que parecía que ella no quería verlo a él. El lado bueno

es que no solo pudo desahogarse con su abuela, sino que en ese hospital pudo escribir unas cuantas poesías a las que le dedicaba todo su amor, y a otras todo su dolor. Pero era increíble cómo Miguel con el poco conocimiento o estudios que tenía podía tener tanto control sobre unas cuantas palabras. Es como si hiciera magia con su mente, todo lo que entraba salía mágicamente artístico y sin darse cuenta gracias a escribir ganó el don de convertir todo en arte.

Un año después llegaron las malas noticias de parte del doctor. No veía mucho progreso así que tuvo que charlar algunas cuestiones con él para que no se lo tomara mal o no se pusiera triste después de todo ese proceso. Así que entró, se sentó al lado de la camilla en la que estaba Miguel y lo despertó.

—Despertate Miguel, tengo que hablar con vos.

Miguel no respondió, así que el doctor lo movió un poco para que se despierte.

—¿Miguel? ¿Estás despierto?

—Seeee —dijo prácticamente dormido—. ¿Qué pasa?

—Tengo que hablar con vos.

—¿Qué? ¿Sobre qué? —contestó algo preocupado

—Tu estado Miguel...

—¿Qué pasa con eso? ¿Hay algún problema?

—No te lo tomes mal pero lamentablemente sí.

—Hmm... ¿Y cuál es? —respondió nervioso.

—Mira, hace un año que te tenemos en esta misma habitación, pero ya no podemos tenerte más acá. Estamos viendo que mucho no mejoras y bueno, te das cuenta que al ser un hospital público mucho no podemos gastar en vos Miguel. Creemos que es al pedo seguir porque no creo que sea posible que vuelvas a caminar. Sé que seguramente es un bajón para vos, pero no podemos hacer nada más y necesitamos que te vayas o te vengas a buscar mínimo para la próxima semana.

—Pero... ¿Estás seguro de que no voy a volver a caminar?

—Eso es lo que creemos después de un análisis un poco extenso. Perdón por arruinarte el día con estas noticias, pero creía que lo correcto era decirte una semana antes como mínimo.

Miguel estaba al borde de llorar, el doctor lo notaba y lo trataba de ignorar.

—Bueno, creo que eso es todo, ¿entendiste lo que te dije?

Miguel no contestó.

—¿Querés que te deje solo un rato?

Miguel estaba en blanco, así que nada más asintió con la cabeza para que el doctor se fuera.

—Bueno, cualquier cosa si necesitas algo me avisas.

El doctor se levantó, cerró la puerta y salió de la habitación.

Miguel estaba devastado, no sabía que hacer así que estalló en llanto. Nunca había llorado tanto, generalmente las veces que lloraba nada más eran lágrimas pero trataba de hacerlo en silencio para que nadie lo escuchara. Esta vez no le salió llorar en silencio, pero solo él podía escucharse por suerte, así que aprovechó que estaba solo para desahogarse. Muchos pensamientos entraron sobre su cabeza, la mayoría de ellos eran afirmaciones pesimistas sobre él. Se sentía inútil, que siempre tuvo una vida miserable, que no valía la pena, que nunca iba a volver a caminar y que nadie lo quería. Simplemente sentía que todo su alrededor se derrumbaba por completo, y que no tenía nadie con quien hablar lo que le estaba pasando porque su abuela no estaba en el hospital. Pero siempre tuvo un pequeño don, así que usó su dolor a su favor, le pidió hojas al doctor y empezó a escribir con todo su amor. Volcando todo lo que sentía en muchos de sus mejores poemas. Preguntándose cuál era su valor, para qué vivió, para que escribía, y muchas otras cosas más.

Ese día se dió cuenta del talento que poseía, y a partir de ahí se desahogó con el arte de la poesía. Estaba muy inspirado en esa camilla que lo acompañó por un año. La mejor de todas esas escrituras era una que hablaba sobre la pregunta de qué era el arte.

Es la típica pregunta que se hacen los artistas, pero él no se inspiró de nadie para empezar a escribir en teoría. Al otro día, la abuela de Miguel lo vió escribiendo. Ella no sabía que él escribía, el doctor tampoco porque lo único que hacía era darle las hojas y una lapicera a Miguel. La cosa es que ellos no sabían nada de lo que él escribía porque él pensaba que ellos creían que las personas pobres como él no podían tener grandes ideas así que nunca le dieron tanta importancia a sus cuentos, y Miguel los ocultaba generalmente. Lo hacía solamente para él, para aguantar su propio dolor y nada más. Solía guardarlos en un tacho especial que guardaba debajo de la camilla con la esperanza de que nadie se diera cuenta. Hasta que tuvo una conversación con su abuela...

La abuela entró a la pieza en la que estaba Miguel sin avisar.

—¿Qué andas haciendo Miguel?

Miguel estaba tan concentrado en lo que escribía que ni siquiera contestó

—¿Vas a dejar colgando a tu abuela?

—Uy, perdón abu es que estaba escribiendo y bueno, perdón de vuelta —le respondió con algo de nervios.

—Mira vos, no sabía que te gustaba escribir, ¿puedo ver?

La abuela era conocida por ser bien chusma, Miguel dudó un poco si darle el papel o no, pero cómo se cansó de ocultar su talento él simplemente accedió.

—Bueno mirá, estoy escribiendo sobre uno de mis dones.

Miguel le dio a su abuela el papel arrugado en el que estaba escribiendo, y la abuela se sentó y leyó tranquilamente en su mente.

### Sufrir

¿Qué es el arte?

¿Pero por qué no pensé esto antes?

¿Tal vez creer?

¿Crear en qué?

La respuesta está adelante

No creo que sea tan importante

Pero parece algo relevante

Irónicamente, del tamaño de un elefante.

Pero ahora lo sé

Sé lo que tengo que hacer

Y es una etapa en la que tengo que crecer

¿Tal vez creer?

¿Crear en qué?

¿En que voy a poder

Volver a nacer?

¿O solo creer por fe?

Esto no puede ser

Tiene que ser algo más

Algo que superar

Algo que olvidar...

¿El dolor?

¿Lo hago para que deje de doler?

Tal vez para poder entender



Lo que mi mente no quiere creer

Que todo esto va a pasar  
Que va a dejar de doler  
Es algo para lo que no entrené  
Pero es lo único que voy a tener

Pero ya descubrí para que viví  
Y para que me dejé morir  
Se que no fue en vano  
Así que empecé a escribir

Y eso hago  
No es el mejor trabajo  
Pero a mi me hace feliz  
Escribir para dejar de sufrir

—¿Esto lo escribiste vos?

—Eeh... sí, ¿por qué?

—¿Qué significa todo esto que escribiste para vos?

—Hmm, un poco de todo la verdad. Quería hablar sobre qué significaba el arte para mí, pocas veces me hice esa pregunta tanto como ahora, así que empecé a escribir. Dejé que mi mente fluya y encuentre sus propias palabras para depositarlas en ese papel y simplemente dejar ir todo el desorden que hay en mi cabeza. Indirectamente respondiendo a qué es el arte para mí, una manera de dejar ir que encuentra cada artista tarde o temprano. Una manera de dejar de sufrir...

Los dos callaron por un momento y se quedaron pensando.

—Simplemente me dejaste sin palabras Miguelito... Dale un abrazo a tu abuela —dijo en medio de llantos.

—¿Te pensás que puedo levantarme a intentarlo? —le contestó prácticamente riendo.

—Vos solo intentalo, yo te espero con los brazos abiertos.

—Pero si nunca intenté levantarme solo desde que me rompieron las piernas abuela, ¿vos decis que puedo?

—No vas a saber hasta que lo intentes Miguelito...

—Hmm... tenés razón.

Miguel lentamente se levantó con algunas de sus fuerzas de la camilla, pero se rindió al instante al ver que no podía. Pero la abuela lo alentó, di-

ciéndole que sí podía, que sí podía y que sí podía. Pero él contestaba con un no puedo, no puedo, NO PUEDO. La abuela, al ver que Miguelito estaba en una tremenda negación volvió a inspirarlo. Le aseguró que solo tenía que intentarlo, que se olvide de todo lo que él había escuchado de los demás, de todas las veces que le dijeron que no iba a volver a caminar, de todas las veces que le dijeron que él no era capaz, que era un inútil, que era cientos de mentiras que solo se la tiraban la misma gente que lo quería ver caer, atentos a que algún día lo termine de hacer. Miguel se quedó en blanco por unos segundos. La abuela le dijo que la mire a ella y solamente a ella, que se olvide de todo y que preste algo de atención a lo único que podía hacer que todo cambie. Él accedió y después de unas palabras de motivación, lo intentó otra vez, pero esta vez fue diferente. Obtuvo fuerzas que nunca antes sintió, fuerzas que ni él podía explicar y lentamente se levantó y empezó a caminar hacia donde estaba ella esperándole con los brazos abiertos, y finalmente se abrazaron.

Después de un tiempo abrazados el doctor entró y vio lo que había pasado. No podía creerlo, pensó que Miguel no iba a poder volver a caminar. Pero finalmente pudo, y no tuvo más remedio que preguntar cómo fue posible todo eso. Los tres empezaron a hablar sobre eso y después de tanta alegría el doctor dijo que Miguel ya no tenía que quedarse en ese hospital, ya se podía ir. En realidad, ya tenía que irse porque necesitaban espacio para más gente y como él ya podía caminar lo dejaron ir un día después de la charla porque ya era tarde como para estar viajando solo. Miguel estaba algo preocupado a la hora de dormir, pero después de un rato pensando en que iba a ser de su vida simplemente se quedó dormido.

Al día siguiente, Miguel se levantó algo temprano, y probó levantarse por su cuenta. Al darse cuenta que esta vez podía hacerlo sin necesidad de alguien que lo aliente se puso demasiado alegre e inspirado para casi todo. Para tener catorce con un pasado tan feo, todavía tenía esa inocencia o alegría de un niño. Algo que no sentía hace mucho, era un golpe de emociones algo bonito. Uno de los pocos golpes de la vida que disfrutó. Todo iba bien, hasta que fue interrumpido por el doctor que acababa de entrar a la pieza.

—¿Todo bien Migue?

—Sí pá, todo piola, ¿y vos?

—Acá andamos, acá andamos. Bueno, tu abuela te está viniendo a buscar para que dejes este lugar.

—Uh cierto, colgué, perdón amigo.

—Nunca te había escuchado hablando así, ¿qué pasó?

—Qué se yo, la verdad es que nunca me había sentido mejor, siempre me gustó hablar así pero bueno, algunos cambios no vienen de más a veces ¿no?

—Hmmm, me alegra verte así entonces. Avanzaste un montón, a este punto casi te veo como un hijo.

—Gracias —dijo mientras se reía.

—Uy cierto, hablando de verte como un hijo... Mirá, te traje esto —. El doctor le dió una mochila a Miguel.

—Opa, a que se debe este regalito?

—Nada, simplemente quería que te lleves algo de toda esta experiencia, y que sepas que no te estamos echando por malos, y que en el fondo, te queremos.

—Qué bonitas palabras eh. Se agradece el gesto, chabón.

—¿Qué esperas? Abrilo.

—Uy, a ver...

Miguel abrió la mochila y dentro había algo de plata, un cuaderno y una cartuchera llena de lápices, lapiceras y cosas así.

—¿Estás seguro de que esto es para mí?

—Sí nene, por algo te lo doy.

—Simplemente me dejaste sin palabras, vení acá dame un abrazo, te lo mereces.

Se abrazaron, y a Miguel se le ocurrió una idea bonita para compartir con el doctor.

—Mirá, ¿quierés ver mis otras escrituras?

—Bueno.

Miguel le da el tacho de basura al doctor, y el doctor claramente confundido lo agarra

—Dale tarado, sacá las hojas de ahí.

—Bueno eh, ahí va.

El doctor se sienta y se pone a leer las hojas una por una, minutos después llega la abuela de Miguel, y se quedan un rato a leer todo lo que escribió Miguel durante estos meses. Después de terminar de leer, el doctor quedó encantado con todo lo que escribía y le dijo que debería de escribir un libro y todo, más otras cosas más que no van al caso porque son palabras igual de inspiradoras. Finalmente, salieron los tres del hospital, y se abrazaron por última vez y como gesto de despedida, Miguel le dió uno de sus poemas más preciados. Luego se subió al auto de la abuela, y fueron a comer a un restaurante de comida rápida que tenían cerca del hospital.

Después de unos años, Miguel se subió a un tren con la necesidad de compartir otro de sus tan conocidos poemas...

—Perdonen la molestia a todos, pero necesito hablar sobre algo muy simbólico para mí, y espero que me puedan escuchar todos. Para los que no me conozcan mi nombre es Miguel Medina, soy un escritor argentino que escribió varios libros durante estos 4 años y bueno, acá estamos señoras y señores. Unos años después de todo ese sufrimiento vuelvo a los trenes a recitar un último poema. Y estoy orgulloso de todo lo que logré, todo lo que pasé y cómo lo superé. Obviamente dolió, obviamente tardó, pero al final valió la pena todo lo que pasó. Simplemente necesitaba un cambio de perspectiva que me ayude a superarme a mí mismo y sinceramente no hubiera podido hacerlo sin todas las personas que estuvieron a mi lado todo este tiempo. Actualmente tengo 23 años, vivo en mi propia casa y con el tiempo pude casarme con una hermosa mujer que conocí en unas cuantas conferencias. Martina se llama, y después de 2 años de casados ya pudimos tener nuestra primera hija, Magalí. Nunca pensé que iba a llegar tan lejos, es más, yo pensaba en que nunca iba a llegar a nada con esto. Pero mi abuela me ayudó a dejar de lado todos mis complejos, la pobreza, mis defectos, mis piernas, mi familia y muchas otras cosas más que aprendí con el tiempo. Este poema va para aquellos, que me ayudaron a superar mis bajísimas expectativas, me gustaría que ahora mismo estén acá para verme triunfar, lamentablemente ahora la mayoría está en un lugar mejor. Pero espero que este mensaje les llegue en ese mismo lugar, hice todo esto por ustedes, y gracias por haberme convertido en un rey. Dejando todo eso de lado, les voy a leer uno de los poemas que le dejé a uno de los doctores que me bancó durante mi estadía en un hospital cerca de la estación de once, ese mismo poema que le dí el día de nuestra despedida...

Gracias por todo,  
Por cambiar mi pensamiento  
Cuando pensaba medio lento  
Cuando no le veía sentido a esto

Sentía que no podía  
Pero vinieron a levantarme  
No era lo que quería  
Pero aún así pudieron ayudarme

Viví mucho por ustedes  
Superé todo por más de que ya no estén  
Una parte de mí los va a extrañar

Pero a veces dejar ir es la mejor forma de amar

Espero que sean felices siempre  
Y aunque no sea posible  
Quiero que se vuelva realidad  
Para que algún día nos volvamos a abrazar

¿Y qué será de mí?  
La verdad es que no lo sé  
Pero aunque me toque sufrir  
Voy a volver a sonreír

Porque después de pasar por toda esta perdición  
Pude llegar a la coronación  
Demostrando así, como a pesar de todo lo que me hicieron creer,  
Me convertí en el peón que se hizo rey

## Mención especial

*Me llamo Diego, tengo 18 años y vivo en Villa Corina, Córdoba. Me encuentro actualmente estudiando Cine y Artes audiovisuales en la Universidad Nacional de Córdoba. Fue en la primaria que comencé a incursionar en la lectura. Ya en mi adolescencia comencé a interesarme la idea de escribir, pero nunca me animé. No fue hasta mi último año de secundaria que escribí mi primer cuento, gracias al apoyo de mi profesora de literatura, Paola, quien fue, además, la que me animó a participar en este concurso de cuentos.*

## Monólogo

Diego Nahuel Vivas

Ciudad de Córdoba, Córdoba

Publicidades, obras de teatro y algunas apariciones como extra en una serie de televisión a la que no le fue muy bien. Eso resumía la mediocre carrera de Estigarribia como actor. Había decidido hacía ya algunos años abandonar la actuación. Se dedicaba ahora a dar clases.

Lo que alguna vez fueron sueños e ilusiones de una grandiosa carrera triunfando en Hollywood, llenándose de premios y distinciones, era ahora nada más que desgano y decepción.

El colectivo aminoró la marcha obligadamente. La calle en la que se encontraba se curvaba hacia abajo, haciendo que el agua se concentrara en ese punto y se formara una minilaguna. Atravesó el desgastado arco color naranja que daba inicio al barrio; luego continuó andando por la calle principal, frenando en cada una de las múltiples paradas, dejando atrás a las personas que iban y venían, cada una concentrada en sus propios problemas. Tras haber recorrido unas cuantas calles, se encontraba ya en aquel espacio verde, la frontera invisible que separaba a un barrio del otro. Desde la ventanilla, observó las estatuas de los diferentes íconos del cuarteto, ubicadas a su derecha. Antes de que se comenzara a construir el playón polideportivo, las estatuas se encontraban paralelamente a ambos lados de la calle.

El colectivo continuó avanzando y, habiendo hecho dos cuadras, giró a la derecha. En la esquina, giró nuevamente a la derecha. Estigarribia se bajó en la plaza que estaba justo enfrente del dispensario del barrio. Había unos cuantos chicos que se encontraban jugando un partido de fútbol. A un costado de la cancha, sentados en un banquito, dos hombres adultos se drogaban sin disimulo. Se llevaban aquel cartón lleno de polvo blanco hasta la nariz, sin importarles el hecho de que lo hacían al aire libre, a plena

luz del día y con un montón de niños correteando a su alrededor.

Se cruzó de vereda y se dirigió a la casa de su madre, en la que se encontraba viviendo hacía ya un tiempo. Nunca le había gustado el barrio en el que vivía su madre. No era para él más que una zona roja en la que abundaban las armas y las drogas, y la violencia era moneda corriente. Un lugar al que algunos taxistas y colectiveros no estaban dispuestos a ingresar. Un lugar olvidado, como muchos otros en la provincia.

La lluvia caía como una cascada. Las incesantes gotas chocaban contra los cristales. Lo hacían tan fuertemente que estos daban la impresión de que iban a romperse en cualquier momento. Estigarribia disfrutaba comer polenta durante los días de lluvia, por lo que se colocó su campera inflable sobre los hombros y salió a hacer las compras.

Al salir, dirigió una rápida mirada a la casa de enfrente, en la que unos chicos tomaban cerveza en el porche techado y charlaban efusivamente, casi a los gritos. Los ignoró y siguió su camino.

Regresó a los 10 minutos y lo primero que vio fue un móvil policial en su cuadra, y a varios vecinos y a su madre observando desde sus puertas, con ojos atentos y chismosos, hacia el lugar en el que se encontraba la patrulla.

Llegó a su casa y pudo entender mejor lo que estaba sucediendo. Sentado en uno de los escalones de la entrada del porche, y hablando con un policía, se hallaba uno de los chicos que había visto al salir. De la cabeza le chorreaba sangre y le caía por el rostro. Tenía una botella de cerveza rota a los pies; era evidente que la discusión había terminado convirtiéndose en una pelea. A unos metros, otro de los chicos charlaba también con una uniformada.

La lluvia caía sobre su rostro y parecía atravesarle la piel y congelarle los huesos, por lo que decidió que era mejor entrar. Su madre lo siguió por detrás.

La curiosidad le ganó y terminó viendo por la ventana. El chico que estaba parado hablando con el oficial tenía ahora una actitud completamente distinta a la que había visto cuando salió. Sus expresiones y postura habían cambiado, y estaba seguro de que su voz y forma de hablar también. Estaba haciendo el papel de víctima muy bien, y posiblemente su facha lo ayudaba a lograrlo. Estigarribia estaba pegado a la ventana, observando muy atentamente todo lo que sucedía, pero su estómago le recordó que era ya hora del almuerzo.

Regresaba de su trabajo cuando decidió bajarse en una de las primeras paradas para hacer algunas compras en un almacén, que era además carni-



cería y verdulería. Cruzó la calle, subió a la vereda y se dispuso a entrar en el negocio, pero se frenó para darle paso a una señora que venía saliendo.

Ya dentro del negocio, Estigarribia se dio cuenta de que el chico que estaba comprando antes que él era el mismo que había tenido aquella situación con la policía en la casa que quedaba frente a la suya.

—Son 150 pesos —dijo la muchacha que atendía detrás del mostrador.

—¿Vos sos nueva acá? —le preguntó el chico mientras dejaba un billete de quinientos en el mostrador.

—No, yo no trabajo acá. Estoy ayudando a mi tía —respondió con una sonrisa boba mientras le daba el vuelto.

Recibió el vuelto y puso el codo sobre su billete y se acercó a la chica.

—¿Tenés novio? —preguntó mientras se guardaba su billete de quinientos y el vuelto que había recibido en el bolsillo.

—No, no tengo.

Se le escapó una risita.

El chico agarró una lapicera, sacó un papel del bolsillo, anotó algo y se lo dio a la chica.

—Mandame un mensaje.

Se dio media vuelta y se fue.

(Además de fachero, chamuyero.)

La chica no se dio cuenta de lo que había pasado hasta que ya casi había terminado de atender a Estigarribia.

Las dos situaciones de las cuales había sido testigo contribuían a una idea que lo venía (como actor me puede ir bien) acosando desde hacía unos días. Estigarribia había perdido ese cariño que le tenía a la actuación. Volvían esas ganas que supo sentir alguna vez, cuando era joven y apenas daba los primeros pasos en su carrera. Sentía una pasión que había estado ausente mucho tiempo.

Estaba parado frente a su puerta (qué estoy haciendo acá) esperando a que le abrieran. Estaba tan concentrado en lo que tenía delante, que no escuchó los pasos a sus espaldas. Le dieron unos toquecitos en el hombro que lo hicieron pegar un saltito del susto. Se dio vuelta y se encontró un muchacho que lo examinaba de arriba a abajo.

Se mantuvo en silencio durante unos segundos, hasta que habló:

—¿La busca a mi mamá?

—No —respondió Estigarribia—. Te estaba buscando a vos.— El muchacho lo miró con desconfianza.

—Me llamo Rodrigo. Vivo en la casa de enfrente.

Estigarribia le estiró la mano. El muchacho dudó, pero se la ter-

minó estrechando.

—Jorge. Me dicen Jorgito. ¿Para qué me buscaba?

Comenzó a explicarle lo que había visto y la idea que tenía. Estaba nervioso, tanto que a veces tartamudeaba o decía lo mismo dos veces.

Jorge lo miraba en silencio, limitándose a escuchar. Esto ponía más nervioso a Estigarribia. Las manos se le movían de manera inquieta. Parecía que tuviesen vida propia. Gotas de sudor le recorrían la frente. El corazón le latía peligrosamente rápido.

Tras un esfuerzo innecesario, pudo explicar su idea.

—Estoy seguro de que te puede ir muy bien en la actuación.

Jorge pensó un momento:— No, gracias.

Entró a su casa y le cerró la puerta en la cara.

Era un día de mucho calor. Estigarribia estaba sentado en la vereda de su casa, tomando una Coca-Cola, cuando vio a un chico vestido con ropa de fútbol que se acercaba para hablarle.

—¿Usted da clases de actuación?

—Sí. Yo doy clases de actuación.

—Me contó Jorgito —hizo una pausa—. Yo quiero actuar’.

Estigarribia suspiró.

—La semana que viene podemos arreglar algunas clases.

—Bueno, más vale. Yo vivo en la casa esquina de la otra cuadra. Se dio media vuelta y se fue.

Lo volvió a ver unas horas más tarde. El muchacho caminaba dando tumbos y balbuceando incoherencias. Era evidente que estaba drogado.

A diferencia de Jorgito, la motivación era la posibilidad de ayudar. La imagen de aquel chico (supo más tarde que se llamaba Pablo), de no más de veinte años, desperdiciando su vida (A lo mejor con esto puede encarar para otro lado) y arruinando su futuro con la droga, lo atormentaba.

Había llegado a la casa esquina de la otra cuadra, justo como le habían indicado.

—Necesito que busques a chicos que quieran actuar, vos conocés el barrio mejor que yo.

—Ma’ vale.

—Otra cosa, ¿vos te drogás?

El chico lo miró sorprendido. La pregunta lo tomó desprevenido.

—A veces.

—Por favor, tratá de no hacerlo. La idea es que formemos una especie de mini compañía y podamos hacer presentaciones, y eso requiere un compromiso. Sé que es difícil pero, por favor, tratá.

Para la primera clase decidieron ir al playón. No estaba terminado del todo, pero podían tener la clase sin ningún problema. Pablo había cumplido con lo que Estigarribia le pidió. Llegó a la clase con aproximadamente diez u once chicos más que querían aprender.

Comenzaron caminando en círculos, moviéndose para relajar el cuerpo. Mientras caminaban, les pidió que eligieran a un personaje y lo imitaran, gestos, movimientos, la voz, y que le agregaran algo propio, su esencia. Las clases siguieron bien; a los chicos les gustaba y siempre había uno o dos que se sumaban.

Estigarribia se dio cuenta de que Jorgito iba a ver las clases, pero nunca participaba. Decidió ir a su casa y tratar de convencerlo una vez más. Cuando llegó, sintió que estaba viviendo un deja vú. Una patrulla estacionada en medio de la calle era otra vez el centro de las curiosas miradas de los vecinos.

Estigarribia pudo ver cómo un policía le quitaba unas esposas a Jorge. Entró en la casa y solo quedó su madre y la policía, que hablaban. Estigarribia esperó a que la patrulla se fuera para poder cruzarse. Le pidió a la madre si podría llamar a Jorge, que salió después de que su madre entrara.

—¿Cómo anda, Rodrigo?

—Bien. Decime Estigarribia, no me gusta que me digan Rodrigo.

—¿Por qué no?

—Porque así se llamaba mi papá, pero nos abandonó a mi mamá y a mí cuando yo era un recién nacido.

Jorge se quedó callado.

—¿Qué pasó con la policía?

—Me agarró.

Estigarribia se rió.

—Le quise robar la cartera a una chica y no me di cuenta que había un policía en la esquina. No hizo la denuncia, por eso me largaron.

—¿Qué te paso en la cara?

—Me cagaron a palos.

Estigarribia lo miró. Tenía un moretón en el lado izquierdo de la cara.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí.

—¿Por qué robás?

Jorge se quedó en silencio. Ambos lo hicieron.

—A mí también me dejó mi papá. Mi vieja tuvo que salir a laburar porque la plata no alcanzaba. Yo era chico. Los chicos con los que me juntaba salían a robar, así que yo también lo hice y terminé dejando la escuela.

—Yo tenía un amigo cuando era más chico. Era un buen pibe, inteligente, pero vivía mandándose cagadas. Un día salió a robar y salió todo mal. Se tiroteó con la policía. Le pegaron dos tiros. Falleció —Estigarribia se limpió las lágrimas y continuó hablando—. ¿Por qué no venís a las clases? También podés retomar el colegio y entrar a la facultad y estudiar teatro. Te podés dedicar a eso, hasta te podés convertir en una estrella del cine. O no necesariamente eso, podés estudiar lo que quieras.

—No sé, qué sé yo.

—Vos sos joven, te queda todo un futuro por delante. No tenés que terminar como mi amigo.

Las clases de actuación siguieron por unos cuantos meses. Los chicos se preparaban ahora para dar una obra en el playón para todo el barrio.

Hamlet fue la elegida para interpretar. Jorgito era Hamlet. Estaba en la vereda de su casa practicando el famoso monólogo que dice “ser o no ser”.

Se le acercaron dos amigos. Le propusieron un robo grande (justo el mismo día de la obra). Le aseguraron que no iba a haber problemas. Entrar y salir. No iban a tardar más de cinco minutos. Terminó aceptando.

Estigarribia comenzaba a ponerse nervioso. Jorgito no llegaba y ya casi era hora de la presentación.

La presentación inició, pero Jorgito nunca llegó y tuvo que ser reemplazado.

El robo marchaba bien. Fue rápido. Entraron y salieron en cinco minutos, pero aún así se encontraron en problemas. Una vecina vio a Jorgito y sus amigos, por lo que llamó a la policía y terminaron enfrentándose a los tiros.

Jorgito intentó escapar (¡la presentación!) a pie.

Dos disparos fueron los que escuchó Jorgito antes de caer muerto al suelo.

Ese cosquilleo volvió. ¡No lo había sentido desde hacía tanto tiempo! Observaba desde atrás del telón. Las personas se ubicaban en sus butacas. El teatro le parecía imponente. Estigarribia se dio vuelta y miró a los jóvenes actores. Fue un largo camino el que recorrieron para llegar hasta donde estaban ahora. Las primeras clases, las meriendas, las obras a beneficio, las entrevistas y también Jorgito.

Estigarribia miró a los jóvenes actores y lo único que vio fue talento y capacidad para lograr cualquier cosa que se propusieran. Resiliencia.

Se acordó del barrio, de las estatuas, de su madre. Un barrio que, creía, no era más que delincuencia y droga. Pero ahora era diferente, tenía otra visión. (De qué otra cosa podría estar lleno un barrio que se llama “Ciudad de los cuartetos” que no sea sino arte).

## Mención especial

*Me llamo Lucía, tengo 18 años y soy de Berazategui, Buenos Aires. Actualmente estoy estudiando diseño en comunicación visual en la facultad de artes de La Plata. Desde los 12 años empezó a interesarme la literatura en general, casualmente era mi materia favorita. Alguna que otra vez intenté empezar varias novelas que nunca llegaron a su fin —ni siquiera a los 5 capítulos—, pero me divertía poder sumergirme en ese mar de fantasía sin límites. Creo que ese es el poder que tiene la literatura, te transporta a otros mundos dentro del que deseamos cambiar.*

## Nuestro cielo

Lucía Jazmín Mareco

Berazategui, Buenos Aires

De pronto recordé una frase que leí en algún libro del cual no recuerdo el nombre: *“La belleza no hace feliz al que la posee, sino a quien puede amarla y adorarla”* Instantáneamente pensé en la tierra. Si lo pensás, estar vivos es algo casi mágico. Y no, no estoy loca. Pensemos en nuestro cerebro, en cómo las neuronas que se conectan procesan la información tan rápido que no nos damos cuenta. Es increíble como los huesos mantienen el peso de nuestro cuerpo en equilibrio, trabajando en conjunto con millones de venas, arterias y nervios que nos componen. Lo que ahora está frente a nuestros ojos antes no existía; nada a nuestro alrededor, de hecho. Pero acá estamos, viviendo y respirando sin tener noción de ello. ¿Qué hay después de la muerte? No lo sabemos. Pero en vez de preocuparnos por lo que vaya a pasar, vivamos el momento. Y no hay nada mejor que vivir apreciando la belleza de nuestro planeta.

Sé que lo habrán escuchado millones de veces pero una más no va a cambiarles nada.

La tierra... ¿Por dónde debería empezar? Su forma no es la de una esfera sino la de un esferoide achatado por los polos debido al movimiento de rotación alrededor de sus ejes. Es 70% agua. Tiene un solo satélite natural y es el hogar de millones de seres vivos. Imaginen la cantidad de animales que aún no hemos descubierto en las profundidades de los océanos, junglas o desiertos. O la enorme cantidad de microorganismos que hay por todas partes.

Somos hormigas en la extensa superficie que nos rodea. Tal vez nunca exploremos todo, pero de algo estoy segura, y es que no hay nada más hermoso que el cielo. Ya sea de día o de noche, la sensación de paz que me genera es gratificante. Solo basta con mirarlo unos segundos para com-

prender su inmensidad. Por la mañana el sol se asoma en el horizonte con pereza, las nubes se mueven lentamente y te preguntás cómo sería estar ahí arriba, si podrías tocarlas y averiguar qué formas tienen cada una. Por la tarde los colores se mezclan, celeste, naranja, rosa, rojo... y te quedás embobado cuando en la noche la luna ilumina en silencio, una luz blanca que parece débil pero da brillo a cada rincón de la tierra. Y si con esto no te generé una sensación en el pecho que es difícil de explicar, entonces deberías apreciar más el hecho de estar vivo.

Pero ahora toquemos otro tema. A todos les gustan las flores, los campos verdes y el aroma de la primavera. Pero muy pocos los aman. La mayoría de las personas olvidan regar sus plantas, no les gusta que los árboles crezcan mucho y les molestan los insectos. Por supuesto que tienen sus razones, ya que crecimos en una sociedad tecnológica y de un solo uso. No importa nada más, solo lo que tengas frente tuyo.

Cuando les mencionás el concepto de reciclar, en seguida desactivan su interés por lo que vayas a decir. Es una respuesta natural. Si no es una urgencia del momento —que en realidad, sí lo es—, no te prestan atención. Todos asumen que el punto sin retorno de la contaminación tardará años más adelante y eso es cierto. ¿Pero acaso no es justamente por eso que deberíamos preocuparnos? Claro, las cuestiones políticas, económicas y sociales son prioridades. Pero imaginar un futuro donde las personas no puedan ni respirar el aire que nos rodea es igualmente preocupante. “Para ese tiempo ya vamos a estar muertos”. Sí, nosotros. ¿Y qué hay de los que irán después? Como bien dicen, no hay un planeta B. Las millonarias investigaciones que se realizan para saber si otro planeta es habitable para los humanos ¿No podría usarse para salvar al nuestro? Lo veo bastante lógico, pero parece que mi sentido de la razón está mal visto por las grandes empresas e inversores millonarios. ¿Hubo cambios en este último tiempo? Sí, los hubo. ¿Son suficientes? Por supuesto que no.

Para generar un cambio tan grande como el que se necesita, se debe llamar a la comunidad que finge no ver lo que pasa.

Tenemos el poder para mejorar y arreglar los errores de nuestros antepasados, pero cada día parece que estamos aún peor. Las personas pierden su empatía, ya sea por sus experiencias o simplemente porque no creen que valga la pena gastar su tiempo en tirar el papel de caramelo en un tacho de basura y ni hablar de separar los residuos. El problema no solo pasa en las zonas más necesitadas, pasa incluso en las ciudades más turísticas. Perdemos las buenas costumbres de la higiene básica, del respeto por los demás y por nuestra tierra. Hay muchísimas formas en las que podemos

colaborar y no nos cuesta nada pero el desinterés que cada vez crece más nos impide avanzar.

De pronto, uno de mis auriculares desaparece de mi oreja izquierda.

Volteo a ver a la mujer a mi lado que tiene el ceño fruncido. Inmediatamente mi reflexión mental se detuvo.

—Ya tenemos que bajar. —La voz autoritaria de mi mamá me obligó a disculparme por estar tan distraída.

Ambas nos levantamos. Ella se adelantó para ir hacia la parte trasera y tocar el timbre, mientras yo luchaba con mantener el equilibrio y agarrarme de cualquier asiento hasta que el colectivo se detuviera.

Bajamos dos cuerdas antes de la casa de mi abuela. Queríamos comprarle una torta por su cumpleaños y no nos pareció buena idea traer una de casa, ya que el calor de ese día podría arruinarla. Nos atendió Malena, una amiga íntima de mi abuela con la cual entramos en contacto desde hace dos semanas para hacerle una torta personalizada. Al poner un pie en la panadería mi apetito se abrió como si no hubiera comido nada desde hace días, el aroma de las facturas recién horneadas me hacía peor. Recorrí con la mirada todo el lugar, mientras las dos mujeres intercambiaban palabras.

—Díganle que voy a pasar a saludarla más tarde —pidió Malena con una sonrisa que se extendía de oreja a oreja.

Ambas asentimos. La torta estaba cubierta por un papel que tenía dibujos de flores y algunos pájaros. Era un detalle muy lindo de su parte, a mi abuela le encantaría. Mi mamá tomó la torta mientras yo abría la puerta. Nos despedimos de la panadera y retomamos el camino inicial.

Las calles estaban llenas de personas, por lo cual me quedé atrás de mi mamá para no obstruir el camino, pero al hacerlo una bolsa de plástico se enredó en mi pie. Por poco me caigo del susto, fue muy repentino y yo estaba sumida en mis pensamientos. La saqué y busqué con una mirada un tacho de basura pero no encontré ninguno así que la metí en mi cartera. La tiraré cuando llegamos a la casa.

—¿Cómo vas a meter una bolsa sucia dentro de tu cartera? Tírala por ahí.

—Ya hay suficientes personas con ese pensamiento. Por eso la contaminación se volvió un problema crítico. Además no me cuesta nada tenerla encima hasta poder tirarla donde corresponde. Ella se quedó callada y no volvió a hablarme. Sabía que tenía razón.

Mis papás no le daban mucha importancia a este tipo de cosas. No estoy diciendo que sean malas personas, entiendo su forma de pensar, le



dan más importancia a las cosas que realmente necesitan o les importan. A pesar de eso en casa tenemos tachos de reciclaje, una huerta y todos los fines de semana hacemos abono, todo por insistencia mía. Les agradezco mucho su esfuerzo en ayudarme, a pesar de que no les guste o interese. A veces pienso que me miman demasiado por ser hija única.

Ya en nuestro destino, mi abuela salió a recibirnos con una sonrisa.

Llevaba un hermoso vestido color verde esmeralda, largo hasta por debajo de las rodillas y con un dibujo de la tierra y un corazón rodeándola, bordado a un costado en la parte superior izquierda del pecho. Su pelo marrón era tan oscuro que casi parecía negro, lo llevaba perfectamente ordenado en una trenza cocida, y en su cuello tenía un collar con el dije de una flor dorada que iba muy bien con su piel morena.

—¿Cómo estuvo el viaje? Hace mucho calor.

Las tres entramos a la casa y nos sentamos en el viejo sillón color pino de la sala.

Siempre me gustó su casa, me dejaba una sensación muy pacífica cada vez que la visitábamos. Las paredes blancas que agrandaban el lugar, junto con el alto techo de madera y las plantas de interior que complementaban el espacio. La sala era amplia, había una estantería llena de libros ordenados por color. Diferentes cuadros pintados por ella de figuras abstractas o paisajes. Los muebles estaban hechos de madera, recuerdo como había ayudado a mi abuelo a hacer algunos, ahora parecían necesitar una nueva capa de barniz. Había algunas decoraciones hechas a mano con materiales reciclables, mi favorito era un frasco de vidrio que contenía un pequeño auto de carreras que uno de sus vecinos estaba por tirar, estaba rodeado de hojas secas trituradas a mano y sobre él había un árbol hecho de papel reciclado que se unía a una pequeña rama que simulaba ser un tronco. Era original y muy lindo, si recuerdo bien me dijo que se tardó dos horas en hacerlo a pesar de parecer tan simple a la vista.

Me dirigí hacia la cocina para poder tirar la bolsa de plástico en el tacho amarillo al que pertenecía. Busqué la palabra “yerba” en los frascos de vidrio de la mesada y comencé a preparar el mate. Mientras tanto, mi mamá y abuela conversaban sobre lo cambiante que había estado el tiempo.

—Ayer llovió y estaba re fresco, el viento frío me daba escalofríos —mi mamá se quejaba a la vez que se abanicaba por el calor que hacía.

Mi abuela se levantó para prender el ventilador.

—Bueno, lo que está pasando ahora es apenas el inicio de las consecuencias de los errores cometidos. El cambio climático es nuestra culpa y aunque no nos guste no hay mucho que podamos hacer para eliminarlo

mágicamente de un día para otro.

Llevé el mate ya listo a la mesita de café y me senté al lado de mi mamá. Parecía estar sufriendo mucho el calor, ella tenía la piel clara por lo cual era más sensible al sol, enseguida se ponía roja y le daba dolor de cabeza. Tenía el pelo negro atado en una cola de caballo alta y sus ojos marrones devoraban la tarta de manzana que mi abuela preparó antes de que llegáramos. Me había obligado a ayudarla a elegir su ropa, ya que consideraba que tenía muy buen gusto en ropa. Cosa que me avergonzaba al halagarme siempre con lo mismo. Tenía puesta una blusa blanca de tirantes, un jean marrón oscuro y unas sandalias de tiras cruzadas del mismo color. Yo en cambio llevaba unas zapatillas de blanco y negro, un short tiro alto verde oscuro y una remera de mangas tres cuartos suelta color gris. Hablamos la siguiente hora y media sobre la escuela, el trabajo y de cosas que surgían de la nada. Mi abuela se asombró al igual que nosotras por la torta personalizada que había hecho Malena. Era de vainilla con relleno de crema y dulce de leche, decorada con árboles a los costados y en la parte superior había un hermoso paisaje de un lago con pequeños peces de colores, todo hecho a mano. Era increíble y además estaba riquísimo. No podíamos dejar de halagarla.

Ya más llegada las siete de la tarde, acompañé a mi abuela al jardín para ayudarla. Le cambiamos la tierra a algunas plantas y cortamos las hojas muertas de otras. Entramos al invernadero donde cultivaba algunos de sus alimentos, siempre me impresionaba lo ricas que eran sus verduras. En mi huerta al ser yo apenas una principiante, se solían morir mis cultivos a los pocos días, pero lo consideraba algo muy tranquilizador plantar y ser parte del proceso de su crecimiento. Las zanahorias ya estaban listas así que me pidió que las juntara mientras ella revisaba las lechugas.

—Ya tenemos que irnos, se está haciendo muy tarde —Mi mamá dejó la regadera en una pequeña mesa improvisada con cajones de madera.

—Voy a darles un poco más de tarta de manzana —Mi abuela ignoraba los “no es necesario” de su hija. En tanto, terminaba de acomodar las cosas del invernadero.

Eran alrededor de las ocho de la noche, cuando el colectivo nos dejó justo en frente de nuestra casa. Aún no terminaba de oscurecer, después de todo estábamos en pleno verano, cuando los días, además de increíblemente calurosos, son largos. Lo que más me sorprendió no fue que mi papá estuviera con un delantal de oso preparando algo que definitivamente olía a budín de pan, sino que Rocky no viniera a tirarse encima de nosotras a movernos la cola para que lo acariciemos.

—Hola pá, ¿y Rocky? —lo saludé con un beso en la mejilla. Él miró por donde entramos, sus ojos recorriendo el comedor que se conectaba con la cocina.

—Tal vez está afuera durmiendo, ya sabés que tiene el sueño pesado —Tenía razón, no sería la primera vez que no nos escuchaba llegar.

Después de una cena tranquila y agradable, limpiamos y nos alistamos para dormir. Me tiré en la cama soltando un fuerte suspiro. Mañana empezaría el día con cuatro horas de matemáticas seguidas, una pesadilla para muchos, una realidad para mí. Y lo peor de todo es que el profesor era un dolor de cabeza, era de esos que te dicen que podés preguntarles lo que sea y cuando consultas tus dudas te hacen sentir como si no tuvieras la capacidad de aprender. Me giré en la cama quedando cara a cara con la pared, quería que el sueño me atrapase y así no tener que pensar más sobre cosas frustrantes. Es realmente satisfactorio no pensar, no hay nada que te perturbe o te cause la sensación de descontrol de tu vida. A veces pasa, las personas pierden el control y las cosas salen muy mal. Hasta que vuelven al camino que ellos planificaron y nuevos desafíos surgen. Y ahí estaba otra vez mi espiral de pensamientos, uno tras otro que desencadenaban un revoltijo en mi cabeza. Cerré los ojos y al abrirlos nuevamente por el sonido de mi alarma me di cuenta que ya era de día y para mi buena suerte, estaba llegando tarde a la escuela.

Intenté correr hasta el baño pero en el proceso terminé resbalándome con una remera que solo mi peluche de pikachu sabe cómo llegó ahí. El golpe no me impidió seguir con mi camino y a las apuradas me alisté, desayuné y salí de mi casa agarrando mi bicicleta para llegar más rápido, a pesar de que la escuela me quedaba solo a tres cuadras de distancia. Llegué con un minuto de anticipación. Fui recibida por la alegre sonrisa de mis dos amigas quiénes se sorprendieron al verme con el pelo alborotado y la cara pálida. Detestaba con lo más profundo de mi ser la impuntualidad y por nada del mundo me convertiría en lo que más odio.

—Es muy raro verte llegar con el tiempo justo, siempre estás como una hora antes —se burló Martina mientras nos saludamos con un choque de puños.

—Sos una exagerada —usualmente llegaba solo diez minutos antes.

Las cuatro horas de matemáticas pasaron tan lento que sentí que había pasado cuatro semanas enteras adentro de esa aula. Esta vez, era yo la que exageraba. La —y afortunadamente— última hora pasó rápido, era mi materia favorita: Medioambiente. Para muchos serán inglés, artes o literatura pero para mi no había nada mejor que debatir sobre las diversas

problemáticas que cada vez más contaminaban el planeta. Los debates me encantaban, todos daban su opinión con respeto solo porque la profesora ejercía una autoridad que nadie se atrevía a desafiar, ni siquiera el grupito de fiesteros del fondo.

Usualmente siempre terminábamos en una conclusión general teniendo en cuenta todos los argumentos presentados. Inclusive en ocasiones armábamos un tribunal donde tratábamos los temas más cuestionables, la semana pasada fue el veganismo. Hubo muchos puntos de vista, algunos a favor y otros en contra. Yo participé como juez por ser vegetariana acompañada de otros dos chicos, uno que era vegano y otro que estaba totalmente en contra de nuestras formas de vivir.

Finalmente llegamos a la conclusión que el consumo excesivo de carne sí tiene repercusiones serias en el aire pero no por eso debemos erradicarlo totalmente, ya que también tenemos que respetar las formas de vivir de todos. Una de las soluciones para reducir los gases contaminantes es producir y consumir menor cantidad de carne, debido a que, bien sabido, las vacas liberan el gas metano —muy peligroso si está en grandes cantidades— que perjudica la calidad del aire y además es responsable de la cuarta parte del calentamiento global. La carne que no llega a venderse por la sobreproducción es desechada y por ende también contamina los suelos y ríos. Este es un tema del que muchos evitan hablar porque no quieren aceptar la verdad y es que sí influye en todo lo que está pasando.

—Como proyecto final van a tener que hacer un video —las quejas no tardaron en llegar, sacándole una sonrisa a la profesora—. Van a tener que elegir un tema de todo lo que vimos en el año y armarlo en grupo de cuatro personas máximo. Tienen hasta fin de mes para entregarlo y no quiero excusas.

—¿Solo nosotras? —preguntó Abril. Martina y yo asentimos con la cabeza, no es que nos llevemos mal con el resto, es solo que seguramente la gran mayoría no haría nada y esperaría a febrero para rendir todo lo que se llevaron. La profesora nos anotó y comenzamos la lluvia de ideas.

—¿Qué les parece si hacemos sobre la contaminación inconsciente? —Martina se veía contenta con ese tema, tal vez sea porque fue el único que le gustó y justamente porque le permitía quejarse de las personas a pesar de que ella también contribuye a la contaminación.

—Podríamos ir al río que está como a diez, doce cuadras de tu casa. Hay cerca una empresa y creo haber leído de que vecinos se quejaban del olor del agua.

—Sí, siempre escuchó a la señora de la pescadería contarle lo mismo

todos los días a mí mamá.—Para Martina, las personas además de Abril y yo, y obviamente su familia, no tenían nombres: eran “la amiga de...”, “la que vive en...”, “la dueña de...” o simplemente su descripción física.

—¿Cuál pescadería? —a Abril le molestaba que no aclarara las cosas, le repetía constantemente que no era adivina.

—Eh, la que está cerca del puente, donde vive la chica que tiene el ovejero alemán. ¿Se acuerdan? La que le mandó al amigo de mi primo una correa para su perro —respondió, y esperó pacientemente a que nuestros cerebros procesaran toda la información que nos había dado y trataran de recordar quién era quién.

—¿La señora Francisca?

Martina movió la cabeza en señal de afirmación mientras se llevaba una galletita de arroz a la boca.

—No sé cómo podés comer eso, no sabe a nada.

—Callate, Abril.

Las tres en el camino a nuestras casas nos dividimos las tareas y acordamos en organizar más tarde por chat lo que exactamente íbamos a hacer. Al salir del colegio todo estaba tranquilo, no había tanto movimiento como a la mañana, el calor lo sentía aún más sofocante que el día anterior. Sólo quería llegar a su casa, dormir una siesta y jugar a las escondidas con Rocky, por alguna razón le encantaba ese juego.

Todavía recuerdo cuando lo vi por primera vez. El cachorro de cuatro meses que movía su cola frenéticamente me miraba con ilusión y su cuerpo negro pesaba más de lo que parecía. Por suerte no es de esos que rompen todo lo que les des, al contrario, tiene un pozo especial en el patio donde guarda sus cosas. Sus tareas diarias consisten en recibirnos cuando alguno llega a la casa, pedirnos caricias y traernos la pelota para que se la tiremos lo más lejos posible. Mientras me reía al pensar en lo mucho que le gusta salir, un señor que pasaba por la misma vereda me miró raro. Qué vergüenza. Eso me pasa por divagar mucho.

Llegué a mi casa con los brazos abiertos esperando a Rocky, pero no apareció. Lo llamé y tomé su gallina de juguete del piso para atraerlo.

Nada. Dejé mi mochila adentro y fui al patio a buscarlo pero seguía sin aparecer. Me asusté y le mandé mensajes a mis papás a pesar de que sabía que estaban trabajando. Mi papá me respondió con un “¿Hay algún lugar por el que pudo haber escapado?”. Vi un hueco en la puertas del garaje, debía haberlas forzado, algo habrá llamado su atención. Salí para buscarlo en los alrededores y preguntar si alguno de mis vecinos lo vio.

—Hace como una hora unos chicos estaban tirando cohetes en la calle,

creo que estaban cerca del kiosko de Martín.

En el barrio nos conocíamos entre todos, por ello no me fue difícil identificar quiénes eran los nombrados. Rocky era muy sensible a los cohetes, se desesperaba apenas escuchaba uno. Seguramente escapó para alejarse del ruido lo más posible.

—Muchas gracias.

—No me agradezcas, tenemos que cuidar a nuestras mascotas. Igualmente lo mejor sería que volvieras a tu casa, espera a tus papás y búsqenlos juntos. O en lo mejor de los casos va a volver solo —Inspiré hondo y me despedí. Si, lo mejor sería calmarme y esperar.

El resto del día transcurrió más lento de lo que hubiera querido, me distraje con tareas y deberes de la casa. No podía mantenerme quieta, tan solo pensar en las cosas malas que le pudieron haber pasado me aterraba. Posibilidades y escenarios que mi mente creaba no me permitían concentrarme en mi programa favorito. Apagué la tele y me recosté en el sillón de tres cuerpos grisáceo, mirando el techo negro que poco a poco perdía su color. Así es el tiempo, los años pasan y todo cambia, para bien o para mal. El vacío que me generaba no tener a mi mejor amigo a mi lado era incomparable, es como si una parte de mi faltara. Mis papás lo trajeron a casa cuando tenía tres años. Según me contaron, pasábamos mucho tiempo juntos. Una sonrisa se escapó de mis labios. Alcancé la computadora que se encontraba sobre el escritorio de la sala y volví al sillón, acomodándome mientras buscaba la carpeta “Valentina y Rocky”. Perdí la noción del tiempo viendo todas las fotos y aunque sabía que terminaría destrozada, comencé a ver los videos. Mi favorito era uno en el que yo cocinaba con mis juguetes comida para mis papás, le pedía a Rocky que me pasara algunos ingredientes y él los buscaba obedientemente. Cuando mi mamá decía que no le gustaba la comida y la tiraba en el piso, él le ladraba y con su hocico la movía para que tomara las cosas devuelta. Luego venía a mi lado y veía atentamente lo que hacía. Los ojos se me nublaron por las lágrimas y la garganta se me cerró. Apoyé la computadora en la mesita de café y dejé salir todos los sentimientos que estuve acumulando cuando descubrí que se había ido.

—Valen... no te preocupes, lo vamos a encontrar.

Sentí que mi papá se sentaba en la alfombra y luego comenzaba a acariciar mi cabeza. Ni siquiera escuché el auto estacionándose, las ruidosas llaves de mi mamá o sus pasos apresurados hasta encontrarse conmigo para abrazarme. Ahí estaba. Sin poder articular una palabra, con lágrimas empapando mi rostro y teniéndolos a ellos dando su mayor esfuerzo por

tratar de consolarme. Y a pesar de que no estaban llorando, sé que les dolía. Porque una mascota no es solo un animal doméstico. Una mascota es otro miembro de tu familia.

Desperté con los rayos de sol que se filtraban por mi ventana. Me pareció extraño no haber escuchado mis alarmas, así que tomé mi teléfono para revisar. Todas estaban canceladas, y sabía que era obra de ellos. Querían darme mi espacio para liberar lo que sentía y no podía estar más agradecida, lo único que necesitaba era no hacer, ni pensar en nada. Pero tenía que buscarlo. Me di la vuelta para levantarme pero encontré una nota en mi mesita de luz. Era la letra de mi mamá, salieron a ver si lo encontraban en el auto y había una clara orden de no salir y descansar. Reí levemente, estaba noventa y ocho por ciento segura de que había un bizcochuelo de chocolate en la heladera. Era lo que siempre me preparaban cuando me tenían que anunciar algo malo o cuando me sentía triste. Finalmente decidí levantarme e ir a comer algo después de pasar por el baño para borrar todo el rastro de angustia.

Afirmando lo que pensé, un bizcochuelo de chocolate esperaba por mí con una carita feliz formada por confites. Desayuné mirando la ventana que daba al patio, minutos más tarde mi teléfono sonó y revisé la vista previa con la esperanza de que sean noticias sobre Rocky.

AYUDA NO SE ME OCURRE NADA PARA EL PROY...

Las alarmantes mayúsculas definitivamente le pertenecían a Martina.  
Solté un suspiro pesado para no responder Martina es una inculta.

Llamada grupal perdida 10:37.

Martu: PERDÓN, ME QUEDÉ DORMIDA Y NO QUERÍA ENTRAR TARDE.

Abru: De todas formas tenemos las dos primeras horas libres, el profesor no viene.

Martu: Joyaa. Que horror quedarse dos horas sin hacer nada.

Abru: @valentina ¿Por qué no viniste hoy?

Rocky se escapó. Abril, después pásame lo que hicieron hoy, por favor.

Abru: Ay, espero que lo encuentres. No puedo imaginar cómo te sentís



ahora, Val. Después les paso la tarea por acá.

Martu: ¿Estás segura que escapó? ¿No se lo habrán llevado?

¿Por qué querrían a un perro adulto y no algo de la casa?

Martu: Tenés razón, perdón. Ahora voy a avisarles a mis vecinos por si lo ven.

Abru: Yo igual. Cualquier cosa llamanos si necesitas algo.

Sonreí, eran muy buenas amigas. Pasé las próximas dos horas pensando en el proyecto y cómo podíamos abordarlo, al mismo tiempo que esperaba noticias de mi papás. Se me ocurrió hacer un video donde se mostrara la contaminación que inconscientemente cometemos para visibilizarla y hacer algo al respecto. Después de todo siempre se empieza por algo. El cambio necesario para tratar la crisis climática tenía que ser por parte de todos, no solo de unos pocos. Por eso debíamos mostrar también las consecuencias que va a haber si es que no hacemos algo a tiempo, las repercusiones serían catastróficas.

En primer lugar y uno de los más importantes: las altas temperaturas. Cada año el calor se vuelve más sofocante lo que causa dificultades en la salud de las personas y en la biodiversidad como son los incendios forestales y sequías. Estos cambios de temperatura también provocan cambios en las precipitaciones, dando lugar a tormentas más intensas y frecuentes, las cuales provocan inundaciones y corrimientos de tierra, destruyendo todo a su paso. Todo eso a nivel climático. Si hablamos de la contaminación el agua dulce es cada vez más difícil de conseguir —también debido a las sequías— o purificar. La contaminación de los lagos y ríos no tiene restricciones fuertes, y aunque las tuviera las empresas encontrarían una forma de deshacerse de sus residuos.

Siempre se pueden encontrar medidas ecológicas, por ejemplo reinventar sus productos con elementos amigables con el medioambiente, así también como reducir la utilización de plásticos, cuidar su consumo de agua, no gastar cantidades excesivas de energía y evitar los combustibles fósiles. Pero eso a las empresas no les conviene, por lo cual deciden ignorar el problema. Se deben tomar medidas fuertes al igual que los controles. Porque no estamos hablando de algo que se soluciona de la noche a la mañana, es algo que requiere tiempo y compromiso. Es cierto que hay países en el mundo que prometen no sobrepasar su huella de carbono y multan a las empresas que infringen esa norma. Eso es tomarse en serio las cosas, y



también es un comienzo. Muchas veces yo tengo que ir lejos para encontrar un centro de reciclaje o tengo que llamar para que vengan a buscar las cosas que quiero reciclar. Creo que una medida que puede funcionar muy bien es repartir tachos de reciclaje en las plazas y que las autoridades a cargo los mantengan sanos. También de vez en cuando podrían hacerse sorteos, algo así como

*¡Las tres primeras personas que lleven 100 botellas de plástico a su centro de reciclaje más cercano ganan una orden de compra!*

Los premios pueden ser llevados a la dirección del ganador en vez de entregarlos en el lugar, ya que hay muchas posibilidades de robos. Claro, solo en caso de que los premios fueran lo suficientemente costosos. Incentivar a la población es fundamental. Pueden haber premios especiales en determinadas fechas como el día del niño, de la madre, del padre o incluso navidad. Los ganadores pueden subir fotos con su premio y los municipios lo suben a sus respectivas páginas para publicitar y que lo que están haciendo llegue a más personas. También puede haber juegos para los más chicos que también sean educativos. Un intercambio de tapas por billetes para jugar en alguna máquina de peluches es una buena opción, al igual que charlas educativas en las escuelas o ferias que estimulen a las personas a tener una vida más ecológica.

El tintineo del llamador de ángeles me distrajo. Mi papá ingresó a la sala tiempo después. Me levanté de un salto, esperando que dijera algo pero no fue necesario, vi la respuesta en sus ojos. Lo que seguía entonces era publicar un anuncio de búsqueda. Él comenzó a hacerlo mientras yo le preparaba un café, estaba convencida de que no había desayunado nada. Ambos salimos a repartir y pegar los volantes en las zonas más concurridas y entre nuestros conocidos para que corrieran la voz. A muchos les parecerá tonto hacer tanto escándalo por un perro, pero ese perro había estado conmigo casi toda mi vida, siempre estuvo para mí cuando todo parecía ir mal. Era mi mejor amigo y sé que habrá personas que lo entenderán, porque el vacío que te deja perderlo es muy difícil de rellenar.

Los días pasaron a ser dos semanas sin ninguna señal de su paradero. El proyecto de la escuela ya estaba en su etapa final, queríamos grabar una especie de documental mostrando la contaminación que generaban las personas a diario. Así que decidimos ir cerca de la casa de Martina. Una empresa desechaba sus residuos al río pero esa sí era una contaminación consciente. El tema es que donde ella vivía los camiones de basura tardaban mucho en pasar y todo se acumulaba y las personas estaban tan acostumbradas que tiraban todo al suelo, sin importarles si la basura crecía

o no. Grabar sus condiciones de higiene nos pareció buena idea, también para que las autoridades a cargo hagan algo al respecto. Tomamos el colectivo mientras Abril les preguntaba a sus vecinos si no les molestaba que los grabemos.

—No les importa así que está bien, igual por las dudas, pasemos primero por mi casa y mientras ustedes terminan de preparar las cosas, yo les pregunto.

Abril llevó una cámara profesional que le prestó su hermano con la condición de que no sufriera ni un solo rasguño. A cada cinco minutos se fijaba si la tenía encima, debía ser muy cara como para tener ese nivel excesivo de preocupación. Después de que Martina volviera con una enorme sonrisa empezamos la grabación, al parecer todos habían accedido e incluso algunos se ofrecieron a grabar escenas especiales. El inicio del video eran algunas tomas de flores y árboles lindos que encontramos, de repente solo había basura. Las esquinas con montañas de bolsas de residuos, las calles de tierra con papeles y vidrios, el cielo nublado y las personas que fumaban o arrojaban sus desperdicios con naturalidad. Todos fueron muy amables y nos desearon suerte para nuestro proyecto. El resto de la tarde nos la pasamos editando el video. Realmente quedó muy bien, aunque nos costó mucho elegir el sonido, al final lo resolvimos con una música que a Martina le pareció muy dramática pero terminó cediendo. Podía presentir que las dos querían decirme o preguntarme algo pero no se animaban.

—¿Qué pasa? —pregunté, haciéndoles pegarse un susto, ya que habíamos estado en completo silencio por un largo rato.

—Eh... Bueno, queríamos saber cómo estabas —la voz nerviosa de Abril me sacó una sonrisa. Querían saber como estaba por Rocky, ellas sabían lo mucho que me importaba.

—Estoy bien, todavía no hay noticias pero quiero convencerme de que está a salvo.

—Sabés que podés llamarnos o venir a nuestras casas si te sentís mal, a mi mamá le encanta cocinarte cosas.

Martina me abrazó a la vez que Abril tomaba mi mano.

—Gracias, chicas. Pero de verdad, estoy bien, sin contar el olor del río.

Era cierto, el olor se me estaba haciendo insostenible. Era increíble cómo Martina se había acostumbrado.

—Consecuencias que tenemos que enfrentar diariamente. ¿Creen que sería buena idea publicar el video en alguna red social? Digo, para difundir y eso.

De hecho, no era una mala idea. Luego de presentarlo la próxima sema-

na le preguntaría a la profesora, seguro estaría de acuerdo.

Cuando llegó la hora de volver, con Abril nos dirigimos a la parada después de comprarnos un helado de agua. El siguiente colectivo estaba programado para dentro de veinte minutos. Busqué un tacho de basura con la mirada, y lo encontré pero al acercarme noté que el fondo estaba roto. Todo lo que se tirara terminaría en el suelo. ¿Qué clase de lógica es esa? Solté un suspiro pesado y volví a la parada. Abril era algo más reservada que Martina, nunca era la primera en hablar a menos que le hubiera pasado algo o que la situación lo necesitara. Tenía el pelo negro siempre en una cola de caballo alta, la piel morena perfectamente cuidada y los ojos verdes heredados de su abuela.

Martina en cambio tenía el pelo castaño —que constantemente lo teñía de rojo—, la piel morena y los ojos marrón chocolate. Ambas medían casi lo mismo, mientras que yo era alrededor de cinco centímetros más baja que ellas. Salíamos una vez cada dos meses a recorrer museos, paseos ecológicos o a charlas sobre cualquier cosa que nos llamara la atención. Nos llevábamos bien solo con algunas personas del salón a pesar de que no habláramos siempre con ellos. A muchos les caíamos mal solo por tener buenas notas, pero no éramos inteligentes, solo responsables. Esa era una gran diferencia. Desde mi punto de vista yo era a la que más detestaban, ya que siempre tenía argumentos razonables contra sus puntos de vista que ellos creían correctos. Uno una vez dijo que los ambientalistas eran unos exagerados y que tenían que matarlos a todos. Me pareció horrible que lo haya dicho con burla, así que lo enfrenté diciéndole que ellos eran de las pocas personas que realmente valían la pena y que los demás solo éramos un obstáculo para que la vida en el planeta prosperara. Luego de eso quiso tirarme su carpeta y el profesor llamó a la directora, quien habló seriamente con nosotros. Después de haberles contado lo que pasó a mis papás me dijeron que había muchas personas ignorantes que eran peligrosas y que no volviera a exponerme de esa forma. Me pareció muy injusto que solo por decir la verdad tuviera que callarme, aún así entendía su preocupación.

—Valen, tenemos que bajar.

Desperté de mi ensoñación por la voz de Abril. Miré a mi alrededor confundida, estábamos en el colectivo. Definitivamente tenía que prestar atención cada vez que viajaba.

Llegué a mi casa fatigada. Necesitaba dormir un rato, así que me dirigí a mi habitación para poder tirarme en la cama pero escuché el teléfono fijo de la casa, así que me apuré hasta la sala para contestar.

—¿Hola? Llamo por el anuncio de un perro perdido.

Sentí como mi corazón se aceleraba—. Sí, muchas gracias por llamar. ¿Usted lo vió?

—*Sí, ayer estaba pasando la calle 47, creo que lo vi buscando basura. Perdón no me acuerdo de más, vi el anuncio hace un rato.*

—Está bien, le agradezco mucho que haya llamado. Puede llamar a este mismo número más tarde para acordar su recompensa —sentí cómo mi voz se iba quebrando a medida que hablaba.

—*No hace falta, parece que es muy importante para vos. Me alegra haber sido de ayuda.*

A pesar de haberle insistido en que tomara la recompensa, el hombre al otro lado de la línea se negó. Apenas corté la llamada me puse a llorar, lo habían visto. Debía estar muy asustado.

Corrí hacia mi mochila para poder escribirle a mi mamá, ya estaba por salir del trabajo y ella pasaba por esa calle. Me contestó casi al instante, diciendo que bajaría ahí y buscaría para ver si todavía estaba cerca. No pude evitar emocionarme, estar pegada a la pantalla del teléfono y estar dando vueltas en la casa. Habría pasado media hora cuando mi mamá finalmente me mandó un mensaje diciendo que no lo había encontrado pero que algunas personas sí lo habían visto. Era un gran avance, sabíamos que todavía estaba medianamente cerca y que estaba bien.

Era cuestión de tiempo que volviera a casa, solo estaba desorientado pero había posibilidades de que encontrara el camino de vuelta. Les avisé a mis conocidos de la zona por si aparecía cerca. Me sentía tan feliz que el cansancio que sentía antes desapareció.

El día de la entrega del proyecto comenzó por nosotras. A todos les había gustado mucho y nos felicitaron tanto que cada vez que se me acercaban me ponía roja de la vergüenza. No estaba acostumbrada a tantos halagos. Más tarde publicamos el video en redes sociales y nuestros compañeros y profesores nos apoyaron difundiendo. A las pocas horas ya tenía cien reacciones. Lo mismo pasó con las demás producciones, sorprendentemente todos se veían emocionados por el proyecto. Al parecer luego de investigar un poco te termina atrapando y no podés parar de informarte. Para festejar la profesora compró una torta y entre todos compartimos nuestra experiencia al hacer el video. Salimos muy contentos de la escuela, no nos habíamos llevado tan bien en nuestros cinco años juntos. Inspiré la suave brisa primaveral descrita en miles de historias, esa que mueve las hojas de los árboles, obligándolos a danzar. El cielo estaba pintado de un hermoso color celeste, con nubes esponjosas que se movían con lentitud,

con pájaros que volaban de un lado al otro, con las alas abiertas, confiando en que no caerían. Esperaba que Rocky estuviera viendo ese mismo cielo.

Llegué a casa casi saltando de alegría, había sido un gran día. Sorprendentemente mis papás estaban ahí, esperándome con un bizcochuelo de chocolate y lágrimas en los ojos. Dejé mi mochila en la entrada y crucé el arco color beige que separaba el recibidor de la sala con las manos temblando.

—Hoy llamaron otra vez por Rocky, lo encontraron en la orilla del río pero... tomó agua contaminada... no sé qué tenía esta, solo dijeron que le hizo muy mal —la voz de mi mamá rompió mi corazón en un millón de pedazos. Antes de que terminara de procesar la información mi papá vino a abrazarme.

—Él está atrás... el veterinario cree que no va a sobrevivir la noche

No dije nada. Solo caminé hasta la puerta que daba al patio y giré el picaporte con miedo.

Y lo vi. Estaba recostado en su cama con un estampado de huesos.

Tenía los ojos cerrados y parecía respirar con dificultad. Intenté llamarlo pero no pude articular ni una palabra, lo único que pude hacer fue arrodillarme a su lado y abrazarlo sin apoyar mi peso en él, mientras comenzaba a llorar como si me hubieran arrancado el alma. No se cuanto tiempo estuve así, las rodillas me dolían pero mis ojos no dejaban de lagrimear. Me concentré en sus latidos, en la forma en que se esforzaba por respirar. Me quedé con él por horas, mis papás vinieron a preguntarme si quería merendar algo pero el estómago me dolía y no sabía por que, solo me negué y les rogué si podía quedarme a dormir afuera. Ellos no estaban muy seguros pero aceptaron. Me trajeron un colchón chico, una sábana y una almohada. Les pedí un cuento y eligieron uno que había escrito cuando tenía trece años. Se lo leí, tratando de interpretar a los personajes como mejor podía, hasta que el cielo se oscureció completamente y miles de puntos destellantes aparecieron en él.

—Sé que es posiblemente el peor cuento que hayas escuchado pero espero que te guste. —Parecía dolerle el estómago, igual que a mí.

Acaricié su corto pelaje mientras le tarareaba una canción. Me hubiera gustado poder escuchar sus pensamientos, de esa forma podría saber si quería que me callara o no. Pero no podía, no podía hacer nada para ayudarlo y eso me destrozaba.

—Mirá... El cielo de noche es muy lindo ¿No? Pero sería más lindo si no existiera la contaminación lumínica, estaría repleto de estrellas, ahora

solo podemos ver unas pocas. —Lo miré, él tenía los ojos abiertos y también me estaba viendo— No quiero que te vayas... Ojalá pudiera hacer algo. —De nuevo estaba llorando y me frustraba tanto, no podía hacer otra cosa.

Rocky movió su cabeza levemente para lamer mi mejilla. Algo que muchas veces consideré asqueroso, ahora solo podía tratar de reparar mi corazón que poco a poco se rompía.

—Te quiero... gracias por ser mi mejor amigo y si ahora te pierdo... me gustaría volver a encontrarte en las estrellas. Porque ahí es donde empezó todo. Estábamos debajo de un cielo estrellado, con la cálida luz de la luna que nos iluminaba. Debajo de ese mismo cielo, él se fue. Me dejó con un vacío que por mucho tiempo me costaría ignorar, pero su recuerdo me acompaña siempre en las noches cálidas de primavera. Me sigue por las Naciones Unidas contra la crisis del clima, por Ámsterdam para debatir formas de mejorar la calidad de vida, por Egipto para conversar sobre la contaminación de las empresas. Me sigue por todo el mundo para que convierta el cielo que nos cubrió esa noche en un manto lleno de luz para todos. Quiero cambiar al mundo, por él, por mí y por todos. Un futuro en donde nadie tenga que perder a su mejor amigo por la crueldad de otras personas. Uno en el que no tengas que guardar basura en tu cartera, soportar el olor de la basura acumulada y resignarte a no hacer nada contra una empresa que desecha sus residuos a un río que atraviesa cientos de hogares. Para cambiar al mundo siempre hay que empezar por algo.

## Mención especial

*Soy Gisella; tengo 18 años, nacida, perteneciente y educada en la provincia de Jujuy, en dos localidades dispuestas entre los cerros altos y pintados de la quebrada de Humahuaca, mis orgullosos pueblos, Tilcara y Maimará. Inicié mi interés en la literatura entrada mi adolescencia, enamorándome de la exclusividad del arte, la deleitosa e incisiva expresión de las palabras, la crítica hiriente o desapercibida que sostienen y la repercusión divina del cual son poseedoras. Comencé con historias ficticias, privadas y públicas en apps de lectura, cada vez esperando aprender más del desenvolver humano en su lengua e imaginación.*

## El llorar de la fauna

Gisella Nazarena Paredes

Tilcara, Jujuy

El gochar de los perros abunda en el espacio pequeño y cerrado de la apenas aireada habitación. El sofocante ambiente me quema la garganta como si una cuchilla se clavara en una sola línea de abajo hacia arriba.

Respiro en silencio, sin intentar siquiera exhalar el aire que necesitan mis pulmones. Casi asfixiándome para así no despojar a los pichus del privilegio de dejarse escuchar entre el terreno, afuera de la casa, solos contra lo qué o quién peleen. Y si soy sincero no sé si 'eso' está ahí, lejos o frente a ellos, burlándose con la sangre que brilla en sus dientes, o sin dejar de lado esa paranoica idea de qué lo que sea que descuartiza por la noches está aquí, junto a mi, al lado o al pie de la cama, esperando pacientemente a que haga un ruido, minúsculo o fuerte, insonoro o ruidoso; y aun si no fuera así, sentir el movimiento de mi cuerpo quedito y adolorido del aturdido reposo en que lo dejé al momento en que se me heló la sangre al sentir, no a los perros, no el balar de la ovejas y tampoco el incesante rugir del viento contra la casa, no... Este sentimiento agrio, que te eriza la piel y te acalambra los huesos, surgió al ver sus cuencas escarlata ante mí cada que pego mis párpados. Tales que no me dejan descansar por más agotada que esté mi carne. Entonces permanezco en vela, atormentado.

Pero, debo admitir, también culpo de mi desvelo a las amigas e invitadas de mi abuela, quienes hace apenas unas horas vinieron a la casa, a parte de rezar la novena, a martirizar mi mente con el insólito hecho de la muerte del rebaño, de veintidós ovejas de doña Clementina. Las señoras se pusieron a chismosear, apenas acabó el rezo, con detalles horribles que dejaría a cualquiera con la piel erizada.

A mí mente llegaron sus voces.

—¡Clementina se encuentra muy mal! ¡Veinte ovejas muertas y solo dos



apenas vivas!

—Y es que su corral estaba muy lejos ¡Seguro el león vino y se las comió! Total ¿Quién iba a darse cuenta?

—Y sí, pue... Pero pobre doña Cleme... ¡Tantas! Y solo una dice que se la comió, las demás solo las mató.

—Sí, así ha dicho, solo una estaba bien comida, otra tenía la panza bien abierta y toda la chunchulla afuera... Las demás, su cuello nomás estaba mordido.

—Yo supe que una estaba sin la parte de debajo de la cabeza... La... La quijada. Con la quijada sacada.

—Yo fui a su casa en la mañana, fuimos al corral y me mostró las huellas, unas eran grandes y otras chiquitas...

—¡Está trayendo sus crías! ¡Les está enseñando a matar!

¿Pero será realmente un puma?

Llegar aquí, a Huacalera, poblado ya con un buen número de gente y si bien que no estamos en el centro del pueblo, aquí en las lejanías, en “La Huerta”, sé que los gatos no han acechado ya hace más de diez años por las muchísimas familias que han hecho su rancho por todo el barrio. Mi abuela me lo confirma, y ella misma duda, pero toda otra hipótesis suena absurda. Por qué... ¿Qué otra fiera arrasaría así?

No lo sé...

Y pegué mis párpados, sin pensar en la orquesta fúnebre que producía la naturaleza, el sueño alegremente me volvió a abrazar y acariciar mi cabeza con el amor de una madre protectora. Pero, otra vez esos ojos, los que ya no me daban tanto pánico pero me mantenían alerta, acechante en medio la ahumada velada. Y apareció otro par, unos más pequeños, más inocentes, más luminosos, varados en la penumbra. Ambos me miraban enmudecidos, rodeados de cadáveres, queditos y destrozados de ovejas, corderos y chivas, inmóviles, lloronas y muertas.

¡BAAH! ¡BAAAH!. Despegué mis pestañas al escuchar los balares ruidosos de los animales que se mezclaron con el bramar del viento, tan voraz y sombrío, tan duro y áspero que se sentía como el murmullo de una bestia que albergaba en los aires.

¡Thack! Y una chapa sonó, como si se desdoblara o se intentara despegar del palo viejo de la puerta; una unión de latas, maderas, alambres y clavos, hecha de la mano de mi propio fina'o papá Siro, que se dejaba oír de adelante hacia atrás por el chupar de la ventisca que la movía sin consideración alguna de mi pobre alma despierta.

‘¡Thack—Thack—Thack—Thack!’ De golpe, la entrada fue forcejeada

brutalmente por lo que parecía ser el aire enloquecido, o al menos yo lo culpaba a él y no quería pensar en nada más que tome su lugar. Mi mente buscaba excusas a todo lo que podía llegar a ser extraño o retorcido, pero ya se me estaban acabando las ideas.

¿Acaso vendrá eso también a comerme?

¿Me abrirá la panza y me sacará las tripas?

¿Votará mi cuero inservible sin siquiera mandar un bocado?

Mi cuerpo, a punto de colapsar por el miedo, la ensoñación y el dolor de mis articulaciones, saltó y se contrajo al sentir el pesar de un trote violento, tan ruidoso que pareció haber ocurrido al lado mío.

Y todo se volvió silencio.

A la mañana siguiente me levanté de la cama con una agonía terrible e inexplicable, no pude siquiera moverme en los primeros tres segundos fuera de la penumbra del sueño; el único vibrar que soltó mi cuerpo fue el bajo quejido que le dediqué al aire; mi voz salió raspando mi garganta como si no hubiera hablado en días.

Me levanté, con la boca seca y amarga, solté una tosida ronca y tosca que me hizo sentir mi propia sangre mezclarse con mi saliva. Salí de la pieza a la cocina y me dispuse a poner el agua a hervir para recomponer mis energías con el sabor potente del café. Pero los bidones se encontraban vacíos, carentes del líquido que se debió de traer hace ya dos viernes atrás.

Salí afuera entonces y noté en las bases de las montañas bien empinadas un áspero gris que se estampaba grueso y pesado, apenas dejando notar el subrayado de estas en la ahora cubierta majestuosidad del cielo.

¿Cómo era posible que en tantos lugares de la provincia, incluso del país, se llene de fuego?

Hasta aquí, atrás de nuestras espaldas, hay un incendio. Yala Montecarmelo, en donde mi mamá me contó que quizás apenas habrá diez familias cerca del lugar. Eso sí, los animales están sufriendo más, las vacas, caballos salvajes y demás, todos asustados y huyendo del incendio.

Mi mamá inclusive me mostró un vídeo que grabaron ahí los que fueron a ayudar, las atroces imágenes donde se ven a las miserables y mohinas vidas escapando del mismísimo infierno, mismo que se nota venir aprisa con sus nubes de asfixia que ciegan toda dirección y alrededor. Me llena de tanta pena y rabia, ellos no tienen la culpa del descuido o adrede de la persona que provocó todo este mal. Pero, también anoche, las señoras hablaron de que los bomberos fueron ayer a ayudar y también sé que mucha gente de aquí está preparándose para ir e incluso que ya salieron días atrás. Con suerte este maldito fuego ya se haya apagado.

Realmente una locura lo que pasa en estos días, todo envuelto en catástrofes que me hacen sentir y pensar como un viejo a mis dieciocho años.

Sentí miradas y me encontré con las ovejas sacando las cabezas por las aberturas de la puerta hecha de palos para observarme momentáneamente, y al pasar un segundo, comenzar sus llanto una por una, inundando todo el espacio con sus balitos que farfullaban tonos agudos y gruesos. A veces odiaba que el corral esté tan cerca de la casa: apenas salir y encontrarte con esos orbes de pupilas largas en tonos marrones que podían llegar a ser verdosos y escuchar esas cuerdas vocales vibrar por el hambre insaciable que tenían, era mucho más que molesto.

—La mamá Tomasa les malcrió a ustedes, apenas sale el sol ya están balando...

Las ignoré sin más remedio y busqué a mi abuela, quien sin falta empezaba andar por la casa a las seis en punto, e incluso cinco, de la mañana en sus quehaceres; aunque debo admitir que siempre había algo nuevo, dar de comer a las gallinas, a las codornices, al conejo, preparar desde temprano la comida del perro, regar, plantar. Ella se lo vivía así y yo venía a procurar que se encontrará bien en su casi soledad. Pero, justo ahora, debía ayudarla más en la novena de San Juan.

La encontré en su jardín, regando con agua de la sequía y escuchando la única estación de radio de Huacalera, con los pichus acompañándola, como siempre, quienes al verme se acercaron felices en espera de un pan que no traje.

—Buen día, mamá Tomasa.

—Buen día, Josesito ¿Cómo dormiste?

—Malísimo, estos perros no dejaron dormir nada —Miré a los nombrados y acaricié el lomo del más grande —. ¿Por qué no dejas dormir, Roque?

—¡No! ¡Mejor que gocharan! ¡No sabes qué pasó!

—¿Qué pasó?

—¡Tu mamá grande, anoche dice que le fueron a atacar sus ovejas!

—¿Cómo? ¿¡Vino el puma!?

—No, no es puma. La Fermina dice que fue al baño y escuchó a las ovejas meta balar, entonces, cuando fue al corral ¡Encontró a dos perros! ¡Uno grande y otro chico! —¡ya decía yo que no era el “león”! Pero... ¿¡Perros!? ¿Ellos podían hacer eso?—. Ahí mismo dice que agarró un palo y fue a pegarles. El grandote escapó y el más pequeño se atoró entre los palos. Ahí ella dice que corrió a la casa y llamó a tu mamá grande y a su hijo, el Antonio, para ir a atraparlos. Cuando volvieron ya se había ido.

—Y sí, también ella ¿Cómo lo va a dejar solo?

—Y sí pue... Pero igual, según ella, lo deajo tonto.

—Ja, ja, ja, y sí... —Miré hacia abajo y encontré la curiosa y brillante mirada de los canes que giraban sus cabezas hacia un lado—. ¿Y ustedes? ¿Dónde estaban?

La casa de mi bisabuela está a tan solo unos cuantos metros de la de mi mamá Tomasa, en el mismo terreno, y su corral está detrás de la misma vivienda. Reflexionando en ello, me sorprende y alarma el saber que esas bestias pudieron haber escogido nuestro rebaño en vez del de mi mamá grande. Las ganas de vomitar se atorán en mi paladar al imaginarme mis propios animales abiertos y con la vísceras fuera de sí, con sus ojos desorbitados y plasmantes de todo sufrimiento, mostrando la imperturbable expresión del miedo.

—Estos miedosos, la Fermina dice que estaban aquí meta gochar y que el Roque ni por si acaso se acercaba.

—Pero si el gordo es grande, ¿más grande será el otro?

—Ni idea, la Fermi dice que estaba tan noche que no los notó bien.

—Pero es época de luna llena, ¿no?

—Pero con este humo qué se va a ver, hijo... Si yo misma salgo a la madrugada a regar y parece neblina esta, cómo me quema la garganta, ah... Ni con linterna puedo ver bien. Feo está.

—Sí, a mi también me está haciendo mal, che... Por cierto, mamá Tomasa, no hay nada de agua. ¿Y ahora?

—¡Y ahora! ¡Esa basura de aguatero! ¡Ya dos semanas, yendo para tres, es mucho! ¡Deberé quejarme en el grupo, así la comisionada hace algo! Promesas, promesas y no hace nada de nada.

—Mmm... —Moví mi cabeza de arriba abajo energéticamente mientras jugaba con la perrita más chiquita, Suri —. Tú pue, votaste por ella, ¿no?

—Y sí po, tonta, pero primero cumplía, luego nada —Mi abuela volvió a su jardín y empezó a sacar los yuyos de entre medio las rosas... Tendrás que ir a La Banda, José, no hay de otra, esta agua está sucia, babosa está, nos va hacer mal.

Suspiré y asentí nuevamente, escapando un bostezo al momento que me estiraba y hacía crujir cómo fideos crudos mis huesos.

—Dame la plata y yo voy, tonce... ¿Uno de ocho litros no?

—¿Qué ocho? ¡Veinte, señorito!

—¡Oooh, mamá Tomasa!

Temí por mi espalda, mis hombros, mis brazos, mis dedos, todo. La

Banda, el centro del pueblo, era un pasaje de más de cinco kilómetros. Y si bien no es mucho, con el camino para un lado, para el otro, con barro de la sequía desviada, con el sol y este humo, ay, salís hecho mierda.

Al partir no pude evitar mi necesidad de saciar la curiosidad que me carcomía la carne. Sin pensarlo mucho, pasé por casa de mi mamá grande, por el rastrojo, buscando el corral.

Solo era una pasada, no me quedaría a ver. Rebusqué entre ellas al tiempo de las pisadas y encontré, en medio sus lanas, un rastro de sangre. Mis pies se alentaron mientras observaba el manchón carmín ensuciar cerca de la panza de una, y como si expusiera a la otra, esta se movió dando balitos incesantes para mostrar tras de ella, en el esplendor del grisáceo día, un carnero con el cuello lastimado. Parecía atontado y mareado, se movía apenas para un lado y para otro, intentando mantener sus cuatro patas quietas, con los ojos quietos y sin soltar nada más que quejidos. No iba a sobrevivir.

Me fui rápido, anonadado, seguí mi camino hasta el centro del pueblo.

De ida fui acompañado con la música de mi celular, unas cuantas motos y señoras ancianas se cruzaron en mi camino. Solo saludaba de pasada para luego seguir, rápido. Ansioso de ir y volver, tomé unos cuantos atajos y saltos. Pronto ya había llegado y comprado un bidón de veinte litros. El regreso fue más pesado, claramente, descansaba cada tanto.

Habré descansado unas tres veces en todo el camino. En la última ocasión noté en el ripio, paralelo al río, unas casas más debajo de la de mi abuela, un manchón de sangre seca y negruzca, la cual se extendía al lado del camino, medio las piedras y arbustos. Cargué otra vez el agua y seguí con la mirada, sin desviarme del pasaje, el carmín que se perdía un poco después, entre los árboles que no pertenecían a nadie. La curiosidad no me dejó pasar por alto este suceso, con mi carga sobre mí, me desvíe con zancadas hasta estar sobre la misma sangre. Ese rastro me llevó a un nauseabundo olor que me quemó la nariz y me hizo colar arcadas en mi garganta. Al mirar frente a mí, noté un cuerpo ya endurecido de una chiva muerta, abierta desde el cuello hasta la panza, destripada, ya de noches desangrada. Sus chuchos estaban hinchados de leche, ella estaba embarazada, pero dentro suyo ya no había nada.

Pegué media vuelta y me obligue a no mirar nada más, volví e ignoré todo esta travesía. Esto no había pasado.

Al llegar entré directo a la cocina y dejé el pesado bidón en la mesa, ahí encontré a mi abuela.

—¡José! ¿Cómo te fue? ¿Conseguiste el agua?

—Si mamá Tomasa, aquista.

—Bien, muy bien. ¿No te ha dicho nada el Juancho?

—No, che. Pero si lo escuché hablando con sus amigos, le dijo que los bomberos se volvieron. Apena' un día se quedaron ¡Ni llegaron al lugar! Y luego pegaron media vuelta, listo. Y dice que no han logrado apagar nada...

—¡Esos porquerías! ¡Pero luego cuando apaguen ahí estarán meta subir fotos de ellos, no má'!

—¡Y sí! Cómo me llena de rabia... Solo la gente que fue se quedó y sigue luchando con el fuego...

—Ay, que dios y la virgen los cuide...

—Mjumh—asentí mientras me estiraba y descansaba mis huesos entumecidos—. Bueno ¿Qué te falta mamá?

—Cierto, tráeme leña ¿Dale? Ahí, en la casa del fondo está, tráete mucho para que dure, ¿sí?

—Dale.

—Llévate el machete y una soga para acarriar.

—Sí, mamá Tomasa.

En lo último del terreno, contra el mismísimo campo, hay un derrumbe de adobes, piedras y caña apenas existente, marca de un desdichado hogar viejo que por culpa del tiempo cayó sin piedad alguna. Donde antes vivían mis abuelos, ahora era un lugar donde se almacenaba leña, cueros sin quemar y miserables cosas olvidadas.

Al ir, fui perseguido por los perros, la pequeña al lado mío, la vieja al frente y el gordo al otro costado, a veces adelantándose y otras quedándose olfateando algo para luego volver otra vez conmigo.

—¡Maaal! —Atrás mío me encontré con un Benteveo, o quitupí, vigilando desde el árbol más mechudo de sauce llorón. Antes de que pudiera escupir a su nombre, la más vieja de los canes, Lulú, soltó un gruñido bajo, anunciando sentir algo, a nada de lanzarse atacar; los demás perros se pusieron alertas mientras ella se quedó estática, atenta en el pasaje de verdeo que ocultaban la vieja casa. Parecía buscar entre medio el lugar algún ruido, movimiento o alma que la haga reaccionar, pelear o matar.

—¿Qué ves?— La impaciencia me carcomía, todo lo que sucedió en la noche y lo que me sucedía en el día me tenían con el nerviosismo incrustado en la piel. No podía permanecer siquiera un momento sereno. Y ella, ahí, expectante, oyente sintiente de algo que yo no veía, ni mucho menos conocía.

¿Qué puta está sucediendo?

No me dedico ni una mirada, sin advertencia ni cautela, salió disparada, haciendo crujir los palos en el suelo con sus patas, gochando junto a los demás al lado suyo, se perdieron en medio la desmoronada vivienda.

Cuando al fin el último dejó de ser visible para mí y solo alcanzaba escuchar sus ladridos perderse entre medio los campos, dejé escapar un suspiro que me oprimía los pulmones.

Un bicho habrán visto.

Intenté tranquilizarme, buscar excusas o causas, bien sabía que por ahí siempre se encontraban animalitos los cuales atrapaban si se los cruzaban, tales como liebres, cuises o hurones. Los seguí por detrás, sin nada de prisa, más bien lento.

Porque sabía que aún si buscaba la lógica, aquí, en estos lares, había algo mal.

La poca calma que había guardado se quemó apenas me acerqué a donde la vieja casa. En esta se escuchaban a las mascotas gruñir, gritar, pelear e incluso forcejear.

Supe que con lo que estaban no era ni de lejos algo pequeño. Incluso el gordo, el más grande, lo oí aullar medio los ladridos.

Sin vuelta atrás, sostuve fuerte del machete con la derecha y con la izquierda la sogá, listo para pegar o cortar lo que me encuentre.

Troté rápido. Los animales cada vez sonaban más furiosos, nerviosos e incesantes. Bajo sus voces sentí el vibrar fiero de un gruñido salvaje, tal que te hacía temblar los huesos y coagular la sangre. Pues este ruido no era producto de cualquier bestia, no. Este pesado sonido venía de un ser capaz de matar a personas.

Apenas estuve a una curva de distancia para llegar a los animales, el chillar agudo de un pichu se escuchó entre todo el alrededor, el más grande había sido atacado.

Y yo, que era escéptico al tan alabado Dios, me persigné por primera vez pidiendo su ayuda.

Sin tiempo de arrepentirme crucé la casi destrozada pared de zancada en zancada; me aguanté las ganas de volver para atrás y me obligué a no cerrar los ojos. Gracias a ello puedo decir qué lo que me encontré me dejó corto de palabras para describir tan grotesca criatura, quien lanzaba manotazos a los canes que intentaban tirarse contra ella y lo que ocultaba.

Y desde mi propio ojo intentaré explicar la mezcla de bestias que parecían haberse unido para crear tan macabro cuerpo.

El cuero era casi pelado, oscuro y rojizo, con marcas cicatrizadas de demás fieras sobre su lomo el cuál mostraba una columna pegada a los

huesos y puntiaguda; sus patas delanteras eran gigantes, con garras que parecían ser los mismísimos dedos, largos y filosos, fuera de sus carnes, que se dividían y movían muy similares a los de un ser humano, más sus pies eran otra cosa diferente, con la palma y los apéndices redondeados, estos tenía el aspecto al de un felino enorme; y como si eso fuera minúsculo ante lo demás, su cola era larga, de un metro y medio quizá, verdosa con franjas rojas, que juraba era de piel escamosa y fría de víbora; la cosa se mantenía golpeando con esta la tierra de manera brava y arisca, como si fuera un látigo. Para finalizar, su cara, la cual tenía un hocico estirado como el de un perro, con unas muelas tan amarillentas y punzantes como si fueran una espinas que acompañaban a unos colmillos superiores más grandes que los dedos índices; su nariz partida era un poco más ñata que la jeta, con los orificios casi pegados y ovalados; su frente se arruchaba en una piel más clara, con el ceño sobresaliente, caído sobre unos ojos hundidos, circulares y brillosos, carentes de cualquier blanco, con el negro comiendo toda la cuenca.

Un maullido resonó entre todos los animales, producto de la garganta de ese demonio.

Le grité, quería espantarlo o al menos convencerme de que no era un cobarde. Me mantuve con la espalda algo inclinada y con el machete adelante, apunto de lanzar un corte. Los perros seguían gochándole, locos y valientes. Roque, que tenía en sus costillas unas marcas de garras, aún se mantenía en pie e intentaba morder a toda costa a esa cosa, incluso la más chica se lanzó a atacar sin miedo alguno pero el bicho la detuvo con su cola, golpeándola lejos de ahí, haciéndola doblar contra las piedras. Ella lloró y pataleo sobre el piso, lastimada por la caída. Yo entonces tomé valentía y me tiré frente a ese animal. Con el machete arriba me puse adelante suyo al mismo tiempo que dejaba caer el filo. Su rostro me miró completamente a mí, cara a cara, lo vi erizarse como un felino y arrugar todas sus facciones. El ataque iba justo a su cuello, pero no alcancé hacerlo, antes de ello vi una pequeña cría bajo sus patas, la cual me miraba con los ojos grandes e inocentes, similares al de mi sueño, la pequeña criatura posó sus manos en mis piernas, sin hacer ningún daño. Está no era tan fiera como la otra, no.

—No, por favor, no lastimes a mi hermano —sollozó lo que parecía ser un infante.

Y me sentí estúpido.

Los dos son los causantes de la muerte de rebaños, la pena de personas, y cuantas otras cosas más.



Las miré, con el arma aún arriba, y les grité:

—¡Muéstrame cómo eres en verdad!

Y el más grande dudó, con un maullido pesado de rencor, se agachó aún más cubriendo al más pequeño.

—No nos haga nada, por favor —lloró el infante. El niño era bien moreno, con el pelo negro y la voz del cerro—. No quisimos hacer nada malo...

—¿¡Entonces por qué mataron a todas esas ovejas!? ¡¿Por qué lastimaron a mis perros?! ¡¿Qué le han hecho ellos, ah?!

—La culpa es de ustedes —una voz gruesa y rasposa salió de la garganta de enorme animal, silenciando hasta los perros—. Gente sucia. Mal agradecidos. Quemaron todo mi cerro, nos dejaron huérfanos a mí y a mis hermanos, sin comida ni agua... Nuestra madre, Pachamama, está llorando. Ustedes la lastiman sin agradecerle lo que les da. Yo solo doy ofrendas para ella. Para que reviva su belleza... Ustedes son los culpables.

## Mención especial

*Mi nombre es Rebeca, tengo 17 Años, vivo en la ciudad de San Carlos de Bolívar, Provincia de Buenos Aires, República Argentina.*

*Comencé a interesarme por escribir cuando era muy pequeña, ya que siempre disfruté de la lectura, siendo mis preferidos los libros de cuentos, fábulas, mitología, etc.*

## Lo claroscuro de la vida

Rebeca Magalí Sierra

Bolívar, Buenos Aires

Uno de los muchos pueblos originarios que residen en la República Argentina es el pueblo Guaraní.

Actualmente, quedan aproximadamente 22.059 personas de origen guaraní según diversas fuentes. Los guaraníes o ava (según su autodenominación étnica original) habitan en el noroeste del país, en las actuales provincias de Corrientes, Misiones, Entre Ríos y parte de las Provincias de Chaco y Formosa.

Hay dos posibles orígenes del nombre.

La versión más conocida explica que el origen de la palabra guaraní fue producto de una confusión por parte de los españoles que, al invadir su territorio, habrían oído, entre los gritos de guerra del pueblo, la frase “guara—ny”, que significa “combatid—los”.

La otra versión afirma que la denominación fue tomada de la deformación de una palabra guaraní, guarini, que significa precisamente “guerra” o “guerrear”.

Itatí era una muchacha jovial, enérgica y muy soñadora. Le gustaba aprender y también los animales.

Ella y su familia pertenecían a una comunidad guaraní que habitaba en la ciudad de Salta. Con un clima subtropical serrano, en el verano las temperaturas llegaban a los 35°C con facilidad, mientras que en invierno de -5°C, demostrando una marcada amplitud térmica propia de los territorios continentales.

Itatí, desde pequeña, soñaba con visibilizar su cultura y mostrarle al mundo lo que ella y las demás comunidades indígenas pasaban a diario.

Como muchos otros pueblos originarios, la comunidad guaraní se estaba viendo presionada y silenciada por el Estado.

Hace unos años atrás, cuando Itatí era más pequeña, llegó a la comunidad un extraño y lujoso automóvil. Era un imponente Rolls Royce, de color negro brillante, conducido por un chofer, que presurosamente estacionó y bajó a abrir una de sus puertas. Del asiento trasero bajó un hombre alto, el cual vestía un elegante traje de etiqueta, zapatos lustrados, y llevaba un caro portafolio de cuero negro, que hacía juego con su auto.

A simple vista, tenía el aspecto de los hombres de la oligarquía, quienes visitaban la comunidad solo en época de elecciones, para luego tomarse fotos con ellos, prometiéndoles un centenar de cosas, y luego desaparecían sin cumplir jamás con la palabra empeñada.

Este hombre era distinto. En su cara se percibía frialdad e indiferencia. Nada de lo que estaba mirando le interesaba. A su manera de ver las cosas, el mundo estaba dividido en ganadores y perdedores. Y él jamás se permitía perder. No llegaba con buenas noticias.

No habrá viajado hasta aquí sólo para conocer nuestras carencias, pensaba para sí misma Pakuri, la madre de Itatí.

Se dirigió directamente al líder y consejero de la tribu, Guirake, y en una breve conversación privada en español (ya que el hombre blanco nunca se molestaba en aprender guaraní para comunicarse con ellos), le informó de sus intenciones: su compañía planeaba desarrollar un barrio en ese lugar, formando parte de una incipiente expansión y modernización de la zona.

No escuchó a Guirake. No le ofreció otro lugar para que se establecieran, ni le brindó mayor información. Simplemente le dijo que a partir de ese día vendrían sus colegas a pasearse por el terreno, y se marchó.

A media tarde, una caravana de camiones cargados con pesada maquinaria vial, comenzaron a llegar. Hombres con borceguíes de trabajo y cascos, bajaban y gritaban órdenes, apurados.

Después de esto, por decisión conjunta de la comunidad, el líder y demás miembros, procuraron no irse de allí, ya que por generaciones habían vivido en ese lugar, y nada ni nadie les iban a arrebatar sus raíces, donde también yacían enterrados sus ancestros. La tensión y el malestar se hacían notar entre ellos.

Itatí iba a la escuela, al igual que los demás niños de la comunidad. No tenía demasiados amigos, sus compañeros de clase se solían reír despectivamente de ella, por tener raíces indígenas, por hablar guaraní, por su color de piel, por sus creencias, su manera de vestir, etcétera. El bullying hacia su persona era constante. Cualquier oportunidad era buena para excluirla. La apodaban “la indiecita”.

Ella repudiaba esa palabra.

Quienes habían usado primero esa palabra habían sido los españoles, los cuales llegaron a América creyendo que habían llegado a las Indias.

Al encontrarse con los pueblos indígenas, residentes originarios de aquellas tierras, los engañaron, les robaron sus riquezas, los esclavizaron y desde allí comenzaron a llamarlos “indios”.

Desde aquel 12 de octubre de 1492, generaciones enteras habían sido condenadas a ser perseguidas, marginadas y obligadas a seguir un estilo de vida que no correspondía con sus costumbres y su cultura.

Itatí no sentía rencor. Le habían enseñado desde pequeña a apreciar y respetar al otro, a tratar a los demás como nunca los habían tratado a ellos por su identidad. Su manera de pensar y sentir le dictaba vivir su vida sin meterse en asuntos ajenos, y llevar adelante su vida alejada de la anarquía de una sociedad capitalista, regida por el crecimiento económico desenfadado.

Un día, regresando de la escuela, identificó a lo lejos una silueta de lo que parecía ser una niña observando la naturaleza. Se apartó del camino que conocía de memoria, y comenzó a caminar hacia la muchacha, gritándole —¿Oikoteve pytyvõ?

La niña desconocida, que estaba muy ensimismada contemplando la belleza del paisaje, se sorprendió al girar y encontrar a alguien de su misma edad.

Físicamente, las niñas eran muy diferentes. Su piel era tan blanca como un papel, tenía el cuerpo y la cara lleno de pecas, ojos verdes y una mirada curiosa. Bajo un sombrero, blanco como la nieve (para proteger su cara de los rayos solares, supuso Itatí), tenía una tupida melena rizada.

—Perdona, no te vi. ¿Qué me dijiste? —La muchacha de cabello rizado le tendió la mano—. Me llamo Isabel, ¿y vos?

Curiosa reacción. Usualmente los turistas que rondaban el lugar los ignoraban, pero ella no había dudado en establecer un diálogo con Itatí.

—Te dije en guaraní si necesitabas ayuda, ya que parecías muy concentrada en el paisaje. Me alegro de conocerte, Isabel. Mi nombre es Itatí. ¿Qué haces sola por aquí? No es peligroso, pero podrías perderte entre tanta fauna.

—Acompañé a mi papá hasta aquí. Él acaba de ser elegido intendente, y vino para hablar con el arquitecto encargado del proyecto; van a construir nuevos barrios en esta zona... Una pena, ¿verdad? Es un precioso lugar.

Itatí entendió a lo que ella se refería al instante. El miedo de su comunidad, ese miedo de ser desterrados de sus tierras, estaba por hacerse realidad. ¿El hombre que había llegado hace algunos años atrás para advertirles

lo que iba a suceder era el padre de la chica?.. No podía ser, ya que Isabel había dicho que su papá recientemente había sido electo como intendente. Además era poco factible que el mismísimo intendente se acercara a una comunidad indígena, que poco les solía importar a los municipios, para comunicarles que serían desplazados de sus tierras.

—Yo... No pueden hacer eso, digo... Este es mi hogar, es el hogar de mi familia, de mi comunidad y de nuestros antepasados. No es justo que tengamos que adaptarnos a otro estilo de vida, en otro lugar, adaptar otras costumbres; solo porque tu papá lo decidió, con todo respeto...

Al terminar de pronunciar la última frase, se sintió extraña. Una ola de adrenalina corrió por sus venas. Observó a Isabel. Probablemente ésta última se sentiría ofendida y se iría...Pero no fue así.

Isabel se sintió conmovida por la situación de esa comunidad, y cautivada por la valentía con la que Itatí se había expresado. A ella también le parecía injusto que sacrificaran tanto solo para expandir la ciudad.

Una vez más, el orgullo del humano arremetía sin piedad en contra del ecosistema.

—Te prometo que no lo vamos a permitir. Juntas vamos a evitarlo —y al decir esto se abrazaron, y así nació una fuerte y prometedorá amistad.

Itatí volvió muy contenta a la comunidad ese día.

Pero al llegar, estaban todos muy alterados y nerviosos. Se encontró con su mamá, quien le relató que habían descubierto monstruosas máquinas alrededor del sitio, y muchas personas también. Eran los operarios, que darían vida a esos monstruos de metal.

Itatí le contó lo que había pasado cuando volvía de la escuela. Le habló sobre Isabel y su padre, y le dijo que tal vez las máquinas se debían a eso.

Pakuri no estuvo de acuerdo. Temía que utilizaran a su hija para acercarse a ellos, o que los extorsionen. Desde hace siglos atrás, las comunidades indígenas habían confiado en el hombre blanco, y habían sido defraudadas. Ellos estaban decididos a no cometer los mismos errores que tantos conflictos y muertes había causado en el pasado.

Sin embargo, no le prohibió verla. Al fin y al cabo, si se tenían que ir de allí, el padre de Isabel tendría que saber que no se marcharían sin pelear por sus derechos.

Al otro día, Itatí salió de su casa con la excusa de llevar a pastar a las ovejas, para encontrarse nuevamente con Isabel e idear un plan.

Caminó por el sendero que recorría a diario para ir a la escuela, hasta que se topó con un par de obreros, los cuales estaban clavando estacas y marcando el terreno en los alrededores. Molesta por la situación, siguió

caminando. Ni siquiera las imponentes montañas y el hermoso cielo azul lograban distraerla: esos hombres con cascos de colores, tarde o temprano iban a destruirlo todo.

Sumida en sus pensamientos, llegó al lugar donde dejaba las ovejas a menudo, y se sentó. Al instante, apareció Isabel, con una bonita libreta y una lapicera de tinta negra. Como la primera vez que se encontraron, llevaba el sombrero para protegerse del sol.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Itatí. Realmente no pensó que fuera a hallarla tan fácilmente. Quizás las ovejas que pastaban a su alrededor la habían delatado. Parecía como si hubiese leído sus pensamientos.

—¿Cuál es tu plan?—preguntó Itatí.

—Quizás aún no te preguntaste porque me interesa tanto salvar la tierra virgen como a ti. Verás, mi difunta madre amaba la naturaleza. Me hablaba con orgullo de sus raíces guaraníes. Falleció cuando yo era muy pequeña, de cáncer. Desde ese momento me prometí a mi misma que amaría la fauna y la vida tanto como ella la amó, y la defendería siempre. A pesar de todo, es la tierra de todos —Cayó una pequeña y redonda lágrima de sus profundos ojos claros. Se la secó y siguió hablando—. Ella me contaba historias sobre un dios llamado Tupa, estoy segura de que tu lo conoces mejor que yo.

—Sí, claro que lo conozco pero, ¿qué tiene que ver con esto?

—Pues, si pudiésemos encontrarlo y pedirle que nos ayude, sería más fácil, ¿no crees?

Aquello era una idea descabellada, imposible tal vez. Pero era su última esperanza, tenían que actuar.

—Pues... mi abuela decía que Tupa estaba conectado con los demás dioses. Para comunicarnos con él, tendremos que dejarle una ofrenda, con yuca y algodón. Yo voy a tomar prestados estos alimentos de la tribu —mientras Itatí hablaba, Isabel anotaba lo que decía en la libreta—. Lo dejaré hoy al caer el sol, y mañana a esta misma hora nos encontraremos aquí.

Las chicas se despidieron. Isabel partió hacia la tienda que habían montado para estudiar el terreno su padre y el arquitecto; mientras que Itatí caminó rumbo a su hogar acompañada por las ovejas. Aquel había sido un breve encuentro. Tal cual como habían acordado previamente, Itatí tomó el algodón y la yuca de las reservas del lugar, no sin antes contarle a su madre lo que tenían pensado hacer. Pakuri no respondió al instante; aunque se mantuvo pensativa unos minutos. Y Luego dijo:

—Hija mía, no estoy segura de que eso sea una buena idea. Me apena mucho la historia de tu amiga, y celebro que se unan por un propósito co-

mún, pero los dioses no deben ser molestados. Si lo ofenden, podríamos caer en la desgracia con facilidad. Ellos se mantienen ajenos a nuestros problemas.

Acto seguido, tomó de las manos a Itatí.

— Tal vez es ir muy lejos, Itatí. Deja que el cacique lo resuelva.

La muchacha se limitó a sonreír y asentir. No iba a dejar el futuro de su gente en manos del destino, eso lo sabía con certeza.

Al atardecer se adentró en las montañas, dejó la ofrenda y luego rezó de rodillas. En ese instante, apareció ante ella un cóndor andino, sobre el cielo límpido.

Itatí se asustó. ¿Había sido una casualidad?... Si no era una casualidad, ¿Era una buena o una mala señal?...

El cóndor desplegó sus majestuosas alas. Era un animal imponente. A pesar de la imprevista aparición, no parecía querer hacerle daño, si no darle un mensaje: —El Dios te ha escuchado.

Ella lo entendió.

Estaba oscureciendo. Bajó de la montaña y comenzó a caminar rápidamente hacia su hogar. Se sentía atemorizada por alguna extraña razón.

Tuvo que esquivar los carteles que habían distribuido por todo el lugar “PELIGRO: OBRA EN CONSTRUCCIÓN”.

Al llegar, se guardó lo que había pasado en la montaña para sí misma. Si solo fue su imaginación y no era una señal, quedaría en ridículo ante su comunidad.

Esa noche tuvo un extraño sueño: Se encontraba en medio de una verde pradera. El sol iluminaba su rostro. Estaba descalza, y al mirar sus brazos se daba cuenta que sostenía la ofrenda que le había hecho al dios Tupa.

—Te he escuchado, niña —dijo de pronto en su sueño una gruesa e imponente voz.

Itatí instintivamente miró hacia arriba. Lo lógico era que hubiese mirado a su alrededor, pero ella sabía que la voz provenía del cielo.

Luego de eso, despertó y no pudo volver a dormirse. Definitivamente ese sueño no había sido casualidad.

Al día siguiente, corrió presurosa hacia el lugar de encuentro. Al llegar, Isabel la estaba esperando sentada junto a unas rocas.

Se dirigieron hacia el lugar donde Itatí había dejado la ofrenda el día anterior, y en el camino le contó acerca de su sueño.

—Entonces, nuestro plan funcionó. Podemos sentirnos más tranquilas —Ese día, Isabel parecía tener más pecas de lo normal en ella, pero no llevaba gorro.



—¿Tu padre qué opina al respecto, Isabel?... ¿Sabe que pasas tiempo con una india? —preguntó curiosa Itatí.

Más que la historia de su madre, Isabel no le había contado nada de su vida.

—A decir verdad, no me presta demasiada atención. Desde pequeña me dejaba a cargo de su recepcionista o asistentes. Siempre está ocupado con su trabajo, así que no. Él no sabe donde estoy ahora.

Itatí prefirió no preguntarle nada más acerca de su familia, ya que hablar de su padre parecía incomodar a Isabel. Siguieron caminando hasta llegar al lugar, y al acercarse a la ofrenda, se encontraron con un hombre sentado junto a ella. Era de tez morena, llevaba un taparrabos y tenía una gran barba blanca: era el dios Tupa.

La presencia de las chicas no pareció incomodarlo. Por el contrario, actuó como si las hubiese estado esperando. Con un gesto, invitó a las chicas a sentarse a su lado, y luego dijo:

—Me has llamado por algo especial. ¿Qué está pasando? —Su rostro transmitía sabiduría ancestral, poder, y también cansancio de siglos.

Las chicas le contaron la situación con lujo de detalles, mientras Tupa escuchaba atentamente. Finalmente dijo:

—No voy a poder actuar solo. Convocaré a los demás dioses, y si aceptan, enviaré a tu tribu, Itatí, un cóndor andino. Esa será la señal de que vamos en camino.

(Entonces, el cóndor que la había visitado cuando dejó la ofrenda, era un enviado de Tupa, recordó asombrada Itatí)

—¿Y cuál es tu plan, dios Tupa? —dijo Isabel.

—Oh, ya lo verán. Déjenlo en nuestras manos, esto es trabajo para los dioses... —Y como por arte de magia, desapareció frente a ellas en una nube de humo.

Las chicas volvieron a sus hogares. Prometieron no decir nada hasta que las cosas se solucionaran. Las máquinas seguían avanzando. Muy pronto deberían abandonar el lugar, si los dioses no actuaban rápido.

Pero el águila no apareció. Pasó un día, dos, y finalmente tres. Itatí comenzó a preocuparse.

Isabel tampoco volvió a aparecer.

Al cuarto día, el cacique dio aviso a la comunidad que tendrían que recoger sus cosas e irse. Ya se había acabado el tiempo. Las máquinas avanzaban sin pausa, amenazantes.

Itatí, decepcionada, se alejó del lugar. Todo había sido en vano. ¿Qué harían ahora? Estaban acostumbrados a vivir del ganado, de la siembra de

sus tierras. No querían establecerse en una sociedad a la que no pertenecían, ni querían pertenecer.

De repente, el cielo se oscureció. Y de esa oscuridad bajó una mujer, vestida con una túnica blanca. Era Arasy, la diosa de la luna.

Al mismo tiempo, se desató una gran tormenta. Comenzaron a caer estruendosos rayos. Era Tupa. Había cumplido su promesa.

Fueron apareciendo otros dioses: Ka'a Jára, Angatupyry, Ka'a Póra, Jurupari, Ava Anguy. Sin decir una palabra, todos caminaron juntos, codo a codo, hacia el pueblo de Salta.

Al cabo de unos minutos sin noticias, una voz potente (la misma que se había comunicado con ella en sueños) habló. Se escuchaba con eco, y retumbaba en toda la ciudad:

—Estimados ciudadanos de Salta: Soy Tupa, Dios del Trueno. A mi lado se encuentran los demás dioses que he convocado para que me ayuden. La comunidad guaraní está siendo amenazada por la creación de un nuevo barrio sobre nuestras tierras. Me dirijo directamente al intendente de la ciudad y al hombre del auto negro... también a los hombres de cascos de colores... los insto a que busquen otro lugar para hacer el barrio, y también retiren esos humeantes monstruos de metal. Si no lo hacen, este espantoso clima de oscuridad y tormenta no cesará. Es nuestra voluntad, He hablado.

Luego un potente viento se levantó. Todos empezaron a correr buscando refugio. Los dioses se habían ido.

Ese día el caos reinó en el lugar. En los noticieros de toda la Argentina se hablaba de un dios protector de los pueblos indígenas. Algunos creían que era una mentira, y una buena parte de la población sostenía la idea de un fenómeno meteorológico producto del calentamiento global.

Pasaron dos días y el clima seguía horrible: Rayos atemorizantes, truenos aterradores, viento y tierra que volaba y enceguecía a las personas... Tupa y el resto de los dioses, estaban cumpliendo con la amenaza.

Finalmente, el Intendente se reunió a puertas cerradas en su despacho con el hombre de negocios, responsable del proyecto de urbanización. Las cosas no estaban saliendo tal cual lo planeado. Había que tomar una decisión en forma urgente.

Al día siguiente, Isabel visitó a Itatí, para contarle, con una inmensa alegría, que su padre había decidido dar marcha atrás con el proyecto, porque la gente, muy enojada, se acercaba al municipio para reclamar que solucionara el mal estado del clima. Al no salir el sol, y haber constantes tormentas, se complicaban actividades sencillas, tales como el secado de la

ropa lavada, alimentar a los animales, juntar leña, arar la tierra, etc.

Esa misma tarde se acercó el mismísimo intendente (el papá de Isabel), para comunicarle al cacique Guirake, que no llevarían a cabo el proyecto de urbanización, y que habían puesto en marcha la creación de una ley que protegiera los derechos de los pueblos originarios y la protección de sus tierras.

Excelente noticia.

Días después, con la ley ya sancionada, el clima volvió a su normalidad. Itatí estaba orgullosa de haber salvado a su comunidad, mientras que Isabel se sentía satisfecha de haber ayudado a su amiga y haber contribuido a la preservación de las raíces de su mamá. Los compañeritos de Itatí, asombrados por lo ocurrido, nunca más volvieron a burlarse de ella. La admiraban y la invitaban a compartir juegos juntos en el patio de la escuela.

Pasaron los años, y las chicas siguieron en contacto. La amistad se mantuvo intacta, el tiempo las volvió más unidas. Isabel se recibió de Ingeniera ambiental, mientras que Itatí estudió Derecho, y se convirtió en una exitosa abogada, dispuesta a luchar por el reconocimiento de los pueblos originarios.

Aquella experiencia las marcó para siempre, quedando así demostrado que cuando la causa es noble, hasta los mismos dioses acompañan nuestro camino.

---

### Reseña:

Con la realización de este cuento se procuró concientizar y dar una mirada distinta sobre la situación actual de los pueblos indígenas. Si bien hay diversas leyes que los amparan en la normativa nacional,

(A este respecto léase *Constitución de la Nación Argentina reformada en 1994* Incorporó tratados de derechos humanos en su artículo 75, inciso 22, y en el inciso 17: Reconoció la preexistencia étnica y cultural de los pueblos indígenas argentinos;

Garantizó el respeto a su identidad y el derecho a una educación bilingüe e intercultural;

Reconoció la personería jurídica de sus comunidades y la posesión y propiedad comunitarias de las tierras que tradicionalmente ocupan, y regula la entrega de otras aptas y suficientes para el desarrollo humano; y

Aseguró su participación en la gestión referida a sus recursos naturales y a los demás intereses que los afectan.

*Ley 23302*

*Creación del INAI con el propósito de asegurar el ejercicio de la plena ciudadanía a los integrantes de los pueblos indígenas, garantizando el cumplimiento de los derechos consagrados constitucionalmente (Art.75,Inc.17).*

*Ley 24071*

*Aprobó el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes.*

*Ley 26160*

*Declaró la emergencia en materia de posesión y propiedad de las tierras que tradicionalmente ocupan las comunidades indígenas originarias del país con personería jurídica inscrita en el Registro Nacional de Comunidades Indígenas, en organismo provincial competente o las preexistentes.*

*Ley 26994*

*Aprobó la reforma del Código Civil y Comercial de la Nación en el cual se hace mención a los derechos de los pueblos indígenas y sus comunidades en los siguientes artículos: 14, 18, 225 y 240.*

*Ley 25517*

*Estableció que deberán ser puestos a disposición de los pueblos indígenas y/o comunidades de pertenencia que lo reclamen, los restos mortales de integrantes de pueblos, que formen parte de museos y/o colecciones públicas o privadas.*

*Ley 26602*

*La Ley de Educación Nacional incluyó en su Capítulo XI los artículos 52, 53 y 54 que consagraron la Educación Intercultural Bilingüe (EIB).*

*Decreto 700/2010*

*Creó la Comisión de Análisis e Instrumentación de la Propiedad Comunitaria Indígena.*

*Ley 26331 y su Decreto reglamentario 91/2009*

*Estableció los presupuestos mínimos de protección ambiental para el enriquecimiento, la restauración, conservación, aprovechamiento y manejo sostenible de los bosques nativos. Se mencionan a los pueblos originarios y sus comunidades en los siguientes segmentos: Capítulo I, artículos 1, 2, 3,4 y 5; Capítulo II, artículos 6, 7, 8 y 9; Capítulo III, artículos 10 y 11; Capítulo IV,*

*artículo 12; Capítulo V, artículos 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 y 21; Capítulo VI, artículos 22, 23, 24 y 25; Capítulo VII, artículo 26; Capítulo VIII, artículo 27; Capítulo IX, artículo 28; Capítulo X, artículo 29; Capítulo XI, artículos 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38 Y 39; Capítulo XII, artículos 40, 41, 42, 43 y 44.*

*Resolución 328/2010*

*Creó el Registro Nacional de Organizaciones de Pueblos Indígenas (Re.No.Pi.).*

*Resolución 4811/1996*

*Creó el Registro Nacional de Comunidades Indígenas (Re.Na.Ci). Ley 27118*  
*Declaró de interés público la agricultura familiar, campesina e indígena. Ley 24544*  
*Aprobó el Convenio Constitutivo del Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe, suscrito durante la II Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estados y de Gobierno.*

*Ley 24375*

*Aprobó el Convenio sobre la Diversidad Biológica de Naciones Unidas. Código Civil y Comercial de la Nación*

*Derecho a la posesión y propiedad comunitaria de las tierras que tradicionalmente ocupan y de aquellas otras aptas y suficientes para el desarrollo humano (Art. 18)*  
*Derecho al Prenombre, Derecho de los pueblos indígenas a inscribir nombre en idiomas originarios (Art. 63 Inc. C))*

Las mismas no son cumplidas en todo el territorio argentino, y a menudo son pasadas por alto.

Al existir en la actualidad leyes que los amparen, lo correcto sería su absoluto cumplimiento en todo el país.

## Mención especial

*Soy Augusto, vivo en el municipio de Taji Viejo ubicado en la provincia de Tucumán, tengo 19 años y actualmente estudio en la Facultad de Filosofía y Letras. Me comenzó a interesar la escritura porque me fascinaba la idea de crear mundos donde la gente pueda sentirse segura y disfrutar al mismo tiempo de lo hermoso de la literatura.*

## Barrio

Augusto Leonel Lagiglia Méndez

Tafi del Valle, Tucumán

El mundo es un lugar cruel, pero también es un lugar hermoso que siempre nos demuestra que puede cambiar.

En un barrio del norte argentino vive Morena, una chica bastante alegre a quien le encanta la vida en todas sus formas. Morena tiene 16 años, una etapa que ella define como de las más hermosas y felices que ha tenido. Su familia está compuesta por sus padres y sus 3 hermanos menores, a quienes adora completamente. Todo está bien en su vida, pero no todo es felicidad pues la familia de Morena no está en una situación económica favorable: ambos padres de la joven están desempleados por lo que ella tiene que salir a buscar dinero para que sus hermanos puedan comer.

Son las 7 de la mañana y el sol entra por la ventana de la pieza de Morena, la que comparte con sus 3 hermanos. El sol la despierta, y se levanta y mira por la ventana por unos minutos, divagando; la voz de su madre la saca del trance y hace que la vea.

—Morena, sabes que no hace falta que vayas.

Morena se dio vuelta y besó la frente de su madre, luego sonrió amablemente tomando sus manos con las suyas

—Sabes que tengo que hacerlo.

Morena fue al baño y agarró su cepillo de dientes mirando fijamente el dentífrico, podía ver como ya no quedaba nada así que dejó el cepillo de lado y se encaminó a la cocina de donde trajo un cuchillo. De vuelta, agarró la pasta de dientes y tocándola con el cuchillo en el medio, la paseaba hacia delante y hacia atrás con velocidad, cortándola a la mitad. Luego metió el cepillo en una de ellas, y logrando sacar algo de dentífrico comenzó a cepillarse los dientes; un rato después ella ya estaba lista y sentada en la mesa junto a sus padres.

—Perdónanos hija, no deberías estar haciendo esto.

Morena sonrió y movió su cabeza de lado a lado negando. Luego recibió un mate que su madre le había pasado, posó sus labios en la bombilla y absorbió todo ese líquido que aunque quemó un poco su boca, tragó y siguió tomando hasta terminarlo, después se lo devolvió a su madre.

—Gracias, ma.

La joven se levantó de su silla y salió de la casa con una sonrisa en su rostro, caminando a la parada del colectivo vio como muchos chicos de su edad estaban ahí, con uniformes de colegio y sus mochilas. Esto entristecía un poco a Morena pues hacía un tiempo lo había dejado porque debía preocuparse por otras cosas. El colectivo vino y por consecuencia ella se subió para pagar su boleto y caminar hasta el asiento que estaba libre, un asiento de una sola persona por el que podía mirar el recorrido que el colectivo hacía. Lentamente sus ojos se iban cerrando mientras los oídos se llenaban de las conversaciones de otras personas hasta que finalmente se quedó dormida.

Unos momentos después se despertó y miró hacia todos lados, el colectivo seguía lleno y ella notó que su parada se había pasado por lo que se levantó rápidamente y tocó el timbre. El colectivo paró y ella se bajó en un lugar que no reconocía muy bien.

—¿Dónde estoy?

Los ojos de Morena se paseaban por todos lados esperando a reconocer algún lugar y no lo hizo, pero comenzó a caminar durante un largo rato y encontró el camino hacia donde tenía que ir. Morena trabajaba en un casa de gente con bastante dinero, limpiando y cocinando.

—¿Quién es?

Se escuchó una voz de mujer proveniente de los altavoces del portero que Morena había apretado hacía unos instantes

—¿Qué tal? Soy Morena.

Dijo la joven cerca del portero en el que se podía escuchar la respiración de aquella mujer que la había atendido.

—Claro, ya voy.

La mujer salió de su casa hasta el portón y lo abrió, encontrándose cara a cara con Morena quien por supuesto estaba con una sonrisa.

—¿Cómo estás?

Preguntó la mujer quien ponía su mano en la espalda de Morena y la hacía pasar. El patio de su casa a Morena le parecía bellissimo, lleno de flores y con algunas decoraciones, siempre que iba se quedaba embobada mirándolo.



—Bien, aunque me dormí en el colectivo viniendo acá y tuve que caminar un poco.

La mujer rió levemente y abrió las puertas de su hogar que era tan o más bello que el jardín, Morena puso un pie adentro y suspiró

—Permiso.

Se adentró, sonrió y dejó sus cosas a un lado para ponerse su vestimenta que solo era un delantal y unos guantes; tomó la escoba y comenzó a barrer toda la casa.

—¿Cómo están tus padres, consiguieron trabajo?

La respuesta parecía evidente pues si ellos hubieran conseguido trabajo, Morena no estaría ahí en esos momentos

—No, aún no.

Morena continuó barriendo hasta que terminó, la casa era inmensa así que cada vez que barría quedaba exhausta, pero aún tenía que continuar con su trabajo. Subió las escaleras al segundo piso y se dirigió a la habitación de la mujer, que no estaba tan desordenada por lo que le costó unos cuantos minutos. Pero luego tuvo que limpiar la habitación de su hija, Rosario, quien tenía la misma edad que Morena y que en ese momento no estaba puesto que había ido al colegio: la cama estaba sumamente desordenada y había un montón de cosas desparramadas por el suelo; Morena dio otro suspiro y se dispuso a acomodar todo.

—Listo.

Al terminar de acomodar Morena se acercó a la ventana y observo por un rato afuera, todo se veía tan distinto, estuvo por un largo rato así hasta que volvió en sí, se dio media vuelta y caminó hasta abajo donde la mujer tenía una lista de cosas para comprar junto a un poco de dinero, lo tomó y salió de la casa aun con una sonrisa en su rostro, caminó hasta el almacén la cual era atendida por una señora bastante amable.

—Buenos días, doña Claudia.

Dijo Morena mientras le entregaba la lista, al verla la señora tomó la lista y comenzó a mirar entre sus productos.

—Buenos días, More.

Contestó la señora mientras ponía todo en una bolsa y se lo daba, entonces ella la recibió y le dio el dinero.

—Toma el vuelto.

Morena lo agarró y se despidió de aquella señora volviendo al trabajo, una vez ahí se puso a cocinar, durante un buen rato estuvo ahí, hasta que terminó.

—Listo señora, le dejó la carne ya lista en el horno.

Morena se sacó el delantal y agarró sus cosas, dirigiéndose a la entrada con un poco de rapidez.

—¿No te quedas a comer?

La joven se dio vuelta al escuchar la propuesta de su empleadora y le sonrió acercándose un poco

—No, muchas gracias.

La chica salió por el portón y caminó hasta la parada donde espero unos minutos el colectivo que la llevó hasta la entrada del barrio

—Gracias.

Le dijo al chofer y se bajó, comenzando a caminar hasta su casa, ya eran algo de la una de la tarde, llegó a su casa y dejó a sus cosas en una silla que estaba por ahí.

—Hola má.

Morena se acercó a su madre quien estaba cocinando, ya conocía el olor, comían eso seguido.

—¿Guiso?

Su madre asintió, entonces Morena le dio un beso en la cabeza y se sentó en la mesa observando cómo cocinaba su mamá.

—¿Qué tal el trabajo?

Preguntó la madre quien seguía cocinando esperando una respuesta de Morena quien otra vez estaba divagando.

—¡More!

La chica salió del trance y miró a su madre quien estaba levantando una ceja.

—¿Qué decías?

Morena río y su madre siguió cocinando durante un rato hasta que se sentó junto a Morena

—¿Qué tal te fue en el trabajo?

La madre miró a los ojos de Morena durante un rato, quien le agarró sus manos suavemente.

—Me fue bien, y enseguida tengo que ir al otro.

La joven sonrió y su madre continuó cocinando.

La noche cayó y Morena estaba sentada en la vereda de su casa junto a un amigo, Román. A ella Román le agrada mucho y se podría decir que tal vez le gusta un poco.

—¿Qué tal estuvo tu día?

Preguntó él sentado al lado suyo, ella lo miró durante un rato y suspiró.

—Estuvo bien, ¿y el tuyo?

El chico hizo una seña con las manos que decían, más o menos, de

repente mientras miraba el cielo pasó una estrella fugaz lo que dibujó una sonrisa en el rostro de Morena.

—¿Qué deseo pediste?

Morena miró al chico y ríó, luego devolvió su mirada al oscuro cielo lleno de estrellas

—Si te digo no se va a cumplir.

Ambos se miraron y rieron durante un rato para luego quedar en completo silencio

—¿Por qué crees en esas cosas?

La joven junto sus manos y miró al piso, para luego mirar al cielo que se volvía cada vez más acogedor.

—La gente necesita algo en que creer, algo en lo que aferrarse cuando no pueden más, por mi parte solo me gusta saber que puedo tener esperanza.

Hubo silencio y luego cada uno se fue a su casa. Al acostarse Morena sabía que por la mañana iba a ser otro día exactamente igual, a menos que su deseo se cumpliera.

¿Cuál era su deseo? Si te lo digo, no se cumplirá.

# LÍNEA, ★ UTOPIÁS ★

Cuentos escritos por estudiantes que se encuentran finalizando el secundario en una escuela de jóvenes y adultos.

## Primer premio

*Soy Facundo, tengo 21 años y vivo en Buenos Aires. Terminé de estudiar en el instituto de Educación Argentina.*

*No podría recordar el momento preciso en el que me interesó el mundo de la escritura; aunque puedo destacar varias vivencias que me acercaron a este precioso camino. Puedo recordar cuando era un niño, que siempre dormía con las maravillosas historias que creaba mi madre; o la fascinación cuando leíamos en la primaria. Varias vivencias me acercaron hasta las puertas de este recorrido; y al final me impulsó la necesidad de crear y conectarnos de la forma más bella.*

## Mis ideas Quedarán Vivas

Facundo Iván Navarro

La Matanza, Buenos Aires

### Capítulo 1: Protegiendo ideas

El otoño había comenzado con fuerza, apenas dejábamos atrás al verano caluroso, pero el frío ya estaba presente. Se veían las nubes agrupándose sobre el cielo, acumulándose hasta formar bloques negros que reflejaban el rojo de la luz del sol y lo volvía todo una vista bastante intimidante.

La falta de personas transitando por la calle lo hacía parecer un domingo aterrador, uno de esos domingos donde nadie sale, donde todo está callado, y ese silencio es tan asfixiante como melancólico.

No había podido escribir nada, solía pasar horas sentado en la máquina de escribir de mi dormitorio para formar excelentes historias, pero ese día, me quedé estático con la mente vacía sin alguna idea de la que pudieran surgir páginas. Ese día me sentí esperando algo, mirando el reloj de mi muñeca a todo momento mientras observaba por la ventana cómo el paisaje se cubría de gris.

El cielo acabó por ganarle al brillo del sol y nos sitió bajo la oscuridad de una lluvia helada. Dejamos de poder ver si era de día o de noche, solo podíamos sentir los escalofríos del frío y el temor del silencio.

Habrán pasado alrededor de siete horas en las que estuve mirando el reloj, y cuando la aguja marcó en el minuterero el siguiente espacio, suspiré, porque supe que había llegado el momento, ese momento que había estado esperando.

Me levanté de la silla y me alejé de la ventana, el temor se agrandaba a cada momento y sabía que el tiempo no era uno de mis lujos, ya no. Rondé por la casa intentando distraerme mientras los esperaba, pero en realidad no tenía nada por hacer, ya había puesto mis asuntos en orden

hacía un tiempo.

Llegué a la cocina y agarré de uno de los cajones de la alacena el atado de cigarrillos que había guardado para nunca fumarlos, una cajetilla de fósforos de los cajones de la mesada, y comencé a fumar cada cilindro sin pausas, uno detrás del otro.

Recuerdo que cuando solo quedaba uno, esperé un instante mientras regresaba a mi habitación, y lo encendí a un lado de la ventana luego de abrirla para sentir la helada.

Con el cigarrillo por la mitad, pude verlos en la distancia caminando hacia mi casa, y supe que era el momento. Mientras los temblores de sus pasos resonaban en mis paredes recolecté cada una de mis historias, cada libro que me había refugiado en la sabiduría, y los acumulé en el centro del comedor.

Los temblores cesaron y arrojé un fósforo a las hojas. Podrían tenerme, pero nunca se llevarían conmigo las ideas, o la información de mis conocidos.

El fuego se alzó hasta el techo cuando la puerta cayó. La vibración de sus pasos, una marcha fatídica de horrores, regresaron hasta alcanzarme. Los esperé a un lado del fuego con una sonrisa firme y mis manos listas para ser encerrado.

Una capa me cercó la vista y, mi cuerpo comenzó a moverse sólo con el impulso obligado de los empujones.

Ese miércoles nos dejó a todos sumidos en un domingo que parecía interminable.

## Capítulo 2: Cautivo

Me arrojaron a una celda, o lo que parecía ser una, porque había cometido uno de los crímenes más aberrantes de los establecidos en la nueva constitución del país. “Los pensamientos no controlados, trascienden al desorden; un estado no puede permitir tales disturbios entre las sociedades, por eso el simple acto de pensar, o de ayudar a otros a pensar; es un crimen punible que se castiga con cárcel, o pena de muerte si así se lo dictaminara en un juicio”.

Los días comenzaron a pasar en aquella celda de piedra áspera. Despertaba dándome un baño en una fosa de agua, me recubrían el cuerpo con descargas y espuma de mi propia boca. Por las tardes venían a visitarme algunas personas desconocidas, y por los días siguientes ya se iban. Los primeros en llegar fueron esos que rompían la primera de las leyes, maes-

tros, manifestantes, padres y madres.

Luego ya comenzaron a traer a otros; escritores, cantantes, estudiantes que habían comido del fruto del conocimiento. Pasado un mes había visto tantos rostros que comencé a dudar ¿A quiénes estaban dejando libres? Tal vez estaban sumergiendo en aquellas cuevas a cada uno de los que formaban parte de la sociedad.

Pasado un mes, mi cuerpo ya no resistía los baños, el cansancio de mis extremidades era abrumador, el hambre de mi estómago, agonía respondida entre ruidos; mis noches, una pesadilla en la que revivía el sufrimiento ajeno. Eso último debe haber sido la peor tortura, revivir una y otra vez los gritos de aquellos inocentes que habían pasado por mi celda durante no más de un día.

Logré resistir esa última semana, todavía tenía en mí poder las ideas que nunca les entregaría, al único sitio al que no podrían llegar. Esas ideas se habían vuelto mi fuente de vida, mi comida, mi resistencia.

Esa última semana, sin que pudieran saber la información que cargué conmigo durante todo ese encierro porque había quemado cada página, concluyeron que no sabría decirles nada, y que la cárcel me había reformado, que el encierro me había vuelto el ignorante ideal para convivir en sociedad.

Mientras me llevaban hacia la salida, recuerdo haber pasado por una celda en la que oí el llanto inconfundible de un recién nacido. En ese momento no tenía fuerzas para interpretación, solo buscaba la mínima luz de sol que me asegurara que estaba por ser libre.

Vi las nubes por un momento antes de que cubrieran mi rostro una vez más, seguían siendo grises, me arrojaron al vehículo y luego de un viaje interminable, abrieron la puerta y me dejaron contra el barro de la tierra de afuera de mi casa.

### Capítulo 3: Olvidos repentinos

Mi cuerpo pudo bajar a la calma por ese momento, recuerdo haber dormido como nunca antes en la comodidad del barro y el manto de la lluvia.

Desperté aliviado y dolido por los recuerdos, atado a cada persona que había conocido en la cárcel, desesperado por aquel bebé que parecía haber hecho algo impensable que un bebé pudiera hacer, dispersar el caos a causa del pensamiento.

Me levanté de la tierra tambaleando, aunque parte de ella se haya eleva-



do conmigo. Observé hacia lo que era mi casa que ahora era un montón de escombros y cenizas.

¿A dónde podría ir? Necesitaba comida, hablar con alguien, una cama, una idea nueva; un objetivo del cual tirar para seguir avanzando.

Intenté pensar en varios de mis amigos, pero algo extraño no me dejaba recordarlos, mi mente era un desastre, no podía ver sus caras, saber en dónde vivían, no podía recordar ni siquiera en el lugar donde los había conocido.

El calor me empezó a subir por el cuerpo hasta que pude acordarme de uno. Que calma me dio saber que todavía estaba con nosotros.

Caminé por la ciudad intentando no caer desmayado mientras me acercaba a su casa. Todo había cambiado en ese mes que estuve cautivo, los comercios estaban abiertos pero vacíos, las calles eran un desierto, apenas se oían palabras al pasar por las ventanas de las casas.

Pude llegar hasta la puerta de la casa de mi amigo, pero sin fuerzas me arrojé contra la madera, esperando que el sonido se volviera brusco entre tanto silencio, y viniera a recogerme.

Perdiendo el conocimiento pude ver cómo la puerta se abría y sentir cómo sus manos me cargaban.

Desperté tendido en la cama, mi amigo pasaba caminando de un lado a otro de la puerta por el comedor, el olor a la comida me reconfortaba. Supongo que al cargarme habría notado mis costillas desgastadas y la falta de piel que las rodeaba, por lo que preparó algo para cuando al fin terminara de dormir.

Caminé hasta el comedor con los ojos entrecerrados por la fatiga y noté que estaba con los ojos llorosos y el cuerpo tenso, mientras no dejaba de moverse entre las sillas.

Recuerdo intentar preguntarle qué ocurría, pero no hizo falta hacerlo, en cuanto me vio desbordó en lágrimas, repitiendo entre susurros “no puedo recordarlos”.

En principio creí que hablaba de nuestros amigos en común, pero no, hablaba de su familia, la cual estaba seguro de haber recordado la noche anterior, pero que ahora no quedaba más que la sensación de vacío de saber que habían existido.

Una fotografía que ocupaba buena parte de una de las paredes del comedor de su casa me pareció extraña, porque era demasiado grande para que solo estuviera mi amigo, reposado con el brazo sobre la nada, chiquito y perdido en el espacio borroso.

Era evidente que faltaban al menos cinco personas para llenar esos

espacios.

Intenté consolarlo, pero al acercarme negó con la cabeza y salió de la casa. Pude verlo en sus ojos, había salido hacia ninguna parte, decidido a caminar sin un rumbo seguro.

No pude comer por la sensación revuelta en mi estómago. Pero sí necesitaba con la mayor de las urgencias agarrar un libro, conseguir una idea nueva, lo que parecía ser lo único blindado ante los horrores, lo único capaz de brindar un rumbo para resistirlos.

Mi amigo tenía una biblioteca en su casa, una enorme biblioteca que ocupaba toda una pared de la habitación tanto en largo como en alto. Pero cuando llegué, estaba vacía, solo quedaban algunos libros, precarios de ideas, llenando los enormes huecos de madera.

Comencé a desesperarme, estaban vaciándonos todo, vaciándonos a todos, lentamente y de una forma muy organizada.

Detonado por la idea me recosté en la cama una vez más, y me mantuve quieto mirando el techo hasta que sentí recuperar un poco de fuerzas por el alivio momentáneo de ese momento dejado atrás.

Apresurado corrí hasta la cocina y devoré la comida que mi amigo había preparado, no podía esperar, cualquier horror podía cerrar mi estómago una vez más, y luego de un mes comiendo sobras que apenas podían llenarme, acabaría muriendo de inanición.

Acabando el plato escuché un golpe contra la madera, voltéé y caminé rápido creyendo que era mi amigo, tan destrozado que siquiera tenía fuerzas para abrir la puerta. Pero era un diario lanzado desde una bicicleta fugaz el que había ocasionado el golpe.

Recuerdo haber pensado con cierta alegría y alivio “Noticias”, pero al agarrarlo comencé a temblar. No eran noticias, eran reglas, impresas en un papel desgastado. Cerré la puerta y caminé con el diario hasta la mesa para comenzar a leerlo.

Las páginas estaban manchadas de tinta esparcida que sobresalía de las letras, se sentía sucio, no solo al tacto sino en sentimiento, me hacía pensar en algo robado.

En la primera hoja se mostraba una foto; aviones, barcos y rifles con nuestra bandera detrás siendo aplastada por enormes botas negras. Del mástil que se veía en el fondo de todo, se movía una nueva bandera que representaba mejor nuestra nueva identidad. Había perdido el brillo, había perdido el cielo, y la tela era de colores camuflados como si quisieran esconderla en algún árbol de la vista de todos.

En la segunda hoja se mencionaban las reglas junto con las nuevas

reglas. “Prohibido pensar, prohibido reunirse en grupos de más de tres, prohibido expresarse, prohibido visitar los zoológicos...”

Eran páginas y páginas en las que se repetía la palabra prohibido, hasta que nos dejaban siendo no más que cuerpos absurdos con una voluntad mediocre usada para nada más que el movimiento.

Recuerdo sentirme cansado, agobiado por no encontrar solución. Entonces vi lo último del día y, luego de eso decidí que era mejor volver a dormir hasta el día siguiente.

En la televisión se mostraban varios noticieros en los que no se hablaba de nada, solo repetían como loros amaestrados los renglones de un papel, y se lograban ver las puntas de las pistolas apuntándoles a los periodistas.

#### Capítulo 4: El terror llegando hasta el cielo

Desperté con un sutil sonido de lluvia cayendo sobre la ciudad, comenzaba a parecerme extraño que luego de semanas de cielo azotado por constantes nubes no hubiera llovido.

Al salir de la cama, recordando algunos libros que había escrito mientras llovía y por suerte había quemado en mi casa para que no pudieran adueñarse de ellos, me quedé paralizado en el centro de la habitación.

Las gotas eran grandes y rebotaban contra la ventana, pero lo que cayó del cielo ese día, no era agua sino sangre.

Temiendo, corrí apresurado hacia la puerta y salí a la calle, entonces la vista se volvió una pesadilla encarnada en el mundo.

Aviones enormes pasaban entre las nubes a alta velocidad; de sus alas caían las gotas de sangre, y de sus costados enormes puntos negros. Me quedé mirando hacia el cielo hasta que noté que uno de los puntos negros venía hacia mí, y poco a poco fui viendo como dejaba de ser un punto borroso perdido en la distancia e iba dejando entrever que era un cuerpo.

Cayó a un lado mío y quedé paralizado, sentía estar al borde del desmayo, con los ojos nublados, el estómago revuelto, las piernas temblorosas; desorientado por completo. Pero nada de todo lo que sentí fue tan terrorífico como cuando escuché los gemidos que venían del cuerpo.

Me acerqué de prisa, esa persona estaba viva. En su brazo tenía una cicatriz como las que se forman luego de las vacunas; movía su mano hacia mí mientras agonizaba los últimos minutos que le quedaban de vida con la sangre chorreándole de la cabeza machacada contra la tierra y, la garganta presionada por una cuerda que posicionaba una cruz de metal sobre su

nuez de adán y no le permitía respirar ni la mínima bocanada.

Estaba vivo, consciente, drogado; y así los estaban arrojando.

Caí al suelo a empapar me con la sangre que caía del cielo. Viendo como daba el último suspiro quedé anulado en sentimiento, pensamiento y alma; por la crueldad.

## Capítulo 5: Esperanzas nacidas del dolor

El aislamiento comenzaba a enloquecernos, sofocarnos en cada día. Luego de dos años parecía que realmente nunca terminaría. Pero recuerdo mi alegría aquel jueves, cuando desperté y vi que las nubes se habían ido del cielo, el sol llegaba hasta mi rostro cálido y sereno. Aunque, algo seguía sintiéndose oscuro.

Nuevamente se oyeron los aviones, y los trenes, haciendo eco por toda la ciudad. Miré con temor al cielo, creyendo que se repetiría como tantas otras veces la sangre y los cuerpos cayendo de las nubes; pero esos aviones no eran los de Ellos.

Habíamos dejado de salir de nuestras casas, pero de pronto todo revivió, las sonrisas, la autoestima; apareció un edificio en el centro de la ciudad de aspecto circular, e igual de rápido estábamos rodeados de invitados.

Salían de sus casas mostrando con orgullo nuestra bandera, la auténtica, no la de Ellos. Los patrullajes habían cesado, el periódico decía por primera vez “Permitido salir de sus casas”. Y el himno, nuestro himno, se cantaba en las calles.

Tardé en entender la complejidad de lo que ocurría, y fue luego de 24 días, aquel único domingo en el que no hubo silencio y en cambio se alzaba el ruido del mayor festejo, pude hacerlo gracias a las palabras que me trajo el viento.

“Mientras gritan, se apagan los gritos de los torturados y asesinados”.

Entonces caí en un trance, y reviví esos últimos 24 días que observé detenidamente a través del televisor. Cada patada a la pelota se enlazaba con un disparo que atravesaba un cráneo. Cada grito de festejo con un grito quebrado de dolor. Y el fuego inundando el cielo con el silencio de todos a los que habíamos olvidado.

Para el lunes, las nubes habían cercado de vuelta el cielo y los invitados se habían ido. Los ciudadanos de vuelta encerrados en sus casas y el silencio nos mostraron que todo había sido una ilusión.

Volví a caer en mi cama como enfermo, anémico de vida por haber

perdido la esperanza que nos habían dado. Pensando quien pudo haber sido la mujer que con inmenso dolor produjo aquel sonido de advertencia que iluminó mi mente, temiendo por ella, porque me había hecho pensar, y eso seguía estando prohibido.

Pero mi temor, si bien justificado, habría sido en vano. Aquella voz no pudo ser callada, en cambio se le sumaron más, todos los días el viento me acercaba su dolor. Gracias a ellas, luces en las sombras de las nubes, pude recuperar la esperanza, porque fueron voces que Ellos no pudieron callar, y nunca podrían silenciar.

Uno de los días de julio el viento me trajo gritos diferentes, sus voces cansadas pero para nada derrotadas me erizaron la piel cuando entre lágrimas llamaban a sus hijos, hijos que como yo con mis amigos, no podían recordar; pero al igual que mi amigo con su familia, tenían ese vacío doloroso que les recordaba que habían existido.

Inevitablemente recordé que todos los que me visitaron en aquella celda tenían una familia afuera, una que los estaba esperando.

Para cuando el viento me trajo más penas, penas desgastantes que llamaban ya no a hijos, sino a nietos, recordé el llanto del bebé, ese que oí cuando caminaba a mi libertad. Y asumí, que las prohibiciones no hacían excepción para mujeres embarazadas.

Con enojo me reprendí. ¿Cómo había pensado en las excepciones cuando arrojaban cuerpos vivos de aviones para dejarlos morir en agonía, cuando siquiera tenían una pizca de piedad para asesinarlos?

## Capítulo 6: Piratas en el Atlántico

Luego de seis años, pequeños brillos cruzaban las nubes. Podían hacerse con nuestro miedo, pero nunca con nuestro amor, y eso, inevitablemente era la única esperanza que tenía, porque mientras no tuvieran amor, estaban destinados a en algún momento por más lejano que fuera, perder el control sobre nosotros.

Así como yo lo pensé fue evidente que Ellos ya lo habían hecho. Ideando un plan, uno que abriría una brecha entre las personas, separándolas entre las que debían temerles, las que los amarían, las que les entregarían a ambas, y las que ya habían caído al abismo hacía tiempo.

Palabras de guerra se anunciaron por toda la ciudad, palabras de guerra como si no lo estuviéramos ya, porque Ellos no podían entender que algunos desde nuestros silencios, o nuestros llantos, o nuestros gritos, ya

estábamos batallando en su contra.

Al siguiente día del aviso llegaron en los periódicos nuevas palabras “Obligatorio alistarse al servicio militar”. Minuciosa estrategia, arrancar de sus casas a los jóvenes y adultos para llevarlos a una fábrica de soldados, que asegurara que en la guerra si había que perder soldados no fuera nunca uno de Ellos.

Hacia las islas por el mayor tesoro de todos, y no, no era oro o petróleo, era el amor del pueblo, un amor anestesiante que adormeciera su furia y los obligara a entregarse en devoción.

No me llevaron, debo haber sido uno de los pocos, y aunque no he visto la guerra, vi los restos de los que regresaron, fue un número reducido, ni vivos ni muertos, tambaleantes en una delgada línea del medio.

El intento de obtener el amor del pueblo acabó siendo para ellos un arma de doble filo, porque en cambio obtuvieron nuestro odio, el odio de los que todavía no se lo habían dado.

Solo pudieron mantenerse sobre nosotros un año más. Aquel sábado un meteorito atravesó las capas de nubes grises que sitiaban el cielo, dejando un agujero que pronto se esparció hasta deshacerlas. Aquel sábado, un meteorito los extinguió.

No pasó mucho hasta que nos llegó la siguiente desgracia, aves enormes volando por nuestros cielos, aves carroñeras que venían a por los restos de nuestro país. Pero esas aves solo saben comer muerte, y cuando nos repongamos, rápidamente echaremos a los buitres a su hábitat natural.

## Capítulo 7: Siendo libres en 2006

Pasaron veintitrés años, el pueblo en conjunto seguimos luchando.

Tenemos desaparecidos que han regresado a nuestras memorias, pero que ahora son otras personas; tanto a esas personas como a las que cayeron en aquel abismo debemos encontrarlas; a cada una, hasta la última. Sus nombres y sus destinos están impregnados en las páginas de los archivos, en las confesiones ante Dios; y los queremos dando el rostro y dándonos la verdad, porque ya no está prohibido ni pensar, ni expresarse, ni buscar la verdad.

Tenemos algunos animales prehistóricos que el meteorito no logró extinguir, que han evolucionado y se han refugiado entre nosotros, que todavía huyen de la justicia que merecemos y exigimos, que todavía no han pagado la sangre que derramaron.

Mientras daba testimonio, pensaba con la mirada borrosa sobre aquellos jóvenes del 16, arrancados del rastro del mundo; pensaba en cada víctima, en las lluvias de sangre... pensé en cada perdida, y pude afirmar que este país sería tan diferente con tantas mentes maravillosas. Pensé en lo que han hecho, en lo que nos han hecho, en cómo silenciaron cada progreso hacia la libertad.

Por eso no podremos pasar página: porque todavía nos faltan nuestras heridas siguen abiertas. Y lucharemos hasta poder sanarnos, hasta poder recuperarnos, pero nunca olvidarlos; olvidarlos, olvidarnos u olvidar, sí que está prohibido, prohibido por nuestra propia memoria.

Cuando salí, un viento frío me acarició la nuca, me resultó extraño y, al mirar al cielo noté que las nubes grises habían vuelto. “No, no, eso es imposible” pensé, un pensamiento fugaz que me atravesó justo antes de que una capa me cercara la vista y mi cuerpo comenzara a moverse sólo con el impulso obligado de los empujones.

Ya no tienen el poder para hacerme desaparecer, no tienen el poder para desaparecer a nadie. Mis ideas quedarán vivas en nuestra lucha; mi dolor y odio en sus gritos; mi fuerza, en sus puños elevados.

## Segundo premio

*Mi nombre es Claudia, tengo 33 años, oriunda de Maipú, Mendoza. Eterna estudiante y autodidacta por naturaleza. En busca de concluir con mis estudios obligatorios tuve paso por varias instituciones, modalidades, orientaciones y grupos sociales.*

*Egresada del Cens 3-509 Santa Unión, Maipú, Mendoza, en el año 2022.*

*De pequeña, mi imaginación causaba un llamado de atención en maestras y madre, quienes lidiaban con mi poca concentración y dispersión. El primer cuento que leí y el cuál dio inicio a mi perfil literario es “El último mago o Bilembambudin” de Elsa Bornemann, a la edad de 8 años.*



## La niña

Claudia Alejandra Gómez

Maipú, Mendoza

Abracé a la niña, mientras una lágrima recorría mi mejilla izquierda mitigando el ardor de la cachetada que Mauricio me propició.

Cuando entré al baño del salón donde se festejaba el cumpleaños número 60 de la abuela de mi novio, la niña ya se encontraba llorando desconsolada. Su llanto no me dejaba razonar sobre lo que sucedió entre Mauricio y yo, ello me llevó a apresurarme en interrogarla.

—¿Estás bien?, ¿Qué te pasó? —le pregunté, mientras le extendía unas servilletas para que se secara las lágrimas.

—¡No llores, nena! —agregué al ver que no conseguía reacción por parte de ella. Pensé en las veces que recibí esa frase a modo de consuelo y recordé cuánto la odiaba. Al instante me arrepentí de decirla.

El rostro de la niña me resultaba familiar, supuse era una prima de Mauricio. Lo recordé a él. Recordé que entré al baño para escapar de él. De la confusión, de la decepción y del dolor que sentí cuando recibí esa cachetada en un rincón del salón. Dolor no físico, dolor del alma, si es que existen las palabras para definir esa sensación. No sabía qué lo había llevado a cruzar ese límite, inmediatamente me di cuenta que ya le había permitido cruzar otros límites anteriormente, decidí que ese sería el último.

Él siempre fue celoso, pero al principio de la relación eso me halagaba y las constantes quejas por mi forma de vestir o mi forma de actuar no me hacían ruido.

Todavía recuerdo cuando conoció a mis amigas, ninguna le cayó bien, según él todas me tenían envidia o eran unas putas.

—Sí, putas— afirmé, cuando atónita volví a preguntar por el concepto que él tenía de ellas. No me importó mucho, porque ellas tampoco lo querían, me decían que era muy absorbente, que no me dejaba respirar.

Claro que estaban equivocadas, pensaba, es que “Él me ama”. Pensé que no era necesario que se frecuenten entre sí. Podría salir con ellas mientras él se juntaba con sus amigos, pero de a poco empezó a alejarse de ellos, decía que porque quería pasar más tiempo conmigo, y si bien eso me hacía sentir bien, también me generaba culpa, razón por la que desistía de cada plan que organizábamos con las chicas. No quería que él estuviera solo y, en este caso, pensaba que es lo que hacen las personas que se aman, se acompañan.

Después vino lo de las redes, me acuerdo que era un día sábado, era verano y esa mañana me había despertado radiante. Era todo ideal. Claramente iba a ser un gran día, pensé, cuando me di cuenta que el vestido violeta que hacía mucho no usaba, al probármelo, me quedaba perfecto; y los rulos rebeldes, que casi siempre complicaban mis outfits, me daban una tregua esa mañana. Mi ego pedía a gritos que el resto del mundo vea lo hermosa que me veía, y no sé si así era, pero era lo que yo sentía. Agarré el celular y saqué una selfie, no hizo falta retocarla, ni volver a repetir otra y otra, como de costumbre hacía. Me amé, estaba muy linda. Al subir la foto a mis redes los comentarios de mis amigas y amigos no tardaron en llegar. Todos eran comentarios que afirmaban lo que yo sentía, y veía ese día en mí. Pero Mauricio no lo veía así, me llamó y exigió que borrara esa foto, que solo atraía a “pajeros”, que ya me había convertido en lo que eran mis amigas, que seguramente ya lo estaba cagando, que mejor dejáramos la relación ahí. Mi felicidad se fue transformando en tristeza, mi sonrisa se apagó y la mañana de verano se convirtió en un día gris. Me cortó y apagó el celular, insistí en llamarlo pero la casilla de mensajes era la única respuesta que obtuve. Entré a mis redes y borré la foto, volví a la cama y lloré por horas. Mi vieja preocupada por lo que no bajé a desayunar, entró a mi cuarto sin golpear, y ahí me vio.

Toda rota, en posición fetal; y mi madre, sin más recursos que los que padres exigentes y un marido distante le pudieron brindar, exclamó —¡No llores, nena!

Cerró la puerta y se fue.

Lloré aún más, lloré hasta quedarme dormida. Me culpé por no cuidarlo, por amarme más a mí que a él, a la única persona que sentía que le importaba.

Me despertó una caricia en la cabeza, era Mauri, mi vieja lo había dejado pasar al cuarto. Salté de la cama y lo abracé, le juré que no iba a volver a pasar, que yo solo lo quería a él. Mauricio aceptó mis disculpas, pero solo con la condición de que borrara algunos contactos de mis redes y accedie-

ra a desbloquear mi celular. Por supuesto que accedí, yo no tenía nada que ocultar, solo existía él y así fue que mi intimidación dejó de formar parte de mi para volverse exclusivamente suya.

A partir de ese momento empezó a controlar la relación, empecé a dejar de hacer cosas para que no se alejara de mí. Dejé a mis amigos, amaba a mis amigos. Dejé ballet, amaba ballet, pero más lo amaba a él.

La amenaza de perderlo era angustiante, constante y desgastante, agrardarle era la única forma que encontraba para que se quedara a mi lado. Fue así que decidió que el vivir juntos sería la mejor opción para ambos y si bien yo tenía mil dudas, accedí, porque era él y sus decisiones no tenían discusión. “Él quería lo mejor para los dos”.

Las primeras semanas fueron geniales, jugábamos, nos divertíamos, cogíamos a full. Pero con el paso de los meses la convivencia empezó a tornarse rara, se lo notaba disperso y aburrido, muchas veces irritable. En esos días yo debía lucirme, ser comprensiva, atenta, brindarle su espacio, pero no alcanzaba. Queriendo escapar de la monotonía que había en la convivencia, empezó a frecuentar de nuevo sus amistades. Todos los días de descanso tenía algún evento o reunión social, a la que por supuesto yo no estaba invitada, ya que no compartimos amistades.

Recuerdo que me solía decir —¿Y dónde están tus amiguitas?— con tono irónico y despectivo. Yo me quedaba en silencio, porque sabía que ya no tenía ni una de las muchas amistades que tuve antes de conocerlo a él.

Una de esas noches Mauricio llegó borracho, yo estaba enojada. Por primera vez me enojé con él y no conmigo, era extraña esa sensación. Se acostó a mi lado y yo le di la espalda, nos quedamos dormidos. Me despertó su penetración, yo seguía enojada y lo intenté sacar, pero él no se quitó. Aún no sé si accedí a que continúe o simplemente él lo decidió por mí, otra vez.

La soledad del monoambiente en el que vivíamos empezaba a hacer mella en mí. Las salidas de Mauricio eran cada vez más frecuentes, inclusive durante la semana. Una noche de esas, mientras él se preparaba, sonó su celular. Yo sabía que no debía atenderlo, él me lo tenía prohibido por más que mi celular fuera prácticamente suyo; pero atendí, era una voz femenina que decía —Hola, amor.

Corté, volvió a sonar, volví a cortar. Un sudor frío me recorrió la espalda, no podía respirar, mi mundo se estaba derrumbando y yo con él.

Cuando Mauricio me vio con el celular en la mano, se aproximó y me lo quitó bruscamente.

—¿Por qué atendiste? ¿Quién era? —me preguntó exaltado.

Su figura comenzó a hacerse borrosa, por las lágrimas que empañaban mi visión. Mi voz entrecortada solo atinó las palabras.

—Decime vos.

Él entendió todo, agarró las llaves y se fue. Lloré, otra vez.

Volvió a la hora, traía empanadas de jamón y queso, sabía que era mi comida favorita, siempre fui sencilla y fácil de leer. Él creía conocerme bien.

La cabeza me dolía, los ojos estaban estallados, solo se escuchaba el sonido de él, en la alacena, buscando un plato. Se acercó al sillón donde me encontraba desplomada y en un monólogo improvisado dijo palabras que no pude retener, algo sobre mí, de nosotros, sobre amor, algo. Algo que en ese momento tenía sentido para mí. Algo que por la necesidad de aferrarme al vestigio del amor que una vez sentí, entendí. Callé y acepté.

“El me ama” era el motivo que encontraba para justificar las actitudes que me dañaron, pero esa vez, en el cumpleaños 60 de su abuela, no encontré justificación. Solo me había reído de un chiste, el chiste que German, su hermano, hizo sobre el pantalón que Mauricio llevaba. Todos estábamos disfrutando del festejo, incluida yo, parecía ser que eso a él le molestaba.

El sollozo de la niña me hizo volver de mis pensamientos. Me acerqué a ella sin pensarlo, la abracé por unos segundos y le dije— Está bien que llores, todo va a estar bien ahora.

Entonces levantó la mirada y permitió que secara sus lágrimas, luego me sonrió. Nos quedamos mirando fijamente.

—¡Ocupado! —exclamé con voz firme y girando la cabeza hacia la puerta al escuchar que alguien tocaba.

Cuando volví la mirada me encontré sola. No había niña alguna, era solo yo, que secando la lágrima que caía en mi mejilla izquierda, parada, frente al espejo le sonreía a su propio reflejo.

## Tercer premio

*Soy Diana, tengo 21 años y soy de la provincia de Río Negro, ciudad de General Roca. Comencé a mi amor por la lectura desde muy temprana edad, con los libros “olvidados” de mi hermana mayor. Luego, en quinto grado, más o menos, escribí mi primer cuentito porque mi maestro nos pidió llevar escritos para poder fortalecer nuestro hábito. De ahí nació todo, y desde ese momento he escrito poesía, textos y algunas novelas a medias que jamás pude terminar por distintos temas. Pero nunca dejé de escribir.*

## Los de Adentro

Diana Araceli Benítez

General Roca, Río Negro

Vemos cómo se desenvuelven entre eso que la sociedad les dio. Vemos cómo caminan descalzos sobre calles vacías y de tierra, buscando la solución a problemas creados por aquellos que están más arriba. El silencio de sus bocas asustadas se corta al escuchar los estruendos de las ráfagas de pólvora que pasan a sus costados, y que de vez en cuando alcanzan a alguno...

Caminarán sin rumbo hasta el cansancio, repitiendo eso que sus padres lucharon por detener y que muchos simplemente aceptaron como propio.

Las casas cerradas que forman cárceles a sus alrededores, separan mundos enteros y universos que alguna vez compartieron secretos... pero que ese papel de colores y dibujos con rostros que para muchos son desconocidos separó. Encontraron en cuevas de concreto y chapas oxidadas refugios absurdos que creyeron los protegerían de los de afuera, pero en realidad el peligro está con ellos. Viven entre ellos miles de monstruos que se pintan de colores y cambian con las estrellas que disparan los cortados cañones oscuros. Familias que no saben que quizás el monstruo vive con ellos, o tal vez sí, pero quién haría algo para salvarlos.

Hombres con trajes blindados y fuertes fierros que destrozan esternos se adentran de vez en cuando en ese mundo de basura, de gris oscuro. Y con sus juguetes pesados quiebran las pocas almas tranquilas que quedan, porque los de arriba solo señalan y no pelean. Las pocas vidas inocentes con rostros pequeños y rojos por el llanto se refugian en el odio creado por el dolor de ver como sus hermanos son quemados en la hoguera de la "justicia" creyendo que el que viene de afuera solo quiere destruirlos. Mientras que el enemigo también está adentro y que se comió al resto su familia, mientras él dormía.

Afuera... las luces de colores ocre iluminan las largas calles asfaltadas y los callejones que de vez en cuando ocultan secretos que desgarran cuerpos. Esas luces esconden también muchos secretos, ellas no dejan ver que en realidad la oscuridad está más cerca lo que cualquiera podría creer y nos seduce con falsa tranquilidad... hasta que esa tan conocida chispa de pólvora nos toca, y ese tan conocido metal frío atraviesa nuestro corazón porque alguien le gustó nuestro aparatito que alumbra con una pantalla parpadeante. Nunca entendí qué era lo que tenía, y por qué esa luz era tan hipnotizante. Quizá a ese ser también lo alcanzó la oscuridad y quería iluminarse con eso que te quitó, porque nadie conoce el dolor del otro.

Afuera de las paredes de concreto y metal se extienden mundos distintos al que vive adentro.

Allí afuera hay más luz y menos ruido. Hay eso que muchos llaman “paz” pero que en realidad pocos conocen. Muchos miran hacia abajo desde los rascacielos con la nariz arrugada mientras la gente extraña pasa debajo de ellos, y juzgan sin saber que quizás el mismo pensamiento no los hace tan diferentes. Muchos ciegan sus ojos cuando pasan entre la multitud de personas e ignoran los ojos rojos por estrés y el cansancio de tener que mantener una familia con dos mil pesos al mes.

Muchos otros corren hacia lugares ocultos en terrenos visibles para que cuando caiga la noche la humanidad de afuera no los pueda juzgar por no regresar a su hogar... porque varios de ellos no ni siquiera tienen hogar.

Y mientras los finales de las horas llegan y se esfuman en el recuerdo todos terminamos tapados por la misma oscuridad, nada más que algunos de nosotros no se atreve a conocer lo que hay dentro de esos escenarios que creemos tan diferentes, y al mirar a los ojos a ese ser que nos cuenta lo que le pasó soltamos suspiros y un “mi más sentido pésame” creyendo que con simples palabras el mundo será mejor.

Y mientras ellos nos miran desde arriba a quienes estamos abajo, mientras solo miran nuestras cabezas impenetrables y el cabello oscuro por el dolor jamás van a conocer verdaderamente qué es lo que hace falta para mejorar el mundo donde vivimos.

Aquellos que caminan descalzos y se tapan una fina pilcha en los fríos inviernos saben qué es lo que hace falta. Aquellos que se miran al espejo después de una jornada larga de trabajo en el sol y solo ven un cuerpo marcado por arrugas y sudor saben qué es lo que falta. Ese estudiante que no comió anoche ni hoy al mediodía porque si no no le alcanzaba para el pasaje del bondi... él sabe qué nos falta como sociedad, como mundo... como humanidad... ellos son las almas que nadie escucha porque no tiene

ese papelito de colores que lo haga parecer más brillante. O que lo hace más colorido a la vista de los demás.

Y la jungla de concreto se levanta sobre nosotros tapando la poca luz que nos queda, y no nos deja ver eso que antes estaba a la vista de la mayoría, pero que los de arriba no quieren que veamos. Nos sacan la empatía y la convierten en odio. Nos hacen dormir pensando que afuera de nuestras casas no hay más vidas que las nuestras.

El silencio de la ignorancia nos hace calmar, porque nadie quiere callar aquello que no hace ruido. A nadie molesta eso que no nos despierta en medio de la noche.

Que Dios nos ampare al momento de querer ver en realidad lo que hay del otro lado del

muro. Que Dios nos dé la fuerza suficiente cuando podamos cruzarlo y al ver al niño desnutrido y casi desnudo no se nos caiga el alma. Que los que nos ocultan ese mundo lejano a nosotros tengan miedo cuando golpeemos ollas y tiremos esas barreras que nos separan de nuestra tan querida democracia. El otro nos espera, y nosotros tenemos miedo. Nos escondemos en realidades falsas o tan individuales que nos olvidamos que a la vuelta de la esquina hay otra persona. No queremos reconocer que el otro tiene los mismos derechos que nosotros, y cerramos las puertas para separarnos de los demás, de lo que está afuera. Ayudamos que nos oculten cosas que deberíamos de saber, porque es nuestra obligación. Somos una sociedad egoísta que corremos el rostro al ver almas más tristes que la nuestra. Porque nadie está peor que nosotros.

Y cuando esos muros caigan, cuando el concreto se humedezca y se quiebre por los gritos de quienes están dentro, los de afuera correremos a ocultarnos. ¿Seguiremos fingiendo que nada pasa?

¿Seguiremos creyendo que estamos bien? La paz es algo pasajero, y nos acostumbramos tanto a ella que creemos que durará para siempre. Pero lo único que durará para siempre será el dolor de aquel que se traga el abandono de la sociedad y el Estado. Será de aquella criatura dentro de las villas que crece con la madre con sobredosis y el padre muerto en una balacera por ajuste de cuentas. Será de aquel bebé que nace con síndrome de abstinencia porque la madre se metió de todo en el embarazo porque era lo único que tenía para pasar las penas. Será de aquel que conoce verdaderamente el sufrimiento y que estudia para salir adelante, pero que no puede comer porque no le alcanza. Será el dolor eterno del niño que va a la escuela con la zapatillas rotas porque al padre lo negrean y no le pagan lo suficiente para mantener los cinco hijos que tiene. El dolor será de ese vie-



jo que padezca la muerte sobre la camilla de su casa porque no le alcanzó para comprar la medicación del corazón con lo que cobra de jubilación. Y cuando mueran nadie se acordará de ellos, porque no tenían eso que a los demás los hace brillantes y sus casos se repetirán una y otra, otra y otra vez. Hasta que nos levantemos y luchemos por todos nosotros, una vez que nos demos cuenta de que el otro nos necesita.

## Mención especial

*Mi nombre es Nadia, soy ama de casa. Tengo 27 años, vivo en Paraná, capital de Entre Ríos. Estudio en la Escuela Secundaria de Jóvenes y Adultos N°25 “Atahualpa Yupanqui”.*

*Empecé a interesarme en la literatura desde chiquita, desde que tengo memoria. Siempre me gustó escribir. Recibi enseñanzas e inspiración de mi papá, que tiene ideas increíbles.*

*Después de ser mamá, dejé de lado un poco la escritura, pero nunca dejó de gustarme. Mi incentivo fue la escuela, mi papá, y mi tía fallecida por COVID. Todos fuimos Silvia y Juan, su dolor fue el nuestro.*

## El derecho de un pequeño asesino

Nadia Ayelén Díaz

Paraná, Entre Ríos

Me llamo Juan y cuando me casé tenía 24 años, y Adela 21 recién cumplidos. Al principio la vida nos golpeó, como a todos los que recién comienzan su camino en pareja, pero siempre salíamos adelante porque estábamos juntos, siempre unidos. Logramos, con mucho sacrificio, comprar nuestra humilde vivienda, en un típico barrio de Paraná, nuestra ciudad de nacimiento. A los dos años, el milagro de la vida. Nació nuestra única hija cuyo nombre fue Silvia. Así transcurrió un largo camino de 52 bellos años. En nuestras cabezas empezaron a asomarse un plateado interesante, y una calvicie que siempre intenté disimular. Ella, bella como siempre, con su corazón de esposa y madre intacta. Ni siquiera las arrugas en su rostro impidieron que en todo momento la mirara con ojos de un adolescente enamorado. Mi querida Silvia creció en un hogar lleno de amor. Corría el año 2020 cuando la pandemia nos sacudió. Yo, jubilado con 76 años, mi querida Adela con sus juveniles 73 y Silvia con 50. Mi hija, que había encontrado el amor hacía 25 años y construyó su familia con dos hermosos hijos, se había ido a vivir a Mendoza. Nosotros, Adela y yo, quedamos solos, en nuestra casa de toda la vida. Un soleado y fresco día de mayo Adela comenzó a sentirse débil y con síntomas de Covid. Ir al médico en esas fechas era una verdadera tortura. La atención no era la adecuada. Mi Adela sufría y yo poco podía hacer. Su internación fue brusca, me la quitaron de mi vista con frialdad, la vi alejarse de mí en cámara lenta. Su mano, esa mano que siempre acarició mi rostro y mi alma, se fue deslizando muy lentamente de la mía. Mi corazón latía muy rápido. Su camilla se perdió de mi vista, pero logré escucharla cuando me dijo “Juan, permanecé en pie, siempre”. Intenté verla muchas veces y no me lo permitieron. Rogué, supliqué incluso para saber su estado. Nadie me decía

nada, ese silencio me destrozaba. Muchos se encontraban en mi misma situación. Me enviaron a mi casa, a mi solitaria y oscura casa, ahora sin Adela. Allí me quedé, sentado en mi sillón, mirando hacia la ventana que daba al patio, observando las plantas que Adela siempre regaba y cuidaba con mucho esmero. Pensaba que ella saldría adelante, que era una mujer fuerte. Llamaba incesantemente al hospital, pero sin ningún resultado. Me estaba volviendo loco, caminando por esa triste casa, veía al mundo gris, triste. Mi mente estaba en ese hospital, mi corazón junto a mi compañera de vida. Silvia se comunicó conmigo, no podía venir porque nadie podía trasladarse por la maldita pandemia. Le expliqué la situación, y cómo me sentía. Ella trató de tranquilizarme y darme aliento. Al día siguiente volví al hospital, no sin antes ser detenido por la policía, que custodiaba las calles. En el hospital no me permitieron ingresar, quise solamente saber cómo estaba, y no me daban demasiada información. Sentía que mis derechos estaban siendo vulnerados, que nadie, ningún ser humano, podía pasar por esa horrible situación. Yo no era joven ni tenía la chispa de antaño, incluso en las últimas veinticuatro horas, todo se me hacía eterno. Era un muerto que respiraba. Quedé sentado en las escalinatas de ese lugar convulsionado por la cantidad de enfermos que ingresaban constantemente. Llegué a darme cuenta que era entendible que no me prestaran atención, los médicos y enfermeras no daban abasto con tanto sufrimiento y muerte. Pero eso no me daba ninguna paz. La razón combatía con la bronca. Las autoridades me pidieron que me retirara del hospital, que me fuera a casa, que para un hombre de mi edad era muy peligroso estar ahí. Con desesperanza y agobio me retiré. Volví a mi casa con la misma información con la que salí. Al caer la noche un llamado telefónico. Del hospital, un tal doctor Quiroz me daba las primeras noticias. Adela no estaba bien. La maldita enfermedad me la estaba llevando. Corté la llamada y con lágrimas humedeciéndome los ojos fui hasta el dormitorio, allí quedé mirando fijo la cama, el lado izquierdo, donde duerme Adela, mi vista giró hacia la mesita de luz de ella. Su velador dorado, sus anteojos y su libro, ese libro que estaba marcado en la página 13 como supe al abrirlo. Al día siguiente, con la primera luz de un sol tibio, me levanté. Preparé mi mate, me senté en mi sillón, mirando hacia la ventana del patio, con la vista siempre en las plantas, que seguramente seguirían extrañando los mimos de Adela. El mate no tenía el mismo sabor que antes, quizás porque no podía compartirlo con mi compañera. Ella siempre sacaba temas de conversación, a veces solía hacerme reír y en otras pensar. Pero me motivaba el pensar que aún había esperanzas. El teléfono volvió a sonar. No quería atenderlo. Era

raro, quería saber de mi esposa, pero algo me decía que no atendiera. El teléfono repetía su llamado torturándome y destruyendo mis nervios. No aguanté más y lo atendí. Adela había partido. Adela no estaría más a mi lado, tomándome la mano para consolarme cuándo me sintiera agotado. Adela no me diría más que me quería. Solo cerré los ojos y lloré. Recordé lo que me había dicho antes de perderla de vista en ese iluminado pasillo del hospital, “permanece en pie, siempre”. Sequé mis lágrimas y me dirigí al nosocomio. Los médicos me permitieron verla unos minutos a través de un vidrio. Su rostro ya no irradiaba luz, pero aún la veía bella. Volví a llorar en silencio. La sepultaron sin velatorio y sin acompañamiento, bajo estrictas normas sanitarias. El virus había traspasado la esperanza, el derecho a la libertad, a vivir. El mundo no tenía derecho ni siquiera a un velorio ni sepultura digna. El derecho a la despedida de un ser amado no existía. Odié a ese pequeño asesino. Lo odié porque era el único que tenía derechos. Avisé a Silvia, que estaba desencajada de dolor. Ella estalló en sollozos, pero se mantuvo fuerte y empezamos a charlar de nuestros recuerdos con su madre, empezamos a reír un poco de nuestras aventuras como familia. Siempre fuimos tan unidos, teníamos una hermandad fuerte, y aunque ahora por eso mismo el sufrimiento era inmenso, mi amada hija me hizo entender que partir es parte de la vida, que el dolor es parte de ella... y que ya volverían los tiempos felices. Luego, mientras caía la tarde, me preparé los mates, me senté en mi sillón con el libro de Adela en mis manos, ya que quería tener contacto con lo que ella hacía cotidianamente. Abrí la página 13 y comencé a leer desde ese lugar. En la página 14 había un papel escrito por ella que aparentemente utilizaba como marcador. Tenía fecha de Agosto de 2015. —“Juan, la vida nos dio muchas oportunidades, y supimos aprovecharlas. Ya estamos grandes, pero nuestras almas jamás van a envejecer. Incluso algún día nos vamos a separar, pero nunca lograrán eso. Somos uno. Si vos partís antes que yo, acá te estaré esperando, donde quiera que esté, buscando el momento de reunirme nuevamente con vos, y si yo me voy primero hacé lo mismo, permaneceré en pie, siempre. Quizás nunca leas esto, es solo un pensamiento, pero por las dudas... no dejes de regar mis plantas. Te amo. ADELA”—. Luego de que mi corazón bajó los latidos, y mi vista se levantó de esa hoja, miré al jardín. Sonreí. Me levanté del sillón y salí al patio. Tomé esa regadera de plástico verde que ella utilizaba y comencé a regar sus plantas. El sol entibiaba mi espalda y los pájaros visitaban el lugar. El dolor, el horror, y la pérdida de parte de mi vida ya no estaban. Estaba en paz. Esperaré el momento de pie, siempre... como ella lo hubiera hecho. No falta mucho tiempo.

## Mención especial

*Yo soy Agustín. Tengo 26 años y vivo en Jesús María provincia de Córdoba. Comencé a interesarme por la escritura en el 2022. Tenía una fascinación por los micro relatos, hasta que el equipo de profesores de literatura me dieron la confianza suficiente para escribir. Mi deseo es algún día sacar un libro para que las personas puedan sentir emociones mediante la lectura.*

## Metamorfosis Literaria

Agustín Mario Heredia

Jesús María, Córdoba

Salir de casa para cenar con gente implica una serie de actividades molestas: bañarse, vestirse, perderse un partido de la Libertadores, comprar un vino caro, sonreír dos horas sin ganas, a veces tres. Que te acompañen por las habitaciones para que veas una casa que no te importa. Dejar a tu hija con los abuelos, extrañarla. Cenar sin tele, sin gaseosa o jugo, comer ensalada de primer plato, no desentonar, no fumar si no hay ceniceros cerca. Son demasiadas cosas para la edad que tengo, pero aquel día que salí, te conocí, cara bonita, pelo ondulado y una mirada alegre que te ilumina el alma, recuerdo que tu voz era encantadora y me dijiste que eras escritora, desde ese entonces me interesé tanto que las cosas banales de la vida me importaban muy poco, sentir que el conocimiento es un privilegio, reflejaba en mi ímpetu el sentimiento extraño del enamoramiento, investigué el por qué me sentía así siendo que era de corazón frío hacia el mundo, menos para mi hija, leí innumerables libros para entender el por qué de tantas cosas, hasta llegué a preguntarme: ¿estaré soñando?

Aquella tarde volví a ese local para volverte a ver una vez más, y te pregunté ¿"Qué tal tu día?", mientras mi hija Sofi miraba la góndola, me comentaste que estabas cansada del laburo y lo único que pasaba por mi cabeza era en pasar el resto de mi vida escuchándote, volviste a mencionar que eras escritora y te pregunté que escribías, me dijiste: "lo que me salga y sienta en el alma". En ese preciso momento sentía que quería ser igual que vos, una persona con buen hablar y buen porte, una persona con cultura y saberes, una persona con una mente tan amplia que el mundo sería minúsculo a su lado, decidí en ese instante invitarte a cenar, para conocerte y tutearnos, cuando me dijiste que si estaba tan nervioso que no sabía cómo manejar la situación, nunca antes me pasó nada igual.

Ese sábado que salimos, comprendí que me enamoré tanto de vos como de los libros, que me hice fanático sin pensarlo de las novelas literarias y del romanticismo y que la mina que me gustaba estaba al frente mío, comiendo ensalada de primer plato, el encontrarte a vos me abrió otra puerta a la cultura, me encontré con un yo diferente, una persona puede cambiar por otra, y vos me cambiaste la cabeza, de repente mi país era el más interesante del mundo y que sus territorios tan diversos eran maravillas, y ni siquiera lo sabías. Cuando me dijiste por primera vez que me amabas fue cuando te lo conté, te conté que era diferente al que conociste, que gracias a decirme que eras escritora cambiaste la vida de un don nadie, y la felicidad me abunda y a mi hija también, ella crece sabiendo que su padre le lee un cuento todas las noches, entonces, ¿en qué quedamos? Ah, sí, que eres el amor de mi vida, que por vos amé a mi país y amé las hojas desteñidas de una novela literaria, el día en que me casé con vos te dije que nunca más cambiaría y te mentí, mientras más iba pasando el tiempo más me interesaba el conocimiento, desde Grecia hacia los mayas, es que es despampanante, adquirí tanto conocimiento que a mi hija le enseñaba cosas que no entendía a su edad, programé mi vida para que sea literaria, crecimos los tres y mis viejos... murieron, eso no lo tenía planeado... Papá murió orgulloso por saber que su hijo se convirtió en profesor, mamá murió orgullosa por saber que su nenito ya sabía tenderse la cama, el golpe fue duro, las noches se hacían interminables y los días cansadores, el trabajo era un sinfín de palabras que volaban en el aire y estaba desorientado, por un momento estuve sin un rumbo fijo, sin tener, como dice el refrán: los patitos en fila...

Intenté salir de una laguna de lágrimas y de un desierto de incertidumbres y volví a preguntarme: “¿Estaré soñando?” La muerte de mi vieja me marcó de tal forma que sentí un desasosiego de mi vida, mi mamá fue la primera profesora que tuve, la que me enseñó valores, saberes y condiciones éticas y morales del camino lleno de piedras llamado vida, y mi papá me enseñó que la vida a veces pega fuerte, como pelotazo al arco, y es que es así, la vida es dura y da golpes tan fuertes como los de la locomotora, pero seguí firme por vos hija y por vos amor, a vos amor te debo tantas cosas que perdería la cuenta contarlas y a vos hija te doy todo mi ser para que cuides lo más valioso, la educación y el conocimiento. Logré levantarme de tantos golpes que en mi vida era el caballero con espada y corcel blanco y que mi reina era mi protectora, mi vida tuvo tantos giros que de ser un ser banal pasé a defender los derechos educativos porque lo que yo supe, no es un chiste, es poder atado a las hojas amarillentas y llenas de polvos de libros viejos. Mi esposa fue la puerta a incontables letras cuyas razones



existentes tenían una historia, un pasado un presente y a veces un futuro, donde cada personaje ficticio o no ficticio era un océano por descubrir, donde cada párrafo reflejaba un sinnúmero de inquietantes datos relevantes con total precisión que lo vivís en carne propia, cada libro que leí, me resaltaba la misma sensación, la sensación de ser alguien avaricioso por ese poder lectivo, por esa fuente de sabiduría que se plasmaba frente mío.

El ser profesor conllevó a que mis alumnos tengan esa misma avaricia hacia la literatura, el que conozcan desde un personaje como Don Quijote a saber que el territorio argentino es bellissimo con sus pastizales verdes, climas fríos, sus laderas heladas, sus sierras arboleadas y su norte cálido.

En ese momento fui perspicaz, con mi visión clara y el viento en popa, sentí la seguridad de decir que el progreso fue un proceso largo, calmo y sin preocupaciones me sentía realizado. En casa mi vida era la soñada de cualquier flaco, una vida soñada donde la familia no es disfuncional, y donde para todo, existe una comunicación cordial con detalles honrados para ponerse de acuerdo, mi vida era perfecta, o casi... Mi hija se fue de casa, vivió su vida al igual que yo lo hice en mi tiempo y sé que le di buenos saberes para que su vida no sea un caos al igual que la mía a su edad, en mi caso yo me he jubilado y mi mujer es la misma que he amado toda la vida, la de cabellos ondulados que tenía una mirada que te endulzaba el alma, todas las noches desde aquella vez que salí a caminar. Leo un libro, mi libro incondicionalmente favorito mi novela literaria, soy una persona que se ha enamorado, se ha casado y ha vivido una vida plena, mi hija es escritora al igual que mi mujer, espero que así como mi mujer me iluminó mi vida, mi hija ilumine la vida de otra persona, porque toda persona tiene el derecho al saber y al conocimiento, porque es lo más sano, satisfactorio que uno puede tener. Cuento mi breve historia como un descargo de todas aquellas cosas que aprendí, de todo lo que fui, soy y seré, un personaje con un pasado, un presente y tal vez un futuro. Esta historia quedará plasmada en los escritos de mi descendencia, seré como las personas que con tanto ímpetu leía en mi juventud, seré recuerdo, cuya historia quedará plasmada en las hojas agrietadas de un libro y realizado puedo decir que mi sucesión está cuidada por una joven escritora. Mi historia está contada, leída , no quiero que me comprendan, quiero que aprendan, que el conocimiento es poder y que la historia la ganan los que escriben.

## Mención especial

*Me llamo Joel y nací en San Salvador de Jujuy, una ciudad que siempre me inspiró con sus historias y sus contrastes norteos. Desde pequeño me gustaba leer y escribir cuentos, y soñaba con publicar libros algún día.*

*Mi trayectoria como escritor fue un reto de autosuperación personal, ya que muchas personas me dijeron que nunca iba a lograrlo; sin embargo, mi determinación fue más fuerte, por lo que me volvía a levantar después de cada error, hasta que finalmente conseguí el éxito.*

*Este libro es el resultado de varios años de investigación y trabajo personal (ya que siempre me prohibieron leer y escribir libros en mi familia, por lo que en secreto siempre dejaba volar mi imaginación con la cultura jujeña a la que siempre estaba expuesto). Quise explorar las posibilidades de la ciencia ficción para reflexionar sobre los dilemas éticos y sociales que plantea el avance tecnológico y político de la época. Mi objetivo es crear una historia que entretenga, pero que también invite a cuestionar y a imaginar otros mundos o universos posibles.*

## Los gauchos guitarras vivas

Joel Franco Castillo Irupa

Palpalá, Jujuy

### Introducción y dedicatoria

Dedico esta obra para ser interpretada en una obra de teatro, tal y cual se hacía antiguamente entre los griegos (aunque ellos lo hacían de manera que honraban a Dioniso el dios del vino, y de manera cantada, solemne-mente cantada por los actores y el narrador).

De manera que antiguamente eran solo los hombres los que actuaban; y ahora, con más libertades, puedo decir que participen de ella personas de todos los géneros.

Por lo que, todo el que conozca la verdad, no se conformará solo con escuchar un poco, sino que la perseguirá hasta el final. Así que reformulo mi dedicatoria: A la verdad y solo a la verdad personificada.

### Canto 1

*(El gaucho Job encuentra una carta de su padre, quien emprendió un largo viaje pero nunca volvió, y se dispone a leerla. Es el testamento de la vida de su padre, que le deja como herencia una exhortación a cantar y a enseñar a cantar las verdades de la vida y que esto, junto con el amor, es lo que le llevará a la paz y al éxito; tal cual él las tuvo en vida.)*

### Personajes

Gaucho Job (*líder de los gauchos jujeños*)

Rogelio (*Padre de Job*)

Coro (*puede o no ser parte de la historia, a veces es más como un espectador que canta sobre lo que ve*)

## I

En una historia alternativa de la República Argentina, San Martín nunca existió y la única fuente de revolución (la que estuvo al frente de la batalla), fueron los abundantes gauchos jujeños. Los valores y fundamentos de la próxima nación nueva, la Argentina, se verían afectados, al tener otros próceres, entre los que se destacan los gauchos.

*Hoy en Jujuy, en la ciudad de Palpalá. Entra por Los Diques, el gaucho Job muy apurado y hablando consigo mismo.*

Job: Nadie me va a creer, que he encontrado una carta de mi tata, entre las haciendas de la familia —dice mientras lleva el manuscrito en la mano, hasta llegar a su pago—, esto es lo que él quería para mí, y ahora que ya no está conmigo, voy a honrar al finado.

*Se mete a su choza, y empieza a leer el manuscrito, que en realidad había sido una poesía, una cantata sobre la vida.*

Rogelio: Sucedió en los campos, donde cada fin de semana terminaba mi trabajo, como jornalero que va feliz a su salario; me encontraba feliz como los pájaros que felices trinaban cada día que yo iba por allí.

Así yo también me ponía a cantar, cantaba al cielo, a los árboles, a las estrellas cantaba, cantaba a la oscuridad del monte, que al son mío con su manto negro cubría mi guitarra. Cantaba al agua, que cuando el cielo llora de buena manera (de felicidad) desparramaba un lindo baño a los árboles donde me sentaba a cantar y la tierra se regocijaba también.

Cada vez que terminaba de cantar, no era el único en responder, cada día el cielo me hablaba de nuevas formas y colores; ya sea un día de triste nublado o un sol alegre, o ya sean unas estrellas, ellos parecían contarme una historia cada noche. Hasta los animales que, sabidos mis cantos, se acercaban y parecían contarme misterios con sus ojos, misterios que solo ellos representan. Y aun el suave viento, que de vez en cuando se paseaba por el bosque, me contaba y enseñaba tantas cosas, que ni aún yo mismo conocía; y hasta ahora sigo aprendiendo.

Pero ha llegado algo a mis oídos, que así como el forastero debe volver a su patria, así yo también vería el manto negro cubrir mis ojos, mi sangre secarse y yo sumergirme en un mar de oscuridad para siempre, como el que va a dormir y sueña negro. ¿Cuándo me despertaría?

Como el que va a dormir y despierta, y se da cuenta de que ha pasado mucho tiempo: así yo también sé qué es la muerte.

Pero ahora, semilla mía, que salió de mi interior. Así como la manzana podrida deja caer su corazón a la tierra, te cantaré las verdades eternas e infalibles de la vida; que si tú también las cantares e hicieras, sin agregarle

nada ni quitarle nada, para siempre tendrás vida. Porque larga vida es servir a los padres.

*El coro se presenta en el escenario mientras que Rogelio sigue leyendo su carta en silencio.*

Coro: Hoy vamos a cantar, ¿qué cantar? Un cantar de ensueño, los recuerdos de un padre amoroso, que llenan el corazón de sensaciones, ¿Qué sensaciones? Sensaciones de emociones, cosas por las que el corazón puede sentir el dulce aliento del bien del verano, o los trágicos acontecimientos de un antihéroe en otoño.

Sea otoño o verano, lo que puede calmar el corazón solo es, a veces, algo sencillo: como un poco de agua o un abrigo. Estas cosas tienen simbolismos muy fuertes, una historia profunda, dentro de una historia sencilla. Como la casa que parece pobre, pero adentro encuentras bienes, riquezas y habitaciones ocultas.

Así son nuestras canciones, llenas de amor y envuelto dentro de ese amor un secreto único que te lleva hacia la paz, que es la honra.

## Canto 2

*(Rogelio, cuenta que perdió la memoria a su temprana edad y que siempre vivió en el campo, a la merced de la naturaleza; por lo que sus amigos y maestros solo fueron los vientos, los árboles y el canto de su guitarra, que le enseñó a ser hombre. Poco después ellos se volvieron personas reales y se creó la comunidad llamada De Los Coyas, de la cual él era el juez. Pero no el jefe, sino que siempre el jefe sería El Amor.)*

## Personajes

Rogelio

Los Árboles

Los Vientos

La Guitarra Viva

Coya 1, 2 y 3

El Amor personificado

Coro

## II

*Rogelio sentado en una roca, al pie de las montañas, canta alegremente sobre como fundó su comunidad, al son de la guitarra.*

Rogelio: Hoy he trabajado en mi rancho, nací no sé de dónde, mis me-

morias me llevan a lo más profundo de los años; así como siempre hubo cielo, y siempre hubo sol, así he estado siempre en la tierra. Pues no tengo tata ni mama, ni sé cuál es mi origen; salí de la nada y a la nada me voy, como el mundo soy, este jardín grandísimo donde vivimos.

Recuerdo haber surcado los montes, haberme bañado con el rocío del campo y haber crecido en unos años ya como hombre.

Me hice una casa, en la cima de un cerro, junto a lo más alto; como las águilas puse mi nido que jamás perecería. La edificué con las mejores piedras que encontré, de adobe y piedras grandes, la había calafateado con barro y su techo hice de pajas con heno. Así ahondé sus cimientos, hasta que encontré en ellos *argentum*, el metal precioso más valioso que el cobre; y la llamé a mi choza Argentina.

*Vientos empiezan a cantar*—: Somos tu sabiduría y tu fuerza, así como el ser humano no puede vivir sin viento en su interior, así nosotros y tú somos uno.

Debes de saber, debes de cantar, que un reino no se sustenta solo. La luz está presente todo el día, y mientras su luz alumbra, todo cobra vida, aún la oscuridad, que hace ondear sus cabellos y haciendo teñir de frescura el cerro.

—*El Amor se presenta, levantando las manos con una gran sonrisa amable, y añade*—: ¡Oh, qué lugar tan acogedor, qué hermosura es la que oigo con mis oídos! Yo soy el amor, y soy igual a ti, Rogelio, por lo que tú serás por gobernador a los árboles —Señala a los árboles—. Escúchalos cantar mientras se hacen gente y pueblo para ti.

—*Los Árboles cantan en coro mientras se visten de hombres y mujeres coyas, y dicen*—: Lindo regalo es la vida, y ¿qué más podemos pedir? Sino ser felices, como las lombrices que estaban enterradas en nuestras raíces, ahí se renovaban nuestras fuerzas en el agua y por el agua subsistíamos. Y ahora nuestra raíz es el amor y nuestra agua es la música que cantaremos hacia la eternidad, porque ha salido a la luz lo que había en nuestro corazón.

—*Coya 1 se arrodilla y grita*—: ¡Te juramos eterna lealtad!

—*Coya 2 levanta sus manos al cielo, proclamando*—: Porque no es vida lo material sino lo espiritual.

—*Coya 3 se postra al piso, diciendo*—: El amor vivirá para siempre.

—*Rogelio junta a todos delante de él, y habla*—: Desde ahora serenos la comunidad de los Coyas, pues no hay como el Coya, pues Coya significa “único señor”; somos únicos en el mundo, sin nosotros el mundo no tendría paz.

Aunque ahora son libres de elegir, si quieren seguirme a mí, que estoy

en el lugar del amor o quieren irse a hacer lo que no está bien y está en contra de lo que aquí cantamos. Pues la lealtad, al igual que al igual que el agua de los ríos, que no puede ser sacada de ningún otro lugar, sino del corazón de las montañas. Así también la obediencia no se puede forzar si no es la que sale del corazón. Les dejo en libertad de estar conmigo o no.

*Todos dan lugar al coro, que viene entrando y brincando, haciendo un círculo en medio de los otros personajes.*

Coro: Se dice que la vida es un sueño muy repetitivo, y lo único que lo hace interesante es el poder apasionarse uno mismo por ella. Las cosas que nos hacen sentir bien, no son siempre las que creemos.

Vientos, ¿qué nos van a contar? Lo que ustedes establecieron, es lo único que nos ha llevado a la paz, en un camino tan largo y poco recorrido, donde cualquier otro desvió solo genera tristeza y dolor.

Las comunidades, ¡qué buenas que son! Siembran la tierra con su música, la aran con su calor y la cosechan con sus palabras de amor.

Y, ¿qué es la vida sino un sueño más mal contado? Porque si indagar, quisieras indagar, habrás de saber que la vida real es más maravillosa de lo que imaginas, y lo que imaginas no se puede comparar a lo que te espera allá afuera en el mundo.

Es como decirle a la hormiga que explore el espacio exterior, o decirle al ser humano el por qué de su vacío, en fin: el conocer la vida es amarse a uno mismo y demostrarlo en los demás.

### Canto 3

*(Conmemora en lindas canciones, cuando la comunidad de los Coyas era una sola, todos velaban por un gobierno de amor y de música que incitaba al bien. El cetro de autoridad y representante del amor era la guitarra que había él mismo tallado con amor.*

*Fabián, el que sería uno de sus primeros miembros, se rebela. Pretendiendo tener un mejor gobierno, roba el cetro y se marcha a los abismos de Humabuaca con doscientos cincuenta coyas con él).*

### Personajes

Rogelio

Los coyas

Fabián (el amigo traidor)

Coyas rebeldes

Coro

## III

Recuerda Rogelio con nostalgia, con una gran solemnidad y una voz entrecortada por las lágrimas, la historia de su querida comunidad de Gauchos Coyas, esta vez parado en la pulpería de su pueblo y con su guitarra encima de su pierna.

Rogelio: Mirad qué bueno es cantar, cantar es la base de nuestra heredad. Así como las aves necesitan lombrices para vivir, y los árboles del campo lombrices para subsistir, así nuestro canto se sustenta en la dulce caricia de la sinceridad; la sinceridad de un amor puro al otro.

—*Fabián empieza a danzar delante de todos, diciendo*—: Desde hace muchos años recuerdo, como si me viera en un espejo, como era yo el árbol más escogido de todo tu jardín. Me bañabas con el rocío de los montes, en medio de tu música; tus canciones alegraban mi alma y espíritu mientras mi copa sobresalía entre los arbustos y árboles más altos.

—*Los Gauchos coyas empiezan a formar un círculo, cantando*—: ¡Oh qué bueno es cantar! —*Aplauden y cantan*—. ¡Cantemos en coro!

—*Rogelio hace que su melodía se sobreponga a las demás y se dirige a Fabián en estos términos*—: Acabado de hermosura, hecho a la imagen de lo que es bueno, cimentado en amor. Yo te escogí el primero de todos los gauchos, cantabas y danzabas frente a frente con mi hijo y llegaste a tener el mismo estatus que él. Él se conmovía y te contaba, te contaba secretos por los cuales, quienes quiera que lo hicieran y persiguieran vivirían para siempre.

Por lo cual te exalté hasta la sumo, te adorné tus ramas con las lanas de la llamas más hermosas, coloqué piedras grandes y bonitas que digieran el agua hasta tus raíces, por lo que tu conducta siempre anduvo en la perfección, así hubiera deseado que siguiera siempre tu corazón. Pues ese es un camino que va rodeando la montaña, hasta llegar a la cima.

Pero ahora, se parte mi corazón por lo que vas a decir —*empieza a llorar*—, dilo ahora, ha llegado tu hora.

—*Fabián se pone nervioso y empieza a hablar con elocuencia*—: Así como los tiempos buenos tienen su final, al día le sucede la noche, y donde hay luz también hay sombras. Deben de saber, mis amados coyas, que los gobiernos terminan y tienen su final, tal como sucede en la capital de nuestro país.

Creo que lo que es bueno, no siempre va a ser lo bueno para todos; y lo malo, no siempre va a ser malo para todos. Es por esto que propongo que hagamos una votación yelijamos cuál gobierno sea el mejor, si el de luz, o el del bien y mal. Porque no podéis permitir que siempre se nos diga qué hacer y qué decir o qué cantar —*Se queda parado esperando una respuesta y añade*—: ¿quién está conmigo?

—*Los Coyas confundidos se miran entre ellos y hablan*—: Aunque no sabemos,



al igual que la luz misma ni conoce oscuridad, sabemos que la felicidad y la alegría solo están en el amor, amor es vida y paz, y en él está la justicia.

El gobierno que propones solo nos dará tristeza, muerte y dolor; así como una llaga que no sana, sino que se hincha y va carcomiendo el cuerpo.

—*Los Coyas rebeldes van caminando y se paran al lado de Fabián, hablando de su decisión*—: Tirano es cualquiera que no quiera dejar su gobierno, por lo que nos vamos.

—*Rogelio busca con la mirada dónde está la Guitarra Viva y pregunta*—: ¿En dónde está la guitarra? Pues el que la posea gobernará todo.

—*Fabián levanta la guitarra viva y exclama*—: Yo se la robé a ustedes mientras dormían, y con esto nos vamos y fundaremos un gobierno mejor. Al igual que el lápiz podremos decir qué está bien o mal, y la guitarra cantará lo que yo le diga.

—*Rogelio se levanta y se saca la corona, a lo que todos miran impactados por lo que dice*—: Mi corazón se rompió en mil pedazos y llora sangre, se conmueven mis entrañas y el amor mío me hace hablar. ¿Cómo no voy a acordarme de sus dulces cánticos? Pues fui yo mismo quien les vio nacer y siempre fui bondadoso con ustedes en hacerles conocer la verdadera felicidad en esta vida.

Y ahora, ¡cómo me gustaría, cómo anhelo verlos arrepentidos viniendo llorando a mis brazos! Yo de seguro les perdonaría, para que aprendan que es misericordia.

Lamentablemente como no lo van a hacer, ya que su corazón se ha cerrado, así como las malas malezas lo destruyen todo, no me queda más alternativa que dejar de gobernar —*Todos miran expectantes, coyas preocupados y rebeldes esperando*—. Pero no serán ustedes sino que mi hijo será el que gobernará, y en sus manos la guitarra decidirá lo que es bueno para todos.

—*Dirigiéndose a Fabián*—: Yo había dicho que tú eras como mi hijo, mi amigo y la cerca de mi árbol; pero nunca eso acontezca, porque a partir de ahora te me hiciste mi enemigo.

—*Llora y lo señala*—. Mientras tengas la guitarra en tus manos, tus manos tocarán lopreciado y lo devorará la oscuridad. Toda la felicidad de tu gobierno se esfumará, pues pusiste tu placer en hacer lo que es malo. Por tu causa una persona no podrá diferenciar entre un espino de un manzano, ni la oscuridad de la luz, ya que has cambiado al bien por el mal. Por esto, no habrá amor en tu gobierno: sino odio, sufrimiento, violencia, destrucción y muerte.

Tú dijiste “Mi poder está en la oscuridad, pues con ella lo vencí”; pero tu victoria no será eterna, porque no tienes algo que nosotros tenemos,

que es el amor. Mi hijo con el amor recuperará la guitarra, porque su poder está en la luz.

—*Fabián se empieza a ir con los rebeldes junto a él, y menciona*—: Nosotros nos vamos, ¿acaso también podrías seguirnos? ¿No ves que éstos son ahora mis hijos y te rechazan?

—*Rogelio lo mira con una sonrisa de amor, refutando*—: Todo lo que hago, lo hago por la felicidad de todos. El sol sale para todos, y aunque no volviera nunca más aquí por seguirte, o aunque todos me rechacen, no me rendiré ni dejaré de cumplir lo que ahora he prometido, que es devolver al mundo un gobierno justo de felicidad, paz y amor.

—*El coro viene vestido de túnicas negras, luego se las sacan, pisoteando las negras y se ponen unas blancas. Cantan*—: ¡Oh, Rogelio! Tú vida nos atrae, nos intriga, queremos saber más de ti, aunque esos quiten mérito y vida a lo que has hecho; aunque eso nos haga gente de mala fama, de oprobio de gente mala, muy mala, de la cual no temeremos hasta que hayas vuelto con confianza o hayas vuelto la paz al gobierno que hiciste.

Porque ¿quién es el que se avergüenza de cantar todo lo que nos ha pasado? Que se avergüence de hacer lo malo, pero de ti, no nos avergonzaremos. Antes bien, más que mostrar admiración con nuestras máscaras y vestuarios, queremos hacerte saber lo valioso que hay en nosotros, que es el corazón.

#### Canto 4

*(Rogelio se lamenta de que su amigo quiera imponer un reino de perversión e inmoralidad; ya que esto traería tristeza, confusión y muerte, no solo a sus coyas, sino a todo el mundo. Por lo que va en un viaje para recuperarlo, y si en caso no volviera, su hijo lo haría; pues es exactamente igual a él).*

#### Personajes

Rogelio (compasivo)

Coyas (tristes)

Fabian (mundo corrompido)

#### IV

*Rogelio sube una montaña y empieza a cantar mirando las ciudades de Fabián desde lejos, y habla para sí*—: Pocos son los que saben, nadie tiene conocimiento. Se dice que desde ese día, murió un gigante entre los abismos de Huma-

huaca, su cuerpo fue utilizado para hacer un cementerio, por lo que fue llamado “de los Sepulcros Abismales de Humahuaca”.

Han pasado años, pasaron los días. Los que están bajo el gobierno de Fabián son como las sombras, que hoy están y mañana no. Cada día mueren personas y claman los heridos de la ciudad; pero nadie escucha su clamor, ni hay auxilio ni quien ayude a su semejante.

La ciudad explotó, se colmaron de gente extranjera y las personas en esa ciudad, pronto se hicieron pueblos y ciudades; parecen nidos de hormigas, vistos de lejos, de tanta gente que son. Trabajan, estudian, hacen sus labores, al parecer todo está bien, pero en realidad hay tristeza, hay un vacío en su corazón. Son, como esas hermosas manzanas, que a la vista parecen hermosas, pero por dentro tienen gusanos, podredumbre y mucha inmundicia.

Ojalá conocieran mi gobierno, pues aquí los ciudadanos, aunque pocos, son como las piedras que no perecen y sus días son los días de los árboles.

Aquí nuestro gobierno es justo, por lo cual rebotamos de paz como las vides en época de frutos. No hay aquí quien sea el mayor ni existen jerarquías, sino que todos aquí somos hermanos y el único rey es el Amor. La justicia se hace según la verdad y no se hacen acepciones de personas, ni al pobre ni al rico, sino que a ambos se les juzga con justo juicio. A todos se les manda a aprender aunque sea un instrumento de música y a cantar sobre la belleza de este lugar, la comida sobreabunda ya que todos compartimos lo que tenemos, nadie acumula riquezas que se lleva el viento y que no quedan para nadie. El temor a hacer lo malo está siempre presente, ya que sin él la paz no podría subsistir y cada uno ama a su semejante, por lo que siempre hay respeto. Trabajamos siempre para mantener los campos y criar nuestros animales, por lo que tenemos una buena salud.

En cambio, los gobernantes de ellos, son como los puercos engordados, porque no dejan nada ni para el pobre ni para el desvalido. A nadie hacen justicia, y cuando fallecen, ambos, rico y pobre, van a los Sepulcros.

Allí su carne se viste de gusanos, su piel se roe y son expuestos a la corrupción. Tal cual eran ellos en vida, en su corazón, solo que no se daban cuenta; porque así como los ataúdes son hermosos y bonitos a la vista, así también por dentro están llenos de desechos. Así son todos aquellos que nunca tuvieron el amor en su corazón.

Días grises y nublados cubren sus cielos a causa de la deforestación y la contaminación en el aire, los alimentos se agotan y a causa de esto las gentes duermen en las calles. Los más religiosos dicen tener amor y se ponen máscaras para atraer la admiración de las personas; pero cuando se las

quitan son leones feroces, listos para matar ovejas, corderos y chivos. Ésta es su hipocresía: el querer vestir de una llama a un cóndor voraz, y querer llamar la atención de todos con estas cosas.

—*Los Coyas se acercan tristes por detrás y le hablan*—: ¿Qué es lo que vas a hacer, Rogelio? Nosotros te apoyamos en todo lo que hagas.

—*Rogelio empieza a ir a la ciudad, mientras que les va hablando*—: Voy a recuperar la guitarra.

Los Coyas: Te esperamos.

—*Rogelio finalmente llega donde Fabián, después de un largo viaje para encararlo y le dice*—: Vine a recuperar lo que es mío.

Fabián: ¿Qué harías por él? ¿Acaso no tengo ya todo?

Rogelio: Daré mi vida.

—*Fabián sorprendido le pregunta*—: ¿Tu vida darás por la guitarra? Y si no te la doy, ¿qué sucederá?

—*Rogelio habla con un tono de valentía*—: Si no me la das, después de esto, mi hijo la recuperará y todos sabrán que el que gana aquí es el amor.

*Aquí terminan las palabras de Rogelio. Rogelio desaparece del escenario.*

*El coro se presenta llorando, aunque empiezan a cantar y se les alegra el rostro de a poco.*

Coro: Hoy es un día lleno de endechas y lamentaciones, no sabemos decir por qué, si por haber roto el corazón a Rogelio o, más bien, por el triste y trágico destino de Fabián.

Querido por todos, amados por muchos, el que era y había sido como el amigo del intendente de este pueblo, del hijo del gobernador; nos había conmovido el corazón con tan bellas artes rurales, vacas y ovejas por aquí, chivos y carneros por allá. Desde Humahuaca traían siete llamas para hacer un gran banquete, y cuando se celebraba, la carne de los corderos no faltaba.

¿Quién podría pensar que su mejor amigo, el amigo de su alma lo abandonaría y se iría por el error? Los que una vez habían sido como entrañables hermanos, en un cielo gris se separaron y ahora nos ha quedado una duda que pronto se disipará. Porque, ¿acaso es bueno confiar en otro ser humano? ¿No es mejor confiar tan solamente en el sano amor?

Las palabras de este canto, para siempre estarán en nuestros corazones; y en el de cualquiera que las supiera apreciar e interpretar.

Y asimismo las volveremos a recrear en cada ensayo, cada obra hasta que todo se haya cumplido, hasta que el amor haya triunfado; donde las frías noches de invierno se despertarán todos en un feliz calor primaveral, junto a su Sol ferviente en un amanecer sin fin de días.

## Canto 5

*(Una canción que conmemora un amor incondicional no correspondido: Job (cuando su padre había ido en busca de la Guitarra Viva) ayuda a una mujer, después de eso la conoce más y se enamora de ella, su familia los separa, pero se prometen un día poder estar juntos.)*

## Personajes

Job

Luna

## V

*Canta Job en una plaza del tango.*

—*Job, nostálgico*—: Recuerdo haber salvado a mujer, la mujer es de una familia que había pertenecido a los Coyas, solo que se fueron con Fabián.

Ella estaba a punto de morir a manos de esas malas bestias, luego de matar a la bestia la curé en mi casa.

Cuando nos conocimos era igual a mí, tenía mi misma cara, ojos, piernas, brazos, estatura; era como verse la luna y el sol en un espejo. Me dijo que se llama Luna y yo le dije que me llamaba Job.

Pero pronto su familia se enteró de su nueva vida en lo alto de estos cerros, y se la llevaron de vuelta a su casa.

Ella y yo nos prometimos vernos alguna vez, y de vez en cuando puedo escuchar en el viento los susurros de su música.

Ella al fin volverá y todo será mejor, canta paloma mensajera canta.

*Aparece la Luna entrando por la puerta del establecimiento cercano a la plaza, para finalmente salir y encararse.*

—*Luna con una gran sonrisa, le sigue el canto*—: Ya ha pasado tiempo y los recuerdos de mi niñez son iguales a los tuyos, junto a las praderas de los montes, mientras caminaba llorando por sus surcos, en un estanque me vi en el agua, y en el reflejo te vi a ti y a tus ojos.

¡Cuánto te extraño! Cada día canto y espero siempre oigas mi canción en el aire. Te buscaré para siempre, como la luna busca al sol. Amado de mi alma.

## Canto 6

*(El gaucho Job, leído esto, decide emprender un viaje solo en busca de la guitarra, pues ella poseía poder para gobernar.)*

*Cuando llega donde Fabian, él la empieza a romper, a lo que Job dice que va a hacer cualquier cosa por ella. A lo que Fabian responde, que se la dará a cambio de su vida, a lo que Job vacila un poco; pero finalmente, pensando en sus coyas hace el sacrificio.)*

## Personajes

Gaucho Job (mártir)

Fabian (emperador tirano)

Guitarra viva (esclavo sufriente)

## VI

—*Job se pone a cantar en el centro de su pueblo*—: Me siento que he estado en un largo sueño, en una oscuridad increíble; preparándome cada vez más para este entrañable momento. La luz vence las tinieblas y ha llegado la hora de salir en busca de lo que nos pertenece, no solo por derecho sino para la vida misma: que es la felicidad y el amor propio.

Todavía nadie sabía en qué momento mi padre regresaría con la guitarra, pero yo cumpliré lo que él me dijo: “No me rendiré hasta cumplir su promesa, aunque todo el mundo me rechace.” Voy a emprender un viaje de peligros, afrentas, viajaré por tierras que no ven el sol, ni que conocen la luz. Me internaré en lo más profundo donde nadie quiere pasar por cobardía, solo para recuperar nuestra amada guitarra y dar nuevamente vida y felicidad a todas las cosas.

—*Fabián viendo llegar a Job se burla de él*—: ¿Te atreviste a venir hasta aquí como tu padre? Mira lo que hago —*Empieza a romper y golpear la Guitarra Viva*—.

—*La Guitarra viva se lamenta*—: Estoy sufriendo, como los esclavos que esperan su libertad o siquiera una mísera paga. Mis ojos están rojos de tanto llorar, y mi boca, mi voz, ha quedado ronca de tanto gritar pero no ha habido nadie que escuche o que respondiera.

Traté, en mi desesperación, de buscar placer en el error, pero ese placer acaba al instante que terminaba de hacer lo malo. Era un placer que solo duraba un momento, y el resto era una noche fría con una luna roja de sangre, esperando algo mejor pero solo iba de peor en peor.

Yo decía, ¿cuándo me levantaré de mi dolor? Pero este imperio de Fabián solo ha traído asperezas y depresión a mi espíritu, entre los cuales no hay sosiego ni paz.

Fue entonces que, viendo que nadie venía a sacarme de las manos de Fabián, miré hacia los Sepulcros Abismales y dije: “Del todo nací con errores y con ellos me iré al sepulcro. Pues con manos vacías vine a este

mundo y con manos vacías me voy. Sólo el amor puede salvarme pero mi esperanza murió”.

Llamé a los gusanos mis hermanos, el sepulcro mi casa y la muerte mi padre. Lo único que sabía cantar, eran las canciones de los ebrios; mis acordes, ya no eran acordes armoniosos, sino tensos y dispares. Mi música era sin sentido, en un montón de alboroto que ellos llamaron “la verdadera música”.

Pero quedó un poco de lo que había tallado Rogelio en mí, pues me las borraron con dureza las manos de Fabián.

Ahora mis ojos, Job, todo mi ser puede verte, mas todavía no estoy en tus manos, quisiera algún día tener esa paz prometida, que como un augurio me dijo tu padre.

—*Job empieza a avanzar hacia Fabián con un brillo en sus ojos y le dice—*: Cuánto he anhelado este día. Como los pájaros lloran por las aguas y las plantas esperan tiempos de lluvias buenas en la sequía, así me he acercado a este lugar.

Descendí por un valle sombrío y nadie me conoció, me miraban como a sapo de otro pozo. Mi apariencia contrastaba con lo sombrío del valle, una mancha blanca en un mundo gris. Por eso cuando me veían las sombras, murmuraban contra mí, ¿acaso el sol naciente vencerá la que una vez fue una noche eterna? ¿Acaso las densas tinieblas que cubrían el valle no eran mucho más que la tenue luz que empezaba a esclarecer y alumbrar con su luz?

Cada cual se burlaba de mí, no he tenido descanso de tanto hacer el bien. Mi cuerpo no está apto para ayudar a nadie, ni me preocupo por mi salud; sin embargo, no descansaré hasta que haya ayudado.

Porque desde que llegué nadie me dio a tomar un poco de agua, mas yo daré de beber lo que no tengo. Nadie me dio un momento de descanso, pues bajo mis ojos hay bolsas, por no poder dormir; sin embargo, yo haré descansar. Mi cuerpo está adolorido de tanto gritar y ayudar, y lo seguiré haciendo hasta el final.

La gente que mora en el desierto de esta tierra me ha dicho que desista, por mi propio bien, de lo que estoy a punto de hacer. Porque ellos dicen: ¿Se puede acaso ayudar a otros, si uno mismo no está bien? ¿No sería mejor que te preocupes y ayudes a ti mismo mejor? Pues es mejor que te cures a ti mismo y después ayudes a los demás.

Pero yo no soy así, yo siempre he tenido amor en mi corazón. Y ese amor es el que me da la fuerza para seguir, y no descansaré hasta haber recuperado esa guitarra a cualquier precio.

—*Fabián mira a Job con una sonrisa pícaro, y le habla en un tono siniestro*—: Si tanto la deseas, quiero que hagas algo. Quítate tus ropas, deja que vea tu rostro agrietarse mientras te inundas en un sueño, en un mar de oscuridad que no se acabará nunca.

Se dice que la sangre es vida, ya que la sangre es vida como el agua. Dame toda tu sangre y la guitarra será tuya.

—*Job se lleva las manos a la cabeza vacilando un poco, y se pone en una pose valiente y habla con fuerza*—: Claro que lo haré —*Se saca sus ropas y se acuesta sobre una piedra*—.

—*Fabián murmura a los oídos de Job*—: Ya es de noche y es aquí donde tengo mi poder, esperaremos a tu amiga el día para que te salves, pues ahí tienes tu poder —*Lo golpea con la guitarra por la cabeza*—: Vamos a ver si puedes soportar, como cordero mudo.

—*Job cierra los ojos y habla en voz baja*—: Todo, todo lo haré por ti mi amada guitarra, y cuando estés en mis manos, tus acordes darán luz y vida.

—*Fabián enojado grita*—: ¡Ya estoy cansado de que digas esas cosas! Voy a dejarte inválido y no vas a poder tocar la guitarra —*Saca un cuchillo y empieza a agujerear la mano izquierda*—

—*Job empieza a escupir sangre mientras Fabián agujerea la mano derecha, y agonizante habla*—: He cumplido mi promesa, mi amado tata, ahora me voy pero volveré —*Queda inconsciente*—.

—*Fabián se asusta y deja tirada la guitarra a su lado, exclama asustado*—: Me parece que ha muerto, ¿pero qué he hecho? Como los días sombríos sin sol, en los que el cielo se espanta, así también yo me he espantado de lo que he hecho ahora, y ¿por qué habría de hacerlo? Si era lo que tanto anhelaba mi corazón. Ahora la culpa no me deja, y mi conciencia me apresura a irme de este lugar —*Sale huyendo*—.

—*El coro entra despacio mientras ven a Job levantarse, agarrando la guitarra, ellos cantan mientras lo ven yéndose*—: Mi gozo, mi alegría, mi paz... y todas las cosas que alguna vez creí no se pueden igualar a este momento. Porque, ¿quién se animaría a hacer semejante cosa?

¿Quién osaría entregarlo todo por alguien que, a los ojos de todos, no lo mereciera?

Hemos caminado mucho, llegamos de distintas partes del mundo. Tu lenguaje nos parece extraño y tu voz nos trae un nuevo acento; sin embargo, sentimos una extraña sensación de paz, un gozo inenarrable cada vez que queremos asimilarlo a nuestra fonética.

Sin lugar a dudas, este es el idioma que originó el hablar de todos los pueblos, y todas las culturas tienen un origen, a veces incierto, pero que



nos lleva hasta aquí.

¿Para qué sirve? Díganlos. ¿Para qué sirve el que un ser humano tenga todas las hazañas del mundo o que tenga todos los bienes, pero es ego-céntrico? Hemos aprendido, hemos oído, que la humildad es lo que hace a un verdadero hombre, pero no delante de muchos, sino delante de uno, del amor.

O, ¿en qué cambia algo? Avisémoslos. ¿En qué cambiaría algo el hecho de que alguien dé de comer a los pobres o sea de ayuda incondicional que no ha dado ninguno que se llame bueno, si esto lo hace para causar admiración y no por un amor genuino... Aunque nadie lo vea?

Por esto se maravillarán los ojos de todo ser humano, al encontrar dos tesoros en una misma piedra. El uno por haber visto o encontrado, algún hombre o mujer, que sea capaz de dar todo de sí, no para llamar la atención, sino para exaltar sólo el amor que hay en él o ella.

El segundo, por haber tenido un gran cargo en el hombro, y haberse mostrado tan humilde en ese cargo, que siquiera alguno se ha percatado que eres importante: sólo el amor.

Y ¿qué es el amor? Miremos al sol, él siempre hace el bien aunque el mundo se aleja de él, (y es justo cuando se aleja de él, que él empieza a llorar lágrimas rojas de sangre, y llega la oscuridad por haberse alejado de él. Aunque la oscuridad nos diga que es el sol quien se aleja de nosotros, no es así) él nos da su calor, aunque el mundo siempre huye del sol, eso... es amor.

## Canto 7

*(Después del sacrificio, Job vuelve herido a su patria. Por lo que le reciben con aplausos y fiestas. Él empieza a cantar cuán bueno es dar la vida por una causa justa de amor.*

*Cuando de repente irrumpe Fabián, diciendo que él destruirá todo lo que quede de los Coyas. A lo que Job, levantando el cetro restaurado, manda a que salgan del palacio pues dentro de siete años tendrían una guerra.)*

## Personajes

Gaicho Job (*héroe*)

Fabián (*antihéroe*)

Coyas (*indignados por Fabián*)

## VII

—*Job sentado en el “trono real” (una buena democracia se puede comparar a las mejores monarquías que han existido, como lo menciona Aristóteles) en el palacio, tocando la guitarra y cantando frente a su pueblo*—: Hoy voy a cantar cuán grande historia tuve que enfrentar para recuperar lo nuestro. Es una historia de amor incondicional, que está estipulada en canciones y leyes sobre el amor al semejante.

Hubo una vez, realmente existió, el que para mí era mi amigo. Juntos hablábamos todas las cosas secretas y aun lo más escondido de mi corazón se lo declaré. Él era mi boca y mi misma imagen, pues yo le mandaba que enseñase al pueblo todas las cosas que yo le decía, y no faltaba nadie que no le obedeciera ni nadie que contradijera, porque no eran sus palabras, sino mis palabras.

Sucedió que me traicionó el que más amaba, rompió mi corazón con los lazos de la rebeldía sin compasión. Se llevó el cetro de nuestra equidad, el báculo de nuestro amor, el que señoreaba todo nuestro territorio con historias que conmemoraban lo nuestra patria, algo que se repetiría hasta el final, hasta que ya no haya nada que contradiga a la patria mía.

Lo seguí con mucha valentía, y no había nadie más conmigo que me ayudase, me aventuré como el minero que se adentra en las terribles cuevas, detrás del que se llevó el patrimonio que nos pertenece. Tal patrimonio es nuestro, no lo daremos a conquistadores, ni hijos de extraños se adueñarán de él; ni impondrán más sus imperios tiránicos en nuestra tierra, pisoteando nuestra cultura y nuestras personas.

Cuando lo encontré me apiadé de él, por verlo en la oscuridad como moribundo, y a la guitarra en las mismas condiciones que él. Le rogué que me la diera, mas no quiso. Sólo un sacrificio podría hacer que me la diera.

Compré la guitarra con mi sangre y no me arrepiento de haberlo hecho.

—*En ese momento entra Fabián, a la corte del palacio, y muy enojado empieza hablar delante de todos*—: Desde el fondo de mi corazón y de mi edificio natal, desde la idea que surge de mis entrañas yo te maldigo a ti y a todos los pobres coyas contigo; porque debo decir que hasta el fondo de mi corazón estará mi odio por esta tu casa y por ti. Te odio, Job.

—*Los coyas, indignados se sorprenden de tal osadía de venir a enfrentar a Job en su propia casa, y le dicen*—: No queremos a gente como tú por aquí, mejor vete.

—*Son interrumpidos por Job, quien se conmueve y llora por la apariencia de indigente de Fabián, y le da una última amonestación*—: Hermano mío, has perdido, la guitarra ahora me pertenece ya que sellamos el trato con sangre; ríndete pacíficamente y tendrás un lugar en la cárcel, que es mejor que la muerte.

—*Enojado Fabián se niega y amenaza*—: ¡No! Si no que te mataré a ti y a todos los tuyos, tendremos tal guerra que no se ha visto nunca en nuestra historia.

—*Enfadado por tal severidad de palabras Job habla con autoridad*—: Cállate, la guitarra clama justicia por lo que has hecho y por su poder vas a quedar atrapado en los Sepulcros Abismales hasta que tengamos una guerra justa dentro de siete años. Vete y no vuelvas más hasta se haya cumplido todo.

*Fabián baja la cabeza, avergonzado, mientras se lo llevan los coyas.*

## Canto 8

*(La guerra comienza, pero Job ha adiestrado a sus coyas para pelear con instrumentos musicales. En cambio el ejército enemigo, aliándose con todo el territorio, sale a batallar con armas de fuego.*

*La batalla comienza, música y espadas de guerra, todo acaba cuando un gran temblor parte la tierra donde caen todos los aliados de Fabián. Sale victorioso Job.)*

### Personajes

Gaicho Job (*líder de la cuadrilla de guerra*)

Coyas (*guerreros musicales*)

Fabian (*enemigo odioso*)

Soldados enemigos (*armados hasta los dientes*)

Coro (*narra la gran batalla*)

## VIII

*La batalla está por empezar y todos los coyas están armados con instrumentos musicales, Job los anima con sus palabras, parado con la guitarra en mano.*

—*Job les anima con sus palabras*—: Ya han pasado siete años, la guerra está por estallar. Nuestros soldados valientes son y nadie los puede parar; mirad qué bueno es, el luchar por la patria y la verdad, no queremos la esclavitud, ni la corrupción ni el comunismo que vocifera Fabián. Animémonos y alentémonos, luchemos por el amor a la patria que lo demás no importa nada.

—*Los coyas se ponen contentos y empiezan a celebrar, diciendo*—: ¡Sí! Vamos a ganar, porque siempre nuestra patria buena ha luchado por los derechos y el amor. ¡Viva la patria!

—*Mientras tanto del otro lado del escenario, miran con miradas burlonas Fabián y sus soldados, quien también los alienta hablando*—: Miren cómo celebran esos

tontos, siempre se han caracterizado por anunciar lo que vendrá desde antes, y han cantado victoria antes de tiempo. ¿Qué les parece si callamos esos alegres cantos de alegría y gozo, y los cambiamos por endechas, maldiciones y lamentaciones? Y así silenciaremos su voz para siempre.

*Los soldados gritan levantando sus armas de fuego y armas blancas.*

—*Soldados rebeldes dan hinchada*—: Siempre estamos unidos, y has llamado contigo a todos los pueblos en derredor para pelear contra esta comarca tan pequeña. Eso nos hará ganar y los castigaremos como a los perros que son.

—*Empiezan a carcajearse y burlarse mientras humo llena el escenario. El coro vestido de los Chalcaleros empieza a narrar la guerra y comienza la batalla*—: Desde el norte, ha clareado el alba y la mañana se acerca. Velozmente se apresura un bulto desde el horizonte, se han vestido de osos y son tan feroces como los cóndores. Su bandera, bandera roja es con símbolos comunistas.

Desde de donde sale el sol, aparece la campaña más solemne que ha pisado nuestras tierras, decenas de coyas valientes de la mano de un gaucho temible y poderoso, vestidos todos de vestiduras blancas y él, con cinturón rojo que le ciñe la frente y el pecho.

Cómo han disparado los animales, se ha perdido el silencio. Armas y bombas de fuego explotan por doquier, mientras el sonar del cuerno sigue sonando. Los caballos, más que atemorizarse, levantan el vuelo y pisan con firmeza la tierra, braman y relinchan listos para enfrentar la batalla.

Avanza como un trueno Job montado en su caballo blanco, mientras hay confusión en el bando enemigo, sus propias armas fallan y empiezan a dispararse entre ellos por el humo que rodea toda la mañana.

Las melodías de la orquesta llenan de emoción todo el escenario, tanto que parece que no existe más que música. Las armas se detienen, no quieren disparar más. El sol se detiene y se acerca, se acerca tanto que todo empieza a arder en fuego.

Fabián está a punto de tirar una granada a Job mientras grita con mucha prepotencia, pero ¿qué paso? Se partió la tierra, eso pasó. Y no sólo la tierra, sino también el gran mar que hay sobre nosotros, ahora cae, porque se abrió el cielo por la mitad. Pero no cae agua, sino fuego.

Van huyendo y cayendo todos los soldados rebeldes, el gran ejército enemigo es calcinado hasta los huesos y en ese momento Fabián se cae dentro de la tierra.

Las cosas que había deseado su alma ya no son más, deseó y quiso despojar de los cargos más altos a todos los poderosos del mundo, plantó un gobierno que solo llevó a la matanza de muchas personas.

Pero, ¿qué es ahora de él? El que había conquistado al mundo cayó y ya no queda nada de él, su corazón se partió por en medio y su aflicción no hay cómo compararla. Su vida no ha sido más que una mentira que él mismo compuso, y ya nadie querrá más seguirla. Aquí donde termina esta canción, aquí terminan sus días, para siempre.

## Canto 9

*(Las huestes felices celebran la victoria, la noticia se esparce por todo el mundo y Job se convierte en el presidente de la Nación.*

*Muchos reyes y presidentes vienen a verle, por lo que se muda a la costa en el sur.*

*La canción se vuelve a cantar todos los años por millones de extranjeros que vienen a la fecha, pues Job es reelegido siempre voluntariamente por un gobierno de paz, de amor y de justicia.)*

## Personajes

Huestes felices *(celebrando)*

Job *(presidente)*

Reyes y presidentes *(con regalos)*

Extranjeros *(turistas anuales)*

## IX

*Desde el congreso de la Nación Argentina, hablando en vivo a toda la república, el presidente Job en la actualidad.*

—*El presidente Job da su discurso*—: Han pasado muchos años desde aquel incidente, en el que el líder tiránico Fabián quiso conquistar al nuevo mundo y después al viejo mundo. Pero ahora que me han elegido voluntariamente como su presidente, les juro por el nombre del amor, que no les fallare en todos mis días ni a ustedes ni al amor que nos ha traído hasta aquí.

Ahora les invito a hablar con los reyes y presidentes que han venido hasta aquí, para saludar nuestra nación en este hecho mundialmente histórico.

—*Los presidentes y los reyes se presentan delante de las cámaras con los presentes.*

—*Reyes y presidentes hablan delante de las cámaras*—: Hemos venido desde todas partes del mundo con estos regalos y éstos acuerdos, no para que ustedes nos pidan algo a nosotros, sino más bien a nosotros pedirles cosas a ustedes. Ya que con un país como el de ustedes, y una potencia que sea de ejemplo a todas las demás, siempre habrá paz en todos nuestros

años de vida.

Demos la bienvenida a todos los extranjeros, los inmigrantes y turistas que nos han venido a acompañar para hacer una subida cada año.

—Los extranjeros y turistas empiezan a celebrar y a gritar contentos—: ¡Viva la patria! Y ¡viva la República Argentina para siempre!

El coro se despide cantando, levantando las manos y saludando, mientras que se van poniendo a su lado los otros personajes para despedirse.

—*El coro canta la última cantata*—: Hemos visto y escuchado, cosas que quedarán grabadas como oro en nuestro corazón, como se tallan las piedras con cincel de hierro, así para siempre soñaremos con ellas y nos acompañarán en nuestras veladas y en nuestras vidas. Pues son una carta de amor y de verdadera oportunidad, si las supiésemos atender.

Y tu Job, serás reelegido presidente por todos tus años, no por imposición, sino porque tú supiste ganarte la devoción voluntaria de tu pueblo: con un amor incondicional y una paz inigualable por perseguir la verdad y hallarla.

—*Todos hacen una reverencia y se van de uno a uno del escenario.*

## Mención especial

*Mi nombre es Ariel, actualmente tengo 46 años y vivo en Las Heras, Mendoza. Terminé mis estudios secundarios en la escuela “Camino de la Independencia” en donde reanimé mi pasión por la lectura y encontré otra por la escritura. Desde muy joven siempre me apasionó la lectura pasando mis tardes con obras como “El hombre ilustrado”, “Cien años de soledad”, “El eternoauta” entre otros. De más grande, al querer finalizar mis estudios, mis profesores de literatura me inspiraron a escribir y ahí fue donde comencé este hermoso camino, tejiendo palabras a mi parecer.*

## El cuadro

Ariel Elías Montiveros

Las Heras, Mendoza

### Primera imagen

El sol brillaba con todo su fulgor y su luz mostraba todas las cosas con más intensidad. Javier estaba recostado en la verde hierba bajo la sombra de un frondoso árbol; a la distancia se podía ver un grupo de niños que jugaban y se divertían. Desde donde estaba, él podía distinguir sus sonrisas. Esta imagen era una caricia a su corazón, era muy reconfortante, venían a su memoria recuerdos que no parecían propios.

Es un buen día, se dijo a sí mismo mientras miraba hacia el cielo azul. El firmamento, como con un vestido azul impecable, no presentaba una nube; hasta donde su vista llegaba, solo se veía un ocasional pájaro cruzando el cielo. Las agujas de pasto en la piel y el bullicio de los niños jugando eran algo especial para él, como si hubiera esperado por siempre este momento. No importaba ni el cuándo ni el porqué, este era su momento, cada detalle lo disfrutaba o, más bien, lo saboreaba: el aire, las risas, la sombra del árbol... cada cosa estaba puesta ahí como quien arma una partida de ajedrez.

### Segunda imagen

El día transcurría sin más pormenores y una pequeña sonrisa se escurría de sus labios. Un haz de luz recorrió sus ojos. Miedo, un gran miedo se apoderó de él. Miró a su derecha y a su izquierda, pero no vio a nadie. Los niños habían dejado de jugar y lo miraban expectantes como esperando una orden para volver a empezar.



—¡Buen día! —dijo una voz familiar. Ahora ya no había miedo, sin embargo, lo invadió una sensación de tristeza. Los niños corrían alejándose de lo que fuera que estuviera por pasar, el cielo se tornó gris y las sombras tomaron parte del paisaje, una nube se posó directamente sobre él. Era una nube con una forma extraña de un gris más oscuro que el cielo y con unos bordes marrones y negros a su alrededor, algo en ella le daba escalofríos.

—¿Cómo estamos hoy? —volvió a preguntar la voz. Los niños ya eran solo un punto en la distancia, la hierba desaparecía con rapidez dejando el verde por un blanco difuso, el árbol ya no estaba y su lugar lo ocupaba una almohada. Todo se desdibujaba a pasos acelerados. La nube no era más que una mancha de humedad en el techo de la habitación del hospital público de la ciudad, donde él era huésped desde ya no sabía cuándo.

La enfermera, como todos los días, se puso en su línea de visión para que él la pudiera observar. Con un poco de disgusto, vio en su sonrisa un poco de comida entre sus dientes, seguro acababa de desayunar. Solo tenía un par de segundos cada día para memorizar su rostro, el único que veía en días. A veces se enfocaba en sus ojos, eran de un marrón claro como la miel, y otras veces en su pelo o sus orejas. Así se daba cuenta de que tenía una pestaña suelta pegada en su mejilla o que le faltaba un aro. Con esas pequeñas cosas, trataba de armar un rostro sin nombre, el cual no lo sabía o no lo recordaba. Buena profesional, aunque seguramente su salario no lo recompensaba.

### Tercera Imagen

Así pasaban los días en los que ya no sabía si era ayer o mañana, todo era igual al día anterior, exactamente igual...

Se preguntaba desde cuándo había estado ahí, postrado en esa cama sin poder moverse en absoluto. ¿Días? ¿Meses? ¿Años? Su mente quedó de repente en blanco por un segundo como buscando una respuesta, pero no la encontraba. ¿Ya me pregunté esto ayer?, pensó. Algo raro le pasaba. Recordaba días, pero no los detalles. Calculaba los días por el crecimiento de la mancha de humedad, creía recordar cuándo se empezó a formar. Al principio, tenía una forma casi simpática, ahora era repugnante, un tanto maligna.

Con las luces de la mañana, se comportaba, pero entrada la tarde los rayos del sol caían en un ángulo diferente al resto del día y la forma de la

mancha se transformaba en personas que tal vez conoció o no. Algunas veces, eran caras espeluznantes que se reían de su situación de inmovilidad porque sabían que no podría escapar de ellas. Otras, era un solo ojo gigante que lo observaba por horas juzgándolo por lo que fue en su otra vida, esa que ni siquiera recordaba. Esa mirada le traspasaba su mente y su alma.

Pero eran las noches los momentos más terroríficos. Con la luz de la habitación apagada y la poca claridad que entraba desde el pasillo, más las luces que emitía la máquina a la que estaba conectado, la mancha cobraba vida. Danzaba al compás de los sonidos de la máquina, como demonios alrededor de una fogata tramando su siguiente crimen y su víctima yacía ahí sin posibilidad de escape. Todo el horror que sentía y sin poder siquiera cerrar sus ojos, y aunque pudiera, las imágenes quedarían grabadas en sus párpados. Pero esto no pasaba siempre, solo cuando la enfermera olvidaba cerrar sus ojos antes de irse.

#### Cuarta Imagen

Poco después del mediodía, volvía la enfermera para la parte más difícil de la jornada. Colocaba unas gotas en los ojos del paciente, el líquido se sentía como ácido. Al escucharla entrar, su piel se ponía de gallina y por dentro gritaba pidiendo auxilio ¿A quién? Solo era él en ese mundo, nadie podía escucharlo.

—¡No! ¡Por favor, no! Me duele, me lastima...— Por más que suplicara y pidiera por favor, ella cumplía su cometido y, lo peor, con una sonrisa en sus labios.

No poder sentir el resto del cuerpo era una sensación inexplicable, extraña. No saber dónde se encontraban sus brazos y piernas en un determinado momento era desesperante. Sin embargo, su cara era una historia diferente, podía sentir todo en su rostro, como cuando lo tocaban al lavarlo y al afeitarlo. Su única conexión con el mundo eran sus oídos y sus ojos, esto era una tortura para él. El ardor de las gotas duraba lo suficiente como para perder la razón. La mancha se multiplicaba dos, tres de ellas girando, creciendo, amenazando con tomar toda la habitación. La enfermera espera unos minutos y cierra sus párpados un par de horas mitigando el sufrimiento.

Pero las gotas quedaban en un segundo puesto, si se trataba de sufrir la sed; fue algo terrible. La enfermera tuvo que salir de emergencia hacia su casa y olvidó decirle a alguien sobre su paciente o, seguramente, no había

personal que la reemplazara. El suero se agotó poco a poco hasta que sus labios se secaron. Su garganta quedó tan seca que el respirador forzaba el aire dentro de ella como pequeños cuchillos cortándole por dentro. Ahora solo un hilo de aire pasaba por esa sequedad. ¿Así me iré de este mundo? ¿Bajo la mirada burlona de está maldita mancha?, se preguntaba, ¿Tirado en una cama muerto de sed? La agonía era insoportable, sus ojos se volvieron blancos. Una alarma empezó a sonar, dos enfermeros se apresuraron a entrar a la habitación y cambiaron su suero. Uno de ellos le mojó los labios con un poco de agua.

—¡Está muy deshidratado! —exclamó otro.

Las horas pasaron y poco a poco fue volviendo a la “normalidad”.

### Quinta Imagen

Cuando no había gotas y su sed estaba saciada, entablaba conversaciones con la mancha. Calculaban juntos cuánto les quedaba de vida. Algún plomero arreglaría la fuga que le daba vida y ese sería su fin. En cuanto a él, solo un desperfecto en la máquina y ya no estaría más en este mundo. “O vendrá un pintor”, exclamaba él, “y será el fin de tu existencia”. “Podría haber un apagón, estas instalaciones son muy viejas y nadie quiere invertir en la gente insignificante”, le contestaba la mancha, “muy lentamente dejarías este mundo...”.

—Hoy tiene visita —los interrumpió la enfermera—. Vamos a arreglarnos un poco— siguió y con un peine arregló su cabello y lavó su cara. De su bolsillo, sacó un frasco pequeño de perfume, el olor no era de su agrado, pero pensó que esa colonia de mala calidad significaba un gran gasto para ella, y lo estaba compartiendo con él.

¿Quién será?, se preguntaba, ¿mi padre, mi madre? No recordaba a nadie y tampoco sabía si antes había venido alguien a verlo.

—Pase, pase —dijo la enfermera

—Gracias —respondió una voz femenina

¿Quién es?, se preguntaba ansioso, y por qué le costaba tanto recordar...

Una hermosa mujer de unos cuarenta años se acercó y lo besó en la frente— Hola, papi .—Sus ojos se llenaron de lágrimas. Él no la conocía, pero el resto de su ser sí lo hacía. Las lágrimas hacían más difícil verla con claridad, quería gritar y poder abrazarla fuertemente contra él, pero parecía atado con mil cadenas a esa cama ¿Qué pecado tan grande pudo haber cometido para merecer esta tortura?, se preguntaba una y otra vez, pero

por más esfuerzo que ponía en recordar, nada venía a su mente, ni buenos ni malos momentos.

Con un pañuelo de papel, enjugó sus lágrimas diciéndole que todo iba a estar bien, que no se preocupara. Ella continuó hablando de su día y cómo las cosas en el negocio de la casa iban bien, dijo algo de que el tiempo se agotaba y sobre una clínica privada que no estaba a su alcance, pero no entendí por qué se angustiaba tanto. Le contó anécdotas que vivieron juntos, en otra vida la escuchaba con toda la atención tratando de armar su vida a partir de esas piezas de rompecabezas.

No se dio cuenta cuando se fue, no hubo despedida. Me habré dormido, ¿o lo soñé?. Lágrimas corrían por sus mejillas. La mancha lo miraba con lástima. “¿Dónde está tu fuerza de la juventud?”, lo increpó, “¿dónde está ese hombre que era totalmente independiente, que no necesitaba de nada y de nadie?”.

“Ahora estás aquí y solamente sigues vivo porque otras personas así lo quieren”, se burló la mancha. Le quiso contestar, pero no encontró argumentos, la tristeza era muy grande.

### Imagen final

Estos últimos días habían estado más agitados que nunca, más personas entrando y saliendo de la habitación. Vio a su hija otra vez acompañada por un hombre alto que lo único que decía era “es por su bien”. Tanta actividad lo había distraído de sus regulares conversaciones con la mancha.

Un nuevo día llegó y no fue un buen día de parte de la enfermera. Mucha gente estaba en la habitación. El doctor y la enfermera estaban parados a su derecha y tenían una expresión de suma tristeza. A los pies de la cama, su hija con su esposo y unos niños lo miraban. De a uno, se tomaron su turno para acercarse a él, para decirle adiós. La pesadilla llegaba a su fin, se dijo. Estaba alegre por primera vez. El doctor dijo algo, ella rompió en llanto, su marido asintió con la cabeza, el doctor se acercó a la máquina, aquella que lo había mantenido con vida por tanto tiempo, movió unas perillas y apretó unos botones. Él se sintió liviano como si pudiera volar, las risas de los niños se escuchaban más y más cerca, la sombra del árbol refrescaba su cabeza, el cielo poco a poco tomaba su azul.

El doctor ofreció sus condolencias, el marido y los niños abandonaron el cuarto. Su hija se disponía a salir cuando la enfermera le acercó un cuadro que acababa de descolgar de la pared.

—Oh, es la pintura de mi padre, me la regaló cuando era niña, es un recuerdo de cuando mis hermanos y yo íbamos al parque a jugar y él nos cuidaba desde ese árbol... Gracias —dijo—. Gracias por todo .—Y salió de la habitación.

—Rita —llamó el doctor.

—Sí, doctor —respondió la enfermera

—Llame a mantenimiento, esa mancha de humedad en el techo tiene que desaparecer— dijo con ingenuidad, como si no conociera el escaso presupuesto del hospital, y cerró la puerta tras de sí, dejando a Rita sollozando mientras acondicionaba la habitación para el próximo paciente.

## Mención especial

*Mi nombre es Milagros, tengo 21 años. Estudio en la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales, el primer año de psicología. Antes estudiaba en la escuela Atabualpa Yupanqui. Me gusta la escritura porque tengo una gran imaginación y me gusta descargarme escribiendo e inventando cualquier tipo de cosa que sea escrita. Vivo en Paraná, barrio Paraná con mi hijo y mi hermana. Comencé a interesarme por escribir desde muy pequeña y se me hace muy fácil inventar cuentos y poemas.*

## Julián y su granito de arena

Magalí Milagros Guillermina Rossi

Paraná, Entre Ríos

Julián era un niño que nació en Paraná el 15 de octubre del año 2000. A él desde muy pequeño siempre le llamó la atención el medio ambiente y el cuidado del mundo donde él vivía. Siempre fue un niño muy aventurero y con ganas de aportar todo lo que fuera necesario para ayudar a todo ser vivo o ecosistemas que lo necesite, o que no pueda hacerlo por sí mismo. Él era muy consciente de todo lo que el mundo y ambiente estaban pasando.

Su madre era bióloga marina e ingeniera ambiental, así que ella cada noche tenía una historia nueva y diferente para contarle siempre. A él le gustaba escucharla hablar de cómo los distintos desechos del océano lastimaban a animales, plantas, islas y muchas cosas más. También ella le contaba la cantidad de seres vivos marinos de distintos colores y tamaños que alguna vez ella llegó a ver. Él quedaba maravillado con cada cosita que su madre le pudiera enseñar.

Siempre le hacía preguntas a su madre de por qué la gente no tenía la misma dedicación que ellos en cuidar su planeta. Le gustaba mucho compartir sus ideas con las personas interesadas en el tema como cuidar el medio ambiente, y la manera de que cada persona aportando su granito de arena podría hacer un gran cambio en el mundo nunca antes visto.

Un día, cuando Julián tenía ya 10 años conoció un anciano llamado Jorge a quien le gustaba mucho escuchar y también que lo motivara para que siguiera con su labor hacia el mundo. Cada noche se sentaban en la orilla de la playa y Julián le pedía a Jorge que le hablara sobre las islas que ellos veían al final del río. Le daba mucha curiosidad el saber por qué se quemaban los pastizales, la bajada de creciente, qué tipo de flora y fauna había y cuáles eran los riesgos que podrían llegar a tener de seguir como si nada pasara.

El tiempo pasó y él lo siguió visitando. Estaba muy intrigado por Jorge, sus experiencias y recuerdos, le preguntaba por las fotos que él tenía en su casa. Jorge le contó que cuando era joven siempre estuvo interesado en el medioambiente y quería buscar soluciones para poder ayudar al mundo.

—Cuando era muy pequeño yo era igual a ti, me gusta mucho ayudar y aportar mi granito de arena. Siempre lo hice en Mendoza, acompañado de una mujer que amé con mi vida. Cuando cumplí mis 18 años fui obligado a entrar al servicio militar, desde ahí mi vida cambió. Cuando yo volví, mi amada Carlota ya había formado su familia... Yo no podía con la idea de verla con otro hombre, no me resistí, por eso me vine a vivir a Entre Ríos, para nunca volverla a ver. Aquí hice mi vida, construí mi familia pero nunca fue lo mismo, siempre seguí amándola y pensando en qué hubiera sido de nosotros luchando juntos por nuestro sueño.

Julián lo mira y decide cambiar el tema, se había dado cuenta que la historia aún le dolía a su querido amigo.

Julián se fue dando cuenta que no todas las personas pensaban igual que él. A sus 12 años de edad se propuso una idea y estaba decidido a hacerla realidad. Una tarde decidió hacer muchas pancartas para pegarlas en parques, hospitales, paradas de autobuses y en cualquier lugar donde no solo una persona lo podría ver sino, que lo verían todos los transeúntes de los lugares más visitados. Los carteles trataban de cómo cada persona aportando su granito de arena podía cuidar el mundo. Sus temas principales eran: “No tirar basuras en la calles o lugares públicos, ahorrar la mayor cantidad de energía eléctrica y el agua, reciclar, no contaminar el ambiente con toxinas”.

Los tips que a él le gustaba recordar a la gente para generar menos contaminación eran:

\*Cultiva tu propio alimento.

\*Separa la basura.

\*Planta árboles.

\*Conecta con la naturaleza.

\*Reutiliza todo lo que más puedas como el agua y todo material reciclable.

\*Controla tu consumo de energía eléctrica.

Y así como estas tenía cientos de ideas más; comenzó a asistir a charlas, talleres ambientales y caminatas ecológicas con el fin de entender y comprender cómo ayudar a los humedales, y poder hacer realidad la ley para protegerlos; se enfocó día y noche para poder conseguir su sueño. Julián y Jorge iban a cada charla, caminatas o huelgas posibles. Hasta que



un día Jorge mientras iba caminando se cae y se golpea la cabeza. Julián desesperado empezó a pedir ayuda a todo el mundo, comenzó a llamar a emergencias. Luego de alrededor de dos horas el niño no sabía nada de su amigo que siempre estuvo en las buenas y malas para apoyarlo en todo lo que él necesitara. Ya con mucha angustia y desespero le dice a su madre si puede llamar para saber en qué hospital estaba, él desesperado sin saber qué hacer, va y viene de un lugar al otro por dentro y fuera de la casa, la madre solo estaba sentada intentando calmar a su hijo, y de un momento a otro quedó en silencio... Mira a Julián y le dice:

—Vamos, sube al auto; ya sé dónde podemos encontrarlo.

Joaquín emocionado entra al auto y llegan al hospital, en el camino solo había silencio, era una situación horrible. Cuando llegan al hospital entran y su mamá le dice:

—Espera aquí yo, hablaré con el doctor.

Julián toma asiento y aguarda en silencio por unos minutos. Al rato aparece su madre con lágrimas en sus ojos. Él se desespera y le pregunta qué fue lo que pasó y ella con un nudo en la garganta le dice:

—Hijo, lo lamento mucho pero a Jorge le agarraron tres ataques cardíacos. El doctor dijo que luchó para seguir con vida pero su corazón no aguantó. También se enteraron que él no tenía permitido hacer todo lo que hacían juntos. Jorge solo tenía que estar postrado en su cama pero el doctor se siente orgulloso de todo lo que los dos hicieron y lograron. Él me comentó que de lo único que hablaba Jorge era de ti y de la gran persona que eras y de todo lo que te importan los demás seres vivos.

Al enterarse Julián que su amigo de toda la vida había muerto cae en una depresión muy grande que cada día se agravaba más y le sacaba poco a poco sus ganas de poder sacar el mundo adelante y aportar su granito de arena.

Ya había pasado un tiempo desde la muerte de Jorge y Joaquín seguía perdido en su tristeza, su madre comenzó a preocuparse, cada noche antes de dormir iba a contarle los cuentos que le contaba de pequeño.. Una mañana le comenta:

—En la ciudad pronto habrá una exposición ambiental. Te haría bien para despejar un poco tu cabeza y tal vez, volver a hacer todo lo que hacían con Jorge, para así sentirlo un poco más cerca y mantener vivo su recuerdo a través de lo que los unía, ¡el amor por el planeta tierra!

Julián se queda pensando en las palabras que le dijo su madre y decide asistir.

Llegó el día. Al llegar al lugar queda fascinado con la cantidad de infor-

mación sobre distintas cosas de todo el mundo. Cada uno de los trabajos expuestos le hace saltar de emoción su corazón, hasta que llega a sus amados humedales. Al mirar a su alrededor ve a una chica que le llama mucho su atención y decidió llenarse de valor y hablarle...

—¡Hola señorita!

—Holaa...?

—¡Qué tall! ¿Cómo te llamas?

—Soy Mahilis... ¿y tú?

—Julián, ¡Un gusto!... ¿Te gustan los humedales?

—Sí... Desde muy pequeña mi abuela siempre tuvo la idea de que si todos juntos nos ponemos a ayudar al mundo un gran cambio podría suceder, y así me enseñó una y miles de manera para poder aportar al mundo al que ella alguna vez amó.

—¡Woow! ¿Eso es cierto? Me sorprende la similitud con mi historia. Yo digo que cada persona puede y tiene que aportar su granito de arena para poder hacer del mundo uno mejor y con mejores condiciones para todos los que vivimos en él.

Julián entonces le cuenta su historia y todo lo que su mamá y Jorge le enseñaron. Los jóvenes comienzan a verse más seguido, salir en citas y conocerse más. Ella quedaba fascinada con cada historia que Joaquín le contaba, sobrada de detalles. Con el tiempo empiezan a ir a todos lados juntos: cada caminata, huelga o lo que sea relacionado con poder ayudar al mundo, ellos estaban ahí para colaborar en todo lo necesario. Años después, cansados de que las autoridades no hicieran nada por ayudar a los humedales, como sancionar La ley de los humedales, ella hacía tiempo le había contado que no era de la provincia y que si le gustaba la idea de ir a Mendoza a seguir luchando por los humedales porque desde Entre Ríos no lo podían lograr.

Entonces viajan a Mendoza, pasan mucho tiempo juntos y siguen luchando por su sueño. Un día tenían una fiesta de los setentas al estilo hippie. Los dos estaban disfrazados y listos para salir. María, la mamá de Mihalis, les sacó una foto, y luego salió a buscar una de su madre, y quedó maravillada por el gran parecido que había entre ella y Julián con su abuela y el gran amor de su vida. Él decide ver la foto y queda con la boca abierta y le pregunta a María:

—¿Quién es él? ¿Lo conocen o saben algo de él?

—El fue el gran amor de la vida de mi madre, ellos eran iguales. Como a ustedes les encantaba ir de aquí para allá en busca de soluciones para poder ayudar al mundo.

—¿Y qué les pasó? ¿Cómo se llamaba?

—Él tuvo que abandonar a mi madre para poder ayudar a su país en un momento muy duro que estaba pasando. Su nombre si mal no recuerdo era Jorge Zárate pero se mudó a Entre Ríos al enterarse que mi madre estaba embarazada de mí y él no era mi padre.

Julián al enterarse de esto queda paralizado, pasan los días y él decide llamar a su madre para preguntarle si no tenía nada que decir sobre Jorge. Ella rompe en llanto y le cuenta que él era su padre, que cuando fue a hablar con el doctor el día de su muerte le dió una carta que Jorge le había dejado a ella, en la carta decía que lo perdona por el padre que había sido con ella.

“Sé que fui un mal padre y esposo. Abandoné a tu madre en el peor momento de su vida, la verdad es que yo en ese momento tenía muchos problemas con el alcohol y en mi cabeza, si yo hubiese seguido a su lado, la vida no sería la misma y decidí que lo mejor sería irme.

Tú eras muy pequeña y me ibas a olvidar muy rápido pero cuando me enteré que mi nieto estaba por nacer morí de amor, decidí dejar todo atrás y poder superarme a mí mismo para poder ser el padre que nunca fui pero con mi nieto. Te doy las gracias por dejarme ser parte de tu vida, sé que nunca me ibas a perdonar por eso te escribo esta carta para poder de alguna manera sentirme bien y morir en paz. Cada noche pensaba en decirte pero algo en mí sentía que lo ibas a quitar de mi lado y ya no tenía el valor de volver a abandonar a las personas que amo, te pido perdón y, a la vez, te doy gracias por ser una gran madre y enseñarle valores y respeto a Julián. Sé que nunca me vas a perdonar pero me voy de este mundo muy contento de la familia que me tocó.”

Julián queda más sorprendido y le cuenta todo a Mahilis. Ambos quedan asombrados y maravillados por lo que oyeron nunca se lo hubieran imaginado.

Al tiempo la Ley de los Humedales es aceptada en Mendoza y Julián consigue una paz que nunca antes había sentido. Hasta el día de la fecha, cinco de diciembre de 2022, se reconoce que Misiones aprobó la Ley de Humedales y se convirtió en la primera provincia Argentina en sancionar una normativa que aplicará un marco regulador para preservar, conservar y desarrollar los humedales. Se trata de una iniciativa que ayudará a mantener el orden del ecosistema.

LÍNEA

★ **AVATARES** ★

Cuentos escritos por estudiantes titulares del  
programa Progresar, nivel superior.

## Primer premio

*Me llamo Natalia, tengo 25 años. Vivo en Libertad, Partido de Merlo. Actualmente estoy cursando el tercer año del Profesorado en Educación Secundaria en Lengua y Literatura en el Instituto Superior de Formación Docente N°29. Empecé a escribir porque pienso que leer te abre la puerta a los mundos que fueron creados por los distintos autores, escribir te da las herramientas para crear la puerta a tu propio mundo. Espero poder, el día de mañana, con mi trabajo inspirar a más personas a que creen nuevas realidades.*

## La diosa en la bailanta

Natalia Sabrina Gómez

Merlo, Buenos Aires

Eran apenas pasadas las cinco de la tarde, yo estaba ahí con mi mochila llena de apuntes, esperando por Carola, una compañera de la facultad que se convirtió en mi mejor amiga, una chica medio despistada pero inteligentísima, siempre me hacía bien estar con ella.

Empezamos a hablar de casualidad en el CBC y nos gustó trabajar en equipo. Solíamos tomar mate en el solcito de alguna plaza cerca de la Facultad de Derecho.

Sentarme en el pastito mientras sentía el viento en la cara me hacía sentir libre y esa sensación no se iba a pesar de tener la presión de los parciales y finales respirandome la nuca, porque para mí esa era la definición de libertad. Sentir el pánico antes de rendir y el alivio de ver el “aprobado” en la libreta me hacía sentir de verdad libre. Por ahí me conformo con poco, o por ahí soy masoquista, pero todo eso me hace feliz.

—¿Otra vez meditando? —abrí los ojos cuando escuché su voz, voz de locutora. —Siempre en las nubes, vos. —Dejó la mochila al lado de la mía y se sentó, ella era de lengua rápida y ni bocadillo me dejaba meter— Qué linda tarde.

—Viste, igual hace un calor horrendo, menos mal que corre el viento.

Enseguida sacó de la mochila el equipo de mate, ella se tomaba muy en serio los rituales previos a rendir y los iniciaba dos días antes. Se tomó el primero— Alto miedo tengo.

—Nos va a ir bien, estudiamos, ya tenemos los resúmenes hechos. —Saqué de la mochila un paquete de bizcochitos— Igual hoy ya no quiero pensar en eso, tengo la cabeza reventada.

Me miró con una sonrisa muy suya, pude ver detrás de sus anteojos que los ojos le brillaron con curiosidad. Me maldije mentalmente por haber

dicho eso, ella hacía rato que le daba vuelta al asunto y yo lo esquivaba. Abrió la boca y me tocó el brazo— Entonces contame la historia...

—Uh qué densa con eso, Caro. —Me reí— Decime, ¿para qué querés saber eso?

—¿Soy tu amiga o no soy tu amiga?

Suspiré profundamente y desvié la mirada por varios segundos— Bueno, está bien.

Ella dió un grito y se puso a bailar— Dale, contame todo. ¿Cómo era el pueblo donde creciste? ¿Qué hacías para divertirte? ¿Te gustaba alguien de ahí?

Me puse a reflexionar antes de responder el manantial de preguntas— Feo... Pobre... Medio aburrido, porque solo había una bailanta llamada “Relámpago”... Sí —me quedé en silencio unos segundos, meditando sobre esa última pregunta—... Sí, me enamoré de alguien antes de venir para acá... —Ella me miró con aún más curiosidad, le gustaba el chisme.

Era una chica que era perfecta, eso sí medio groncha, te confieso, pero en ese momento no la veía así y para mí era una diosa. Pero, ahora que recuerdo, usaba el mismo estilo que todas las pibas de ese momento: el pelo rubio planchado al punto de que estaba algo quemado y duro, los labios los llevaba gruesos con colores fuertes, las pestañas que se ponía parecían las de un camello, las cejas... parecía enojada siempre, eran muy gruesas. Pero tenía unos ojos claros que volvían locos a todos en el pueblo y yo también había caído.

Pero como dije, todo el pueblo había caído, inclusive mi mejor amigo.

—Qué linda piba, por favor, una reina. Che, Marcos, mirá, subió una fotito nueva... Largá eso y vení.

—Uy, qué denso te pones con la minita esa, Nahuel, pareces un viejo verde.

—Bueh, pero mirala, es hermosa... encima mirala haciendo pose frente al espejo... Me pone loco. Es perfecta —me decía mientras sostenía el teléfono frente a mi cara.

Me detuve por bastante segundos mirando la foto de la chica, a mi también me gustaba, me volvía loco verla, pero cerraba la boca— Sí, está buena. Pero tampoco la pavada, larga el teléfono y termina ese auto que tenes que ir a entrenar.

—Uh, pará, loco, ya pareces mi vieja...

La verdad era que ella me volvía loco, además de su físico, lo que más me atraía era su forma de ser. Me gustaba la manera en que se plantaba



frente a todos, parecía tan segura, como si no le importara lo que los demás pensarán de ella. Me gustaba ir al boliche y ver cómo toda la gilada siempre se giraba a verla, algunos con la boca abierta. Era una mina que te hipnotizaba.

Nahuel estaba hecho un pelotudo desde que la vió por primera vez en la salida del boliche. No paraba de hablarme de ella, pero yo no podía contarle que la conocía, ni mucho menos podía dejarle saber que ella me gustaba. Conocía al pibe desde la primaria, iniciamos juntos nuestra trayectoria en el baby fútbol cuando teníamos seis años. Por eso sabía muy bien lo intenso que se ponía cuando le decía algo que no le gustaba y cómo era con las minas, medio infeliz. No te hubiera caído bien, porque se la había pasado demasiado tiempo con su abuelo y su papá, bastante machirulo, como vos decís.

—¿Te conté esa historia? —me detuve al notar cómo me miraba mi amiga, claro, apenas conocía mi vida— La historia de cuando fui una estrella en el baby fútbol. Yo jugué desde los seis a la pelota... Dejé que te cuente y después sigo con lo otro.

“La Liebre” era mi apodo porque era rápido y hábil. Todos decían que tenía talento y que podía llegar a ser el nuevo Messi. Pero, ¿te digo la verdad? Yo jugaba porque mi papá insistía en llevarme a que me prueben. Al principio era divertido recibir atención y premios, por algo que me gustaba hacer. Era re lindo presumir en la sala todos los trofeos, pero después se fue convirtiendo en algo agobiante, y esos trofeos y medallas no eran más que unos plásticos pintados de dorado, no valían ni una pizca del esfuerzo que hacíamos.

Salíamos los sábados por la mañana de casa para ir a jugar los partidos, en invierno zafaba, pero en verano me comía todo el sol en la tarde. Encima, siempre terminábamos volviendo pasadas las doce a casa, porque a papá le gustaba quedarse con los otros padres en los asados que hacían, así que se quedaba tomando y hablando de fútbol hasta tarde. Con doce años estaba en tres equipos, entrenaba casi todos los días, mi único día libre eran los jueves, y encima ese día justo tenía Educación física. Papá quería que me ficharan en la AFA, por eso no dejaba de exhibirme. Pero yo ya no quería saber más nada, demasiada presión por parte de mi viejo, mi abuelo, mis tíos, los equipos y encima estaba empezando la secundaria y me gustaba más estudiar que andar dando vueltas, siempre traga yo. Pero no me daba la cara para romperle el corazón a mi viejo, él había puesto mucho empeño en convertir a su único hijo varón en una estrella. Ya sin saber que hacer, no tuve mejor idea que buscar que de una patada me quiebren la



pierna en pleno partido. Dolió como la san puta, no te voy a mentir, pero cuando el doctor le dijo a mi papá que estaba casi partido el hueso y que ya no podía jugar más, me sentí libre por primera vez. Te puedo afirmar que con ese dolor empezó mi emancipación.

Pero volviendo al tema de mi amigo y de la chica que me gustaba. A Nahuel le costaba mucho superar, largar, dejar ir, habían pasado seis años desde que me “retiré” del fútbol y seguía reprochándome de que “lo había dejado sólo”, que “no íbamos a poder cumplir el sueño de jugar en el Barça juntos”. Imaginate si le decía que me había enamorado de la misma chica que a él lo volvía loco. Encima, lo que tenía ese chico era que le gustaba inventarse historias sobre chicas que jamás le daban bola, y cuando se obsesionó con ella empezó a inventarse las mil y una. Una vuelta contó que se la había encontrado y que fumaron juntos. Otra vez contó que en el boliche Relámpago se habían puesto a tomar en la barra, yo sabía que eso era mentira porque él era un deportista con todas las letras, no fumaba ni tomaba y encima a él no le gustaba entrar a ese tipo de lugares. Pero los que lo escuchaban le creían porque con esa chica nunca se sabía.

Ella era un verdadero misterio, todos la conocían de vista pero solo se dejaba ver los sábados, el resto de la semana no había rastros de ella. Incluso el instagram, que habíamos encontrado de casualidad porque los de Relámpago habían posteado su foto y la etiquetaron. Pero aun con su cuenta no daba pista de cómo podía llamarse. Solo posteaba los sábados, y casi siempre fotos en el baño del lugar o storys bailando y cantando en medio de la pista. Por ahí eso hacía que todos estuviéramos enamorados de ella, el misterio de no saber quién era exactamente. Era como una diosa que bajaba del cielo para pasarla bien en el boliche una vez a la semana y después volvía a ser una deidad allá arriba y no se la volvía a ver.

Igual, para no hacerlo quedar tan mal a Nahuel, te voy a decir que de todos los cuentitos que él se armaba para tener qué contar los lunes en el taller de autos donde trabajábamos, uno fue real. Resulta que un sábado de octubre le habían cancelado un partido así que estaba al pedo en su casa, él siempre fue muy hiperactivo, le aburría estar mucho tiempo encerrado, ya no estaba acostumbrado a quedarse ahí, necesitaba salir a correr, patear latas o agarrar una pelota y ponerse a gambetearla. Por eso, ya fastidiado del encierro, no tuvo mejor idea que ir al boliche por primera vez. Sus intenciones eran obvias, iba a buscar cumplir alguna de todas las hazañas que se había inventado con esa chica. Todo le cuadraba, era sábado y ese era el día en que la diosa bajaba a la bailanta. Su plan no podía fallar.

Se vistió con la ropa más fachera que tenía, la que usaba para las pre-

mianciones de los clubes, le sacó las llaves del auto a su vieja y se fue lo más rápido que pudo hasta el Relámpago. Cuando estacionó vió que la cola era larguísima, y cuando se bajó para unirse, supo que avanzaba realmente lento, pero eso le daba igual, porque la había visto mucho más adelante. Sabía que era ella porque, como decía él, “esas gambas se reconocen a kilómetros”. Cuando por fin le tocó entrar se sintió asqueado de tener que estar entre tanta gente apretujada en un lugar tan cerrado, pero se la iba a bancar con tal de tenerla, por primera vez, aunque sea a unos centímetros. Se movió por el lugar buscándola sin disimulo, ir a la barra era al pedo porque no tomaba. La música que sonaba no le gustaba, lo suyo era el rock. Se sentía demasiado fuera de lugar. El aroma que daba vuelta en el ambiente era una combinación entre perfumes dulzones de mujer, el típico desodorante de pibe, alcohol y, muy al fondo, olor a porro. Se sentía sucio en ese lugar pero se la bancó con tal de tener enfrente a la deidad.

Ya más avanzada la noche, justo cuando estaba por perder las esperanzas, la vio. Él no podía entender cómo de la nada había aparecido, ¿se había materializado en medio de la pista? Hasta el día de hoy pienso que no hay que preguntarse cómo hacía para descender a la bailanta, porque eso es lo que hacen las diosas, aparecen y desaparecen a capricho. Ellas aparecen bailando, ignorando al mundo que las rodea, porque a ellas no les importan las leyendas que puedan inventar los simples mortales acerca de su divinidad. Ellas son libres cuando ponen a bailar los brillitos de sus vestidos rojos.

Nahuel, como el simple mortal que era, no podía creer su suerte, por fin estaba a centímetros de la mujer de sus sueños. El mundo se detuvo de pronto y sintió que tenía todo el tiempo del mundo para apreciar cada detalle, cada movimiento. Era divino ver cómo sus piernas se movían, el vaivén de sus caderas al ritmo perfecto, increíblemente, sus brazos, con un equilibrio sobrehumano, sacudían un trago sin derramar ni una gota. De pronto ya no le importaba la música de bailanta que sonaba de fondo, porque en su mente había otras melodías sonando.

Sin darse cuenta, ya hipnotizado por sus movimientos, se puso frente a ella para bailar. La chica le sonrió, estaba aceptando en silencio su compañía. Mientras sus cuerpos se movían al ritmo de la música, las miradas bailaban a otro ritmo, uno más lento, más pesado. Los ojos verdes de la diosa habían logrado fulminar a las personas a su alrededor. Eran ellos dos solos en medio de una pista infinita. Nahuel en ese momento estaba flotando sobre la luna, no había gravedad donde estaba ahora, no había ni gente, ni piso, ni paredes, no había nada más que la oscuridad del vacío y,

en medio de esa negrura, unos ojos verdes que no dejaban de mirarlo en compañía de unos labios rojos que no dejaban de sonreírle.

Estuvieron así por unos cuantos minutos. Y de pronto, la colisión, el Big Ban, los dos planetas se chocaron, se destruyeron y se unieron formando un beso, creando un momento al cual podían recurrir cada vez que el mundo los aprisionaba, el momento en el que más libertad sintieron.

Nahuel me contó todo eso al otro día. Estaba re emocionado, saltaba, corría y no paraba de hablar del tema, me hizo una descripción demasiado gráfica que yo modifiqué para que no sea tan vulgar como él lo hizo. No paraba de repetirme “Cuando llegue a Barcelona la voy a llevar conmigo, vamos a ser el Messi y la Anto, me la voy a llevar a que tenga una buena vida, ¡te lo juro!”. Nahuel de verdad estaba enamorado de la chica, y después de la gran experiencia de besarla supo que podía ir más allá de lo que había llegado con cualquier otra chica. Y era justamente por eso que no podía contarle nada sobre lo que en realidad pasaba con ella. No quería que se pusiera mal, que se enojara, que dejara de ser mi mejor amigo, que no me dirigiera más la palabra. Yo lo conocía bien a Nahuel, y sabía cómo podía llegar a reaccionar si se enteraba.

Pero el tiempo pasó y después de esa noche mágica la chica jamás volvió a la bailanta, y ese era el único lugar de referencia que todos teníamos. Era como si se la hubiera tragado la tierra, o como si hubiera decidido descender desde el cielo a otros boliches. Nahuel era muy pasional, estuvo buscándola por semanas, meses y, creo, que ahora también sigue buscándola. Él jamás olvida.

Yo tuve que rajarse del pueblo porque me peleé con mi viejo cuando cumplí los dieciocho. Por suerte tenía ahorrado bastante con mi laburito en el taller y con eso pude venir para acá, ya me imaginaba que él iba a terminar por echarme. Por eso, cuando en casa la cosa ya no daba para más, armé mi bolsito y me llevé a la diosa. La saqué de la bailanta inmunda y me la traje a vivir al Centro, para que ya no se escondiera más y viviera la libertad que se merecía.

Ese último tiempo en el pueblo me la pasé rindiendo culto a esa diosa de la bailanta. La verdad es que pude haberle contado a Nahuel que ella estuvo conmigo todo ese tiempo en el que se enamoró y en el tiempo en que desapareció así le evitaba la pena de andar buscándola. Él de verdad estaba enamorado de ella y era cierto que quería llevársela a que viviera bien, pero esas eran promesas de jugadorcito de fútbol. Esas promesas de que pateando la pelota vas a salir del charco, esas que me hicieron a mí cuando era un varoncito. En cambio yo le podía ofrecer a la diosa algo de

verdad, un futuro lleno de triunfos, de alegría, de verdadera libertad.

Yo conocía bien a la diosa, incluso conocía su lado humano. Los demás la veneraban cuando aparecía los sábados, en cambio yo tenía el privilegio de ver cómo se preparaba para descender a la bailanta. Podía ver la metamorfosis, cómo dejaba su cuerpo mortal, cómo dejaba de ser un simple mecánico ex estrella del baby fútbol, para ser la diosa en la bailanta.

La amé tanto como para no dejarla morir en ese pueblucho. Ahora somos libres.

## Segundo premio

*Soy Michelle, tengo 22 años, vivo en San Bernardo. Terminé el secundario en Bellas Artes, escuela Municipal de La Costa y me dediqué a trabajar como artista circense durante la adolescencia. La escritura comenzó a interesarme a los dieciséis años al encontrarla como un refugio para escaparme un rato de este mundo.*

*Actualmente, estudio Lengua y Literatura, doy clases de danza aérea con acetato deportivo y estudio una diplomatura de Historia con Felipe Pigna.*

## Detenido en el tiempo

Rocío Michelle Buletti Díaz

Mar de Ajó, Buenos Aires

—¡María!

—Yo no soy María, señor.

—¡María!

—Soltame —grita Leonor horrorizada.

—Señor, le pedimos cordialmente que se vaya del lugar. La persona que busca no es ella.

El hombre suelta a la chica, mira hacia el piso y reflexiona. Su gesto perdido, sus manos temblorosas lo acompañan en su andar dubitativo. Levanta la cabeza, mira a los ojos de la joven. Los ojos del señor mueren lentamente y pierden magia. Leonor lo mira disgustada. El señor se da vuelta y camina hacia otra dirección. Juan entra a la cafetería y vuelve a la barra. Ella intenta seguir con su rutina. Levanta algunos platos y vasos de una mesa. Les pasa alcohol a otros para lustrar. Antes de volver a entrar, Leonor levanta la cabeza girándola hacia la izquierda para mirar el lado donde la figura del señor se ha perdido. Se detiene, intenta concentrarse y busca con sus ojos inquietantes al anciano. Lo distingue, lo ve situado en una esquina mirando hacia la cafetería, mira como un niño detenido en el tiempo, como un niño perdido en la playa. Leonor lo mira con rechazo y entra. Se acerca a la barra donde se encuentra Juan.

—El viejo está en la esquina.

—Quédate tranquila. No creo que te haga nada. Te llama la señora de la mesa seis.

Leonor atiende las mesas, Juan limpia la barra. El día se deshace entre cafés, propinas y charlas. La puerta se abre, entra un señor. Leonor lo mira con desprecio. “Otra vez este viejo”, piensa. Va hacia él, le corta el paso.

—¿Qué quiere?

—¿Hora?

—Las once y media —responde tajante.

El anciano se retira sin decir palabras, Juan llama a Leonor.

—¿Qué quiere?

—Me acaba de preguntar la hora.

Leonor prosigue con el trabajo olvidándose nuevamente del anciano. Empieza a barrer, atender y limpiar mesas. Escucha quejas y reclamos de turistas, quienes no tienen otra preocupación más que asegurarse de que no tengan arena en los zapatos y poder llegar a la playa con rapidez. Leonor se amarga profundamente. Va hacia la bacha para detenerse a reflexionar sobre aspectos de la vida. Vuelve al salón, lo percibe tranquilo con tan solo cinco mesas ocupadas. Luego va hacia la ventana, mira hacia afuera, hay mucho sol y hace calor. Se acerca a la barra. Suena la campana colgada en la puerta. Alguien abre la puerta delicadamente, el ruido interrumpe la charla de Juan y Leonor.

Juan se acerca al anciano. Percibe que el hombre tiembla y mira hacia los rincones de la cafetería.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—¿Hora?

—Las tres de la tarde.

El señor se da vuelta, abre la puerta y su figura se pierde entre el movimiento de personas que caminan por el centro. Juan se acerca a Leonor.

—Me acaba de preguntar la hora.

—Ese viejo tiene demencia senil.

Juan se ríe. Leonor fajina platos, cubiertos. Se pierden las horas, se desliza el tiempo al lustrar la vajilla. Se hacen las cuatro. Leonor atiende mesas, se hacen las cinco. Leonor limpia el baño, se hacen las seis. Sale afuera para volver a barrer, mira hacia una esquina. El anciano se encuentra situado en el mismo lugar. Él la observa, Leonor se abruma. Ni siquiera intenta barrer y vuelve a entrar. Se acerca a la barra.

—Juan, hay poca gente, estoy irritada y el viejo sigue en la esquina.

—¿Y qué querés que haga? No podemos echarlo.

—¿Podes cubrirme en el salón? Quiero estar en la cocina.

Juan accede, Leonor le sonrío y se retira. Juan se coloca el delantal y va hacia el salón con una bandeja en la mano. En la cocina es un mundo distinto, lleno de magia, olor a comida y buen humor. Leonor se pierde en el aroma de la cocina que es una mezcla de todo tipo de alimentos cocidos. Sus compañeros de cocina son todos hombres de Santiago del Estero. Hacen reír a carcajadas a Leonor con sus ocurrencias, el acento tan de

esa provincia que le da esa magia al humor espontáneo hace sus chistes más graciosos. Los días poco frecuentados en la cafetería son de los más divertidos en la cocina ya que no hay apuros, no hay peleas y se aprovecha para adelantar el trabajo.

Escuchan la Nueva Luna, cantan, toman mates y comen las galletitas Don Satur. Se hacen las nueve, cierra la cocina y los cocineros, ayudantes de cocina y el bachero se retiran de la cocina. Leonor vuelve al salón.

—¿Cómo va? Pregunta Leonor.

—Todo bien, no hubo mucha gente. Responde Juan.

—¿Te vas?

—Tengo que quedarme media hora más para limpiar, más otros diez minutos para cerrar y apagar todo.

—Si quieres puedo quedarme.

—¿Segura? ¿Sabes cerrar todo?

—Sí, tranquilo.

Leonor recuerda al señor y le pregunta.

—¿Sigue en la esquina el viejo?

—No sé. Vino a preguntar la hora y la fecha del día de hoy tres veces más.

—Qué demencia.

—No tiene reloj. Debe vivir en la calle. Pedite un remis y avisame cuando llegues.

Juan se va. Leonor observa un punto fijo, suspira y camina hacia la puerta para cerrarla con llave. Limpia cada una de las mesas, limpia la cocina, luego el baño. Repone las bebidas. Hace cuentas matemáticas, cierra la caja donde guardan el dinero. Lleva un conteo en un cuaderno. Fajina nuevamente, apaga la televisión del salón. Pasa el trapo dando fin a todas las tareas. Sale de la cafetería y cierra con llave. Mira hacia la esquina, el anciano está parado en el poste de luz mirándola. Ella se fastidia y camina rápido hacia la remisería a unos pasos de la cafetería. Se encuentra con un hombre sentado en un banco.

—Hola Oscar.

—¡Leonor!

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y vos?

Irritada— Hoy me voy a ir en Remis. ¿Tenes algún auto disponible?

—Te llevo yo. ¿Estás irritada por el trabajo?

—Está bien. En parte, hay un hombre en la esquina que no deja de mirarme—le dice señalando la esquina.



—¿Quién? —Oscar se inclina para mirar—, ¿Juancito?

—¿Lo conoce?

—De vista, nada más. ¿Te hizo algo?

—No, no me hizo nada. Vino varias veces a la cafetería a consultar la hora y la fecha del día.

—¿No conoces la historia de Juancito?

—¿Qué historia?

—Juancito vive una situación complicada. Está en situación de calle, nunca se sabe su paradero exacto, pero todos los años para esta misma fecha se sitúa en esa esquina todo el día y toda la noche para consultar la hora. Se dice que busca a dos personas. Una mujer de veinticinco años y una nena. Según parece esas dos personas son su hija y su nieta, desaparecidas en la dictadura. Antes de desaparecer la hija lo había citado en esta cafetería. Desde ese entonces él frecuenta el lugar para buscarlas.

Leonor mira para la esquina nuevamente a la par de que Oscar sigue hablando, pero ella ya no lo escucha. Ve al mismo anciano de hoy apoyado sobre un poste de luz, abrazándose a sí mismo en el frío y la soledad de la noche.

## Tercer premio

*Soy Agustín, vivo en Mendoza, tengo 20 años y estudio Comunicación Social en la UNCuyo. Ya sea a través del periodismo o de la ficción, espero contar muchas historias con las que la gente pueda identificarse.*

## Después del circo

Matías Agustín Carbelli

San Martín, Mendoza

“¡Damas y caballeros! ¡Niños y niñas! ¡Sean todos bienvenidos a este increíble espectáculo!”. Recuerdo cuando el novio de mamá me llevó al circo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un show tan grande venía a la localidad donde vivo. Insistí muchísimo a mamá para poder ir. Sabía que la estábamos pasando mal, pero los ojos de aquella niña, tan diferente a lo que soy ahora, miraban al mundo y creían que era ilimitado. Cuando por fin ella aceptó, me dijo que no podría acompañarme porque tenía cosas que hacer, me preguntó si quería ir con Gabriel, su novio. Obviamente, le dije que sí. Me puse súper contenta, correteaba por toda la casa formando una trompeta imaginaria con mis manos y haciendo el característico sonido del circo. Era el año 2015, si no me equivoco, por aquel entonces tenía 7 años, era muy chica, pero me creía grande. Ahora veo a niñas con esa edad y no puedo evitar observarlas como lo pequeñas que realmente son. Mi nombre es Bianca, ahora tengo 16 años y soy de Rivadavia, uno de los departamentos del este de la provincia de Mendoza.

“¡Todo listo para dar inicio a este desopilante show!” El primer acto consistió en una docena de malabaristas vestidos de payasos que daban vueltas alrededor del presentador. Adentro de la carpa hacía muchísimo calor, ese verano fue pesadísimo, demasiada humedad, moscas y mal olor. Enero acababa de terminar y faltaban unas semanas para mi cumpleaños y esta vez sí se podía hacer en la fecha que es. Nací un viernes 29 de febrero de 2008, fue en año bisiesto, dicen que los nacidos ese día son recompensados con juventud y gracia. Nada más alejado de la realidad. ¿Debería dar más información sobre mí? Bueno, no sé qué les puede interesar. Estoy cursando el tercer año de la secundaria, me gusta la astrología, la geología, la música surcoreana y las series yanquis.

“Y ahora... ¡Las acrobacias más arriesgadas de la mano de nuestro trapecista estrella!” Estaba totalmente asombrada viendo cómo los artistas hacían piruetas y giraban en el aire. En eso lo miro a Gabriel y no puedo evitar pensar que era un tipo raro. De vez en cuando se portaba amigable y confanzudo, pero a veces parecía que se ponía celoso de papá. Casi nunca lo veía a él, la imagen que tenía de mi padre era la de un policía enojado y gruñón al que no le gustaba vernos. Cuando los años pasaron también dejé de ver a Gabriel, al principio, después de nuestro viaje al circo, él seguía visitándome cuando se hacía un tiempito. Poco a poco nuestros encuentros fueron más inusuales. Creo que la última vez que lo vi fue cuando cumplí 14, desde entonces solo me escribe mensajes preguntando como estoy. Hizo lo que pudo, después de todo, nada nos unía.

—¡Gabriel! ¿Me compras pororó? ¿O algodón de azúcar?

—Perdón princesa, no puedo, no tengo un mango.

—¿Sabes sí mamá va a venir?

—No creo. Fue a hablar con tu viejo por lo de la manutención.

“Es momento de que empiece nuestro mejor acto: ¡El ilusionista más grande de todos los tiempos!” El ambiente estaba poblado de risas, asombro y diversión. Un espectáculo surrealista, luminoso y lleno de vida. El novio de mamá se había portado como todo un caballero, o al menos era una gran mejora respecto a mi padre. Los pocos años que conviví con él fueron tortuosos, cargados de violencia, miedo e inseguridades. Mamá lloraba mucho, odiaba verla llorar. En ese momento había muchas cosas que no entendía, la repentina mudanza, las denuncias, los gritos y las incontables discusiones. No puedo decir que las cosas mejoraron cuando escapamos de papá, de pedo llegábamos a fin de mes y teníamos que ajustarnos con los gastos, pero estábamos solas y estábamos felices. Mamá ya no lloraba y había encontrado a un chico encantador. Recuerdo cuando el circo estaba terminado. Gabriel empezó a recibir múltiples llamadas y a ponerse nervioso.

—¿Qué pasa? ¿Ya vamos a ir con mamá?

—...

—Qué mal que ella no haya podido venir. ¡Ya quiero contarle todo lo que vimos hoy! Los contorsionistas, la chica que escupía fuego y...

—Voy a dejarte en casa de tu abuela esta noche. Tengo cosas que hacer. Parece qué... que algo pasó en el domicilio de tu papá.

“¡Muchas gracias por visitar al increíble circo itinerante! ¡Recuerde volver siempre que desee pasarla bien!” Gabriel tomó mi mano y empezamos a salir rápido del lugar, tratando de esquivar los tumultos de gente

y aturdiéndonos con los punzantes mensajes de los megáfonos. Cuando llegué a casa de la abuela, ella estaba llorando, no quería decirme por qué y todos tenían cosas que hacer. Esa noche me acosté recordando cada uno de los detalles del espectáculo. Desbordaba tanta felicidad que no me daba tiempo de pensar en el ambiente tenso que me acogía. Estaba tan ansiosa de que llegue la mañana para poder contarle a mamá todo lo había visto, que ni siquiera me paré a preguntarme por qué ella nunca pudo llegar con nosotros.

Esa fue la última noche en la que dormí sintiéndome como una auténtica niña, fue la última vez que dormí sintiéndome segura y sabiendo que mamá estaba para mí. La reconstrucción policial fue concisa, clara en muchos aspectos y transparente para cualquiera con un poco de sentido común. Alrededor de las 21:40 mamá tocó la puerta de la casa de papá, los vecinos la vieron entrar, pero ninguno la vio salir. Hubo muchos ruidos en la propiedad, golpes, gritos e insultos. Ella dijo que lo iba a denunciar, que debía ayudarla con los gastos de tenerme; él le respondió que era una “puta” y que se haga cargo de sus “errores”.

A eso de las 22:50 la policía llegó al lugar, encontraron el cadáver de mamá con múltiples disparos del arma reglamentaria de papá. Como a las 23:15 los rumores de lo que había pasado le llegaron a mi familia, primero a Gabriel y luego a la abuela; justo después del circo. Cuando me enteré que mamá había muerto no era capaz de creerlo, decidí negar con todas mis fuerzas que no volvería a verla. Imaginaba que aún estaba en el espectáculo y que pronto me encontraría con ella. No paraba de pensar, ¿Estuve mal yo por querer ir al circo? ¿Estuvo mal ella por pedirle plata a mi viejo?

Papá fue atrapado un par de días después en San Luis, muchos de sus compañeros policías trataron de cubrirlo y ayudarlo. Me repugnaba, en todos estos años nunca fui capaz de ir a verlo en la cárcel. Lo despreciaba, me había arrebatado a mi madre, había hecho que me quede sin la persona más importante en mi vida y para nadie significaba nada. Lo que pasó después de su asesinato fue tan feo, tan incómodo e inapropiado. Perder a alguien así y ver cómo se desvía la atención, como se ponen en juego cosas que nada que ver, como se trata de culpar a la víctima. ¿Qué hacía ella ahí, a esa hora, sola, teniendo una hija? Simplemente te destruye.

Los meses pasaron y la abuela trataba de animarme, pero ya nada era igual. Mi perspectiva respecto al mundo cambió bruscamente. Me di cuenta de que lo que le pasó a mamá es más usual de lo que debería. En mayo de ese mismo año una mujer de Santa Fe fue brutalmente asesinada por su novio, ella estaba embarazada, la golpearon hasta matarla y la enterraron

en el patio de los abuelos del tipo. Igual que el aleteo de una bella mariposa, el asesinato de aquella muchacha desencadenó movilizaciones masivas bajo el lema “Ni una menos”. Era muy chica para ir, pero sabía que también marchaban por mi madre, marchaban por cada mujer maltratada, por las que ya no estaban y por los hijos e hijas que dejaban. Luchaban para que niñas como yo, no se sientan culpables por lo que pasa después del circo.

## Mención especial

*Soy Melisa, tengo 29 años y hace 3 años que vivo en San Juan Capital pero soy oriunda de un pueblo que se llama Caucete, al este de la provincia de San Juan. Soy alumna avanzada del Profesorado de inglés en el I.N.E.S. y me comencé a interesar por la escritura porque desde los 12 años me gustó la lectura de historias que me volaran la cabeza y me hicieran salir un poco de la realidad, mostrándome otros mundos. Y al leer tanto comencé a tener mucha imaginación y a inventarme mis propias historias que me hubieran gustado leer.*

## Juana

Melisa Leysa Basil Barrado

Ciudad de San Juan, San Juan

—Juana, cuando termines de lavar el baño por favor venís por dirección.

—Sí, directora.

Terminé de echar lavandina, lo sequé y enfile a la dirección. Golpeé la puerta y acto seguido pregunté si podía pasar.

—Pase Juana, siéntese por favor —me dijo mi superior mientras terminaba de mirar unos papeles que tenía en su escritorio.

—Juana, usted hace casi 30 años que trabaja para esta escuela, inclusive la conoce hasta más que yo —comenzó diciendo.

—Sí señora, yo empecé a los 19 años, y estaba la Rosita como directora. — respondí orgullosa.

—Cierto, estaba Rosita, luego entré yo cuando ella se jubiló — dijo y siguió — en el día de hoy nos ha llegado un comunicado del gobierno — tomó una hoja y me la entregó.

Comencé a leer un poco pero no entendía bien la situación, eran muchas palabras complicadas, las cuales no sabía que tenían que ver conmigo.

—Disculpe directora, yo no entiendo que quiere que vea... —le dije algo desconcertada.

—En esa nota prácticamente dice que para que usted, y todo el personal de limpieza, pueda continuar trabajando en el establecimiento, deben tener el secundario completo sí o sí... y usted Juana, no lo tiene...—me dijo con tono preocupado.

Inmediatamente mi mundo se derrumbó... y comencé a pensar en toda mi vida. Tengo 53 años y soy portera. Trabajo de portera desde hace más de 30 años. Fui madre a los 16 años y nunca pude terminar la escuela porque mis papás me mandaron a trabajar desde muy chica ya que no nos



alcanzaba para comer, no pude ni terminar el primario.

A los 12 años empecé a trabajar de empleada doméstica en una casa de una familia muy reconocida de San Juan. Mis jefes eran una pareja con 2 niños, los cuales también tenía que atender y cuidar. Siempre me trataron bien, pero a mis 16 años quedé embarazada de mi primera hija. No pude continuar trabajando, ya cuando volví al puesto no necesitaban más mis servicios.

Recuerdo que mi papá al enterarse que ya no me iban a pagar más, me dio una paliza frente a mi mamá, pero ella no podía hacer nada porque también era violentada por él. Era un tipo alcohólico y agresivo, que nos quitaba lo que ganábamos para comprar vino y generalmente volvía borracho a que lo atendamos mis hermanas y yo. Mi mamá nunca lo dejó, porque al igual que yo, nunca pudo terminar la escuela y no trabajaba, solo había aprendido a coser al crochet y con eso nos ayudaba con algo de plata. Vivíamos en un rancho que construyeron mis abuelos, pero éramos 6 personas en una casa de dos habitaciones, un baño y una cocina, sumado a mi bebé Rachelita, que no tenía ni cuna para dormir.

A los 20 años mi ex patrón me consiguió un empleo en la escuela pública del pueblo. Antes había estado haciendo changas pero ahora tenía un trabajo de verdad. Mis horarios eran de 8 a 18, de corrido. Tenía que limpiar y servirles el almuerzo a los chicos, de paso yo también comía y podía llevar a mi hija. Cuando volvía a mi casa continuaba ayudando a mis hermanos y a mi mamá con lo que podía, además salía a vender semillas a la calle.

A pesar de todo el trabajo y sacrificio para mi fueron unos años hermosos, cuando tenía 26, ya con 2 hijos más, me prestaron la casita de la escuela. Era su portera y su guardia. Mis hijas y yo al fin teníamos una casa y ellas podían estudiar. No quería que les pasara lo mismo que a mí, quería que estudien y se formen.

A mis 28 años conocí al papá de mi cuarto hijo, pero al tiempo se volvió violento, me golpeaba y a mis hijas, también me quitaba mi sueldo. Ya no lo soporté más cuando embarazada de él me pateó la panza para que perdiera a Thiaguito, no pude más y tuve que separarme. Realicé denuncias y pedí ayuda a mis hermanos. Por suerte después de mucha lucha logré que me deje tranquila, pero ahora tenía ya 4 hijos que mantener.

Rachel de 12, Jessica de 8, Karen de 5 y el pequeño Thiago de 2 años. Rachelita me ayudaba en el cuidado de sus hermanitos mientras yo trabajaba, y cuando yo llegaba se ponía a hacer los deberes que le daban en la escuela. Nunca pude ayudarla, porque casi no aprendí nada cuando yo fui

a la escuela, sumado a que no sabía ni dividir y menos multiplicar. Con inglés, que ahora estaban implementado en las escuelas menos. Pero Rachel era inteligente y siempre aprobaba solita, inclusive ella les explicaba a sus hermanos cuando necesitaban.

A los 20 de Rachel, se quedó embarazada y se fue a vivir con el papá de su bebé. Ya estaba egresada de la escuela. Me sentí muy feliz que ella no le haya pasado lo que me pasó a mí, además ella continuaba estudiando para ser maestra jardinera.

—Mamá ¿por qué no terminás la escuela? Yo te puedo ayudar con mis hermanos —siempre me aconsejaba mi hija.

—No puedo Rachel, no tengo tiempo y ya estoy muy grande para ponerme a estudiar de nuevo —respondía.

—Pero te puedo ayudar a estudiar también, y tal vez con el título del secundario te paguen más.

—No hija, estoy agradecida de lo que tengo. Vos continua con tus estudios, de tus hermanos me encargo yo y no te hagas problema por mi cielo.

Cuando tuve 48 años me acuerdo que vi en las noticias que iban a implementar una ley nueva, donde exigían título para todo, pero yo me sentía tan segura en mi trabajo que no le di bolilla. Y así siguieron pasando los años, nunca me dijeron nada, hasta el día de hoy.

Había comenzado mi día como cualquier otro, fui curso por curso a las 8 de la mañana entregando la copa de leche y el alfajorcito Fulbito o la tortita a los chicos. Cuando terminé con eso, proseguí a lavar todos los baños de la escuela con lavandina y agua. Lavé primero, el de las chicas y cuando iba por la mitad del de varones, vi cómo venía la directora hacia mi dirección.

A la directora Teresa la conocía hace años, solo me llevaba 5 años de diferencia, recordaba cuando empezó a trabajar en la escuela, era maestra de sociales. Al principio no habíamos tenido tan buena relación. Cuando yo pasaba a dejar la copa de leche por su curso, siempre estaba enojada y a veces ni me saludaba. Eso me molestaba y yo también le hacía lo mismo. Hasta que después de unos años, cuando ya nos acostumbramos a vernos todos los días y a tener que ayudarnos mutuamente, supe que en ese tiempo ella estaba atravesando una enfermedad grave, por eso muchas veces se sentía mal y estaba enojada y cansada, pero al igual que yo necesitaba trabajar, era la única manera de poder vivir y pagar sus tratamientos.

Cuando llegó a mí, no entró al baño porque vio que los pisos estaban mojados y en su lugar me dijo:

—Juana, cuando termines de lavar el baño por favor venís por dirección.

—Sí, directora —respondí y fui algo ansiosa, en general no son buenas noticias las que dan en dirección, lo sé por los chicos y por otros colegas.

Cuando llegué a la oficina me comunicó lo que temía y había ignorado por años... Para poder seguir trabajando necesitaba sí o sí el título de secundario completo, no importaba el tiempo que llevara ni el cariño que me tuvieran, era una orden de arriba y Teresa no podía hacer nada. Me invadió un miedo tremendo, si ya no trabajaba en la escuela ya no podía seguir en la casa que estaba cuidando afuera que correspondía también al establecimiento. Sentí cómo me caían las lágrimas.

—Juana, tranquila por favor... ya pensé en una solución a tu problema pero esto solo depende de vos —me dijo Teresa mientras me tomaba la mano con compasión.

—¿Qué? Estoy dispuesta a hacer lo que sea, no puedo irme a otro lado con mis hijos y —me interrumpió y agregó:

—Por favor escúchame —me dijo y trate de poner toda mi atención en ella— hay un plan nuevo, el plan FINES, es para adultos como vos, que no pudieron finalizar sus estudios, solo dura 2 años y vas 2 veces a la semana 3 horas. Si lo hacés podemos pedir al ministerio que te espere esos 2 años que te recibís y seguís con tu trabajo.

—Pero... Yo... Ya estoy muy grande para volver a la escuela... —dije tratando de ordenar mis pensamientos.

—¡Juana! ¡Nunca es tarde para aprender cosas nuevas, educarse y estudiar! ¡A cualquier edad es momento de empezar! Y te lo digo yo, que me recibí de maestra a los 34 y todos me decían que era grande para estudiar, que nunca me iba a recibir y mirame ahora, soy directora y sigo estudiando a mis 58 años! Vos podés, Juana. Si no lo hacés, vas a perder tu trabajo y no hay nada más que yo pueda hacer para evitarlo. Por favor, pensalo y vení con una respuesta el lunes que viene. Si me decís que sí, yo te anoto al plan.

—Bueno, gracias Teresa, lo voy a pensar —le dije mientras me paraba y secaba las lágrimas—. Permiso voy a continuar con la limpieza.

—Sí, Juana, vaya, y tranquila, yo sé que todo se va a solucionar.

Cuando terminó mi jornada laboral y entré a mi casa, me desbordé en llanto como hacía mucho no pasaba, sentía miedo y desesperación, no tocaba un cuaderno desde los 10 años, solo sabía leer, sumar y restar, ¿cómo alguien como yo iba a poder volver a empezar la escuela? Mi hija menor me escuchó y se me acercó.

—¿Qué pasa mamá? —me preguntó y atrás venía mi segunda hija más grande.

—Ma, ¿por qué estás llorando? —me preguntó Jessica mientras me

abrazaba.

—Nada... es que ven que siempre les digo que estudien, bueno yo como no pude estudiar ni terminar la escuela ahora me van a sacar el trabajo porque no tengo el título del secundario —dije entre llantos.

—¡Pero mamá no pueden hacer eso! ¡Hace como 30 años que trabajas acá! ¿Qué te dijo Teresa?

—Sí, estoy segura... —respondí mientras me sonaba la nariz—. Teresa no puede hacer nada, solo me dijo que puede inscribirme al plan FINES y...

—¿Qué es el plan FINES? —preguntó Jessica intrigada.

—Es un programa para adultos para terminar la escuela... En 2 años... —dije mientras me sentaba al costado de la mesa.

—¡Y hazlo, má! ¡Es genial! ¡Siempre con Rachel te dijimos de terminar la escuela! —me respondió entusiasmada y prosiguió— Rachel y yo terminamos y todo fue gracias a vos, ahora que estamos más grandes hazlo, ¡parte es un logro para vos! Siempre nos dijiste que te arrepentís de no haber podido estudiar. ¡Es tu momento!

No pude evitar ver su entusiasmo y alegría, y en ese momento pensé que quería hacerlo, quería terminar la escuela, por ellas, por mis hijos, para que se sintieran orgullosos de mí, como yo lo estaba de ellos, y también quería ser un ejemplo para mis nietos.

Al lunes siguiente fui a la escuela y le dije a la directora que me anotara en el Plan FINES. El mes siguiente empezaba. De 14 a 18 hs. Solo 2 días a la semana y esas horas la escuela me permitía ir sin descontarme el día.

Mis primeras 2 materias fueron Geografía y Biología, éramos 30 adultos, distribuidos mayormente en mujeres y solo algunos hombres. La mayoría tenía el mismo problema que yo, de sus trabajos los habían obligado a recibirse y tener el título. Pero también había otros que no habían podido continuar sus estudios por comenzar a trabajar de niños o adolescentes y tenían terminar el secundario pendiente.

Los profes nos tenían mucha paciencia, e inclusive en el examen final nos dijeron qué textos era más seguro que nos tomaran y cuáles no. Gracias a Dios aprobé ambas materias.

Ya en el segundo semestre nos tocó Lengua y Química. Comencé a sentirme una adolescente otra vez y a vivir todo lo que no había tenido antes, y veía que a mis compañeros les pasaba lo mismo. Respetábamos a nuestros profesores pero a la vez teníamos eso que ninguno tuvo, el disfrute por ir a clases y el volver a estar en un banco y hacer las actividades en grupo, mandarnos mensajitos, y obviamente odiar a los profesores cuando no entendíamos algo, pero al final del día comprendíamos que era

su trabajo enseñarnos aunque a nosotros nos costara un poco más.

Cuando pasé a mi segundo año, solo adeudaba Química, ya que me había presentado a rendir pero me fue mal, y mis hijas me retaron. Ellas me habían explicado todo casi todos los días.

—Mamá, ¡no vas a saber la fórmula del agua! ¡Es lo más fácil H<sub>2</sub>O! H... 2... O, ¡te dijimos 20 veces! —me decía Jessica mientras miraba mi examen.

—Bueno hija, me puse nerviosa y me olvidé... Ya la próxima apruebo. Este año termino con Matemáticas e Historia, y las últimas son Inglés y Tecnología.

—Yo te puedo ayudar en Matemáticas —me dijo Thiago—, prefiero ayudarte yo y que se vayan ellas con todos los niños que traen.

—Son tus sobrinos, ¡maldito! ¡Y encima sos el padrino! —respondía Jessica alzando a mi nieto hermoso.

—Sí, pero vienen todos los días con la excusa de ayudar a la mamá y lo que menos hacen es ayudarla, mirá, se sacó un 5 —dijo riendo a carcajadas y mostrando mi prueba.

—Bueno bueno, ¡basta! Denme mi prueba por favor, en la próxima mesa la apruebo

¡así los dejo callados a los 2! —les dije mientras guardaba la prueba en la mochila y me preparaba el mate para ir a trabajar.

El semestre comenzó tranquilo, me alegré de ver a casi todos mis compañeros de nuevo. Y digo “casi” porque muchos habían abandonado en el 2° semestre. Pero ya estábamos de nuevo comenzando el año, las vacaciones habían sido largas pero tranquilas. Ya tenía ganas de volver a mi ritmo de siempre.

La primera parte del año fue tranquila, con la ayuda de mis hijos aprobé ambas materias y con 10, me sentía completamente preparada para al fin comenzar las últimas 2 materias del Plan FINES, Inglés y TIC.

Una semana antes de empezar mi último cursado, el marido de mi hermana fue preso junto con ella por robo calificado y mis sobrinos sin tener a dónde ir, tuvieron que venir a vivir conmigo un tiempo, eran 6 y se repartieron 3 en mi casa y 3 en la casa de mi mamá. Si bien ya solo vivíamos Thiago y yo, otra vez ser 4 personas para alimentar, mandar a la escuela y sin ninguna ayuda externa, era mucho pero fui positiva y nos tratábamos de arreglar.

Mis sobrinos tenían 15, 13 y 9 años, pero lo que no recordaba era lo rebelde que eran, ninguno quería estudiar, ni tampoco me hacían caso. Inclusive le encontré una bolsita con marihuana al del medio. Thiago me ayudaba pero tampoco estaba tanto en casa porque tenía que trabajar, es

obrero y la municipalidad los había contratado para construir la nueva estación de policía, así que estaba fuera casi todo el día.

Cuando al fin empecé el último trayecto estaba estresada, enojada, en lo último que podía pensar era en aprender cosas nuevas que no iba a usar nunca. Mientras hablaba con mis compañeras la vi entrar, era una chica bastante joven, la profesora más joven que haya tenido desde que empecé. Noté cómo estaba algo nerviosa sacando sus cuadernos y su cartuchera algo infantil. Estaba bien vestida y con el pelo tomado, tal vez para aparentar más edad. En eso nuestro referente se paró al frente y nos la presentó.

—Buenas tardes chicos, como saben hoy comenzamos con la recta final del cursado y del Plan FINES. La última materia para recibirse es Inglés. Este año hemos empezado un poco más tarde porque hubo algunos problemas, les pido compromiso a todos, como saben a nosotros del plan aun no nos pagan, pero acá estamos presentes para que ustedes logren cumplir su meta. Sin más que decir los dejo con la profe de Inglés.

Vi como sonreía tímidamente y comenzaba con su discurso:

—Buenas tardes alumnos, mi nombre es Malena, soy su profesora de Inglés y pueden decirme Miss Malena o teacher, como prefieran no tengo problema. Yo los voy a acompañar este año enseñándoles esta materia, pero antes de comenzar con la teoría me gustaría también conocerlos a ustedes y que me digan sus nombres, si les gusta o no inglés, si tuvieron antes, también sus hobbies.

Mientras mis compañeros se presentaban, no paraban de llegarme mensajes de mi sobrino más grande, se ve que no había ido a la escuela y estaba en casa pero su hermano estaba fumando marihuana con unos amigos y él no podía correrlos. En eso escucho:

—Y usted, señorita —alcé mi mirada y era la profesora que me estaba preguntando.

—Disculpe profe, ¿qué? —respondí sin comprender.

Con una sonrisa me dijo: —Su nombre y si le gusta o no le gusta tanto inglés, si tuvo antes en la escuela...

—Ah disculpe, soy Juana Molina, nunca tuve inglés porque en mis tiempos yo solo hice primaria, ve, y no daban así que nunca tuve pero sí creo que me gusta, aunque me cuesta bastante.

—Un gusto, Juana, y va a ver que se le va a hacer fácil, confíe. — me dijo y continuó con los demás.

La primera clase vimos lo básico, colores y números. Escribimos bastante, inclusive más que con la profe de Geografía, aunque en estas clases no presté casi nada de atención a lo que explicaba, estaba más preocupada

por mis sobrinos en la casa que por lo que escribía en la pizarra.

Cuando salí de la escuela me encontré con otra mala noticia, Teresa había recaído y tenía que estar unos meses de licencia hasta que se recuperara completamente. Iba a tomar su lugar el profe de Tecnología Carlos. Luego de esta noticia, continúe caminando rumbo a mi casa y pensando en todos los cambios que este nuevo director podía hacer, me preocupo mucho mi situación y la salud de Teresa. Pero decidí ignorar todo pensamiento malo y concentrarme en mi mayor problema actual, mis sobrinos.

—¡Ya llegué! ¿Thiago? ¿Pedro? —grité mientras entraba a casa, estaba completamente oscura como si no hubiese nadie.

—¿Tía? —escuché a mi sobrino más chico que se estaba levantando de la siesta.

—Oscarcito, ¿qué haces a esta hora? ¿No has ido a la escuela? —pregunté.

—No, no había quien me lleve —me dijo mientras se refregaba los ojos.

—¿Y tus hermanos? ¿No estaban acá?

—No, o sea, estuvieron pero se pelearon y se fueron... y yo me quedé solo —me dijo y comenzó a llorar y a decirme que extrañaba a mi hermana y su papá, él todavía era un niño chiquito que necesitaba a sus padres, por más irresponsables que sean.

Comencé a prepararme el mate para mí y el té con tortitas de doña Clara para él. En eso llegó mi hija Rachel con mis nietos. Y se sentaron a merendar con nosotros.

—¿Cómo va la escuela, má?

—Por ahora bien... Tenemos una nueva profesora de Inglés, es como de tu edad y más joven creo —le dije mientras le cebaba un mate.

—¿Y qué tal, es buena? —me preguntó.

—Sí, se ve buena la chica... Pero Inglés me cuesta mucho, no entiendo nada.

—Encima nosotras en la escuela lo vimos poco, pero le puedes pedir a Thiago que te ayude, tal vez él se acuerde de algo —me dijo mientras me devolvía el mate y acomodaba a su hija más chica.

—Sí, no se ya veremos, no quiero pensar en eso —dije.

—Y... ¿con lo demás? —me dijo mirando de reojo a Oscarcito que estaba terminando el té y sacando su segunda tortita.

—Ahí va... No muy bien... Pero bueno, hay que hacer lo que hay que hacer —respondí.

—Pero má, no pueden seguir así, no te pasan nada de plata y ellos siguen cobrando en...—vi que se quedó callada porque recordó que Os-



carcito todavía estaba en la mesa, no podíamos pronunciar la palabra “presos” ni “cárcel” frente a él.

—Ya, tranquila, después en otro momento hablamos de esto... Por ahora contame como está Alfonso en el trabajo nuevo y para cuando te han dado fecha de parto.

Ya era martes otra vez, el fin de semana pasaba muy rápido y a las 14 ya entraba a clases. Nos había pedido que hiciéramos unos deberes que ni ni hice. Estuve todos los días con problemas de los hijos de mi hermana, inclusive fue un tío a buscarlos y me lastimó la pierna con sus muletas. Estaba agotada, siempre a fin de año se viene todo. Y en lo que menos tenía ganas era de pensar en otro idioma.

—HELLO, STUDENTS —se escuchó mientras la profesora ingresaba al aula.

Como todos los martes, sacaba su cuaderno, su cartuchera y el mate que no le faltaba. Y luego de saludarnos comenzábamos con la clase.

—Hoy vamos a ver el verbo has got y have got pero antes quería saber si pudieron hacer los deberes que quedaron pendientes, si los tienen por favor, entréguelmelos —dijo mientras se daba vuelta y comenzaba a escribir en el pizarrón.

—Ey... Juana... ¿Hiciste los deberes? —me preguntaba mi amiga María.

María era mi compañera y una de las primeras personas con las que comencé a hablar cuando empecé el Plan FINES. Ella era una mujer robusta, de pelo corto, lentes y de unos 60 años; necesitaba terminar el secundario porque trabajaba en la municipalidad y si no tenía el secundario completo, la iban a bajar de categoría y su jubilación iba a ser una muy baja.

—No, ni tiempo tuve de hacer nada —le respondí despacio.

—¿Crees que podamos rendir el examen final? Porque no le estamos presentando nada nosotras.

—No creo que influya, aparte tengo otras cosas más importantes que hacer, no es mi única actividad el venir a la escuela —le dije y comencé a copiar lo del pizarrón.

Mi cabeza volaba por todas las cosas que tenía en mente, mi trabajo, mis hijos, el problema con mis sobrinos, la falta de plata... y lo que menos quería era seguir sentada perdiendo el tiempo. Comencé a sentir un enojo indescriptible, ya estaba cansada. No entendía nada de lo que esta mujer estaba escribiendo en el pizarrón y tampoco me importaba. Las materias anteriores habían sido mucho más fáciles y de última me servían para saber poder comprender mi mundo, pero ¿inglés? ¿Cuándo una portera iba a utilizarlo? Ni siquiera había salido de mi provincia jamás. Estaba frustrada.



—Bueno alumnos, con esto termina la clase de hoy, recuerden que el martes que viene hay evaluación de todos los temas que hemos ido viendo. Hay que prepararnos para el examen final. Así que estudien —dijo la profesora.

Yo no lo podía creer, evaluación y ni siquiera llevábamos 4 clases. Vi la cara de varios compañeros míos de risa y a la vez preocupación porque nadie sabía nada. Un compañero levantó la mano y preguntó.

—Profesora pero ¿vos cuándo avisaste antes que había prueba?

—¿Cómo? —preguntó ella desentendida.

—Claro, ¿cuándo dijiste que la clase que viene que vine había prueba? No lo avisó la clase anterior.

—Primero por favor tratémosnos de usted, sé que me ven joven como ustedes pero les pido el respeto ante todo —dijo y prosiguió—. Juárez, ¿es su apellido? —mi compañero asintió y ella continuó—. Sí, avisé la clase pasada pero tal vez usted no vino porque faltaron muchos, asumo que por el Mundial, aunque no jugaba Argentina sino Brasil. En todo caso les avisé a los chicos que vinieron ese día y hoy solo se los estoy recordando.

Todos comenzaron a murmurar, y yo no soporté y le respondí a la profesora:

—Pero usted no puede hacer esto, discúlpeme, pero nosotros somos gente que no solo viene a la escuela, también tenemos nuestros trabajos, hijos y más cosas que hacer que solo venir acá.

La profesora buscó de donde provenía la voz y al verme respondió:

—Yo comprendo lo que usted me dice, yo también tengo muchas otras responsabilidades aparte de venir acá, pero este es mi trabajo y ustedes, todos, como adultos eligieron estudiar y venir acá.

Hubo un silencio y Laura, la compañera que siempre fue un poco más problemática, hasta con los otros profes de otras materias le contestó.

—Yo vengo acá porque en mi trabajo me obligan. No porque quiera venir.

La profesora la miró, inclusive siendo mucho más joven que todos los que estábamos en esa aula, dijo con serenidad pero firme:

—Sigue siendo elección suya el venir y terminar. Y mi materia les guste o no, está en el plan y deben cursarla y aprobarla, como con todas las anteriores. La prueba del martes que viene es solo para que vayan estudiando desde ya y no se les junte todo al último. Aparte se prueban ustedes qué les cuesta más o no, para después en clase poder resolverlo antes del examen final.

Preguntó si alguno tenía otra pregunta, todos negamos con la cabeza.

Guardó sus cosas en su bolso y se retiró despidiéndose en inglés como siempre.

—No puedo creer esto. Nadie vino la clase pasada y encima no entiendo nada de lo que hay que estudiar —me decía María mientras nos íbamos caminando a la parada del colectivo.

—No, y yo si vine y no recuerdo que lo haya dicho, tal vez lo dijo pero yo me tuve que retirar antes por uno de mis sobrinos.

—Ningún otro profesor ha sido así... bueno tal vez el de Química, nadie entendía nada pero yo digo que también explicaba mal —dijo y en eso llegó mi colectivo.

—Hasta el martes María, estudiá —le dije en tono burlón, que también me lo decía a mí misma y me fui.

Cuando llegué a casa estaban Rachel, Jessica y Karen, justo con todos mis nietos. Habían ido a visitarme y ver cómo estaba todo por casa también con mis sobrinos.

—Mamá, qué cara traés, ¿pasó algo? —me preguntó mi hija más grande, mientras yo saludaba a todos mis nietos.

—¿Cómo andan chicas? Ay sí, vengo re cansada. Ya no quiero ir más. Me harté —les dije.

—Pero bueno, má, ya no puedes dejar, es la última materia —me dijo Karen.

—Sí pero es inglés y no entiendo nada, no me gusta y encima, la nueva que nos hizo, ha explicado un montón de temas nuevos y ¡toma prueba la semana que viene! ¡Todos los del curso estamos enojados! —le conté.

—No me digas, les toma prueba y ¿ninguno entiende nada? —me pregunto Jessica

—Exacto.

—No, está mal, no debería.

—Pero a ver, mostrame el cuaderno, ¿lo tenés completo, ma? —me dijo Rachel y acto seguido le pasé mi bolso.

—Sí, copio todo.

Mientras mi hija hojeaba mis apuntes, Karen y Jessica me apoyaban en lo injusto que era que nos complicaran tanto en la última instancia con esa materia.

—Mirá má, ¿esto es lo que ella les dicta o escribe? —me dijo mientras me mostraba el cuaderno.

—Sí, es eso, y todo eso es lo que nos toma. Yo escribo todo, aunque a veces me cansa la mano.

—Mirá má, esto si te ponés a leer está perfectamente explicado los usos de los tiempos y en el vocabulario tenés el significado de todo. — me dijo

—Vos la defendés a la otra profesora porque sos maestra y te pones en el lugar de ella, pero no está bien lo que hace —le refutó Jessica.

—Yo no me pongo en el lugar de nadie, pero como todo hay que estudiar, y es lo que vos nos enseñaste de chicas, má; y ahora no querés estudiar cuando la mujer les ha hecho resúmenes. Yo tuve inglés en maestra jardinera y ni en pedo la vieja nos hacía esto.

—A ver —dijo Karen, pidiendo mi cuaderno.

Se quedaron las tres viendo y discutiendo entre ellas si estaba bien o no mi situación.

—Na ma, es verdad es re fácil, yo que solo tuve inglés dos años en secundaria entiendo más acá que cuando iba a la escuela. Mirá si rendís el martes que viene, el lunes vengo y te ayudo a estudiar si querés.

—Bueno Karen, gracias hija, yo igual me voy a poner en el finde cuando tenga menos trabajo de la limpieza de la escuela pero sigo sin entender para qué nos dan esta materia, que no sirve.

Luego de mi comentario Rachel me miró y por último añadió:

—Sé que esta materia te tiene cansada, no te gusta y no la ves importante, pero mami inglés en este tiempo que vivimos es súper importante, y te piden que sepas para todos los trabajos. Ponete las pilas y terminá, ya vas a ver que te va terminar gustando.

Me quedé pensando un rato y luego asentí. Jessica y Karen que también le habían dado la razón a su hermana, me observaron y decidieron cambiar de tema.

—Má aprovecho que no están para preguntarte por los hijos de la tía Carmen. ¿Siguen acá o se fueron a la casa de la abuela? —me preguntó Jessica.

—Los chicos, siguen acá... Pero no sé qué hacer con ellos, Mauro se droga mucho y solo tiene 13 años, no me escucha, Braian me ayuda pero está rebelde, quiere dejar la escuela y Oscarcito casi todo el día llora porque extraña su casa, sus otros hermanos y sus papás. Por eso ahora los 3 se fueron a la abuela, a ver los otros.

—¿Y qué se sabe de los tíos? ¿Hasta cuándo van a seguir presos? —me preguntó Karen.

—Supuestamente, él 5 años y mi hermana, 4 años. Los jodió que tuvieran un arma cargada. Y que a los que asaltaran uno fuese el hijo del intendente. Ellos no sabían pero bueno —respondí mientras ponía la pava para el mate.

—¿Y de la tía Rosa? ¿Sigue con el marido? —me preguntó Rachel.

—Sí, sigue con ese tipo. Es una basura de hombre.

—¡Pero ya tiene 2 denuncias por violencia y hasta tiene una perimetral! ¿Por qué la tía sigue? ¿Vos no le decís nada? ¡Es tu hermana ma!

Miré a mis hijas, y comenzando a cebar unos mates, les dije una realidad que toda mi vida había tratado de suprimir y esconder de ellas.

—Miren chicas, es obvio que sus tías, y me incluyo yo, vamos a tener problemas con tipos violentos. Ese es el ambiente donde nos han criado y hemos crecido. Su abuelo, a mí, a la abuela y a mis hermanas siempre nos golpeaba. Llegaba borracho y violaba a mi mamá frente a nosotras, y si hablábamos o intentábamos ayudarla nos pegaba más fuerte que de costumbre. Yo, cuando crecí, repetí historia. Sus papás, todos me pegaron, me violentaron y me abusaron. Pero yo pude cortarlo con el último que fue el papá de Thiago, que me pegó embarazada de su hermano —cuando finalicé después de tantos años de guardarme eso, me puse a llorar.

—Mamá... Nosotras no sabíamos... ¿Por qué nunca nos contaste?. — me dijo mi hija más chica.

—Yo sí me acuerdo un poco del viejo horrible, del papá de nuestro hermano, era agresivo y vos tratabas de que no nos golpeará, y sí, tengo el pequeño recuerdo de peleas de ustedes y de vos irte a encerrar a la pieza llorando... ahora entiendo por qué — me dijo Rachel mientras me abrazaba.

—Es por eso que sus tías en parte tienen maridos violentos o se enamoran de hombres así. Es lo que hemos vivido y asumo que hasta en un momento pensamos que es normal, que tu esposo te pegue, y no, no lo es. Yo he hablado con mis hermanas pero ellas todavía no lo pueden ver. Espero que en un futuro lo logren y yo las voy a apoyar en lo que necesiten, al igual que a ustedes, que gracias a Dios tienen maridos buenos —dije—; pero si me llego a enterar que les tocan un pelo, voy y los denuncio, a mí no me importa nada.

Luego de mis últimas palabras ellas comenzaron a reír y abrazarme más fuerte. Esa tarde hablamos de muchas cosas, secretos de la familia que jamás les había dicho. Inclusive también mis hijas me contaron cosas que sentían.

Cuando llegó la hora de la cena me llamaron mis sobrinos que se quedaban a dormir en la casa de mi mamá. Solo llegó Thiago, cansado de trabajar pero agradecido que tenían mucho trabajo. Cenamos y me fui a dormir pensando en todo lo que había hablado ese día y acordándome que tenía que estudiar para la próxima semana.

Luego de una semana linda y tranquila, al fin llegaba el hermoso día viernes, último día de la semana, y fui a trabajar a la escuela. Estaba de buen

humor, pero me duró poco, porque apareció el nuevo director, Carlos.

—Juana, me han dicho los chicos que están sucios los baños, ¿por qué todavía no los limpia?

—Disculpe director, estoy terminando de limpiar las ollas de leche y lo hago. Siempre termino y sigo con los baños, la señora Teresa, me pidió que hiciera así —le respondí mientras continuaba lavando.

—Bueno pero Teresa no está, estoy yo, y no me gusta que estén los baños sucios, hasta al de los profesores le falta papel. Así que por favor termine acá y vaya a lavar los baños —dijo y antes de irse se dio la vuelta y agregó—. Ah, antes que me olvide, la necesito el martes que viene en su horario normal porque va a haber acto y vienen autoridades y quiero que la escuela esté limpia todo el tiempo, ¿sabe?

—Pero espere director, sabe que los martes y jueves curso el Plan FINES, me lo pidieron desde esta escuela y me dan permiso. Aparte este martes tengo examen y no puedo faltar —le dije mientras me secaba las manos.

—Si no viene se lo vamos a descontar —me dijo, dio la vuelta y se fue.

No podía faltar al examen, ni tampoco podía no ir a la escuela ya que un descuento en mi sueldo era mucho y más que nunca necesitaba el dinero para mantenernos a mí y mis sobrinos. Me comenzó un dolor de cabeza terrible. Continué mi jornada laboral y al finalizar me fui a tomar un calmante y a acostar.

Al día siguiente me desperté con fiebre y mucho dolor muscular. Sabía que era temporada de gripe por los cambios de estación de invierno a primavera pero el estrés que estaba pasando también sentía que influía. De repente escuchó unos pasos a mi pieza. Miro y era Oscarcito.

—Tía... ¿Qué vamos a comer? Tengo hambre —me dijo desde la puerta sin entrar.

Media adormilada y adolorida le pregunté por sus hermanos o Thiago, pero me dijo que no estaban. Miré la hora y ya eran las 14:20 de la tarde, había dormido más de 10 horas. Como pude trate de levantarme y entre pañuelos me puse a cocinarle unos fideos. Le di el almuerzo, me tomé un remedio y volví a la cama. Estuve todo el sábado así, sin poder moverme ni levantarme.

El domingo por suerte ya estaba Thiago que se puso a hacer un guiso a los chicos y gracias a eso, yo pude descansar y recuperarme un poco más. Ya llegando las 9 de la noche me di cuenta que no había abierto ni un solo libro de inglés, ni había estudiado nada. Pero traté de tranquilizarme y pensar que al otro día, ya mejor de salud y junto con mi hija, iba a poder

estudiar bien. ¡Qué equivocada que estaba!

Cuando llegó el día lunes al trabajo, aún me sentía débil y sin fuerzas pero tenía que ir. Sin embargo antes de pasar a la cocina y preparar la leche para los alumnos, me llamó el director. Me dirigí hasta su oficina y comenzó diciendo:

—Juana, estuve pensando en su situación y por eso hablé con la directora Teresa, que aún está indefinidamente con licencia —dijo y yo traté de responder—. No me interrumpa, por favor y déjeme terminar a mi primero —Se acomodó su camisa y siguió con aire de grandeza—: Como dije, hablé con la directora Teresa y ella me explicó bien todo; por contrato no puedo descontarle mañana pero a cambio, por dejarla faltar mañana, va a tener que quedarse hoy doble turno, porque en ocasiones especiales ustedes debería preferir su trabajo antes que la escuela esa que asiste. Así que ya sabe, hoy se retira a las 20 hs.

Me quedé anonadada, Teresa jamás me habría hecho este planteo, era injusto lo que me decía pero a la vez no podía negarme porque con él como director estaba en riesgo mi trabajo, ya que si lo deseaba, podía presentar una nota alegando que yo no tenía el secundario completo y podían hasta echarme. No tenía opción. Simplemente agaché la cabeza y acepté.

—Bueno genial, puede retirarse y volver a su labor —me dijo mientras tomaba su celular y se ponía a chatear con alguien. Y eso hice, trabajé 12 horas seguidas, solo con dos descansos, y enferma. Cuando llegué a mi casa, todavía tenía que preparar la cena y yo, al no haber llegado temprano, nadie había ido a comprar nada para comer. Tomé 200 pesos y lo mandé a Oscarcito a comprar arroz a doña Clara.

Mientras cortaba algunas verduras sentía que me dolía todo, vi los llamados de Karen y recordé que rendía inglés. No había podido estudiar nada, y ya tampoco iba a hacerlo.

Cuando llegaron las 14 de la tarde del día martes. Entré al curso, y la profesora ya estaba escribiendo el examen en el pizarrón. Eran 8 puntos. Uno con cada tema visto. Había tratado de leer un poco antes de ingresar a clases pero no recordaba nada. Me dio vergüenza entregar la prueba en blanco así que traté de llenar con lo poco me acordaba. Obviamente no aprobé, pero me sorprendió que casi el 60% de la clase tampoco.

Luego de que la profesora entregó todas las pruebas y se retiró algo decepcionada, nos quedamos todos los alumnos a hablar sobre el tema junto al referente. Yo casi no opiné porque sabía que no había estudiado nada, pero hubo compañeros que sí se quejaron sabiendo que ni siquiera habían abierto un libro.

—Prometo hablar con la profe antes de la próxima clase. Le voy a pedir que repasemos todos los temas vistos anteriormente. Pero ustedes también deben de poner de su parte y estudiar.

—Sí, referente nosotros ponemos de nuestra parte pero comprendan que somos adultos y nunca hemos tenido esta materia en nuestros tiempos. Además que trabajamos y tenemos hijos. Que vaya más despacio por favor —respondió un compañero y procedimos a retirarnos.

Llegué a casa y me puse junto con la prueba y el cuaderno a tratar de entender. Leyendo y releendo me di cuenta que había tenido errores tontos. El no estudiar había hecho que obviamente esté mal pero cosas que pensaba que eran complicadas, no lo eran. Me sentí enojada conmigo misma, había pasado tanto inmersa en mis problemas y culpando a la profesora de que yo no entendiera, cuando en realidad era fácil. Decidí tratar de enfocarme en lograr terminar el secundario y recordar por qué lo hacía, por mí y por mis hijos.

Al siguiente martes la Teacher habló con nosotros, nos explicó que el referente habló con ella y que ahora juntos llegamos a un acuerdo.

—Yo sé que son muchos los temas que deben aprender, y sé que a muchos les cuesta porque no tuvieron inglés antes. Pero los temas me los mandan de Nación, es lo que deben saber para poder recibirse —dijo.

—Sí, pero no nos sirve de nada que usted nos dé todo si nosotros no entendemos nada —respondieron algunos.

—Sí, tienen razón. Pero hay temas que no hacía falta entender, como la escritura de los colores, y ni eso estudiaron. Pero bueno, les propongo algo, terminar en estas clases, estos últimos 3 temas que quedan, y dejar las últimas 2 o 3 clases solo para repasar y ver lo que más les costó y eso practicar. Si veo que un tema les cuesta mucho trato de no ponerlo tan complicado en el examen final —y prosiguió—. Chicos, yo quiero que ustedes se reciban del secundario, yo no estoy acá para complicarlos, no quiero que se frustren. Ustedes saben que si necesitan hablar extra clase, les he habilitado mi WhatsApp o inclusive les doy hasta mis recreos para que se acerquen a preguntar o sacarse dudas, porque sé que a muchos les da vergüenza preguntar en clases. Pero por favor no estén mal, yo en el examen no les voy a tomar ningún ejercicio que no les haya dado o repasado.

Luego de eso todos nos tranquilizamos, inclusive hacíamos bien los ejercicios. Había odiado tanto inglés y hasta a la profesora, sin culpa, porque me había concentrado en mis problemas que ahora que volví a fijar mi meta todo fue más fácil. Quería recibirme.

Las siguientes clases continuaron con normalidad. Inclusive la profe



nos ponía notas cuando hacíamos las cosas bien y se sentaba en el banco al lado nuestro con los alumnos que no entendían tanto o les costaba un poco más, a veces yo era una. Y me di cuenta que ella siempre lo hizo, fue la profesora que en la escuela me hubiese gustado tener.

Al momento de tomarnos el examen final, fue la prueba más fácil que haya hecho, y no por el hecho que la hiciera fácil la profesora, sino porque había estudiado tanto, sola, con mis hijas, y a la vez me había concentrado y vuelto a disfrutar ir a clases y estar con mis compañeros, que la aprobé. Y con 10. Mi profesora me felicitó y entre lágrimas le agradecí.

Nos entregaron los certificados 2 meses más tarde. Y mis hijos, junto a mis sobrinos, me hicieron una caravana con un cartel de “Me recibí del secundario”, seguido por una fiesta sorpresa en mi casa. Nunca me había sentido tan feliz. El hecho de terminar la secundaria, de un logro así a mi edad, sentí que todo esfuerzo tiene su recompensa, y como me dijo mi directora y, diría amiga Teresa, no hay edad para comenzar a estudiar lo que sea, la escuela, una carrera, hasta la universidad. Yo ahora tengo 52 años y el año que viene voy a comenzar una tecnicatura en turismo. Me siento orgullosa de mí, y me agradezco no haber bajado los brazos y ser perseverante.

Con respecto a mi trabajo de portera, pude conservarlo, sin embargo mi directora nunca regresó a su puesto porque cuando le volvió su enfermedad ya fue terminante. Pero antes de tomarse la licencia, dejó escrito para el director nuevo que, si ella no retomaba su empleo, cuando yo tuviese mi título de secundario, me debían subir de categoría a jefe de personal de limpieza. Lo cual me pagaría más e iba a tener una mejor jubilación. Voy a estar siempre agradecida con ella.

Actualmente veo atrás todo lo que pasé durante esos años y no me arrepiento de haber comenzado el Plan FINES. Fue algo que me abrió las puertas a lo que puedo ser, y no solo a mí, inclusive a mis sobrinos que no querían ir a la escuela, la retomaron, porque quieren estudiar, dicen que si una vieja como yo pudo, como ellos no. Ahora yo los ayudo a ellos con los deberes, y a mis nietos cuando no están mis hijos. Y ahora cuando me presento digo orgullosamente: Soy Juana, tengo 56 años, soy portera y terminé la escuela.



## Mención especial

*Soy Karen. Nací el 13 de agosto de 1996. Tengo 26 años y vivo en San Pedro de Colalao, Tucumán. Soy estudiante de 3° año de enfermería profesional en el CENT N° 74 Delegación Trancas-Atsa. No recuerdo cuando comencé a escribir, solo sé que las historias, personajes y mundos excepcionales viven en mí y puedo reflejarlas en hojas de papel, para verlas nacer.*

## Cuento con mi salud

Karen Anabel Cruz

San Pedro de Calalao, Tucumán

Hoy cuento con mi salud, pero lo hago porque un día aprendí que tener mi organismo sano significa mucho, o mejor dicho, todo.

Pero un todo implica muchas cosas, así que voy a comenzar desde un principio, porque un gran maestro me enseñó que “Un buen orden es la base de todas las cosas”.

Hace unos años, cuando yo tenía 6 para ser exacto, llegué de las montañas con mi familia al pueblo que comenzaba a urbanizarse. Se estaba convirtiendo en una ciudad muy bonita. Tenía semáforos con colores que a mí me parecían interesantes y graciosos. Muchos autos, muchas personas, pocos árboles y no había vacas ni tampoco amigas para mi oveja Carola.

Los primeros días en la casa que nos había heredado el tío Ruperto fueron difíciles, mi familia y yo no nos adaptamos.

La ciudad y el campo son muy diferentes. Pero mi familia y yo le pusimos muchas ganas a todo.

Luego de unos días comenzamos a conocer los negocios, el parque, mi padre consiguió trabajo y mi madre hizo amigas. Y eso creo que fue mi mayor bendición, porque esas amigas le dijeron a mi madre que debía escolarizar a mi hermana Pepa y a mí.

Y ahí fue cuando conocí la escuela pero no solo conocí el edificio, las aulas y los maestros. ¡Ahí conocí el mundo!

Y cuando digo esto no me refiero a que viajé, sino a que la escuela me enseñó el mundo. Y eso me hizo feliz.

A partir de que me senté en el aula y tomé un lápiz con mi mano izquierda pude entender muchas cosas.

Como por ejemplo, pude comprender porque en las montañas es más fresco que acá, resulta que los árboles nos dan sombra y oxígeno. Por eso

en la montaña se siente el aire más puro.

También aprendí que lavarse las manos es muy importante para evitar enfermedades.

Aprendí mucho en los primeros meses pero a mis padres les costó mucho más, ellos no entendían todo y no podían adaptarse rápido como Pepa y yo. Y esto se notó mucho más cuando un agente sanitario tocó nuestra puerta.

Nos hizo muchas preguntas mientras llenaba papeles y yo asumí que era muy chismoso y mi madre también sintió desconfianza.

Luego de entrevistarnos nos miró de arriba abajo con cierto recelo y finalizó diciendo:

—Los esperamos el lunes a las 8 am en el hospital para iniciar calendario de vacunas. —Cerró su libro y se fue.

A mí me pareció de mala educación que no nos dijera “adiós” pero también aprendí que en la ciudad muchas personas no saben saludar.

Mi madre, pepa y yo nos preguntábamos que era un calendario de vacunación.

Y cuando llegó el día que nos indicó el agente sanitario nos presentamos en el hospital y nos mandaron al consultorio 5. Este se veía muy bonito por fuera tenía dibujos de ovejas y una vaca con traje de enfermero y yo inmediatamente pensé en mi oveja Carola y en todas nuestros animalitos que quedaron en las montañas.

Un enfermero muy simpático nos atendió y mientras nosotros seguíamos mirando los dibujos el enfermero nos indicó que nos sentáramos mientras preparaba todo. Pero cuando volvió a nuestro lado, no regresó solo, regresó con una aguja y esa aguja era terrorífica.

¡Era la aguja más grande que yo había visto! Bueno en realidad nunca había visto ese tipo de agujas. Pero esta asustaba mucho. Porque el enfermero dijo que debía colocársela a Pepa.

Mi madre abrió los ojos muy grandes, no tenía idea de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué es eso? —preguntó con miedo en sus palabras.

Y antes de que el enfermero pudiera explicar lo que significaba una vacuna, Pepa salió corriendo y gritando.

Mi instinto de supervivencia, me dijo que si yo no huía en ese instante, esa aguja iría a mi brazo, entonces también grité mucho y salí corriendo.

Mi madre desconcertada con esta situación nos siguió, pero ella solo corría, no gritaba porque el susto no se lo permitía.

Pero el enfermero gritaba mientras trataba de alcanzarnos. No re-

cuerdo qué nos decía en ese momento, lo único que deseaba era ponerme a salvo.

Los cuatro corrimos por el hospital y luego por algunas calles de la ciudad hasta que el enfermero, que ya no era simpático, se cansó.

Cuando llegamos a casa nos encerramos bajo llave y tuvimos mucho miedo de que nos buscaran porque ellos, los que trabajan en salud, conocen nuestro hogar.

Los días posteriores soñé con ese enfermero y también con la vacuna. Así que cuando iba a la escuela cargaba conmigo unas grandes ojeras.

Mi amigo Juancito se dio cuenta de que yo bostezaba mucho y me consultó por la causa, así que le conté sobre el día de terror de la aguja.

Juancito me escuchaba atentamente y cuando finalicé me contó que él también tenía su historia con ella.

La vacuna lo había perseguido desde el día en que nació. Y no solo a él.

Mis compañeros se acercaron curiosos y sorprendidos. Cada uno de ellos contó su dura y terrorífica anécdota con la vacuna.

Todos se sorprendieron al saber que yo fui el único que logró escaparse, pero lo incógnita aquí era “¿por qué los enfermeros estaban empecinados con vacunarnos?”.

Mis amigos y yo tratamos de deducirlo, cada uno tenía su teoría, algunas locas, otras extremistas, fantasiosas o raras.

Juan pensaba que los enfermeros habían nacido todos con el ceño fruncido, el ambo y vacunaban para extraer la felicidad de los niños.

Felicitas creía que vacunaban por castigo porque los adultos cada vez que se enojaban, los amenazaban con llevarlos al hospital.

Gustavo decía que todo esto lo hacían los extraterrestres disfrazados de enfermeros, para robar nuestro ADN.

Mi teoría era aún más loca, yo creía que los enfermeros nos vacunaban para convertirnos en adultos automáticamente.

Todas nuestras teorías podrían ser válidas, podrían ser reales. Pero ¿cómo saberlo?, si los adultos no comparten información con los niños.

Nuestra única alternativa era averiguarlo por nuestros propios medios.

Felicitas y Francisco tenían miedo, no voy a negarlo yo también lo tenía, pero como dicen en el campo, “Al toro hay que tomarlo por las astas”.

En el recreo nos reunimos todos y decidimos averiguar por nuestro propios medios que era las vacunas y porque nos la incrustaban en nuestros brazos. Pero todo se nos dificultaba porque no sabíamos leer.

Eva, la niña más adelantada en clases, sabía deletrear más palabras que el resto de nosotros así que ella nos enseñó a buscar toda información, que

tuviera una “V” de vaca, una “A” de alas, una “C” de casa, “U” de uvas, “N” nido, “A” de alas, y una “S” de sapo.

Todas estas letras debían estar pegadas.

Pasaron muchos días, y fue difícil encontrar información, todo se nos dificultaba.

Hasta que un día Pepa apareció con un folleto que encontró en la calle y decía “VACUNAS”. La palabra a la que tanto le temíamos. Con urgencia le llevamos el folleto a Eva.

Definitivamente ahí decía “Vacunas”. Eva frunció el ceño y puso toda su atención en las letras que aparecían en el folleto.

—Malas noticias —dijo...

Mis compañeros y yo temimos lo peor.

—El folleto dice “Una vacuna más”, luego sigue una palabra que no entiendo y por último dice “un menos”.

Todos nos pusimos a analizar la palabra que no entendíamos, era G de gato unida a una R.

—Grrrrr...

—Gri...

—Grrr...

Entre todos nos miramos dudosos, intentamos descifrarlo, pero no, no pudimos. Entonces el temor y la imaginación se apoderaron de nosotros y nos dijeron lo que significaban esas letras.

—“Gritos”... “Una vacuna más, un grito menos”.

Mis amigos y yo, en ese momento supimos lo que significaba el verdadero terror a la vacunación.

Quisimos salir corriendo a pedir protección de nuestras mamás o a escondernos bajo la cama.

Esa frase confirmaba que nuestras teorías no estaban erradas. Las vacunas eran nuestra extinción.

El caos no tardó en alborotar a mis amigos y el miedo era aún más poderoso.

Pero como yo era el único que había logrado escapar de la aguja decidí ser aún más valiente, oculté el terror debajo de mi guardapolvo y calmé al resto de los niños.

—No podemos seguir ocultándonos, debemos terminar con esta tortura. No podemos permitir que nos hagan daño.

Muchos dudaron, otros lloraron un poco, pero al final del día todos nos pusimos de acuerdo.

Una campaña contra la vacuna y así sacaríamos a luz toda la verdad.

Mis amigos y yo corrimos la voz y otros niños no tardaron en unirse a nuestra causa. Y muchos de ellos ya sabían escribir, así que nos hicieron los carteles. “No a las vacunas”, “Peligro”, “La vacuna mala”, “No queremos ser eliminados”.

Otro grupo de niños hizo dibujos de enfermeros con cara de enojados, y los quedaban buscaron ollas y cucharones para hacer mucho ruido.

Pasaron muchos días de miedo e incertidumbre, y cuando por fin logramos juntar todos los carteles, las ollas, los cucharones y el valor, nos dirigimos con el mayor ruido posible al hospital, los adultos por fin nos escucharían.

En cuanto llegamos todo el personal del hospital se acercó y no quitaban su cara de sorpresa.

—¿Qué es lo que hacen? —se preguntaban, y comenzaron a juntarse frente nuestro, mientras nosotros seguíamos con la protesta.

Todo era ruido y gritos, y cada vez llegaban más adultos desconcertados a mirar nuestro reclamo.

Nosotros no perdimos el enfoque, sabíamos que éramos una amenaza para esos enfermeros. Pero ellos no se quedaron sin hacer nada. Fueron a buscar a su “alfa”.

Él llegó y caminó entre la multitud, apareció vestido de blanco, con cofia y al costado de chaqueta tenía bordadas unas palabras: “Licenciado Termuski Rodolfo”.

El señor nos miró enojado, ese bigote lo hacía ver desafiante y raro. Nos hizo una seña de silencio y luego preguntó con voz gruesa:

—¿Qué es lo que sucede aquí? ¿Qué significa esto?

Mis compañeros me miraron y me empujaron hacia adelante para que yo enfrentara la situación, yo era su “alfa”.

Así que intenté parecer más alto y poner mi voz más gruesa para estar al nivel de estatus al que me habían asignado.

—¡Esto es una protesta señor! Estamos en contra de la vacunación. Nos colocan las agujas en el brazo, que son dolorosas y no sabemos la razón por la cual lo hacen.

¿Ustedes son extraterrestres? ¿Ustedes quieren castigarnos con las vacunas? ¿O solo pretenden convertirnos en adultos?

Cuando terminó de hablar, el alfa de los adultos, levantó su ceja derecha, frunció el ceño y nos miraba sorprendido.

—¿Por qué piensan eso? —cuestionó.

Y en ese momento levanté el folleto y lo señalé.

—“Más vacunas, menos gritos” ¡Ustedes pretenden eliminarnos! —grité.

Y el ruido comenzó de nuevo...

El licenciado volvió a pedir calma con sus manos. Y nosotros hicimos caso porque más allá de ser protestantes somos educados.

—Niños, allí no expresa eso —dijo el Licenciado—. Allí dice “Más vacunas, menos gripe”. Es una campaña contra la gripe, no contra los niños.—Caminó dos pasos hacia nosotros, mientras su rostro de enojado comenzaba a desaparecer.

—Les pido disculpas en nombre de todos los agentes de la salud. No hemos sido buenos informantes ni educadores. Por eso hoy ustedes están aquí, exponiéndonos, con su curiosidad y conclusiones.

—Entonces es cierto. ¿Ustedes son extraterrestres? \_Preguntó Eva asustada.

—No, mi dulce niña, acá todos somos humanos. Y sus teorías no son las correctas. Las vacunas nos protegen contra muchas enfermedades. La administramos en nuestro cuerpo para enseñarle a defenderse contra alguna patología.

En ese momento mis amigos y yo nos sacamos el miedo de encima. Ahora sabíamos la verdad y esa verdad era sabiduría y salvación.

Nuestra manifestación anti vacuna terminó ese día pero salimos en el diario y también en la radio. Así que nos pusimos contentos.

Las vacunas dejaron de ser una historia de terror, no voy a negar que duelen pero ahora sabemos las razones y los beneficios. Ir al hospital ya no es un castigo de los padres.

El licenciado y yo ahora somos amigos y cada cierto tiempo aparece en la escuela para darnos charlas sobre salud. Como ahora sé leer bien, ayudo en las campañas. Porque ahora sé que contar con una buena salud es lo primordial. Y para que los niños pequeños se sientan más seguros les cuento mi historia. Y un día me pregunté ¿por qué no plasmar todo en papel? así que aquí estoy “porque la historia, la ganan los que escriben”

Y para finalizar, quiero que sepan, que dentro de unos meses cuando cumpla 11 iré al hospital y cuando el enfermero diga:

—Rodrigo Villas.

Yo caminaré al consultorio con mucho valor, seguridad y esta vez no lo haré correr al enfermero.

## Mención especial

*Mi nombre es Karina, vivo en la localidad de Puerto Rico, Misiones. Tengo 31 años y estudio el Profesorado en Educación Primaria.*

*Comencé a interesarme por la escritura a temprana edad, en la adolescencia. En ese momento de mi vida disfrutaba de escribir poemas, rimas, textos cortos expresando sentimientos. Poco a poco fui descubriendo que me apasionaba redactar historias imaginarias, basadas de vez en cuando en alguna vivencia personal o cercana. Mayormente me inspiraba en la naturaleza y lo que identifica a nuestra hermosa provincia: montes, fauna, ríos, arroyos y la particular tierra roja*



## **El monte me habla**

Karina Marisel Lorentz

Puerto Rico, Misiones

Era una tarde de diciembre como cualquiera. Las chicharras inundaban el aire con un sonido ensordecedor, dando noticia de que la navidad pronto tocaría la puerta. El sol penetrante y abrumador se hacía cada vez más dueño de las horas. Un calor insoportable hacía que las moscas y los bichos tomen partida en cada sección de la piel.

Ella solo observaba aquella escena, sus ojos paralizados, el sudor en su frente, las manos le temblaban y solo podía respirar, un aire tan pesado que hacía doler el pecho de tanto esfuerzo.

Pero para entender su desamparo, su desesperación y ese miedo debemos volver siete tardes atrás, cuando por razones confusas salió de la casa, caminó hasta el monte, como si una fuerza superior la condujera sin poder resistirse. Recorrió esos senderos, viendo con los ojos, pero sin poder aclarar qué le hacía continuar cuando no quería hacerlo. Llegó al pequeño arroyo, vio su reflejo en el agua y de pronto otro rostro se asomaba, con aires de extrañeza, ojos hundidos, rostro añejo y cabellos dorados. Por fin despertó de aquella hipnosis para salir corriendo, como escapando del mismísimo diablo, y ¿quién diría que no era él? No importaba, Luisana solo pensaba en seguir corriendo, lo más rápido posible por si aquella figura la seguía por el monte. Tropezó con unas enredaderas, troncos y piedras, pero nada la detenía. Por fin llegó otra vez a casa. Intentó respirar con normalidad. ¡No le contaría lo sucedido a la Nona! Para no preocuparla con tantos años que cargaba, vaya saber que le iba a dar con aquella anécdota. Se secó la transpiración, respiró profundo algunas veces y entró rápido a la casita encerrándose en su pieza.

A la mañana siguiente despertó con el primer canto del gallo. Esa noche había dormido tan profundamente que le pareció un instante. Se di-

rigió a la cocina, como de costumbre la Nona estaba sentada junto a la cocina a leña, mate en mano, chipá en el plato, lista para comenzar su día. Era extraño verla con tantas energías sabiendo la cantidad de años que sumaba y las mil pruebas que la vida le había dejado. Luisana solo se sentó en silencio a su lado, aun recordaba la tarde anterior y los latidos del corazón que golpearon su pecho ese instante. No quería que la Nona se diera cuenta, solo comenzó una charla para evitar lo que la abrumaba.

—¿Cómo descansó anoche Nona?— preguntó la niña.

—Bien m'hija. Pero hoy me asusté, hace más de 6 semanas que no cae una gota y mirá lo que encontré en la puerta.

La pequeña se acerca para mirar y lo que ve la deja helada, tesa, sin aliento. Un charco de agua justo al pie de la entrada. Al instante le volvió a la memoria la tarde anterior, el reflejo de aquel rostro en el agua, que podría estar encausado con lo que veía, esa fuerza superior que casi la arrastró hacia el monte. Quiso disimular su miedo, su desespero, así que intentó buscarle una respuesta lógica a aquella imagen.

—Capaz que fue el Sultán, o Pibito.—Queriendo culpar a los perros que las acompañaban día a día.

—No m'hija, eso no es del Sultán, ni de Pibito. Algo más está pasando, sabrá Dios.

No hubo palabras que salieran de la boca de Luisana, su Nona se había dado cuenta de lo que pasó aquella tarde, pero aun así no quiso meter más miedos, movió los hombros en señal de duda y se sentó nuevamente, tomó un mate como para bajar el nudo que le atoraba en la garganta. Después de dos o tres amargos la oma se levantó y, como cada mañana, fue a ordeñar las vacas y alimentar los animales. Luisana decidió hacer algo diferente, esa inquietud en su interior no la dejaba tranquila, debía enfrentar ese miedo que la atormentaba, así decía la Nona “Al miedo hay que enfrentarlo”. Se calzó sus alpargatas viejas, se puso el sombrero y caminó al monte para ver si nuevamente se encontraría con la escena del día anterior.

Muchos pajaritos cantaban, algunas chicharras aturdían a toda voz, mariposas volando y el ruido de las hojas secas que la niña pisaba invadía el aire. Iba con paso seguro, el miedo no la iba a paralizar. Llegó al arroyo, se detuvo unos pasos antes, observó alrededor y no notó nada extraño, todo normal. Lentamente asomó su rostro para reflejarse en el agua, tan cristalina, tan limpia, pero no vio nada, solo su cara. —Tal vez debe ser por la tarde— pensó la niña—. O solo fue una vez, hasta puede ser que estaba soñando despierta —se justificó Luisana.

Volvió al rancho algo decepcionada, la Nona había dicho que algo raro

estaba pasando ¿A qué se refería? Era cierto que últimamente había muchos incendios, el calor era extenuante y muchos animales habían muerto, pero eso no se debía a nada más que la terrible seca que estaba sufriendo el lugar.

Esa tarde nada raro aconteció. A pesar de que ella miraba los árboles y el monte como esperando algo, no sabía que era, solo buscaba respuestas a sus dudas, a sus miedos, a ese presentimiento que la venía aquejando desde hace días.

Pasaron cuatro tardes en total después de esa ocasión sin que nada fuera de lo normal sucediera. Pero algo no andaba bien, de eso estaba segura la niña. La Nona andaba medio rara, dando consejos, algo común en las personas que cuentan muchos años, pero eso no era así con la oma. El Sultán y el Pibito no la dejaban sola un momento, como cuidando su espalda de algo. Las vacas se hacían de renegar cada vez que la anciana quería atenderlas. Los animales del monte hacían mucho barullo de a ratos, como anunciando algo. En el aire se respiraba y Luisana no tenía dudas que tarde o temprano pasaría, aunque no sabía qué exactamente. La naturaleza no se equivocaría al hablarle de esa manera. La niña solo observaba cada cosa, cada día, cada momento y parecía que todo eso hacía pesar más y más el aire que respiraba.

La tarde número cinco, después de aquel encuentro extraño en el monte con quien sabe qué o quién, por fin sucedió algo. No es que la pequeña quisiera que fuera así, pero en su interior lo presentía y en algún momento debía pasar. Otra vez, esa tarde, con el sol quemando todo a su paso, Luisana sintió esa fuerza superior. La arrastró a fuerza de voluntad monte adentro, su piel se helaba a pesar del calor insoportable, sus ojos se llenaban de lágrimas y el cuerpo le temblaba por completo. Aun así, siguió corriendo, porque algo o alguien la obligaba a hacerlo. Se acercaba otra vez al arroyo —no podré detenerme —pensó.

A unos pocos metros la fuerza desistió. La niña quedó parada entre los árboles viendo el agua que corría muy escasa, vio las hojas de algunos árboles secándose, las ramas peladas, desnudas. Luego miró a un costado y contempló tres tucanes muertos, un tatú tieso y un silencio que la abrumó por completo. Sin querer dejó caer tres o cuatro lágrimas que inundaron sus ojos antes de caer pesadas al suelo, mojando la hojarasca que había allí.

—¡Ay Dios mío! —exclamó la niña, dejándose caer sobre el suelo polvoriento y seco. Después de aquel momento sus ojos empezaron a ver los árboles y sus copas, los pájaros volando y los rayos del sol abriéndose paso por el monte. De pronto escuchó como un trueno, pero no era de esos

que traen lluvia. Para su sorpresa, luego escuchó una voz, muy parecida al trueno, pero pudo entender claramente cada palabra.

—¿Qué hacen conmigo? Mira lo que está pasando. Avisales...

Y fue esta última palabra que despertó a la pequeña de aquella hipnosis, de aquel sueño extraño, que tal vez no era sueño porque estaba en el monte, justo al pie del arroyo donde se había desvanecido. Se levantó como pudo e intentó correr, masticando en su interior lo que había oído, o tal vez no. “Avisales” dijo aquella voz

¿Qué debía avisar? ¿A quién? ¿Por qué harían caso a una pequeña niña? Es más, ni siquiera conocía más personas que su Nona, la maestra, sus pocos compañeros y el señor del almacén. Ella solo sabía que sentía un cansancio terrible y un miedo que ocupaba toda su mente. No tenía mayor deseo que llegar a la casa, con la Nona y que le dijera que todo está bien, solo fue una pesadilla y que estaba a salvo en su cama. Pero no era así, algo le decía que nada volvería a ser como antes.

Por fin llegó a casa, no vio a nadie por ahí, ni siquiera los perros que siempre la recibían o incluso la acompañaban al monte. Esa tarde estaba solo ella, pero no le preocupaba eso, no era la primera vez que le pasaba. Ahora solo pensaba en “avisales” y las preguntas que seguían buscando respuesta: ¿Qué? ¿A quiénes?

¿Por qué yo? Mucha angustia sentía, trataba de respirar normal, de volver al equilibrio y pensar sin miedo y desesperación, pero no era posible. ¿Quiénes hicieron algo malo? ¿Mataron a aquellos animalitos? ¿O la falta de lluvia y el calor los venció? Tantas dudas, tanto aire pesado hizo que la pequeña se desplomara en su cama, boca arriba, mirando el techo, sudando poco de miedo poco del calor. Habrá estado así cerca de una hora, casi sin aliento, revolviendo lo vivido, lo escuchado, lo que sentía sin poder acallar esa voz. De pronto escucho la puerta, sin duda era la Nona que volvía de la chacra, sus pasos no se podían confundir. Intentó reponerse de su espanto, pero no pudo. ¿Y si le contaba a la Nona? Podría tener una respuesta, al fin y al cabo, había vivido mucho más que ella y tal vez entendería lo que estaba pasando.

Cuando la anciana entró al cuarto de la niña no fue necesario hablar, ella lo entendió todo. Solo se sentó a su lado, acarició sus cabellos y con voz dulce le dijo:

—Tranquila m'hija, todo va a estar bien. Yo sé lo que está pasando, el monte está vivo, pero agoniza, está pidiendo ayuda, a mí también a veces el monte me habla, me enseña cosas. pero no hay que tenerle miedo, la naturaleza es sabia y no va a lastimar a los suyos. Contrario a lo que hace-

mos los humanos, mirà todo lo que causamos, cuantos animales mueren, cuanto monte se quema. El monte solo pide el mismo respeto que él nos da, nada más m'hija, no le tengas miedo.

—Pero, oma ¿qué podemos hacer? Nos está pidiendo ayuda. ¿Quién nos va a hacer caso a nosotras? Casi nadie nos conoce y encima no tenemos plata para contar por la radio o la tele —dijo Luisana.

—Sí que se puede niña, por algo él nos habla, por algún motivo nos pide— dijo la abuela, luego cambió su mirada y su rostro—. No te preocupes ni te sientas sola pequeña, nunca lo estamos, sigue escuchando al monte y cuidando de él todo lo que puedas, por más que yo ya no esté.

Y esto fue un baldazo de agua fría. ¿Por qué Nona le decía eso? No se podía ir ahora, estaba más fuerte que un roble, seguro estaba aturdida porque salió al sol caliente o porque se acerca una fecha especial y se pone melosa. Pero nada de eso pudo salir de sus labios, no pudo emitir palabra. La abuela le sonrió y salió al patio a sentarse bajo el lapacho viejo. La niña solo sentía mayor desamparo, esas palabras para nada habían calmado su miedo, todo lo contrario, le habían preocupado aún más, pero no se lo hizo saber a la Nona.

Pasó aquella tarde, cayó la noche y el aire seguía igual, no había calma en el interior de Luisana, todo estaba cambiando, se sentía desconsolada, con miedo, esperando que lo peor sucediera, como si un instinto le avisara que algo malo habría de pasar. Casi no durmió, pensó y pensó cada minuto. No volvió a hablar con su abuela del tema, solo se tomó un momento para cenar porque la oma no le permitía dormir sin hacerlo, y luego volvió a su cuarto para tratar de ordenar todo ese desorden interior y abrumador que tenía dentro. Por fin amaneció, le había parecido la noche más larga de su vida. Ese día había en el aire una pesadez terrible, más que mejorar la situación iba empeorando, y se lo hacían saber los animales que la rodeaban. El Sultán y el Pibito no se despegaban de la Nona, ni siquiera para comer o ir a cazar un cuis que se descuidaba de vez en cuando. Las vacas hicieron terrible quilombo, tumbando el balde de leche que la oma había juntado y, para completar entró a la casa una lechuza, tumbando un par de jarrones viejos que guardaba su abuela con mucho cariño. La niña sentía ganas de escapar, de correr. No quería vivir aquello que temía tanto, no quería volver a escuchar al monte si le traía malos augurios, quería que todo sea igual, con la Nona preparando el mate a la mañana, con los perros haciendo ruido en los pastizales, con esos veranos en el arroyo matando el calor de la tarde. Pero algo le decía en su interior que eso no sería posible, todo iba a cambiar y, como nos pasa a los humanos, sentimos un terrible miedo

cuando algo así pasa, sobre todo cuando un ser querido puede irse pronto para siempre. Qué terrible se sentía, no podía respirar bien, aunque trataba de no hacerlo notar a su abuela que, con tantos años ya la conocía bien como para no notarlo y como para calmarla le dijo:

—M'hija vamos a caminar un poco, hasta el arroyo y de paso vemos como está de agua.

—Sí —fue todo lo que salió de los labios de la niña, que no pudo aliviar ni un poco todo lo que sentía. En realidad, la Nona solo quería contarle a su amada nieta que la vida no es fácil, que, a veces las personas son malas y en ocasiones los animales son más leales que estos otros. Mirando al suelo habló la anciana:

—Mi querida niña, yo sé que estás preocupada, pero todos venimos un tiempo a este mundo para después partir. Lo importante es hacer bien cuando estamos acá y tú, mi querida niña has hecho mucho bien y estoy feliz por eso. Sé que vas a saber qué hacer y lo vas a hacer de la mejor manera. Acá crecí, acá viví muchos años, el monte también me habló muchas veces y no es malo, cuando te acostumbras puede llegar a ser tu amigo.

La mujer se detuvo, miró hacia arriba, como contemplando por última vez aquel follaje verde intenso que se mezclaba con el celeste intenso del cielo. La niña solo la observaba, buscaba palabras para decir lo que sentía, pero solo unas grandes lágrimas lograron salir de aquel rostro. Las secó, se recompuso y con voz temblorosa y quebrante dijo:

—Ayer el monte me habló, lo único que puedo recordar es “avísales”, pero no entiendo a quién, a quiénes, por qué yo. No entiendo nada abuela, me siento triste y no sé por qué.

—Es así, niña— dijo la anciana—. En este mundo hay una fuerza superior que nos avisa de antemano lo que va a pasar, pero no todos la escuchan y otros, como nosotras la sentimos tan presente, tan fuerte que casi nos tumba al suelo. Pero no es malo. Nos prepara para lo que viene, solo tenemos que aprender a escucharla, a entenderla, porque habla en su idioma, un poco distinto al nuestro.

—¿Qué quieres decir, abuela? —preguntó asustada la niña, como entendiendo que esa era la última conversación que tendría con su abuela—. ¿Qué tiene que ver con avisar a los demás? —interrogó como asumiendo que la oma sabía de su partida.

—Quiero decir que hay algo que nos avisa lo que va a pasar, solo que no sabemos cuándo exactamente, ni cómo. Seguro m'hija la respuesta va a estar en tu interior, dale su tiempo para que lo puedas comprender.

La pequeña se heló por dentro, abrazó a su abuela y lloró desconsola-

damente como sacando de adentro todo lo que le pesaba. La anciana solo respondió a aquel abrazo, secó los ojos de su niña y le dijo con ternura:

—Volvamos al rancho para hacer el almuerzo.

El camino de regreso fue en absoluto silencio de palabras, con un fondo de árboles imponentes que se alzaban hasta los 30 metros, un cielo tan intenso como el sol que dominaba todo el paisaje con su luminosidad. Por fin llegaron al rancho, cada quien se dirigió a su sector de la cocina para hacer su tarea. La Nona picaba la carne en cubitos mientras la niña pelaba las cebollas y tomates recién cosechadas de la huerta. No era casualidad que ese día cocinaran el guiso que más le gustaba a su abuela, algo le decía que así tenía que ser.

Después de almorzar cada quien se fue a descansar, esa tarde, como nunca Luisana durmió como un tronco, posiblemente por la falta de sueño de la noche anterior. Despertó de un salto alertada por el ruido feroz de ramas que se quebraban y un zumbido extraño que venía de más lejos. Salió corriendo, lo primero que hizo fue buscar a la Nona, pero ya no estaba en su habitación, ni siquiera había arreglado su cama, lo que hizo pensar a la pequeña de que también se habría despertado repentinamente por aquellos ruidos. Se dirigió al patio para ver que ocasionaba todo ese alboroto y, para su sorpresa el monte se estaba quemando a unos kilómetros de la casa, pero aun así el calor del fuego se sentía como azotes, animales corriendo por todos lados, una gran nube de humo cubriendo el intenso sol de la tarde y la mayor preocupación de Luisana (¿dónde está la Nona?) Buscó a los alrededores, pero nada, la última opción y la que más temía la niña era que fue hasta el incendio para ayudar a apagarlo.

¡Vieja terca!, pensó mientras corría hacia el fuego, con algo de pesar por lo que salió de sus labios. Los siguientes kilómetros fueron larguísimos, no lograba apurar más sus piernas por más que quisiera, aun así, continuó usando todas sus fuerzas. El calor se sentía más y más fuerte, casi haciendo arder su piel, pero no encontraba a su abuela. Siguió corriendo, buscando con la mirada desesperadamente, gritando a voz en cuello:

—¡Nona! ¡Nona! ¿Está aquí?

No había respuesta, solo el ruido de las llamas consumiendo los árboles, el calor sofocante y el humo que la dejaba casi sin aliento.

—¡Ay! Ya se fue —dijo la niña.

Siguió mirando y retrocediendo de a poco, a lo lejos se escuchaba el sonido de las sirenas que habrían sido alertadas por algún vecino. “Por fin ayuda” pensó Luisana, mirando hacia un costado donde sus ojos advirtieron lo peor que esperaba, su abuela tendida en el piso, el Sultán y



el Pibito alrededor como queriendo despertarla, aquellos caninos que ni siquiera advirtieron la presencia de la niña intentando todo para reanimar a su dueña.

—¡Abuela! —gritó desesperada, corriendo hacia ella. Intentó hasta el cansancio despertarla, pero el humo la había dejado inconsciente, solo pudo tomarla por debajo de sus brazos e intentar arrastrarla más lejos de las llamas. Utilizó todas sus fuerzas acudiendo a sus peludos amigos diciéndoles:

—Vamos Pibito, vamos Sultán, hay que sacar a la Nona de acá. ¡Por favor monte! La Nona no tiene la culpa —decía la pequeña como pidiendo ayuda a aquella voz que oyó días atrás. Ya no sabía a quién acudir, sus fuerzas estaban terminando, los perros ya no podían ayudarla y el monte no respondía.

—¿Por qué no respondes ahora? ¿Solo sirves para reclamar? ¿Solo quieres que yo te ayude? ¿Quién me ayuda a mí entonces? —gritó desconsolada la niña usando sus últimas fuerzas, dejando correr un río de lágrimas que aliviaban un poco la quemazón de aquel calor desesperante. Cuando parecía todo perdido vio a lo lejos el camión de los bomberos, al fin se habían percatado de que había personas allí. Uno de ellos bajo corriendo y tomo a la niña para sacarla de allí, pero ella se quitó y gritó:

—¡Yo no! ¡Mi abuela por favor!

El hombre tomó a la anciana en sus brazos y la llevó hacia el camión, la niña los siguió presurosa escapando de aquellas llamas y esperando poder ayudar a su querida abuelita que había estado tanto tiempo allí expuesta. No sabía si aún estaba viva o si se había lastimado, esos metros hasta el camión fueron tan largos, tan pesados. Sultán y Pibito ya habían llegado cuando el bombero colocó a la anciana en una camilla, detrás de la niña.

—¿Eres familiar de la anciana? —preguntó el hombre—. ¿Tienes algún parentesco? —volvió a interrogar al no obtener respuesta.

—Sí —respondió Luisana mirando a la oma que no hacía ni un solo movimiento—. Dígame como esta ella —tampoco obtuvo respuesta del hombre—. Le pregunté ¿Cómo está ella? —levantó la voz la niña.

—Debemos revisarla, ver que no tenga un hueso roto o alguna herida ¿Cómo estás vos? ¿Te lastimaste niña?

—Yo estoy bien —respondió Luisana advirtiendo que el otro bombero comenzó a hacer prácticas de reanimación a su abuela que, seguramente se habría quedado sin aire a causa del humo. Volvió a su mente la conversación de la mañana y todo lo que había vivido y sentido hace días antes. Ella solo observaba aquella escena, sus ojos paralizados, el sudor en su frente,



las manos le temblaban y solo podía respirar, un aire tan pesado que hacía doler el pecho de tanto esfuerzo.

Una desesperación, miedo, rabia, impotencia y tristeza la invadieron, seguido de un río de lágrimas. Su cuerpo no pudo más, debía gritar, sacar afuera todo lo que sentía, de lo contrario iba a estallar. Se contuvo unos segundos mientras seguía mirando a su abuela y a la incansable labor de aquel hombre, hasta que no pudo más y gritó:

—¡La Nona no! ¡La Nona no! ¡La Nona no! .—Y cayó sobre sus piernas, llorando desconsoladamente.

Después sintió una mano en su espalda, era uno de los bomberos que le decía:

—Ven niña, llevemos a tu abuela al hospital, no debes estar aquí sola.

La niña miró a su alrededor, no vio a Sultán y Pibito.

—No los dejen aquí solos, se van a morir —dijo la pequeña.

—¿Te refieres a los perros? Yo me encargo de ellos —dijo uno de los bomberos haciendo señal para que la niña suba a la ambulancia con su abuela.

Viajaron una hora hasta el hospital más cercano, todo el camino Luisana miraba a su abuela con los ojos cerrados, su rostro reflejaba paz y tranquilidad, había dado todo lo que podía y tenía para rescatar el monte, ahora otras personas terminarían su trabajo. Tomó su mano y la Nona movió los dedos, abrió un poco los ojos y sonrió, la niña devolvió aquel gesto con una sonrisa un tanto forzada tras lo que había presenciado y la preocupación que la aquejaba.

Llegado al centro médico no permitieron que la niña ingresara, era muy pequeña para hacerse cargo, solo pudo escuchar que una enfermera preguntó al bombero “¿Está sola?”. Sabía que de aquí en adelante todo cambiaría, su abuela se lo había advertido, pero ella sabía que tenía una misión, hacer oír la voz del monte, aquella que su Nona no había podido decir al mundo porque estaba ocupada cuidándola y a los animales de la chacra.

Unos días después una amable señora se dirigió a la pequeña para informarle que no podría quedarse más tiempo en el albergue del hospital por lo que pasó con su abuela y deberían llevarla a un hogar para niños. Luisana aceptó sin resistencia, donde quiera que vaya cumpliría su cometido y, cuando sea más grande volvería por Sultán y Pibito quienes estaban al cuidado de aquel bombero que salvó por unas horas la vida de su abuela.

El lugar era bueno, había otros niños y niñas que compartían sus historias, algunas incluso más duras que la que contaba Luisana. Claro que nunca mencionó la voz del monte que, según le había dicho su abuela,

no todos la podían oír, mucho menos aquellos que viven lejos de él. Solo les contaba de su Nona, con cuánto amor la cuidaba y a los animalitos, lo que le había enseñado sobre la naturaleza y su sueño de ser guardaparque cuando sea grande. Algo diferente a los otros pequeños y pequeñas que, según le habían hecho saber, deseaban con todo su corazón ser adoptados por alguna familia.

Luisana vivió allí hasta terminar su secundaria y luego, con ayuda de una profesora logró ingresar al terciario a estudiar su carrera soñada, trabajando a la par para sustentar sus gastos principales. A medida que pasaban los años se volvía más ferviente el deseo de volver a sus pagos, de concientizar sobre el cuidado del monte, de las plantas nativas, pero lo que más añoraba es poder encontrarse con Pibito y Sultán, al menos una última vez para decirles “gracias” por luchar con todas sus fuerzas para salvar a la Nona, por ser fieles a quien siempre los cuidó y, además, agradecer a aquel bombero que tan amablemente se ofreció a cuidarlos. A lo largo de los años que transcurrió su carrera incentivaba a todos para cuidar los árboles, los animales, evitar las quemas donde les contaba de forma breve lo que vivió gracias a algún desconsiderado que no tuvo en cuenta cuando prendió fuego en una chacra. Disfrutaba cada día las prácticas en las diferentes parcelas que le tocaba resguardar, aprendió a amar aún más ese bello lugar que para ella era un paraíso, un sueño.

Finalmente, terminó sus estudios, como lo esperaba hace tanto solo quería volver a sus raíces. Tomó un bolso, cargó lo indispensable, subió al autobús que dirigía a aquel pueblo. Viajó tres largas horas, las cuales utilizó para contemplar el paisaje de cada lugar. Para su sorpresa quedaba aún menos árboles y monte que cuando se había marchado hace un par de años atrás. “No toman conciencia” pensó. Quiso comunicar su disconformidad con la chica que iba a su lado, para comenzar la conversación dijo.

—¿Tenés reloj? ¿Qué hora es?

—Ni idea, solo quiero bajar de esto —respondió aquella joven algo enojada.

—Mi nombre es Luisana —insistió ella—. Viajo de vuelta a mi pueblo de origen.

—¡Uff! ¿En serio querés volver? A mí no me queda otra, de lo contrario me quedaba en la ciudad.

Volvieron a la mente de Luisana las palabras de su abuela “No todos pueden oír la voz del monte”. Entendió que seguramente muchas personas, así como esta joven, lo único que querían es cumplir sus sueños que estaban lejos del monte, por eso talaban sus árboles para lograr alcanzar

sus metas. Sería difícil desde esa perspectiva ¿Cómo convencer a una persona de cambiar sus sueños? ¿O buscar otra alternativa para hacerlo? Algo se le ocurriría, tenía fe en que la voz del monte la guíe nuevamente, pero esta vez iría a buscarla sin miedos, segura de sí misma y de lo que soñaba.

Por fin llegó al pueblo, no había cambiado mucho fuera de algunas casitas más que se sumaban a las escasas cuadras que conformaban aquel lugar. Enseguida divisó la estación de bomberos, debía acercarse, al menos a ver si de casualidad aquel bombero estaba y podría darle noticias de sus amigos perrunos. A medida que se acercaba su corazón latía más fuerte, no le había dicho a nadie sobre su ferviente deseo de volver a verlos. Se detuvo en la puerta, intentó mirar adentro pero estaba algo oscuro. De pronto la interrumpió una voz:

—¿Desea algo muchacha?

—¡Hola! —se sobresaltó Luisana—. Soy Luisana, busco a un bombero que hace unos años atrás salvó la vida de mi abuela, en el incendio del monte.

—¡Sí! Te recuerdo —dijo el hombre.

—¿Es usted? —preguntó ella con algo de emoción que trató de esconder.

—Sí, no podía olvidar aquella escena y el pedido que me hizo.

Se iluminaron los ojos de la joven, en cierto punto creía que aquel hombre no había tomado en serio su pedido y habría dejado a su suerte a Sultán y Pibito.

—¿Qué ha sido de ellos? —preguntó asumiendo que hablaban de lo mismo.

—Una gran odisea, se convirtieron en rescatistas, han salvado muchas vidas. Sin duda aquella situación con tu abuela les despertó el instinto de salvar. Pero puedes verlos por tu cuenta, pasa.

Cuanta emoción inundó su corazón aquellas palabras, no solo los habían tenido en cuenta sino que también los hicieron partícipes de su labor. Cruzaron las instalaciones del cuartel, abrió un portón que llevaba a un amplio patio. Apenas silbó dos perros salieron corriendo de un galpón al encuentro de aquel hombre. Su corazón no le mentía, eran ellos, un poco más viejitos, con algunas pintitas plateadas, pero eran Pibito y Sultán. Luisana se quedó quieta contemplando la escena, con un poco de miedo, habían pasado tantos años que seguramente no la reconocerían, tal vez hasta su olor sea diferente al de niña. Cuando los perros se percataron de su presencia se acercaron algo tímidos para olfatearla, como leyendo los mensajes que traía en sus bolsillos. La joven se quedó quieta esperando la

reconocieran, lentamente extendió una mano, dejó que Pibito la huela, lo mismo hizo Sultán.

—Poco a poco entrarán en confianza —dijo el hombre—. Los cuidé por ti, sabía que ibas a volver. También la casita está igual que siempre, nadie la tocó.

Y esas palabras emocionaron aún más a Luisana, podría volver a su casita, pero

¿sería buena idea? Habría que intentarlo, pensó.

—¿Usted me podría acercar hasta allí?

—Claro, respondió. De vez en cuando me pegaba una vuelta por allá con ellos, para que no se olvidaran por completo y, al principio, buscaban mucho —dijo aquel bombero.

—¡Gracias! —solo pudo responder Luisana, pero fue un gracias de corazón.

Salieron rumbo al monte, la joven observaba todo con mucho cuidado, saboreaba cada recuerdo que le venía a la mente, cada sendero, cada árbol. Ahora algo diferente pero el monte seguía ahí, presente con gran imponencia, reflejando la fuerza de la naturaleza. Se iban acercando más y sus ojos brillaban de la emoción, nostalgia, recuerdos. Eran tantos sentimientos que no pudo evitar soltar un suspiro.

—Está casi intacto, ¿cierto? —dijo el hombre.

—Sí —respondió Luisana—, todo está tan igual a cuando me fui. Ahora soy guardaparque —contó la joven—. Quería cuidar aquello que fue siempre mi refugio y cuidó de mí.—Allí se detuvo en la conversación, no le contaría sobre la voz del monte, debía saber si realmente le tomaría en serio o sería de ese gran número de personas que no cuentan con ese don.

—Buena elección —dijo el hombre—; hay que hacer lo que a uno le gusta y donde uno se sienta bien.

Parecía un tipo macanudo, comprensible y respetaba bastante la naturaleza, los animales y las plantas, pero aun así la joven mantuvo el silencio y esperó paciente el momento apropiado.

Llegando al lugar pudo ver que alguien había estado cuidando aquel lugar, el patio estaba limpio, las vacas seguían allí, la huerta tenía verduras y la chacra varias producciones que antes su abuela cultivaba.

—¿Cómo es que todo sigue tan igual que antes? —preguntó la joven un poco inquieta, un poco feliz.

—La verdad estuve cuidando el lugar los fines de semana, lo básico nomás. Como le dije presentía que volvería y estos perros son de acá, ellos son felices cuando venimos, no podía abandonarlos a su suerte, pero tam-

poco dejarlos solos.

—¿Por qué? —fue lo único que salió de la boca de Luisana, con una duda tremenda y muchas preguntas más.

—Bueno niña, yo en un momento también perdí todo. Sabía que ese día tu vida habría cambiado mucho, como lo viví yo alguna vez. Solo quise dedicar ese tiempo libre que me queda cada fin de semana, en vez de pasarla solo en mi casa venía acá a cuidar el lugar, con Pibito y Sultán.

Apenas paró la camioneta los perros saltaron y salieron a correr al monte alborotando los grillos, las chicharras, los pajaritos y cuanto animalito estuviera en sus caminos.

—¿Ves? —dijo el bombero—, ellos son felices acá, siempre hacen lo mismo, recorren todo el monte, se zambullen en el arroyo y después se echan sobre el pasto a descansar por largas horas. Este es su hogar.

—Solo me queda agradecerle señor —dijo la joven—, pero no tengo cómo retribuirle todo lo que hizo, apenas si estoy empezando a trabajar en mi profesión.

—No es cuestión de dinero señorita, la satisfacción de sentir que haces feliz a alguien no tiene precio y, bueno tampoco tenía nada mejor que hacer. Hasta puedo decir que me salvo un poco de mi soledad y angustia.

La joven sonrió al oír aquellas palabras, volvió la mirada hacia el rancho contemplando cada tabla que lo componía, apreció las flores que con tanto cuidado había plantado su Nona. Después dijo:

—Si me permite voy a recorrer el lugar, tengo mucho que agradecer —ella esperaba que el hombre se muestre sorprendido ante un agradecimiento sin destinatario.

—Claro niña, seguro es así —respondió el hombre.

Luisana se dirigió, primero a la pequeña casita, entró a la cocina encontrando la pava de la abuela, su mate, la cocina a leña. Cuantos recuerdos. Miró hacia el estante y yacían allí los jarrones de la oma, remendados con pegamento. Después caminó hasta las habitaciones, abrió la primera puerta, la pequeña cama que usaba la Nona seguía intacta, su mesita de luz con la lamparita, su pequeña biblia y los anteojos que, en el apuro aquel día del incendio, olvidó ponérselos. Ay qué nostalgia, algunas lágrimas asomaban en los ojos de la joven y recordó su misión, aquella que la voz del monte le había asignado, recordó sus miedos y las palabras salvadoras de la Nona, su tranquilidad y la paciencia con la que enfrentaba cada día la vida. Salió de allí despacio, sin hacer mucho ruido, como cuando la oma dormía su siesta. Entró a su antigua habitación. Todo estaba igual que entonces, sus muñecas de chala, su peluche, los cuadernos de la escuela y su armario

con vestidos que, a estas alturas no lo quedaban ni para usarlos como remeras. Quedaba visitar un lugar más, el monte y el arroyo, donde tuvo su primer encuentro con la voz del monte y pudo ver aquella figura en el agua, tan clara en su memoria como aquel día de verano. Tomó el sendero, seguida por Sultán y Pibito, como aquellos tiempos. Caminó segura, con paso firme, ansiosa de llegar, como si era a él a quien debía agradecer el camino que la hizo una mujer, la fuerza que le dio cada día, esa misión tan importante que le asignó y ella, sin dudarlo la aceptó y la cumpliría hasta el resto de sus días.

Por fin llegó al arroyo, ahora con un caudal mayor, el agua corría con más fuerza, algo turbia por las lluvias de días anteriores. Como de niña acercó su rostro para reflejarse en el líquido. Observó allí que ya no era aquella niña, pero sintió una brisa fresca, un aliento de paz que la llenó por dentro, cerró los ojos, respiró profundo para llenar sus pulmones, su mente, su cuerpo y su corazón de aquella atmósfera tan gratificante. Fue como un “gracias Luisana, aquí estoy a salvo” y la joven entendió todo. Volvió al rancho, donde el hombre la esperaba. Ella lo miró y dijo:

—Fue hermoso poder recordar todo y encontrar este lugar intacto. Tengo para usted una propuesta. —El hombre se sorprendió con aquellas palabras, estaba seguro que ella se quedaría allí a cuidar de los animales que eran de su abuela y las plantas.

—¿Cuál propuesta? —preguntó el señor algo perturbado.

—Bien —dijo ella—, veo que usted cuidó muy bien de este lugar, de los animales, de mis amigos perrunos y del monte. Aquí todos están a salvo, pueden seguir viviendo con tranquilidad, no hay quemas ni contaminación, en cambio de dónde vengo ahora es otro el cuento. Las personas no respetan los árboles, ni los animales, tampoco hacen algo para evitar el daño. Mi misión aquí no es, es allá —aseguró la joven.

El hombre la miró con sorpresa, pero, en cierto punto esperaba poder seguir pasando los fines de semana allí, donde había encontrado compañía agradable y la paz que tanto trabajo le costó encontrar.

—Tenga por seguro que voy a seguir cuidando este lugar como hasta el momento, hasta que usted termine su misión y quiera volver a estos pagos —dijo el bombero, asumiendo que todo aquello no era de él y que solo estaba resguardando esas tierras.

—Muchas gracias por todo lo que ha hecho, por cuidar tan bien a ellos. Seguramente en algún momento volveré para tomar estas bocanadas de aire que tan bien me hacen, recordar los días de mi niñez. Pero quiero

que de ahora en más por el cuidado de todo el lugar usted acepte un pago mensual, porque ahora le pido personalmente que siga realizando su labor y manteniendo a salvo el monte y sus animales.

El hombre accedió y volvieron al pueblo, ambos rejuvenecidos por dentro, contemplando la imponente vegetación que rodeaba los caminos. Al llegar al cuartel Luisana se despide del hombre, saluda a Sultán y Pibito, marchándose en el autobús que acababa de llegar.

Camino de regreso piensa en lo bendecida que ha sido al haber crecido en un lugar tan generoso, junto a una mujer que dio su vida por ella, con amigos que no eran humanos, pero tenían tanto sentimiento como aquellos. También agradeció haberse cruzado con aquel bombero, en el peor momento de su vida, pero que había sido una bendición en su vida. Ahora quedaban ella y su misión, no importaba quienes la apoyaran y quiénes no. Sabía que tenía fuerzas, que el monte la acompañaría a donde sea que vaya y le brindaría esa misma paz que sintió a orillas del arroyo.

Pensando tanto aquella joven ilusionada se queda dormida. Al despertar se encuentra en la ciudad, allí donde habría de concretar su cometido, allí donde debería salvar el monte, transmitir esa paz y esa vida que le brindaron de pequeña.

¿Dónde comenzaría? Seguramente desde su rol como guarda parque, y así lo hizo. Tomó su bolso, buscó un lugar donde establecerse y comenzó con su labor. Primero le tocó una pequeña reserva al norte, donde ya los árboles eran pocos, casi no había animales salvajes y en varias oportunidades el fuego había arrasado con gran parte de la vida presente en aquel lugar. Recorrió las casas próximas, habló con las familias sobre la importancia de los árboles en la vida del planeta, el equilibrio que hacen los animales en el círculo de la vida y transmitió en cada paso que daba aquella pasión por el cuidado del monte, sin decirles que aquel le habló en más de una ocasión. No encontró a ninguna persona que supiera sobre ello, entonces comprendió las palabras de su abuela “no todos escuchan al monte ni comprenden lo que dice”. Vaya verdad. Quedaba una cosa por hacer, como eran muy pocos los que comprendían el lenguaje del monte y lo podían oír, ella debía enseñar a los demás ese lenguaje o, al menos, que puedan conocer ese bello lugar y sentir esa misma paz que ella sentía cuando estaba allí, junto al árbol, junto al arroyo, escuchando los sonidos de los animales. Fue entonces que pensó en algo más que ser guardaparque, de allí en más realizaría excursiones a los senderos del monte, transmitiendo lo que sabía de él, explicando la importancia que tiene cada ser vivo presente allí.



Así lo hizo, tomó partida en cada oportunidad que le brindaban los directivos, guiando diferentes grupos de personas como ancianos, mujeres, niños y niñas de las escuelas. En una ocasión algo aumentó su emoción al respecto, un niño que participaba en la excursión se dirigió a ella en un momento de descanso y le dijo:

—Señora, vio que hoy usted dijo que el monte tiene vida. Yo sé que es cierto, cuando voy a caminar en busca de animales para cazar escucho que alguien me dice cosas.

—¿De verdad? —respondió Luisana— ¿Qué te dice esa voz?

—Me pide que no los mate, que los cuide porque me necesitan, ya pensé en no hacer más eso. Ahora solo voy a caminar para disfrutar del monte —respondió el pequeño.

—Que bien lo has hecho, siempre que puedas ve y escucha al monte, es él quien nos habla cada vez que estamos listos para entenderlo y oírlo. Tiene muchas cosas interesantes que decirnos —dijo la mujer sabiendo muy bien de que hablaba aquel niño.

—Lo voy a hacer, me gusta ir al monte, ver las plantas. De grande quiero trabajar como usted.

Fueron aquellas palabras que avivaron las alegrías, las emociones y las energías para seguir adelante con su misión. Luisana sentía que iba por buen camino que, en ocasiones, presentía que el monte le agradecía y que habría en otro tiempo futuro más personas que sigan y persistan esa gran misión.

Así transcurrieron los días de aquella joven, entre hojas, árboles, animales, arroyos y cuidados dedicó cada día de su vida a transmitir el respeto por la vida, no solo la vida humana, sino también todas aquellas que aportan al bienestar del mundo. Siguió adelante a pesar de los obstáculos que interferían como las fábricas, los adinerados que buscaban las maderas más caras para venderlas a un alto precio en el mercado, y tantos otros pero que no impedían ni terminaban la misión de aquella mujer, segura de que el monte le habló para pedirle su ayuda, para que lo cuide y a toda la vida que en él vivía.



## Mención especial

*Mi nombre es Fiorella, tengo 23 años y resido en la ciudad de Resistencia, Chaco. Actualmente estudio tanto en la Universidad Nacional del Nordeste como en la Universidad Tecnológica Nacional. Me gusta dormir la siesta, leer cuentos, los chipacitos recién hechos y la gaseosa de limón. La lectoescritura fue siempre algo presente de manera tácita en mi vida.*

## Regalo de la noche

Fiorella Yain Pedretti

Resistencia, Chaco

“El séptimo hijo de mismo padre y madre será maldecido, convirtiéndose todas las noches de luna llena en hombre lobo, mientras que la séptima hija mujer se transformará en bruja de aspecto similar a una gran ave, tan negra como la misma oscuridad.”

Esta leyenda que atemoriza a gran parte de la población en todo el mundo desde tiempos inimaginables no fue otra cosa más que una bendición para la familia Lorja.

El primero en ser descubierto fue Amancio a los trece años, séptimo hijo de Baltazar, un inmigrante vasco que se enamoró perdidamente de Ludovica, nativa paraguaya descendiente de guaraníes.

Juntos tuvieron la sorprendente cantidad de catorce hijos: siete niñas y siete niños, sanos y alegres, los cuales fueron criados y educados en un entorno repleto de amor y alegría.

Al momento de nacer Amancio, Baltazar y Ludovica ya eran padres de seis varones y cuatro nenas.

Con el tiempo, Amancio aprendió a usar sus poderes para propio beneficio e incluso el de su familia, siendo su descomunal fuerza y tamaño, ideales para crear surcos de siembra en cuestión de minutos, cazar animales con su papá, remover malezas y árboles del sembrado.

Seis años después de este suceso, la última niña de la primera generación de los Lorja, Irene, había nacido, y al momento de cumplir los doce años, se vio convertida en un ave gigantesca de plumas brillantes de color azabache, con la habilidad de volar libremente por el cielo.

Similar a Amancio, utilizaba sus destrezas para bien de la familia, sobrevolando de noche los cielos para recolectar recursos, divisar posibles presas y atraparlas fácilmente entre sus garras.

Gracias a la sobrenaturalidad de sus hijos, los Lorja se veían suficientemente abastecidos y preparados en cada luna llena, lo que como consecuencia les proporcionó prosperidad y un gran pasar económico.

La familia y la hacienda fueron creciendo. Cinco de los catorce hermanos mantuvieron la bendición de los licántropos y brujas teniendo siete hijos o siete hijas. Amancio e Irene ayudaban a los niños a manejar sus poderes, y juntos salían todas las lunas llenas a realizar trabajos de caza y agricultura para abastecer a la familia, manteniendo el secreto de sus poderes del resto de los vecinos.

Las generaciones fueron pasando, siempre dejando en alguna camada alguna brujita o algún pequeño lobizón, los cuales eran recibidos como una completa bendición y alegría.

Cuando llegó el momento, decidieron vender todo e irse juntos al Chaco. La guerra de la Triple Frontera era una realidad que se acercaba inminentemente, y ellos no eran seres violentos en absoluto.

En Las Breñas empezaron desde cero y, con mucha voluntad y trabajo en equipo pudieron volver a la estabilidad económica que tenían en el Paraguay.

Si bien con el paso de los años, algunos optaron por irse a la capital a estudiar o buscar un estilo de vida propio de la ciudad, la mayoría eligió quedarse y continuar con el negocio familiar y, aunque actualmente el trabajo de los séptimos hijos Lorja fue desplazado por la maquinaria moderna, decidieron perpetuar la tradición de los siete hijos o hijas como buen augurio.

En la actualidad, César Lorja, el más chico de todos, vive con sus seis hermanas y seis hermanos mayores, papás, hermanos, tíos, primos y abuelos en la hacienda familiar.

César siempre fue distinto a los demás chicos del pueblo.

No lo confundan, él nunca fue malo, de hecho, su tierno y dócil carácter para con sus seres queridos y sobre todo su abuela Irene Segunda, denotaban el noble corazón que poseía.

Creció entre abrazos, besos y risas, y devolvía siempre el mismo afecto, paciencia y dulzura cada vez que podía.

Hasta el momento de su ingreso a la secundaria.

No lograba insertarse bien en los grupos de la escuela. Pocos eran sus amigos y muchas las personas que le apuntaban con el dedo por ser distinto, irónicamente no por ser un lobizón o de familia de seres encantados, sino por cómo se desenvolvía en el día a día: sus gestos, su voz, como se sentaba, como hablaba, incluso la forma en la que miraba y pestañaba. Sus padres, hermanos y primos siempre le defendían de cualquier ofensa de

alguna persona ignorante. Tenía un gran apoyo de todos ellos, y constantemente lo agradecía.

Pero él sentía que algo faltaba, que estaba perdido dentro de su propio ser.

César era consciente de todas estas críticas y burlas que recibía, de hecho, él también se sentía diferente, desde que tuvo consciencia de sí mismo. Cada que se veía al espejo pensaba: ¿este realmente soy yo?

Tenía miedo de decirle estas cosas a su familia, porque quizás pensarían que estaba loco y él no quería preocuparlos.

Al ser casi nula la carga de trabajo destinada especialmente a los seres mitológicos, las noches de luna llena la familia completa salía a acampar para que los vecinos del pueblo no vieran las transformaciones de los hechizados.

Bailaban cumbias, folklore y clásicos de ayer y hoy, hacían equipos para jugar locos juegos y determinar quién sería el responsable de realizar las más extravagantes prendas que se les pudiesen ocurrir. En estos últimos tiempos el nuevo lobizón, César, salía a pasear con su abuelita.

Ambos partían desde el campamento de su familia en busca de alguna aventura, Irene como ave y el chico como lobizón.

Ella siempre adelantada cual guardián, y él, siguiéndola felizmente. El espíritu aventurero de ambos los hacía compartir una conexión especial más allá de la sangre.

Desde el primer viaje, el menor pensaba constantemente en lo hermosa y libre que se veía su abuela surcando los cielos nocturnos. Admiraba meticulosamente cada rasgo del ave, su delicado plumaje, su porte y su elegancia. Anhelaba saber que se sentiría volar como ella, y juntos ser llevados por la corriente más pura de aire a ningún lugar y así conocerlo todo. A veces, sentía que las patas le pesaban, que los dientes eran muy grandes y las orejas muy puntiagudas. La necesidad de rezar una y mil veces para que Dios le permitiese llenar su cuerpo de plumas y alcanzar lo más pronto posible a su abuela en los cielos llenaba su mente.

Inmediatamente, estos pensamientos eran puestos en un baúl de donde jamás deberían ser sacados.

Después de encontrar un buen lugar donde descansar, Irene y César reposaban tranquilamente debajo de algún árbol mirando las estrellas.

Ese tiempo en donde no necesitaban ni un pequeño sonido para estar en armonía el uno con el otro eran los preferidos del chico. Todo mal, y cualquier preocupación e inquietud eran anuladas por completo en ese maravilloso silencio.

Cada mes, durante tres años ellos emprendieron esta pequeña aventura

que los hizo acercarse más y más.

Paralelamente, las miradas de desprecio, críticas, burlas e incluso algún que otro empujón de compañeros, maestros y vecinos, fueron progresivamente en aumento, calando cada vez más profundo en la mente de César. Lo único que mantenía su estabilidad y entereza a flote eran estos paseos con su jarý.

A la edad de quince años y con el primer puñetazo recibido por uno de sus compañeros decidió que no iba a dejar que nadie le hiciera daño nunca más.

Comenzó a mostrarse hostil y reírse de los más débiles como lo hacían con él, a imposter una voz un poco más gruesa y en general, actuar de manera distinta a la que el cuerpo y mente se lo pedían, casi como si fuese actor de una película sin final. Le costaba comunicarse con sus familiares sin terminar en una pelea. El enojo y frustración de ocultar lo que en realidad era y como realmente se sentía le estaba afectando cada vez más, bajó mucho de peso e Irene afirmaba que veía en él una mirada triste y distante.

No obstante, cumplió su cometido, integrándose a un gran grupo de chicos y haciéndose cada vez más popular en la escuela. El mundo entero cambió su trato para con él y sus nuevos amigos parecían apreciar “su nuevo yo”. Lo invitaban a fiestas e incluso algunas chicas gustaban de él.

La frecuencia de paseos con su abuela fue espaciándose poco a poco hasta que pasó a ser solo un recuerdo, él evitaba estos encuentros para no sentir la necesidad de ser diferente a como era ahora. Estaba bien. Nadie lo molestaba, y se sentía parte de algo por primera vez en mucho tiempo ¿por qué debería cambiar?

En el último paseo con Irene, César encontró una pluma que se desprendió de su abuela al momento de posarse en una rama, la limpió y la escondió en su mesita de luz, despidiéndose así de todos sus, según él, “retorcidos pensamientos”.

Así pasaron los años, César se acercaba a la mayoría de edad y a pesar de ser reluciente, alegre y rebelde para el afuera, algo le carcomía y le arañaba el pecho por dentro.

Su décimo octavo cumpleaños caía en luna llena, e Irene no desperdició la ocasión para invitarlo a pasear.

El chico medio forzado por sus padres y medio por no querer lastimar a su abuela accedió a regañadientes, y poco a poco se dejó disfrutar el día.

Ambos emprendieron viaje hacia el este, sin rumbo alguno. Recorrieron kilómetros y kilómetros hasta encontrar una preciosa laguna para reposar.

Era la primera vez en años en donde no se sentía juzgado. Acá no tenía por qué ser como los demás y deseó de todo corazón que el tiempo no pasase. Sentía el alma libre.

Al día siguiente se encontraron despiertos, sentados debajo de un gran quebracho. Los dos se quedaron dormidos ante la tranquilidad y el silencio de la zona en la que se hallaban. Se miraron y rieron.

Con una tierna sonrisa, Irene abrazó firmemente a César y con la mirada repleta de amor, le preguntó:

—¿Qué le anda pasando a mi Cesarcito?

De inmediato César se echó a llorar. La pared emocional que construyó durante tanto tiempo se estaba rompiendo con una simple oración.

—No pasa nada, che jarý, ya voy a estar bien —dijo entre sollozos.

—¿Con esos lagrimones me podés decir que no es nada?

—Es que ni yo sé que me pasa abuelita .—César trataba de parar sin ningún éxito; tantas penas y dolor no aguantaban más y querían ser sacadas de alguna manera.

—Tratemos de buscarle el camino entonces.

—Es que tengo mucho miedo de que vos y mis papás tengan vergüenza de mí.

—Pero mijito, vergüenza para los ladrones, tus papás y yo te amamos con todo y mañas —exclamó la abuela mirándolo con el más puro cariño.

César se abrió completamente con su abuelita. Sus sentimientos, pesares, inquietudes y pensamientos fueron expresados por primera vez.

El mediodía se fue acercando y ellos recién se percataron del correr del tiempo. Cerca de la siesta, llegaron a la gran finca donde su familia los esperaba para el almuerzo. Nadie los interpeló por la demora.

Meses después y con el apoyo de un terapeuta, su abuela, algunos amigos y hermanos, pudo al fin descifrar ese conjunto de sentimientos ocultos y la sensación de no ser quien mostraba actualmente. Ella era una chica.

Pronto decidió contárselo también a sus padres y luego al resto de la familia.

Así fue como inició un proceso de transición y fue bautizado por Irene como Anahí, representando la valentía y la dulzura que, a pesar de estar escondidos durante algún tiempo, siempre estuvo presente en la joven.

Ciertas personas no comprendían, y seguían molestando a Anahí de cuando en cuando, pero ella en vez de protegerse detrás de una máscara, decidió tomar cartas en el asunto, proporcionar charlas en su colegio, centros comunitarios y escuelas primarias. Cada día en el que se despertaba se sentía exactamente igual que en esas noches de luna llena donde pasaba el

rato con su abuelita.

Y, cuando por fin sintió completa armonía con su cuerpo, mente y alma pasó algo que ni en sus más locas ideas hubiese imaginado.

Una noche, en la que las estrellas brillaban con un fulgor exquisito y la luna se mostraba soberana e inmensa en el firmamento, Anahí se transformó en un ave enfrente de toda su familia.

—“La séptima hija del mismo padre y madre será convertida en una bruja” —exclamó la abuela, con un brillo de emoción en los ojos.

La familia con un vitoreo al unísono, aplaudiendo, aullando y trinando, celebraron el acontecimiento.

Esa misma noche, Anahí salió a volar con su abuela, juntas por el cielo nocturno.

El resto de su vida no sería del todo fácil y siempre existirían obstáculos que superar, pero ella estaría lista para afrontarlos en la forma de una hermosa y orgullosa bruja.

## Mención especial

*Soy Nadine, tengo 20 años, y soy de Gral. Ramírez, Entre Ríos. Actualmente resido en Paraná, donde estudio Comunicación Social y Producción Editorial. Desde chica me enamoré de la lectura, y con el tiempo descubrí cuánto disfrutaba escribir, poner en palabras todo eso que puede caber en la imaginación, y que nos permite estar en otros lugares, en otras pieles y en otras vidas.*



## Una botella de plástico

Nadine Wollert

Gral. Ramírez, Entre Ríos

El hombre del auto azul a su derecha sacó la mano y la arrojó por la ventana. Un movimiento rápido, casi automático, sin pena ni duda. El envase transparente hizo un sonido que apenas se escuchó entre el barullo incesante del tránsito. El semáforo estaba en rojo. Y estuvo así un buen tiempo mientras Gabriela pensaba en cuánto le molestaba lo que acababa de ver. Pero en cuanto cambió a verde, y la fila de autos de la avenida Ramírez por fin se movió bajo el insoportable sol del mediodía, sólo se preocupó por llegar a casa.

Tiró su mochila en la mesa de entrada y se sentó automáticamente frente a la notebook. Había tenido una idea bastante buena para seguir con su libro, pero le estaba costando recordarla. Estaba muy claro en su mente antes de... antes de...

Antes de ver a ese hombre tirar la botella por la ventana.

La bronca la sumergió de nuevo en un bloqueo mental. Ese maldito bloqueo que ya llevaba meses dejándola en blanco frente a la pantalla. Gabriela ya no sabía qué hacer para concentrarse. Cuando estaba en el trabajo, pensaba en la novela, cuando se disponía a escribir, pensaba en el trabajo, o en nada, si tenía suerte después de un largo día. Era un ciclo del cual no sabía cómo salir.

Bueno, otro día perdido, se dijo. Cerró la computadora con brusquedad, aunque menos de la que le hubiera gustado, y fue a buscar algo en la heladera. No iba a cocinar, no tenía ánimos para nada.

El celular empezó a sonar en el bolsillo de su pantalón. Atendió. Era su amiga.

—Hola, Lu.

—¡Gabi! ¿Cómo andás? ¿Estás ocupada?

—Eso quisiera. Pero la verdad es que no, ¿por qué?

—Uh, ¿otra vez el bloqueo?

—Sí, pero no quiero hablar de eso —dijo Gabi con un suspiro, y agarró agua fría de la heladera.

—Tendrías que relajarte, amiga. Cambiar un poco de aires. ¿Sabés por qué te pasa eso? Estás siempre en la misma. En esa rutina que te agota. Mirá, justo te iba a decir que el domingo tenemos una actividad con el grupo de medioambiente.

—¿Todavía no le ponen nombre? Ludmila se rió al otro lado de la llamada.

—No, pero eso es lo de menos. Vamos a ir este finde al Thompson a limpiar la playa. Va a estar bueno. ¿Te sumás?

—Mmm, no sé, Lu, no me quiero comprometer con más cosas...

—Gabi, estoy segura que te va a ayudar un montón. Es como la frase esa que dice: “cuando limpiás el exterior, limpiás tu interior”.

—¿Eh? Eso lo inventaste vos.

—Puede ser, pero igual es cierto. ¿Entonces te sumás?

Gabriela no pudo evitar pensar en esa hoja en blanco que la hacía sentir culpable y miserable desde hacía meses. Y todas las cosas que tenía que hacer el domingo...

—Ehh, no sé, Ludmi...

—Bueno, te busco a las seis de la mañana. Estate lista.

—Esperá, yo no dije na...

Ludmila cortó. Gabi bufó, molesta. A veces, esa mujer era insoportable. Y aunque derrumbara su puerta, no pensaba levantarse a las seis de la mañana un domingo.

—Todavía no puedo creer que hayas ido a buscarme.

Una sonrisa de orgullo se extendió en el rostro de Ludmila. Se le hicieron esas marcas a los costados que la hacían verse más joven y radiante, incluso a sus cuarenta años.

—Estoy segura que te va a hacer bien. Vas a ver.

—Dormir me haría bien. Y escribir mi libro. Pero no puedo.—Gabi se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos, que todavía le pesaban—Tengo miedo de nunca terminarlo.

—Creo que estás muy ansiosa, Gabi. Estás queriendo todo ya. Ni siquiera escribís un párrafo y ya querés terminarlo. No es así.

—¿Y cómo es?

—¡De a poquito!—Ludmila levantó los hombros, los brazos estirados sobre el volante—De a poquito, nomás. Un paso a la vez.

Cuando llegaron al Thompson, el grupo de medioambiente ya estaba ahí, con sus delantales y guantes blancos, listos para la acción. Ludmila presentó a Gabi, y todos se saludaron. Después, su amiga le alcanzó un equipo como el de sus compañeros, junto con una bolsa de residuos.

—Bueno, ¿estamos listos? —preguntó el que le pareció ser el coordinador del grupo, un chico joven de unos veinticinco años cuyo buen humor le sorprendió para ser las seis y media de la mañana.

El equipo dijo que sí con entusiasmo. Gabi asintió, aunque por dentro, seguía pensando en esa página en blanco que la esperaba en casa.

Todos se separaron para cubrir diferentes zonas de la playa. Gabi y Lu se quedaron juntas, y cuando la primera por fin volvió a concentrarse en el aquí y ahora, no pudo evitar espantarse.

—¡Es un montón! —dijo. Por donde mirara, había algún vaso de plástico, alguna colilla de cigarrillo, alguna tapita de bebida, algún envoltorio de chicle, alguna bolsa rota oculta entre la arena.

—No te desesperes —se rió su amiga—. Seguro hubo alguna fiestecita anoche. Lo que puedas rescatar de papel, cartón, plástico y vidrio, lo ponés en la bolsa de reciclado, siempre que esté seco y limpio. Lo otro, va en la bolsa de orgánicos.

—No sé ni por dónde empezar.—La familiar sensación de bloqueo volvió a aparecer.

—Por donde quieras, pero empezá. Mirá, al lado tuyo tenés una botella de plástico. Gabriela bajó la mirada. El envase transparente estaba justo tocando su zapatilla blanca, como si le estuviera diciendo que estaba lista para que la levantaran. Cualquiera persona, pero Gabi ya estaba ahí. Así que la tomó y, por alguna razón, le sacó una foto con su celular antes de colocarla en la bolsa de reciclables.

Primer punto.

Sintió una ola de satisfacción cuando, debajo de la botella, vio más arena que plástico.

Ludmila la pilló medio sonriendo cuando terminó con los primeros centímetros que la rodeaban.

—¿Viste que es lindo?

—Sí, bastante.

Gabi se sorprendió de decirlo. En ese momento, una brisa fresca abanicó sus mejillas rosadas.

Levantó de entre la arena fría un tapabocas. Lamentablemente, estaba sucio.

Un paso a la vez. Gabriela se repitió las palabras que su amiga le había

dicho en el auto, mientras intentaba no desesperarse cada vez que levantaba la vista y veía toda la basura y la mugre que les faltaba por limpiar.

Un paso a la vez. Y levantó otra botella de plástico, abollada y con arena en su interior.

Devolvió la arena a su lugar y tiró el resto en la bolsa.

De camino a casa, otra cosa ocupaba su mente. Eran las nueve, y el sol pegaba con más fuerza en la ciudad de Paraná. Estaba tranquilo, incluso la avenida Ramírez. Y Gabriela, extrañamente, no estaba pensando en ese libro que todavía no había escrito. En cambio, pensaba en todo lo que había hecho esa mañana. En que había levantado papel por papel hasta dejar limpio aquel hermoso lugar. Ludmila tenía razón. Se sentía bien. Se sentía feliz, e incluso liviana, aunque eso pareciera no tener sentido.

En el semáforo, un auto azul paró al lado de ellas. Gabi lo identificó de inmediato como el conductor de aquel viernes al mediodía. Solo que esta vez, iba un niño en el asiento de atrás. Tenía una pequeña botella de gaseosa y la ventanilla baja. Ella se lo quedó mirando, prediciendo lo que pasaría.

El niño y el hombre de adelante intercambiaron unas palabras, y a continuación, el chico tiró la botella vacía por la ventana.

Gabriela no lo soportó ésta vez. Se desabrochó el cinturón, y abrió la puerta. Ludmila se la quedó mirando, sorprendida. “¿Qué vas a hacer?” le preguntó, pero su amiga ya estaba en la calle. Había recogido algo del suelo, un plástico, por lo que alcanzó a ver, y a continuación se arrimó al auto azul que estaba al lado del suyo.

Vio que Gabi le decía algo al pequeño que estaba en el asiento trasero. El hombre de enfrente se la quedó mirando, algo avergonzado y molesto a la vez. El chico asintió a las palabras de Gabriela, quien saludó con una sonrisa a los dos antes de subirse de nuevo al auto de Ludmila.

—¿Qué les dijiste? — su amiga la miró con una expresión divertida, segundos antes de que el semáforo se pusiera en verde.

Gabi llegó a su casa, y automáticamente fue a encender la computadora. También puso agua en la pava para el mate y se llevó unas tostadas con dulce de leche a la mesa. Se sentó frente a la pantalla y...

Nada. No se le ocurrió nada.

Mordió una tostada. Releyó las últimas tres páginas que había escrito. La pava estaba chillando, y su mente seguía en blanco. Por más que revolvió, no encontraba nada en los cajones de su mente. Así que se levantó de la mesa, frustrada, y apagó la hornalla de la cocina.

Buscó el celular y le mandó un mensaje a su amiga:

—No me sirvió de nada.

Ella le contestó enseguida:

—Pero vos le serviste al mundo. Además, yo creo que sí te ayudó.

Ludmila se desconectó después de ese mensaje, por lo que Gabi dejó el celular a un lado.

¿En qué le había servido? Ni siquiera encontraba conexión entre una cosa y la otra. Intentó recordar lo que hizo en la mañana cerrando los ojos. Fue entonces que las palabras de Lu volvieron a ella como una cachetada.

De a poquito.

Un paso a la vez.

Empezá por donde quieras, pero empezá.

Acercó sus manos al teclado. Intentaría escribir lo primero que se le viniera a la mente, por malo que fuera. Y revolviendo una vez más, ya no entre cajones, sino entre la arena fría, lo primero que encontró fue:

Una botella de plástico.

Aliviada, aunque no totalmente satisfecha, lo escribió de inmediato. Poco a poco, empezó a escribir toda una lista de basura. Todo lo que ella había recogido esa mañana, y las palabras de su amiga, las anotó en la computadora, ahí donde su novela se había quedado estancada.

Casi no tenía sentido, pero entonces empezó a enredar esa basura entre palabras poéticas, descripciones y sentimientos, intentando formular frases que sí tengan alguna conexión con su proyecto. Y después, hizo algo muy parecido a lo que había hecho esa mañana, en la playa.

Empezó a apartar las ideas reciclables de las que no lo eran. Ninguna de esas ideas quedó intacta, sino que se fueron convirtiendo en otras cosas, en otras oraciones y en otras historias. Igual que la basura que ellos habían recogido hoy se convertiría luego en otros objetos útiles.

Sintió algo parecido a la brisa fresca que la acarició en la playa. Una brisa que la impulsó a seguir, que le devolvió la confianza y los ánimos para no rendirse jamás con lo que todavía tenía posibilidades de ser algo.

Sin darse cuenta, Gabriela escribió una página entera de corrido. De lejos no parecía ser mucho entre las otras ciento diecinueve que había escrito meses atrás, pero, después de todo, era algo. Era un pequeño paso, que poco a poco se convertiría en uno grande.

Se dejó caer en la silla, y cebó un mate. Lo tomó con confianza, y seguidamente escupió lo que había tomado con asco.

—Puaj, está frío.

Paró a descansar al mediodía, y le echó un último vistazo a lo que había escrito. Releyó cada oración con orgullo. Algunas le gustaban más que otras. Claro que todo eso podía mejorarse, pero al menos, ya tenía algo

que mejorar.

Se levantó y se predispuso a tirar la yerba en el basurero cuando se dio cuenta de algo.

Tenía un solo cesto, y la yerba estaría a punto de caer sobre un envoltorio de galletitas saladas totalmente seco. Antes no le habría importado, pero la Gabriela de ese domingo había entendido cosas que antes ignoraba.

Buscó un balde y lo apartó para que sea el de los residuos orgánicos.

Y ahí estaba. Otro pequeño paso en la vida de Gabriela y, por qué no, del mundo. Ludmila se pondría contenta cuando lo viera.

Esa noche, antes de dormir, no dejaba de dar vueltas. Quería seguir escribiendo y, a la vez, no dejaba de recordar que se había levantado a las seis de la mañana para ir a limpiar una playa. La experiencia había sido increíble y, por si fuera poco, la había impulsado a limpiar también su mente atareada de culpa por los progresos que no había podido hacer antes.

Abrió la galería del celular y seleccionó la foto que había sacado de la botella en la playa. Se veía una parte de su mano con el guante blanco, y la arena desenfocada en el fondo. Y tuvo una idea.

Abrió su blog de escritura y comenzó un nuevo post. Ahí subió la foto y escribió:

“Hoy hice algo muy loco. Mi amiga me levantó a las seis de la mañana para ir a limpiar la playa con su grupo de medioambiente que todavía no tiene nombre. Fue una experiencia increíble, y puedo asegurarles que abrió una nueva etapa en mi vida. Me impulsó a seguir escribiendo la novela que les vengo prometiendo hace año y medio, después de meses de un bloqueo que me fastidiaba sobremanera. Claro que nada hubiera sido posible sin mi mejor amiga, Ludmila. Ella me enseñó que, levantando una pequeña botella de plástico como ésta, podemos mejorar el mundo. Tal vez no lo cambiemos en su totalidad, pero sí la parte que nos toca, el pedazo que somos en este mundo que es de nosotros. En este mundo que poco hemos cuidado hasta ahora. Pero la buena noticia es que no es tarde. Como me dijo mi amiga hoy, “hay que empezar por donde sea, pero hay que empezar. Un paso a la vez”. Y así, poquito a poquito, podemos devolverle a nuestro planeta un pedacito de lo que nos da, tomando lo que esté a nuestro alrededor y convirtiéndolo en algo nuevo”.

Por último, le agregó un título: “Una botella de plástico”. Y lo publicó. Después, fue mucho más fácil quedarse dormida.

El jueves, Gabriela recibió un mensaje inesperado de Ludmila mientras todavía estaba en el trabajo:

—¡¡¡Amiga, tu publicación en el blog es una locura!!!

Al mensaje lo acompañaban muchos emojis y stickers de alegría y sorpresa. Gabi no lo entendía del todo; ni siquiera había sido para tanto. Pero decidió entrar a su blog desde la computadora de la oficina. Lo que vio la dejó boquiabierta.

El post tenía casi mil me gusta, y cientos de comentarios. Entre ellos, había saludos de alegría, felicitación, y, lo más increíble, fotos de personas que contaban cómo su historia los había motivado para hacer lo mismo.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Gabriela, que en realidad quería saltar de felicidad allí mismo. Nunca creyó que su posteo tendría tanto impacto, y ahora podía entender a lo que Lu se refería. Realmente era una locura, al menos para ella. Y pensar que todo había comenzado por una simple botella de plástico. Y, claro, no había que quitarle el mérito a la mujer responsable de que haya estado en aquel lugar. Su amiga tenía un papel muy importante en todo aquello.

Su celular vibró de nuevo, y Gabi pudo ver que se trataba de un número desconocido. El mensaje decía:

—Hola Gabriela, soy Lucas, el coordinador del equipo de medioambiente. Lu nos mostró la publicación de tu página web, y me encantó.

Quería contarte que ya tenemos un nombre para el grupo. Adiviná cuál es.





**CONCURSO NACIONAL DE ESCRITURA  
EDICIÓN 2022**



Ministerio de Cultura  
Argentina

ISBN 978-987-8915-70-8



9 789878 915708